SALVADOR GUTIÉRREZ SOLÍS

EL LENGUAJE DE LAS MAREAS



DOS JÓVENES DESAPARECIDAS. UN DEPREDADOR SEXUAL.
UNA INSPECTORA QUE NO RETROCEDE ANTE NADA

TAPA NEGRA

Salvador Gutiérrez Solís

El lenguaje de las mareas

NOVELA

© Salvador Gutiérrez Solís, 2020
© Editorial Almuzara, s.l., 2020

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.»

Editorial Almuzara • Colección Tapa negra

Director editorial: Antonio Cuesta
Edición de Javier Ortega
Corrección de Pilar Pimentel
Diseño de Ana Cabello
Ebook: R. Joaquín Jiménez R.
www.editorialalmuzara.com
pedidos@almuzaralibros.com - info@almuzaralibros.com
@AlmuzaraLibros

ISBN: 978-84-18346-32-3

Para Nicolás, Cayetana, Sergio, Isaías y Javi.
Hay mucha vida por delante.
A la memoria de Nacho Montoto.

Mi corazón único y noble tiene sus testigos
en todos los países del amor que a tientas despertarán
Dylan Thomas

30 DE AGOSTO DE 2018

Los faros del vehículo trazan el camino a seguir.

—Creo que no deberíamos ir —dice Sandra, inquieta, agarrada del brazo de Ana.

—Lo pasaremos bien, ya verás —la tranquiliza, y su sonrisa es una sombra que se pierde en la poderosa luz.

—Quiero volver —insiste Sandra, que intenta impedir el avance de su amiga.

—Ya es tarde.

Nuestros sueños eunucos, todos sin semillas en la luz.

VIERNES, 31 DE AGOSTO, 9:30 H

El inspector de policía, Jaime Cuesta, con gesto circunspecto, y muy contrariado, abandona el despacho de *jefe*. Se detiene en la máquina de café que hay al final del pasillo, y escoge uno solo, doble y sin azúcar. Se dirige a la terraza con un cigarrillo en la mano y termina el café mientras fuma. Su mirada se pierde en el laberinto de formas inconcretas que la bruma y los rascacielos —tan cercanos y tan lejanos al mismo tiempo— recrean; producto de los muchos días, de las noches interminables y de las tardes ingobernables de calor. Calor que hoy es especialmente denso y pegajoso en Madrid.

Articula Jaime Cuesta, mentalmente, un discurso convincente, creíble, liberador… De momento, no llamará a Sonia, su esposa. Deja caer la colilla en el vaso de café, y camina hacia el despacho de la subinspectora Julia Núñez. La encuentra leyendo con mucha atención en la pantalla de su ordenador, ajena a los rayos de sol, que fabrican cientos de destellos en su pelo cortísimo y rubio platino.

—Julia, ¿te gustó Ayamonte? —le pregunta nada más entrar.

—Jaime, no me toques los cojones, que estamos a viernes y tengo planes para este fin de semana —se revuelve Julia.

—Pues me da que tienes que cambiarlos.

—Por lo que veo, nos han dado el caso de las dos chicas que han desaparecido —interrumpe a Jaime e impone su voz.

—Eso es, parece ser que no quieren que les pase lo mismo que con lo de la chica gallega —explica Jaime con escaso convencimiento.

—No creo que sea por eso —cuestiona Julia. Finge contrariedad, aunque la realidad es bien distinta.

—La versión oficial es que consideran, y así se lo han explicado al juez, que puede estar relacionado con el caso de los másteres falsos, ya que el padre de una de las chicas, Alfonso Peinado, está supuestamente implicado.

—El de la fundación, el amigo del mexicano de la cara quemada, ¿no?

—Ese mismo.

—¡Vaya sofocón que van a llevarse los *cabezas cuadradas*! Con lo que les gustan estos casos que tienen tanta tele y tanto tertuliano… —advierte Julia Núñez, que ha empezado a ordenar su mesa con diligencia.

—Imagino que lo habrán intentando. La realidad es que, si la chica no fuera hija de su padre, lo lógico es que fuera de su competencia —reconoce Jaime.

—Leen mucho a Lorenzo Silva —bromea Julia.

—Eso también —ríen los policías.

La relación con su esposa se encuentra en el peor momento de los numerosos «peores momentos» que han atravesado. Dada la situación, Jaime prefiere no pasar por casa y evitar tener que explicar en persona, frente a frente, que durante varios días, con toda probabilidad, va a estar fuera. Se lo comunica por teléfono.

—Ha surgido así la cosa. Perdemos el tren si me llego a casa. Me apaño con la bolsa que tengo aquí —se justifica.

—¿Perdemos? Eso significa que te vas otra vez con tu compañera, con la rubia, ¿no? —le pregunta Sonia con desdén.

—Ya sabes que sí —responde mirando de reojo a Julia, a unos metros, enfundada en unos vaqueros muy ajustados y una camiseta roja.

—No os olvidéis de la protección.

—¿Protección?

—Para el sol, no seas tan mal pensado.

—No me voy de vacaciones.

—Siempre hay tiempo para todo, sueles decir, ¿no? —le reprocha Sonia. Toma asiento en un sofá frente a la televisión, en el salón, y enciende un cigarrillo.

—No creo que nos quede ni un minuto.

—Adiós, Jaime —se despide sin esperar respuesta.

Inútilmente, trata de intervenir. Por un segundo, Jaime piensa en llamarla, pero por experiencia sabe que no responderá durante algún tiempo. Nervioso y en cierto modo angustiado, se asoma a la terraza y comienza a fumar de nuevo en completo silencio, con la vista perdida en ese horizonte de rascacielos envueltos en bruma.

Julia Núñez, en tanto, recopila y ordena toda la información de la que disponen sobre la desaparición de Ana Casaño y Sandra Peinado. La imprime en papel, hace una copia en un *pen drive* y la descarga en su iPad. Solicita, igualmente, todas las actuaciones llevadas a cabo hasta el momento en el caso de los másteres falsos, en el que está implicado Alfonso Peinado, a pesar de que Julia está convencida de que se tratan de casos que no tienen conexión alguna y que solo es una dramática coincidencia.

Desde que le ha comunicado que les asignan el caso, una duda se expande en el interior de Julia. De camino a la estación de Atocha, ya no soporta por más tiempo convivir con la incógnita y opta por preguntárselo directamente a Jaime.

—¿Está la *pirada* en esto?

—De momento, solo nosotros. Carmen sigue sin estar operativa —responde Jaime, sin apartar la vista de su ventanilla. Molesto, en cierto modo, por la pregunta y el tono empleado.

—Está con lo suyo —ironiza Julia y Jaime no responde.

Durante el trayecto en AVE hasta Sevilla, Jaime y Julia examinan y analizan con detalle todas las declaraciones y controles efectuados hasta el momento. La primera impresión no es especialmente positiva; no encuentran ninguna prueba o móvil que les ayude a construir un relato, una hipótesis o un camino a seguir. Es como si se hubieran evaporado las dos chicas después de abandonar el chiringuito *La Hamaca*, en la playa de Las Haraganas en Punta del Moral, poco antes de las dos de la madrugada del 30 de agosto. Tampoco la actividad de los teléfonos móviles de Ana Casaño y Sandra Peinado les aporta una pista que puedan considerar como trascendental: según el geolocalizador apenas se movieron unos metros hasta las siete de la mañana, cuando el teléfono de Ana dejó de tener actividad. La señal del teléfono de Sandra se pierde a las cuatro y veintiuno de la madrugada y, hasta ese momento, siempre estuvo junto al de Ana.

—¿Has visto el Instagram de Ana? —pregunta Julia, con la aplicación abierta en su iPad.

—¿Por? —se incorpora Jaime, y dirige la mirada hacia la *tablet* de Julia.

—¿Tú has visto algunas fotografías? No te pierdas esta —y Julia despliega en la pantalla una

fotografía en la que aparece Ana Casaño con un diminuto bikini con los colores de la bandera de los Estados Unidos, mientras representa unos cuernos con su mano derecha, delante de su entrepierna.

—*Tremending Topic*.

—No sé, a lo mejor son cosas mías, pero es como si estuviera retando a alguien, ¿sabes lo que quiero decir? —trata de explicar Julia.

—Con su madre no se lleva precisamente bien, o eso cuentan. Aunque me da la impresión de que es la típica chica que no se lleva bien con ningún adulto, tiene pinta de ser una jovencita muy rebelde —intuye Jaime.

—Tiene escrito algún *tuit* en ese sentido, ahora te lo busco —añade Julia.

—Puede tratarse de un berrinche, de chiquilladas, ¿no? —le resta importancia Jaime.

—También me llama mucho la atención esta fotografía, mira —le muestra Julia una imagen en la que aparece un primer plano del rostro de Ana Casaño y, tras ella, el pecho desnudo de un hombre aparentemente joven—. ¿Has visto la estrella de mar o lo que sea que le cuelga al tipo? ¿Quién coño será? Es muy reciente la fotografía, del 5 de agosto.

—Tendremos que averiguarlo.

—Al principio creí que era este tipo —y Julia le enseña, a su compañero, otra fotografía en la que aparece Ana Casaño, en la playa, junto a un chico de unos 25 años, muy guapo, bien formado, musculoso y tatuado en el brazo derecho— pero luego me di cuenta de que no es suyo el pecho de la otra foto. Mira lo que escribe debajo: «Sí, puedo» —lee la policía.

—¿«Sí, puedo» qué, qué?

—En estas fotografías hay mucha más información de la que nosotros imaginamos, y no solo por lo que muestran, sino también por todo lo que dicen desde un punto de vista de ubicación, horarios, etc. —En cierto modo, Julia Núñez trata de representar el papel de la gran ausente: Carmen Puerto.

—Lo que es evidente es que, cada una a su manera, las dos chicas son guapísimas —reconoce Jaime.

—Guapísimas. Ana sí parece más rusa, lo que entendemos como una rusa, y Sandra es más diferente, tan morena, se da un aire con esa actriz, ¡ay, cómo se llama!, que ha hecho tantas películas, joder… —A Julia le cuesta recordar.

—¿Tenemos controlados los móviles de los padres? ¿Tenemos controlado dónde estuvieron? —pregunta Jaime.

—Coño, te pareces a tu amiga —le reprocha Julia.

—¿Cómo es el juez que nos ha tocado?

—Espera, que lo tengo por aquí. Un tal Antonio Tirado, tiene toda la pinta de que esto le viene muy grande —recela Julia.

—¿Nos ha autorizado ya a comprobar las cámaras?

—Sí, sí, estamos en ello. Pero olvídate de cámaras que nos ayuden en algo. En esa zona, entre Ayamonte y Punta del Moral, apenas hay —advierte.

—¿No hay cámaras en la urbanización? Eso no me lo creo. Hoy en día, hasta el garaje más cutre tiene media docena de cámaras.

—Comprobaremos lo de la urbanización.

El trayecto desde Sevilla a Ayamonte permanece intacto en la memoria de Julia y Jaime. Recuerdan un día similar en cuanto a luz y temperatura —a pesar de tratarse de meses diferentes — tres años atrás. Otra vez un automóvil incautado al narcotráfico esperándolos a la salida de la

estación de Santa Justa, en Sevilla. Otra vez un policía de la comisaría de Huelva como conductor. David, en esta ocasión. Un hombre extremadamente silencioso, de ojos diminutos, y pelo rubio encrespado. Aunque no lo comentan, tanto Jaime como Julia, reproducen interiormente en sus cabezas algunas escenas del caso conocido como el *Amante ácido*, y cuya resolución se produjo también, en cierto modo, en la costa de Huelva, en Ayamonte.

—Desde luego, es mucha casualidad que estemos otra vez aquí —al fin comenta Jaime cuando el vehículo en el que viajan, un Peugeot 5008 de color blanco, toma la desviación en la autovía.

—Ya te digo —responde Julia.

Dejan atrás el Parador Nacional, en la parte más alta de la localidad, y les es imposible no recordar la fuerte discusión que mantuvieron, años atrás, en el momento de mayor tensión que les deparó el caso del *Amante ácido*.

Jaime y Julia frente a un Guadiana intuido y devorado por un sol en huida, al atardecer, en el mirador del Parador de Ayamonte, tras una larga espera se enzarzaron en la discusión más cruenta que han mantenido en todos los años que llevan trabajando juntos. Una vez más, Carmen Puerto fue la gran protagonista: diferencias irreconciliables sobre su línea de actuación, sobre sus teorías y planteamientos, y especialmente, aunque Julia no se atreviera a verbalizarlo, sobre la influencia que ejerce sobre Jaime.

Retumban en la memoria de ambos policías los reproches e insultos que se dedicaron aquel día, mientras descienden la avenida de los centros comerciales. Cuando llegan a la última rotonda, en vez de tomar la salida de la izquierda, tal y como hicieron aquel día, prosiguen hacia la derecha, en dirección a Isla Canela. Jaime no puede evitar girar la cabeza, buscando esa carretera de tierra que les condujo hasta la finca —situada junto a un caño— de Juan Martos, el excéntrico y millonario esposo de Luz Márquez, la estrella mexicana de televisión cuya prematura muerte volvió a ser un tema de actualidad varios años después.

A continuación, prosiguen por una larguísima avenida atestada de pronunciados badenes, que les obligan a reducir drásticamente la velocidad, hasta llegar a una gran rotonda decorada con las banderas de todas las comunidades autónomas españolas. Curiosamente, lo que llama la atención de los dos policías es que la rotonda está flanqueada, a ambos lados, a izquierda y a derecha, por dos estadios de fútbol, de reciente construcción, prácticamente iguales: grises, feos y cuadrados.

—«El tiempo del taco» tuvo estas cosas —sentencia Jaime.

—Y hasta peores —confirma Julia. Y ambos sonríen.

Cuando cruzan un pequeño puente —elevado sobre un caño que desemboca en el Guadiana—, Julia se queda mirando las barcas aparentemente abandonadas en la orilla, maltrechas por el tiempo y el uso, amontonadas las unas sobre las otras. Jaime, en tanto, en dirección contraria, sigue el recorrido de un joven en una moto de agua, que no tarda en desaparecer tras el primer meandro del caño.

—¿Cuánto nos queda? —pregunta Jaime.

—Estamos a tres o cuatro minutos —responde el policía que conduce, sin variar la posición.

Nada más abandonar una rotonda más amplia, que conduce a Isla Canela, pasan junto a una torre, redonda y gruesa, de color barro, de unos diez metros de altura, situada a la izquierda, tras el arcén, perfectamente conservada y delimitada por una pequeña valla.

—¿Eso qué es? —se interesa Julia.

—La torre Canela —responde el conductor.

Una larguísima recta, recién asfaltada; con dunas, retamas y chumberas a ambos lados; algunas casitas de campo de una sola planta, distanciadas las unas de las otras, solitarias y blancas;

badenes cada 500 metros; cabezas de burros y caballos elevándose sobre la maleza, y una solitaria parada de autobús sin viajeros esperando, hasta llegar a una rotonda con un barco pesquero, de color verde, en el centro. *Poblado de Punta del Moral*, se puede leer en la leyenda por la que acaban de pasar.

«Está la marea muy baja», deduce Jaime nada más ver las primeras embarcaciones, fuera del puerto deportivo, hundidas en el fango. Pero no lo dice en voz alta.

—Nos espera el "judicial" asignado junto a «*la palmera*» — repite Julia lo que lee en su teléfono móvil.

—¿La palmera? —no termina de preguntar Jaime, cuando contemplan, al final de la breve recta; a la izquierda, los chiringuitos; a la derecha, los cuartillos donde los marineros guardan sus utensilios; y, en la curva que se cuela en la desembocadura del río Carreras, frente a Isla Cristina, una altísima y solitaria palmera.

—Debemos haber llegado —dice Julia.

El automóvil se detiene junto a un pequeño bar que hace esquina, llamado El Pescador. Un hombre rubio, delgado, alto, guapo y con gafas de sol, que estaba sentado en una silla de plástico, se pone de pie y se dirige hacia los policías, que caminan directamente hacia él.

—Miguel Castro —se presenta ofreciendo su mano.

—Jaime Cuesta, Julia Núñez —responde el policía.

—¿Un café? —ofrece.

—Coca-Cola, mejor —pide Julia.

—Claro. —Y toman asiento en unas sillas de plástico, con publicidad de cerveza Cruzcampo, alrededor de una mesa con semejante decoración.

—Coño, nunca podría haber imaginado que Isla Cristina estuviera tan cerca de esto —dice Jaime. Ha retrocedido en el tiempo. Puede verse casi cuarenta años antes, junto a su padre, en la lonja de Isla Cristina. Un hombre despieza un atún de trescientos kilos, y alguien le indica que escuche con atención el ronquido del animal muerto. «¿A que parece que ronca?, ¿no lo has escuchado?», le preguntó su padre aquel día.

—Sí, está muy cerca. Hasta hace nada, las mujeres de la Punta cuando iban a parir se embarcaban en una *paterita* y cruzaban a Isla, que les pillaba mucho más cerca que Ayamonte, sobre todo cuando esa carretera que habéis tomado era un camino de tierra —explica con musical acento Miguel, y saca de un bolsito negro una cajetilla de Winston. Ofrece a los demás. Jaime, sorprendido y sonriente, acepta.

—Coño, la de tiempo que no me fumaba uno.

—¿Nos ponemos al día? —No es una pregunta exactamente, lo de Julia.

—Venga.

Miguel se despoja de sus gafas de sol, deja a la vista unos intensos ojos azules que sorprenden a Julia. Tras propinar una profunda calada a su cigarrillo comienza a hablar:

—Vamos a ver, no tenemos ni puta idea de lo que ha pasado. Eso es lo único cierto que sabemos hasta ahora. Y tampoco tenemos mucho de lo que tirar, para qué nos vamos a engañar. La tarde del miércoles, 29 de agosto, las dos chicas salieron de la urbanización Las Gaviotas sobre las ocho y cuarto. Los padres aseguran que salieron solas, que nadie fue a recogerlas, y que no discutieron con ellas, que todo fue de lo más normal, que la cosa estuvo tranquila. O, al menos, eso es lo que dicen.

—¿Lo de discutir, es un asunto de la prensa o realmente hay indicios de que pasó? No me gustaría que nos hubiéramos pegado una paliza de puta madre por una bronca familiar y que las

niñas estas aparezcan en cualquier momento —dice Jaime.

—Vamos a ver, los vecinos no recuerdan que el día 29, en concreto, hubiera habido una discusión, pero que tampoco les habría extrañado en absoluto, ya que, por lo que cuentan, se hablan más a gritos que con normalidad, por lo que se refiere a la familia de Ana Casaño —responde Miguel, que vuelve a ofrecer un cigarrillo antes de llevarse uno a los labios.

—No, gracias, demasiado fuerte para mí, y mucho más ese, que no ha pasado por Sanidad —le recrimina Julia a Miguel, en cierto modo, que consuma tabaco de contrabando.

—Todos matan igual.

—¿Qué más? —solicita Jaime.

—No lo tengo contrastado, porque hay quien recuerda haberlas visto, y hay quien lo niega; pero algunos testigos señalan que Sandra y Ana, todavía solas, se tomaron unas cervezas en un bar del centro comercial ese que tenemos ahí enfrente, al otro lado del puerto deportivo. —Y Miguel les señala el emplazamiento, un conjunto de edificaciones blancas, con toldos azules, más allá de los mástiles y de las velas de las embarcaciones que permanecen atracadas en el pequeño puerto.

—¿Y esas dudas? —pregunta Julia extrañada.

—Pues las dudas vienen de que las chicas se pasan allí medio verano, en El Cuchitril, así se llama el bar, un sitio que aquí es muy conocido porque el dueño es un pescador de este barrio, y tiene un marisquito de morirse. Los testigos dudan, de si las vieron exactamente la tarde del 29, porque están acostumbrados a verlas todos los días allí, al mediodía y al atardecer, que por lo visto es cuando más suelen ir. Yo mismo las he visto allí en más de una ocasión. Aquí son muy conocidas, esa es la verdad. *Las sevillanas*, así las conocemos, hijas de *los sevillanos*.

—¿*Las sevillanas, los sevillanos,* eso cómo es? —pregunta Jaime.

Miguel sonríe antes de responder.

—A ver, tened en cuenta que todo eso que ahora veis —señalando hacia los hoteles, el centro comercial y las urbanizaciones de apartamentos que se extienden a lo largo de la costa más allá del puerto deportivo—, apenas existía cuando esos dos matrimonios vinieron a la Punta a comprar una casa. No había ni tiendas, ni heladería, ni bares de copas. Todo eso es muy reciente. Es que ni las calles tenían aceras ni estaban asfaltadas. Esto era —y señala hacía la calle que se abre a su derecha— como la aldea del Rocío, no sé si alguna vez habéis estado. Por eso son tan conocidos aquí, porque en su momento llamaron mucho la atención; eran raros aquí, por decirlo de algún modo. Y para colmo las chicas son rusas, que seguramente fueran las primeras niñas adoptadas que se vieron por la Punta. A esas niñas las hemos visto crecer todos —aunque hable a mayor velocidad, la musicalidad permanece en las palabras de Miguel.

—¿Las conoces, entonces? —le pregunta Julia.

—Claro que las conozco; a distancia, eso sí. Habré cruzado diez frases con ellas en toda mi vida, también tengo una diferencia de edad con ellas… Pero sí, las conozco —reconoce abiertamente Miguel.

—Pues a continuación te pediremos que respondas a unas preguntas, pero antes sigue contándonos lo que sepas —le pide, con ironía, Jaime Cuesta.

—Vamos a ver, Sandra y Ana se encontraron con dos amigas en La Hamaca, que está aquí cerca, justo delante de esa grúa que se ve desde aquí —señala hacia el lugar indicado: una grúa altísima, que es un feo accidente en un cielo azul intenso—, y tras despedirse de ellas, sobre las dos de la madrugada del día 30, han desaparecido y no hemos vuelto a saber de ellas. Nada de nada. Como si se las hubiera tragado la tierra. Las dos amigas nos han contado que fue una noche

normal, que no hubo nada raro, que todo bien. Lo último que sabemos es que salieron de La Hamaca, tomaron el camino de tablas, supuestamente llegaron al aparcamiento, y allí, en teoría, las tuvo que recoger alguien…O tal vez disponían de su propio coche…Yo qué sé, pero en ese caso no sabemos qué coche ni de quién. Y hasta ahora no disponemos de más información.

—¿Coche? ¿Ninguna tiene carnet, no? —pregunta Jaime.

—No, no tienen carnet, pero, según cuentan, Ana sabe conducir; por lo visto aprendió aquí, eso me han dicho. Es algo muy frecuente entre la gente joven de aquí, les cogen los coches a los padres. Ya sabes… —Y los ojos azules de Miguel se cruzan con los de Julia, que, rápidamente, los dirige a su iPad, donde está tomando notas.

—¿Cámaras de seguridad, móviles, huellas de neumáticos, geolocalizadores, mapa de llamadas? ¿De verdad no tenemos nada? —insiste Jaime.

—Nada de nada, de verdad. Nada de nada.

—¡La pera! —reacciona un sorprendido Jaime Cuesta.

—¿Las familias, cómo las ves? —pregunta Julia.

—Las familias, sobre todo los padres de Ana, tienen pinta de que la van a liar parda. Esos dos no se llevan bien desde que se separaron; cuentan que tampoco se llevan bien con la chica, por ahí podemos rascar algo, es cuestión de apretarles un poquito, no sé, aunque no creo que sea el camino —divaga Miguel, quien, por la expresión que contempla en los rostros de Jaime y Julia, presiente que no están de acuerdo con sus afirmaciones.

—Siempre hay un camino, lo que tenemos que hacer es buscarlo —le rectifica Jaime, con gesto serio.

—La verdad es que esto nos supera bastante. Por aquí tenemos los líos de la droga, aunque esto no es La Línea, Barbate o Isla, ¡ni tan siquiera Isla!, pero ya hay su circuito y, de vez en cuando, tenemos que dar un susto y detener a unos cuantos. Y también tenemos algunas historias con las capturas ilegales, pero de eso se ocupan los del SEPRONA, ahí no entramos, por suerte. Pero algo como esto es la primera vez que pasa por aquí, la primera —se sincera Miguel.

—¿Tú eres exactamente de aquí, de Punta? —le pregunta Jaime.

Miguel fuma antes de responder. Sonríe, con una sonrisa fingida y tensa.

—No, no soy *puntero* o *levantisco* o *troglodita* o *primache*…Soy «del pueblo», como dicen por aquí, de Ayamonte —Miguel intenta que su respuesta sea divertida.

—¿Tú ya has hablado con los vecinos? —pregunta Jaime.

—Con algunos sí. Esta gente, como ya os he comentado, las conocen perfectamente, sobre todo a los padres, pero hace ya algunos años que no tienen la misma relación con ellos, desde que se mudaron a la urbanización —responde Miguel.

—Me gustaría mantener un encuentro con los padres —propone Jaime.

—Se lo voy a proponer al juez, por si nos lo autoriza —señala Miguel.

—No, no, Miguel, una cosita informal… Solo nos vamos a presentar, que nos pongan cara —le indica Jaime.

—Ya, ya —duda Miguel, que mira a Julia.

—¿Vamos? —insiste Jaime.

—Venga —accede Miguel.

Los buscadores de sardinas

A finales del siglo XIX, varias docenas de marineros del litoral almeriense —de la localidad que hoy conocemos como Carboneras, en su mayoría, y también de Cabo de Gata—, ante la prolongada ausencia de pesca, especialmente de la preciada sardina, como si se hubiese extinguido de la mañana a la noche, decidieron recorrer la costa a la búsqueda de un nuevo caladero en el que instalarse. Después de un largo y duro viaje, repleto de contratiempos —ya que en algunos lugares no fueron bien recibidos por ser contemplados como una auténtica amenaza—, encontraron una zona sin colonizar a escasos kilómetros de la desembocadura del Guadiana en el Atlántico y, por tanto, de la frontera entre España y Portugal.

Un lugar tan agreste como bello —laberinto de dunas y marismas— en la desembocadura del río Carreras, con el atardecer más hermoso que habían contemplado hasta ese momento. El océano, durante unos minutos, se convertía en un manto de oro que se extendía hasta donde la vista abarcaba. Un lugar que parecía, tal y como señaló Aurora Alonso, la punta de una flecha que se colaba en el infinito.

Pero los pescadores de Carboneras no iban buscando hermosos atardeceres, sino sardinas y atunes, que encontraron desde la primera vez que lanzaron las artes a las aguas de ese Atlántico inabarcable que se extendía ante sus ojos. Sardinas orondas y plateadas, de lomos carnosos, mucho más grandes y grasas que las que capturaban en la cálida costa almeriense, en el Mediterráneo.

Los pescadores y sus familias, tras repartirse el terreno sobre el que habían decidido asentarse, comenzaron a construirse sus viviendas: chozos de tierra y paja, en un primer momento; casas de adobe y teja cuando entendieron que se trataba de un asentamiento definitivo. También crearon, con el paso del tiempo, huertos, gallineros y cuadras, y un pequeño muelle en el que amarraron su desvencijada flota, compuesta por barcazas y galeones maltrechos, que en más de una ocasión utilizaron para refugiarse de las inclemencias meteorológicas.

Hasta semanas después de instalarse en Punta del Moral, no descubrieron que existían poblaciones cercanas. Apenas tres kilómetros más adelante, donde finaliza el caño de la Mojarra fundiéndose con el Guadiana, había otra pequeña colonia de pescadores: Canela; diminuta y salvaje. Y un poco más adelante, extendiéndose a lo largo del río en la orilla española: Ayamonte. Un pueblo blanco y azul, con querencia a la altura, que albergaba una población de considerable importancia. Una localidad que comenzaba a sobreponerse de los devastadores efectos del terremoto de Lisboa y su posterior tsunami, en 1755, que acabó con casi la mitad de sus habitantes.

Durante varios meses —casi un año, según afirman en numerosas crónicas—, el Guadiana arrastró cadáveres putrefactos de vacas, cerdos, caballos, todo tipo de animales de granja y, también, de centenares de personas, que con frecuencia acababan en las orillas o en la gola de la desembocadura cuando la marea estaba más baja. Esta acumulación de cadáveres trajo consigo la peste y un sinfín de enfermedades que continuaron menguando la población ayamontina.

El primer Porta que llegó a Punta del Moral, Enrique de nombre —un hombre rudo con dedos fuertes y negros, como si se pasara el día estrangulando pulpos—, en un solitario paseo por el caño de la Chaveta, descubrió un amasijo de huesos y harapos en una de las orillas. Junto a los

restos óseos, encontró una bota del pie izquierdo y, entre una jaula de costillas, una cadena de plata que sujetaba un afilado colmillo. Tomó Enrique Porta lo que entendió como una especie de amuleto, lo examinó en silencio durante un par de minutos, pensó en un marrajo, tal vez un rape grande, y, a continuación, se lo colgó del cuello.

Ese mismo amuleto se balanceó durante años del cuello de Gustavo Porta, su hijo, así como del de su nieto, también Gustavo. Enrique Porta no solo les dejó a sus descendientes un barco, tierras, un pozo, una buena casa y el amuleto que encontró entre los huesos de un esqueleto, sino que también les dejó la receta del arroz caldoso, la técnica de la salazón, el cómo encontrar las marcas donde se concentra la pesca, las enseñanzas para entender el lenguaje de las mareas, para vaticinar los cambios del viento y, sobre todo, para recorrer los caños y esteros que componen la marisma sin perderse, algo que muy pocos conocen.

VIERNES, 31 DE AGOSTO, 18:52 H

—Yo no descartaría un secuestro —dijo un par de horas antes un tertuliano en un programa de televisión, enmarcado por un plasma en el que se podía ver a un hombre de unos cincuenta años —de pelo canoso, elegante y con gafas negras de sol— entrando en un edificio seguido de media docena de periodistas.

—Indiscutiblemente, Alfonso Peinado, en la actualidad y por motivos que ahora no vamos a recordar, es un hombre señalado y, por tanto, su hija es un claro objetivo —explicó otro tertuliano, de cabeza despoblada, con apenas una hilera de pelo en los laterales.

Y Carmen Puerto se quedó mirando fijamente la pantalla de la televisión, como hipnotizada; escribió la palabra *secuestro* en un pósit amarillo y la envolvió en un círculo rojo. A continuación, escribió *Alfonso Peinado*, con letras mayúsculas, en el encabezado de una página en blanco.

Procuró Carmen que estos nuevos pósits no se entremezclasen con los otros que decoran habitualmente su vivienda, en los que se pueden leer frases como *no olvidar mirar vitro, no olvidar cortar gas, dos vueltas cerraduras o revisar lista compra.*

—¿Tú qué dices? —le preguntó a la reproducción de una sonriente Karen, del pintor neoyorquino Alex Katz, que se encontraba a su espalda, colgada en la pared, entre las penumbras del desordenado salón.

—¿Un secuestro, un secuestro? —se repitió la misma pregunta en más de una docena de ocasiones, mientras se liaba un cigarrillo de tabaco húmedo y recio, Cutter Choice.

Abrió una libreta de pastas verdes por la primera página, y comenzó a repasar todas las anotaciones tomadas hasta el momento, muchas de ellas en pósits de diferentes colores, que se agolpan sin un orden aparente.

Comienza a elaborar un resumen de lo acontecido hasta el momento:

«Desde la noche del 29 al 30 de agosto, Sandra Peinado, de 18 años, hija de Alfonso Peinado; y su amiga Ana Casaño, de 17, —ambas adoptadas y rusas de nacimiento— se encuentran en paradero desconocido. Hoy, 31 de agosto, se cumplen 2 días de su desaparición, sin tener noticias al respecto. Desde el primer momento, se ha convertido en un tema de gran interés social y mediático, ya que Sandra es la hija mayor de Alfonso Peinado, de plena actualidad, en las últimas semanas, como consecuencia de su presunta implicación con el caso de los másteres falsos, que está afectando a numerosos políticos españoles, y muy especialmente a la nueva líder del Partido Nacional: Pilar Ortega.

»En 1998, Isabel Robles y Alfonso Peinado, los padres de Sandra; y Juan Casaño y Elena Suárez, los de Ana, compraron la casa de una familia marinera de Punta del Moral, la cual dividieron, aprovechando que el edificio contaba con dos plantas. Tal y como han reflejado diferentes medios de comunicación, en el pequeño poblado no tardaron en ser conocidos como *los sevillanos*. Posteriormente, en 2012, los primeros vendieron y los segundos alquilaron la casa de la Punta del Moral y compraron dos amplios dúplex en una urbanización cercana, denominada Las Gaviotas, en primera línea de playa.

»El divorcio de los padres de Ana, en otoño de 2015, hace tres años, no ha alterado que sigan pasando los veranos en Punta del Moral, ya que Juan Casaño, no con la frecuencia del pasado, y a pesar de la mala relación que mantiene con la que fuera su esposa, comparte buena parte de las fechas más destacadas con su familia, así como de sus vacaciones estivales.

»Vieron por última vez a Sandra y a Ana unos minutos antes de las dos de la madrugada del 30 de agosto, en el momento de abandonar el chiringuito La Hamaca. Según el testimonio de algunos testigos y de las dos amigas que las acompañaban, aparentemente salieron solas, en dirección al aparcamiento cercano, pasadas las dunas, situado frente al solar donde están construyendo una urbanización de lujo. Recorrieron el camino de tablas de madera agarradas, con sus brazos entrecruzados, según lo narrado por su amiga Alicia. Las dos vestían minifaldas vaqueras y camisetas blancas. La de Ana mostraba un sonriente robot en la parte delantera, y la camiseta de Sandra el escudo de la Universidad de Roma. Las dos, igualmente, calzaban deportivas marca New Balance azules. Las de Ana con el logotipo en rojo, las de Sandra en gris».

«—Sigue con la misma cara de idiota.

—¿Ya os vais?

—Prometemos volver.

—No creo.

—Ya verás como sí». —Imagina Carmen Puerto.

«¿Quién os esperaba al final del camino de madera?» —se pregunta.

«Las chicas contaron a sus amigas; Sara y Alicia, que iban a pasar la noche en casa de Ana y que, a la mañana siguiente, tenían pensado viajar a Marbella, a pasar unos días con el padre de esta. Juan Casaño no recibió la visita de su hija, tampoco le advirtió de su posible llegada. Como tampoco regresaron a la vivienda de la familia de Ana. Ni la madre, Elena Suárez; ni su hermana Raquel, tienen constancia de que las chicas fueran a su casa esa noche, tal y como habían anunciado a sus amigas. Tampoco, aparentemente, utilizaron el coche de sus padres.

»Sus teléfonos móviles tuvieron actividad hasta las 4.21h, en el caso de Sandra Peinado, y hasta las 7.05 h, en el de Ana Casaño».

Este último dato ha variado o ha sido interpretado de diferentes maneras por los medios de comunicación, puede comprobar Carmen Puerto acudiendo a sus anotaciones. Así, en el diario El Mundo se habla de las seis de la mañana, como última hora de actividad, mientras que ABC lo extiende hasta las nueve.

«A las 7.05, alguien leyó el mensaje de WhatApps que la madre de Sandra envió a su hija: *Es muy tarde, ¿dónde estás?*, escribió Elena Suárez, la madre de Ana. Pero no obtuvo respuesta».

Aunque Carmen Puerto no forma parte del equipo que investiga la desaparición de Sandra Peinado y Ana Casaño, le ha sido imposible permanecer al margen de este caso y en un cuaderno de robustas pastas verdes, así como en docenas de pósits, anota todas las pistas e informaciones que trasladan los medios de comunicación. Informaciones, pistas, hipótesis y rumores más que abundantes, ya que la desaparición de Sandra y Ana se ha convertido, desde el primer momento, en un acontecimiento mediático de primera magnitud y ocupa las portadas de los distintos medios de comunicación. Todas las cadenas de televisión cuentan, desde hoy, con enviados especiales en la costera localidad onubense, estableciendo conexiones en directo en los informativos y en determinados programas de actualidad.

En línea con la amplia mayoría de los medios de comunicación, Carmen Puerto le ha prestado una especial atención a la madre de Ana Casaño; Elena Suárez, quien no ha cesado de regalar titulares desde que se produjo la desaparición de su hija y amiga:

El País: «Raquel Casaño denunció a su madre en octubre de 2017».

El Mundo: «La madre de Ana Casaño ha interpuesto seis denuncias contra su marido en los dos últimos años».

ABC: «La mala relación de Ana con su padre propició el divorcio del matrimonio Casaño».

La Vanguardia: «Días antes de desaparecer, Ana Casaño le pidió a su padre vivir con él».

Escribe Carmen Puerto: «Histérica, descontrolada, mala relación con su otra hija, más pequeña que Ana, biológica, se llama Raquel. Y mucho peor aún con su exmarido, Juan Casaño».

Mientras bebe un capuchino muy caliente, recupera un artículo que leyó esta misma mañana, justo en el momento que Jesús —su inquilino de la planta de abajo— levantaba la cancela metálica de su peluquería:

«Basta permanecer junto a Elena Suárez unos segundos para percibir que se trata de una mujer de una fuerte e impulsiva personalidad, que no trata de disimular en ningún momento. En todas sus apariciones públicas, la madre de Ana Casaño se caracteriza por expresarse sin tapujos, sin medir sus palabras, hasta el punto de que, según hemos podido saber, algunos familiares y amigos la han advertido sobre esta circunstancia. Según ha confesado la propia Elena Suárez, se siente "sobrepasada por los acontecimientos" y sin el apoyo del que fuera su marido y padre de su hija, Juan Casaño».

Contempla Carmen Puerto una grabación realizada en la tarde de ayer, 30 de agosto, cuando todavía no habían transcurrido ni veinticuatro horas desde la desaparición de su hija, en la que Elena Suárez atiende por unos segundos a un joven periodista que la aguarda a la salida de su residencia de Las Gaviotas, en Punta del Moral. Con aspecto cansado, ojerosa, despeinada, con su pelo rubio mal recogido en una coleta ladeada y apenas pintada; la madre de Ana Casaño en ningún momento se dirige a la cámara, tampoco busca con la mirada al periodista que le pregunta.

«Lo repito, mi hija no tiene enemigos, ni malas relaciones, ni nada que se le parezca, y quien la tiene retenida la conoce, porque mi hija nunca se iría con nadie que no conoce, lo puedo asegurar. Hay que buscar cerca, muy cerca».

A pesar de su dialéctica atropellada, le sorprende a Carmen Puerto que Elena Suárez no pierda la firmeza, la fuerza, todo lo contrario, cuando insinúa que la persona responsable de la desaparición de su hija es conocida o cercana a su entorno. Con un cigarrillo entre los labios, Carmen repite el visionado de la breve aparición de la madre de Ana Casaño una y otra vez.

«Tiene más pinta de ganas de joder que de otra cosa», reflexiona Carmen Puerto.

El padre de Ana; Juan Casaño, por su parte, trata de esquivar a los medios de comunicación a toda costa. Reproduce Carmen Puerto una grabación en la que puede ver a Juan Casaño mirando fijamente al periodista que trata de arrancarle una respuesta.

«No, no» son las únicas palabras que escapan de su boca.

Algún periodista, con supuesto acceso al círculo más íntimo de la familia Casaño, apunta a que la desaparición de la hija ha elevado la, ya de por sí, agria y complicada relación existente entre los padres. Hasta el punto que, según lo narrado por este periodista, Elena Suárez no ha dudado a la hora de responsabilizar, en cierto modo, a su esposo de lo sucedido, como consecuencia de su «escasa autoridad» sobre la joven. En el programa de televisión *Toda la verdad*, en el que colabora el conocido periodista Pedro Ginés, han llegado a afirmar que Elena Suárez ha tachado a Juan Casaño de «blando, mal padre, sin capacidad para hacerse respetar por su hija».

Carmen Puerto recupera un tuit del propio Pedro Ginés, en el que se puede leer: «*Ana Casaño pasó los últimos meses sometida a una gran tensión, tal y como nos han informado nuestras fuentes #ChicasDesaparecidas #SandraYAna #TodaLaVerdad*».

—Valiente hijo de puta —le recrimina Carmen Puerto y se gira hasta enfrentar su mirada a la *Karen* de Alex Katz—. Pero nada de lo que nos tengamos que asustar, ¿verdad? ¡A este buitre lo

hemos visto comiendo basura más podrida!

Carmen escribe en un pósit *familia Peinado*, y lo pega en la parte superior de una página en blanco de su libreta de pastas verdes.

—Joder, si los padres de una están fatal, los de la otra no se quedan atrás —dice Carmen al tiempo que despliega sobre la pantalla fotografías de Isabel Robles y Alfonso Peinado, los padres de Sandra, así como de su hermano menor, Jesús.

Isabel es una mujer de gesto serio, triste más allá de las circunstancias actuales, pelo muy corto y negro, menuda de cuerpo, más bien baja. «Está como ausente, abarrotada de *pastis* parece», escribe Carmen. Alfonso Peinado es un hombre canoso, cabellera completamente blanca, atractivo, muy elegante, su aspecto exterior transmite mesura, educación, higiene, incluso. Tiene *su aquel*. Jesús Peinado, hijo biológico, no guarda un gran parecido con sus padres. Es muy alto, delgado, moreno y tiene catorce años.

Alfonso Peinado es actualmente una de las personas más conocidas en España, y no solo por la desaparición de su hija, sino también por su supuesta implicación en la trama de los másteres falsos que salpica a la práctica totalidad de la clase política española y, muy especialmente, a la líder del Partido Nacional, Pilar Ortega.

—Esto lo dejamos para después —le comunica a *Karen*, al tiempo que abre la cuenta de Instagram de Ana Casaño.

Especialmente activa en las redes sociales en los últimos tres años, anota Carmen en su libreta aquellas apariciones o comentarios más llamativos que pudieran guardar alguna relación con el caso. Aunque con cuentas en Twitter, Snapchat y Facebook, es en Instagram donde la joven tiene una mayor presencia. Decenas de imágenes sugerentes, posados con diminutos bikinis, desfile de besos e insinuaciones. Encuentra Carmen Puerto en las fotografías no solo un acto de rebeldía o de exhibición, también de venganza hacia sus progenitores, confirmando la mala relación existente, tal y como apuntan diferentes medios de comunicación, así como las propias acciones y manifestaciones de ellos mismos en las últimas horas.

Se centra Carmen Puerto en determinadas imágenes que han captado su interés, por uno u otro motivo. En una aparece Ana cubierta por un pequeñísimo bikini negro, abrazada a un joven con el brazo derecho tatuado, unos diez años mayor a simple vista, deduce. Bajo la imagen se lee: «Sí, puedo». Hay dureza en los ojos de Ana, desafío, reconoce Carmen, que amplía la imagen valiéndose de su Ipad. Es una fotografía de ese mismo verano, del pasado 28 de julio.

Otra fotografía que le ha llamado la atención a Carmen Puerto nada más verla es un primer plano de la mitad del rostro de Ana, desde la nariz a la frente, apoyada en el pecho de un hombre que lleva colgada una estrella de mar, de lo que parece plata. Por mucho que la amplía y examina, Carmen solo puede deducir que se trata del pecho, desnudo y depilado, de un hombre joven. No comenta Ana esta fotografía, subida el 5 de agosto de este mismo año. Cuenta con 345 *me gustas* y 15 comentarios; alabanzas a la belleza de la chica, en su mayoría. En ninguno de ellos hay referencia alguna al propietario del colgante.

Sandra Peinado, por su parte, apenas mantiene sus redes sociales. En su Instagram tiende a cobijar imágenes de viajes familiares, célebres monumentos de Roma, Londres, París o Lisboa. En su Facebook, la inactividad aumenta de forma considerable: no ha colgado una fotografía, enlace o comentario desde el 11 de marzo de 2017, cuando compartió el videoclip de una canción titulada *La llamada*, compuesta e interpretada por Leiva.

Comprueba Carmen Puerto que, como es lo habitual en estos casos, tras la desaparición de las dos chicas se han sucedido toda clase de informaciones —buena parte de ellas contradictorias—

en los medios de comunicación. El diario *El País*, en base a una supuesta declaración de Elena Suárez filtrada por la policía al citado medio, señala que la aparición de una sudadera gris, con la que Ana salió de casa, cuestiona las declaraciones de la madre y hermana, las cuales coinciden en que la chica no regresó. Carmen Puerto considera que también puede ser, por otra parte, la prueba más evidente de que Ana Casaño nunca se llevó la prenda.

Carmen Puerto reconstruye los hechos, incorporando los horarios que han ido aportando los diferentes testigos. Según Elena Suárez: «Sandra llegó a casa sobre las 19:30 h, y durante un rato estuvieron escuchando música, pintándose y probándose ropa, como es lo habitual, hasta que se fueron a las 20:15 h». Elena Suárez se desmarca de la información vertida por algún medio de comunicación, que relata la acalorada discusión que mantuvieron Ana Casaño y su hermana Raquel, esa misma tarde, que estuvo muy cerca de «llegar a las manos», como concreta una publicación digital.

«—Que no te amargue otra noche, Anita, que no te amargue otra noche.

—Perra eres, qué perra eres.

—Solita, solita como siempre, pero es lo normal, no hay dios que te aguante, hermanita». —Imagina Carmen.

Alicia y Sara, las amigas con las que compartieron la noche del 29 al 30 de agosto, coinciden en que Sandra y Ana abandonaron La Hamaca unos minutos antes de las dos de la madrugada.

«—¿Adónde vais?

—A ti te lo voy a decir». —Recrea en su mente Carmen.

Elena Suárez, aun negando la bronca de esa tarde, confirmó a un reportero de *El Mundo* que las discusiones entre las dos hermanas eran muy frecuentes, hasta el punto de convertirse en un elemento rutinario de su vida familiar: «Dos adolescentes conviviendo bajo el mismo techo; dos hermanas, dos chicas, y tan diferentes, tan diferentes en todo… ¿Quién no ha pasado por esa etapa? Cualquier madre sabe de lo que estoy hablando».

Recapitula Carmen las declaraciones realizadas por Elena Suárez a los diferentes medios de comunicación. Aunque se la cita como el origen, como la persona que introduce la ya célebre sudadera gris —con capucha y con *Nueva York* serigrafiado en la zona central— como la prueba más evidente del regreso o no de las chicas al apartamento, Elena Suárez no la ha mencionado en ninguna de sus apariciones públicas.

—¿Qué coño es esto de la sudadera? —pregunta Carmen Puerto. *Karen* no responde.

Carmen Puerto —desde su premeditado aislamiento y con las pocas herramientas con las que cuenta: su intuición, sus libretas y la conexión a Internet—, completamente sola, analiza la desaparición de Sandra y Ana como si se tratara de un caso que le han asignado desde el primer momento. Cuando la realidad es que Carmen Puerto lleva casi tres años alejada (ella entiende que apartada) del cuerpo de policía. Meses después de la resolución del caso conocido como el *Amante Ácido*, Carmen padeció una gran crisis que le obligó a estar recluida varios meses en un centro psiquiátrico de la Costa del Sol. Apenas recuerda nada de aquel periodo de desconexión, solo algunos *flashes* aislados que no le sirven para hilvanar su propia historia de ese tiempo.

Cuando sintió que comenzaba a volver a ser ella misma, cuando empezó a reconocerse en el espejo, pero también en el pensamiento, optó por volver al lugar donde lleva recluida los últimos años: a su casa de dos plantas, fachada estrecha, rectangular y rematada por una azotea, ubicada en la calle Padre Pedro Ayala en el barrio de Nervión, en Sevilla. Una zona muy tranquila, familiar, con aspecto de pueblo en la mayoría de sus calles, próxima a la antigua fábrica de cerveza Cruzcampo. Pero también próxima a la estación de tren de Santa Justa, a menos de 10

minutos a pie; muy cerca, igualmente, de la *SE30*, que conecta con Cádiz, Huelva, Málaga y Córdoba, y a menos de 10 minutos en coche del aeropuerto de San Pablo. Un lugar perfecto para esconderse, para sentirse a salvo, y para escapar, si le fuese necesario.

La planta baja de la casa de Carmen Puerto la ocupan la puerta de entrada —tras la que se encuentra la empinada escalera que conduce a su vivienda—, y la peluquería de caballeros de Jesús Fernández Cortés, su particular inquilino y su único vínculo con el mundo exterior.

EL CONFIDENTE (17/07/18)

—¿Está cómodo?

—Sí, estoy cómodo.

—Cuando quiera, empezamos. Le recuerdo que voy a grabar la conversación.

—Entendido.

—¿Desde cuándo conoce a Alfonso Peinado?

—Pues desde hace más de treinta años, desde la facultad, fuimos compañeros de carrera. Y muy amigos desde el principio. Amigos de verdad.

—Ya.

—Como antes le he dicho, esto no lo hago por dinero…

—A mí me da igual por lo que lo haga.

—Pero yo quiero que conste.

—Continúe, por favor.

—Desde el principio, Alfonso lo tuvo muy claro. Yo no digo que empezara a salir con Isabel, la que ahora es su esposa, por interés, no llegaría a tanto… Pero que una vez que se dio cuenta quien era el padre, que era un diplomático muy bien posicionado, embajador en un montón de países, sí lo utilizó a su conveniencia. Eso sí lo tengo más que claro.

—Explíquese.

—Si tan jovencito fue jefe del gabinete de Antonio Osorio, el que fuera ministro de Industria entre 1994 y 1997, fue porque se ganó a su suegro para que lo recomendara. Según me han contado, llegó a estudiarlo antes de conocerlo para, al tenerlo delante, ser de su completo agrado. Pretendía ser su clon, pero en joven. Siendo, como era, un roquero —porque Alfonso era un roquero—, empezó a escuchar ópera, a ver procesiones de Semana Santa y a ir al *ballet* nada más que porque al suegro le gustaba. Normal que lo recomendara.

—¿Eso es tal y como está contando?

—Y tanto que sí. Muchas veces, cuando se tomaba dos copas, bromeaba Alfonso diciendo que tenía a su suegro comiendo de su mano.

—¿Qué más puede contarme de esa época?

—Por lo visto se metió en algunas licitaciones y concursos públicos que estuvieron investigados, aquí le traigo una carpeta con recortes de prensa de la época para que pueda comprobarlo, y poco después dejó el ministerio y empezó a trabajar con Germán Toro, el de ADISA. A los tres o cuatro meses, me llamó para que me fuera a trabajar con él, a echarle una mano en lo de la fundación.

—Háble me de la fundación.

—Tanto Toro como Alfonso, lo tuvieron muy claro desde el principio. El objetivo no era otro que reclutar y formar a los que habrían de ser los nuevos dirigentes políticos y sociales de nuestro país, además de desgravar una considerable suma de dinero, como usted comprenderá. Toro lo solía repetir mucho: «El dinero no tiene ideología».

—¿Reclutar?

—Sí, en un primer momento, reclutar, literalmente. Empezamos por casi cincuenta jóvenes; de las juventudes de los partidos políticos, de los sindicatos, jóvenes empresarios, gente que

empezaba a destacar por su talento. La verdad es que dimos con la tecla desde el principio, porque en muy poco tiempo los másteres de la Fundación ADISA y de la Universidad Internacional alcanzaron gran popularidad y prestigio. Tanto fue así, que pasamos de reclutar a seleccionar. Muchas empresas, así como administraciones, requerían de los servicios de los chavales que habían cursado nuestros másteres.

—Y Toro comenzó a ganar muchos concursos públicos, ¿no?

—Prácticamente todos, sí, prácticamente todos. Si es que algunos concursos llevaban la firma de muchos de nuestros alumnos. Le recuerdo que llegamos a tener un presidente de comunidad autónoma, ya sabe.

—Sí, ya sé.

—Pero ese subidón que pegó no se vaya a creer que fue tan positivo, no. Creció demasiado en muy poco tiempo y lo acabó pagando, como es lógico, cuando llegó la época de las vacas flacas y el ladrillo se fue a la mierda.

—¿Qué sucedió entonces?

—Pues que Alfonso estuvo muy hábil y consiguió que invirtieran en ADISA. Dinero venido de fuera.

—De México, Alejandro Jiménez, ¿verdad?

—Eso es.

—Háble me de eso.

—Si no le importa, me tomo un café y continuamos.

—De acuerdo.

SEVILLA, 31 DE AGOSTO

Carmen Puerto se esfuerza en disimular que no le afecta la cercanía de la pistola que le apunta directamente a la cabeza. Del mismo modo se comporta con el hombre que sujeta el arma. No quiere mirarlo, no quiere transmitirle su miedo, miedo real. El corazón le late desbocado, como si pretendiera escapar de su pecho.

No alcanza Carmen Puerto a comprender cómo sucedió, cómo dejó de perder de vista a este hombre que ahora le apunta. Todo sucedió muy rápido.

Carmen Puerto aparcó su vehículo a pocos metros de la dirección que llevaba anotada, en el final de una solitaria calle. Una casa de una planta, de techo rojo, destartalada y plagada la fachada de desconchones y humedades. Con sus dos ventanas cerradas y una puerta de hierro pintada de un marrón oscuro, apagado y feo, no podía ver Carmen Puerto lo que le aguardaba tras ella.

Se detuvo a un par de metros de la vivienda y giró la cabeza para cerciorarse de que nadie la observaba. Buscó su arma reglamentaria en la parte más baja de su espalda, aplastada a sus riñones. Envolvió la culata en su mano y retiró de un golpe seco y preciso el seguro.

—Vamos —dijo tan bajo que apenas se escuchó.

Con la punta del pie izquierdo terminó de abrir la hoja de la puerta y con un movimiento ágil accedió a un portal mal iluminado y con olor a gato y a moho, que desembocaba en una puerta enrejada y cerrada, a diferencia de la que había dejado atrás. Dos aldabonazos, secos y potentes, a los que nadie respondió. Carmen Puerto no se lo pensó. Miró hacia atrás, tal vez para confirmar que no había testigos, antes de abrir la puerta de una sola patada. No ofreció la menor resistencia.

—Joder —resopló.

Ante ella una mugrienta, húmeda y oscura habitación cuadrada en la que se apilaban sin ningún orden, al menos aparente, cajas de cartón, garrafas de aceite y vino, voluminosos tacos de periódicos, un aparador colmado de discos, crucifijos y también por una Virgen de túnica azul y llamativa corona dorada, protegida por una urna de cristal. Sin embargo, el elemento que captó la atención de Carmen Puerto fue una máquina de juegos, un comecocos Pac-Man, justo a la derecha, entre el aparador y una puerta que daba acceso a lo que parecía un pasillo.

A continuación, se dirigió a la puerta que tenía más a su izquierda, y que le condujo a lo que una vez fue una cocina. Con el paso de los años, los abandonos y el almacenaje, se había transformado en un infecto laberinto de bolsas de basura amontonadas, estanterías destartaladas y vencidas, platos mellados y vasos ennegrecidos cubriendo lo que supuso el fregadero. Muy cerca, cubas de color azul, de considerable tamaño, apiladas, se extendían desde el suelo hasta el techo. Por un segundo, al ver las cubas, Carmen pudo ver los miembros seccionados de Verónica Caspe, Rocío Altamirano y Lucía Sánchez, las tres mujeres asesinadas en el caso que la prensa tituló como el *Amante Ácido* y que tanta mella, tanto daño, le provocó.

Tras una rápida inspección visual, Carmen Puerto se dirigió a la puerta junto a la máquina recreativa. Conducía al comienzo de un pasillo tan oscuro que era imposible calcular ni su profundidad, ni lo que se podía encontrar en su extremo más alejado. Carmen Puerto activó la linterna de su teléfono móvil y lo primero que descubrió, a la altura de sus ojos, fueron tres cuadros colgados en la pared. Creyó reconocer, en primer lugar, una reproducción de San Jorge, montado en su caballo; tal vez se tratara de San Sebastián, el representado en la segunda imagen;

para concluir con un San Juan Bautista con los pies dentro del agua, bautizando a un Jesucristo apenas cubierto por un trapo blanco y arrugado.

Encontró Carmen una puerta que daba acceso a una habitación, un dormitorio, donde solo encontró un colchón, cuajado a lamparones, como un sarampión de suciedad, junto a una enorme caja de cartón. Se dirigía Carmen hacia la caja cuando un sonido lastimoso, un gemido, breve pero intenso, de verdadero dolor, reclamó su atención. Con la pistola en alto regresó al pasillo y prosiguió recorriéndolo. Apenas caminó un par de metros, cuando descubrió otra puerta tras una reproducción de un San Pedro, de frondosa y algodonada barba blanca. Una imagen que le empujaba directamente a su infancia, a la casa de su abuelo paterno, quien contaba con una estampa similar en el comedor, sobre un aparador de patas retorcidas y tablero de mármol gris y blanco.

—¿Quién hay? —trató Carmen de preguntar con firmeza, sin pretender exteriorizar el desconcierto que la invadía.

Después de unos segundos de completo silencio, escuchó de nuevo el dolorido gemido. Como si alguien se lo hubiera indicado en ese preciso momento, Carmen Puerto derribó la puerta de una patada. Tras ella, tumbada sobre una cama con cabecero de metal, Marcia Guerra, la chica que asesinaron en Málaga en 2012. La protagonista del caso que Carmen Puerto más lejos ha estado de resolver. A pesar de los años transcurridos desde entonces, todavía no se ha detenido a ningún sospechoso ni se cuenta con ninguna línea fiable de investigación. De momento, por el momento, caso cerrado.

Marcia se encontraba atada de pies y manos, y de las numerosas heridas que cubrían su cuerpo manaba una sangre densa, cobriza y lenta, que goteaba a la velocidad de la miel sobre las baldosas del suelo. Carmen creyó que sus ojos permanecían abiertos y, de un salto, se plantó a su lado en cuclillas, y comenzó a desatar los nudos que la apresaban.

Quiso sentir Carmen calor, un temblor, un signo de vida en aquellos brazos delgados y solo un escalofrío encontró. Aun así, se afanó Carmen en liberarla. Cuando quiso darse cuenta, el cañón de una pistola le oprimía la nuca.

—Ponte de pie —le ordenó una voz grave, sonora, poderosa…

—¿Quién eres?

—Que te levantes.

Carmen obedeció.

—Sal, sal a la calle.

Nada más abandonar la vivienda se dirigieron a una plaza cercana en la que jugaban más de veinte niños en un parque infantil, rodeado por una valla metálica pintada de azul y amarillo. Un grupo de madres y apenas un par de padres rodeaban a los niños, sin prestarles atención, entregados a sus conversaciones.

—¿A dónde me llevas? —Carmen preguntó.

—Camina. —Fue la respuesta.

—Eso está lleno de niños, ¿qué vas a hacer?

Habría querido Carmen revolverse, intentar una acción desesperada, casi suicida, que impidiera que siguieran acercándose a los pequeños, pero le fue imposible. Bloqueada, solo pudo Carmen Puerto girar levemente el cuello hacia la derecha y decirle al hombre que le apuntaba:

—Lo que vayas a hacer, hazlo ya, ahora, aquí —quiso Carmen que tuviera la sonoridad de una exigencia, de una orden, pero sus palabras tuvieron el sonido de una súplica.

—No estás en disposición de pedir nada —inalterable, le respondió.

A tan solo cinco o seis metros del parque infantil, una niña rubia y muy delgada, con la cara alegre de pecas y nariz respingona, se percibió de la llegada de la extraña pareja y se lo hizo saber a todos:

—Mirad —gritó, y todos los niños, madres y padres miraron a Carmen Puerto, que se dirigía hacia ellos, en primer lugar y con los brazos levantados.

Creyó descubrir la policía entre los niños a antiguos compañeros de parvulario, de los primeros cursos en el colegio. Como un eco del ayer, sus caras y voces le resultaron conocidas, familiares.

—¿Pasa algo? —se interesó una madre, nada más descubrir el gesto de terror e incredulidad que se expandía sobre el rostro de Carmen Puerto.

—¡Tiene una pistola! —gritó un niño, y señaló el arma apoyada en la espalda de la policía.

—Venid y os la enseñaré, venid…

—¡No! —gritó Carmen, pero no sirvió de nada.

De un violento y seco empujón, cayó de rodillas sobre el suelo. Los niños, acompañados de sus madres, comenzaron a rodear a Carmen Puerto, a quien le era imposible disimular el asombro provocado por la insólita reacción que contemplaba. Volvió a sentir el cañón de la pistola en su nuca y, por primera vez y como nunca en su vida, tuvo constancia de que estaba a punto de morir.

—Déjame que lo haga yo —solicitó un niño moreno de flequillo amplio y desmelenado, de unos nueve años.

—¿Joaquín, eres tú? —alucinada y desesperada, preguntó Carmen nada más tener enfrente al que fue su compañero de colegio: Joaquín Sánchez Osorio.

—Me encantaría hacerlo a mí —dijo una niña de no más de ocho años.

—¡Elena! —gritó Carmen.

—Que levante la mano quien quiera hacerlo —propuso una mujer, vestida de cuero de pies a cabeza.

—¡Señorita Luisa! —gritó de nuevo Carmen.

Y todos los niños, también todos los adultos, sin excepción, levantaron una mano, como poco, porque hubo incluso quien levantó las dos.

En ese preciso momento comenzó a sonar el *Back in black* de *AC/DC* y Carmen Puerto, como si alguien le señalase lo que debía hacer, mecánicamente, rastreó con su mano derecha la mesita de noche, a la caza y captura de su móvil, responsable del estruendo, sobre un libro de poemas de Dylan Thomas.

VIERNES, 31 DE AGOSTO. 18:57 H

Cuando llamaron a los padres de Sandra Peinado y Ana Casaño para solicitarles mantener un primer encuentro, les respondieron que necesitaban tan solo unos minutos; «con media hora es suficiente», dijo Juan Casaño.

Quince minutos después, Jaime Cuesta recorre muy despacio el camino de tablones de madera que va desde el aparcamiento —situado junto al conjunto residencial de lujo que están construyendo— hasta La Hamaca, el chiringuito de playa en el que vieron a Sandra Peinado y a Ana Casaño por última vez. Es la cuarta vez que lo hace, y en cada recorrido ha tratado de encontrar y examinar detalles diferentes. Las aperturas laterales, algún rastro en la madera, ramas rotas, un indicio, una señal. Pero no encuentra nada.

Julia lo espera sentada es una silla de plástico, bajo el cañizo de la parte delantera de La Hamaca, lo más lejos posible de los clientes, que se concentran fundamentalmente en la zona *chill out*. Algunos, descalzos, bailan sobre la blanca y esponjosa arena.

Mira Julia hacia la barra, atendida por una chica morena muy guapa, con *piercings* en nariz y labio, y trata de imaginar a Sandra y a Ana en ese mismo lugar. Vestidas de verano, con minifaldas vaqueras, camisetas desenfadadas y el pelo enmarañado de salitre, sonríen, se divierten junto a sus amigas. Y entonces suena el teléfono de una de ellas y se dirigen hacia el aparcamiento, donde alguien las espera. Pero esa no es la realidad, porque en el registro de la actividad de sus teléfonos móviles no aparece ninguna llamada, ni de entrada ni de salida, entre las 22 h del miércoles, 29 de agosto, y las 2 h del jueves, 30 de agosto, cuando las vieron abandonar el establecimiento.

—Cuando hablé con la dueña del *chiringo*, me dijo que no me podía asegurar exactamente si estuvieron esa noche. Le sucede lo mismo que a los de El Cuchitril; siempre están aquí y cree que lo lógico es que estuvieran —dice Miguel Castro, tras regresar del aseo y departir brevemente con una conocida que lo ha saludado muy afectuosamente.

—Imagino que también la conoces; a la dueña de esto, digo —se interesa Julia, que no puede evitar dedicar una mirada a la entrepierna de Miguel: no ha subido la cremallera de los tejanos.

Sonríe Miguel antes de responder, se ajusta las gafas de sol y toma asiento junto a la subinspectora.

—Los que aquí tenemos más o menos la misma edad, nos conocemos todos. Paula estaba en un curso superior o inferior en el instituto, no lo recuerdo. Muy buena tía, sí… A su hermano lo conozco más —explica Miguel, al tiempo que enciende un cigarrillo.

—¿Es del pueblo o es *pantera*? —pregunta entre risas Julia.

Ríe Miguel a carcajadas, dejando a la vista una dentadura blanquísima y geométrica, como sacada del anuncio de una clínica dental.

—¡*Pantera* no, *puntera!* Y no, es del pueblo, que no es lo mismo que ser del *pueblico*. Aquí no solo tenemos esa musiquilla hablando que tanta gracia hace a la gente de Madrid, también tenemos nuestras propias palabras —explica Miguel.

—¿Cómo cuáles?

—Muchas, vamos a ver… —Se toma unos segundos antes de responder— Muchas son por la cercanía con Portugal, como *bolacha, fechadura, longuerón, meriñaque, alburracas*…

—¿Eso qué es? —sorprendida, entre risas, pregunta Julia, que no puede dejar de mirar los ojos de Miguel.

—Las medusas, las medusas…

Jaime, que está a punto de concluir su quinto recorrido por el camino de madera, desde la distancia ve a Julia y Miguel intercambiar sonrisas. No puede evitar que sea una situación molesta, inexplicablemente desagradable.

—¿Nos tomamos un copazo, ya que estamos, o seguimos *currando*? —pregunta en voz alta. No pretende que sea una broma.

—Yo soy más de chupito —reacciona Julia, asombrada y enfadada al mismo tiempo.

Jaime, con la vista puesta en el océano que tienen a escasos metros, tras una inmensa playa de gruesa arena blanca, por no querer centrarla en Julia, se dirige a Miguel.

—¿Quién está haciendo la construcción esa de ahí? —Y señala hacia la grúa que asoma entre las dunas.

—Playa Alta, la constructora que se ha quedado con todo por aquí. Solo ellos pueden construir en la playa —responde.

—¿Sabes quién es el dueño?

—Es un grupo empresarial alemán, o eso es lo que siempre se ha dicho.

—¿Estás pensando en una posible relación de Alfonso Peinado con la constructora, a través de ese mexicano para el que trabaja? —pregunta Julia.

—No debemos obviar ninguna posibilidad.

—Nunca he oído hablar de un mexicano, hasta lo que yo sé —dice Miguel.

—De ese tío, del tal Jiménez, nunca se oye hablar, pero está metido en todos sitios —responde Jaime. Le viene a la memoria parte del sumario de los supuestos másteres falsos y de las conexiones de Jiménez, el millonario mexicano, al que se le relaciona con el narcotráfico y que en los últimos años cada vez tiene más presencia en España.

Anota Julia en su Ipad la sugerencia de Jaime. Por un instante se ve reflejada en la pantalla de la tablet. El rubio de su pelo se ha reducido, «*me vendría bien un rato de peluquería*», piensa.

—Toda esta zona se rastreó ayer y no encontramos nada — dice Miguel, mientras se dirige hacia Jaime, que parece no prestarle la menor atención.

—¿Me acompañáis? —pregunta Jaime, y camina hasta la barra—. Vamos a hacer lo que creemos que ellas hicieron: estaban aquí y por lo que fuera decidieron irse, a eso de las dos de la madrugada. Por favor, seguidme —dice a la vez que comienza a recorrer de nuevo el camino de tablones de madera, que se abre paso entre las dunas.

—Todos los testimonios afirman que las vieron salir solas — recuerda Julia.

—Eso es.

—Irían andando por aquí, como vamos nosotros ahora mismo —deja de hablar Jaime cuando descubre la presencia de dos chicas y un chico que vienen de frente—, seguramente mirando sus teléfonos móviles, como estos chavales que acaban de pasar en dirección al aparcamiento, como estamos haciendo nosotros —se gira Jaime, para comprobar que Julia y Miguel lo siguen.

—Todo eso está claro. —Asiente Julia.

—Y alguien los estaría esperando aquí, seguro, todo apunta a eso, porque la teoría de que una de las dos condujera, como que no termino de verla clara —dice Jaime, ya en el aparcamiento de grava y tierra. A la derecha, tras una zona de dunas y retamas, la urbanización en la que pasan los veranos las dos chicas con sus familias; Las Gaviotas, a no más de 300 metros. A la izquierda, la urbanización exclusiva que se encuentra en fase de construcción, apenas han excavado el hueco de la futura piscina, han levantado la planta baja, los cimientos y la entrada a lo que será el garaje.

—Quiero que hablemos con el encargado de obra; necesitamos saber si han rellenado algún hueco en los últimos días — solicita Jaime, sin apartar la mirada de la altísima grúa.

—Me ocupo —responde Miguel.

—Solo tuvieron que escoger entre dos posibilidades: ir hacia izquierda, en dirección a Isla Canela, a algún bar de la zona, y luego seguir para el pueblo, o ir hacia la derecha, hacia Punta del Moral —detalla Julia.

—A esa hora solo está abierto en el centro comercial, La Escuela, y por allí nadie las vio esa noche, nadie —interviene Miguel.

—Izquierda o derecha, solo dos opciones —reitera Jaime, girando la cabeza en ambas direcciones.

—No, hay más —le contradice Miguel.

—¿Más?

—Claro, aquí hay más. Cabe la posibilidad de que se embarcaran en el puerto deportivo o que las estuviera esperando una lancha o una moto de agua en la playa, eso no es tan raro por aquí. Muchos chavales iban a la discoteca de Vila Real en patera para evitar los controles de tráfico hasta no hace tanto —advierte Miguel.

—¿En un barco? —pregunta Jaime.

—En un barco o en cualquier cosa que flote —especifica Miguel.

—¿Tú crees?

—¿Por qué no?

Muy cerca, deciden ir andando hasta la urbanización Las Gaviotas. Se trata de un complejo de edificios multicolor con predominio de los tonos ocres, tres plantas de altura, amplias zonas ajardinadas y una piscina con forma de alubia. Los reciben en la vivienda de la familia Casaño, y además de los cuatro padres, están presentes Jesús, el hermano menor de Sandra; y Rafael Holgado, un hombre grueso y sudoroso, que mal cubre la calvicie con largos y aplastados mechones de pelo, y que ejerce como portavoz de la familia Peinado ante los medios de comunicación.

Tras presentarse, indicándoles su rango y procedencia, Jaime, apoyándose en esa simpatía comercial y protocolaria que exhibe en situaciones similares, les comenta que se trata de una reunión «casi informal», con la que pretenden seguir avanzando en lo que consideran como el gran y único objetivo que se han marcado, y que no es otro que el de «encontrar a sus hijas con vida».

—No vamos a insistir en las preguntas que ya les han formulado cien veces, solo queremos saber si han recordado algún detalle, algún comentario que no nos hayan comunicado — sugiere Jaime, y gira la cabeza buscando la mirada de todos los presentes.

—A mí, la verdad, es que me da miedo contar lo que sea, porque que dijera que creía que se había llevado la sudadera, como casi siempre suele hacer, se ha interpretado como que estoy mal de la cabeza, que soy una histérica, que no me ocupo de mi hija y yo no sé qué más —comienza a hablar Elena Suárez, la madre de Ana Casaño, con ese mal genio permanente que muestran los medios.

—Lo que digan los periódicos no cuenta —le responde Julia.

—Cuenta y no cuenta —replica Elena Suárez.

—Nuestras hijas no se han ido por decisión propia, no se han fugado —dice Alfonso Peinado.

—Como bien ha señalado mi compañera, no debemos conceder ninguna importancia a lo que aparezca en los medios de comunicación —insiste Jaime, y la cara de Alfonso Peinado se

contrae, escenificando desacuerdo.

Isabel Robles, la madre de Sandra, permanece en completo silencio, como ajena a la conversación, ocupando un lugar secundario y retirado en un rincón del salón. Juan Casaño, el padre de Ana, se limita a asentir sobre lo que escucha, pero sin participar directamente.

Tras unos minutos de densa conversación, nada fluida —en la que los padres han insistido, una y otra vez, en las informaciones aparecidas en los medios—, Jaime Cuesta les pide poder visitar los dormitorios de las chicas, a lo que han accedido sin oponer la menor resistencia.

El dormitorio de Ana Casaño se encuentra en la parte superior del dúplex familiar. Es un espacio semiabuhardillado, con un amplio ventanal en la zona con más pendiente del techo, y escaso mobiliario: una cama con edredón de flores rojas y verdes, una diminuta mesita de noche de un solo cajón y un armario de dos puertas.

—Pueden mirar lo que quieran —les ofrece Elena Suárez.

—Gracias —responde Julia al tiempo que se ajusta dos guantes azules de látex.

—¿Tablets, ordenadores? —pregunta Jaime.

—Aquí no se trajo nada, con el móvil le basta. Los de casa ya los tienen sus compañeros —responde Elena Suárez.

—Esta mañana los han recogido —dice, al fin, Juan Casaño.

No encuentra nada significativo Julia en los cajones ni en el armario de Ana Casaño, tampoco bajo la cama. Se lo hace saber a Jaime con una mirada.

—¿Pasa aquí mucho tiempo? —pregunta Jaime.

—Lo normal, no sé, tampoco es de estar mucho en casa, la verdad —responde Elena Suárez.

Mantiene Sandra Peinado el dormitorio de la infancia, es muy fácil de deducir. Saturación de rosas, montaña de cojines con princesas Disney y una enorme casa de muñecas, con evidentes síntomas de abandono.

—Lo hemos ido dejando y como ella no dice nada… Tenemos pendiente cambiarle el dormitorio —explica Alfonso Peinado, tras descubrir el gesto sorprendido de Julia Núñez.

Sobre la cómoda, ocho fotografías de Sandra Peinado cuando era una niña; en la mayoría de ellas aparece vestida de *ballet*. La de mayor tamaño muestra a una Sandra, de no más de 10 años, con un vaporoso tutú blanco, muy feliz, radiante, de la mano de su madre, que muestra similar felicidad. Le llama la atención a Jaime la imagen de Isabel Robles, la antítesis a su aspecto actual; en nada parecido al ofrecido en la fotografía.

—Aquí solo tenía una tablet que ya se han llevado sus compañeros —se anticipa Rafael Holgado, el portavoz familiar, que hasta el momento ha permanecido en silencio.

El examen al que somete Julia al armario, cómoda y mesita de noche de Sandra Peinado depara el mismo resultado que el de Ana Casaño: ningún hallazgo relevante, nada que puedan considerar significativo.

- En tanto, instalada en la oscuridad reinante, Carmen Puerto crea un archivo titulado *Máster*, en el que empieza a almacenar todos los enlaces, comentarios y fotografías relacionadas con el caso de las titulaciones académicas falsas, en el que también está implicado Alfonso Peinado. Una trama que descubrió el periodista Ignacio Catedral, de la cual el pasado 20 de julio publicó las primeras informaciones. Hasta el momento, ha sido tal la repercusión del caso que se ha llevado por delante a la ministra de sanidad y al vicerrector de la Universidad Internacional, por su supuesta relación. Sin embargo, a pesar de que las

acusaciones que recaen sobre la presidenta del Partido Nacional, Pilar Ortega, son más graves —e incluso evidentes—, ella se mantiene en su puesto, al que llegó a mediados del mes de junio, tras una dura pugna con el candidato oficialista, Pedro Huertas, quien fue designado por el anterior presidente de la formación, Nicolás Duque. Además de a los citados, el caso de los másteres falsos afecta a representantes de todos los partidos políticos, a algún líder sindical, a varios empresarios y a otras personalidades relevantes del escenario sociopolítico español.

El pasado 6 de agosto de 2018, veintitrés días antes de la desaparición de su hija Sandra, Alfonso Peinado apareció en las portadas de todos los periódicos de tirada nacional. En resumen, el titular que acompañaba a la imagen era el siguiente: «El gerente de la Fundación ADISA financió la cátedra que otorgaba los másteres investigados».

Le cuesta a Carmen encontrar información de Alfonso Peinado anterior a su paso por el Ministerio de Industria, como jefe de gabinete. Es como si no hubiera existido hasta ese momento. Tampoco tiene muy claro Carmen cómo se produce el encuentro con Germán Toro, el empresario para el que trabaja. Entiende Carmen que tuvo lugar durante su etapa ministerial; la empresa de Toro aparece con frecuencia en el listado de empresas que ganan concursos públicos de la Administración. «Favores devueltos», escribe.

—Oye, Siri, ¿tú qué coño sabes de Alfonso Peinado? —le pregunta a su iPhone.

—No entiendo «tú qué coño sabes de Alfonso Peinado», puedo buscarlo en Internet, si quieres —le responde el dispositivo con una robotizada voz de mujer.

—Déjalo, guapa, no te marees, ya lo hago yo. *Karen,* esta muchacha nunca tiene idea de nada, pero de nada. —Y Carmen enciende un cigarrillo.

Fuma enérgicamente, se muerde las uñas, se arranca un padrastro ayudándose de los dientes. Mira la palabra *secuestro,* escrita con letras mayúsculas y envuelta en una circunferencia roja en su cuaderno.

—Por ahí no es, por ahí no es —se repite, y comienza a abrir fotografías de Sandra y Ana en la pantalla del ordenador.

«El secreto del suelo crece a través de la mirada», recita Carmen.

- Una cena ligera, en la cafetería del hotel, antes de encerrarse en sus respectivas habitaciones. Julia, ya en la cama, abre la aplicación de Tinder. No hay respuestas. Se piensa por un instante escribir algo, pero no lo hace. Durante unos segundos, la imagen de Miguel Castro se cuela en su cabeza. «Un polvo tiene», piensa. Pero le es imposible recrear la situación mentalmente. 128 mensajes en el grupo de WhatsApp del gimnasio: un grupo compuesto solo por mujeres. Comentarios sobre la clase de GAP; sobre la barbilla de la monitora; sobre la «tableta» de Fede, el monitor de *step,* «lo he pillado mirándome el culo», escribe Coral. Solo dos mensajes interesándose por la ausencia de Julia; «Te hemos echado de menos en las cañas», escribe Valle y Carmen le dedica besucones emoticonos. «*Fuera, de curro*», se limita a responder Julia. Abre en su iPad una novela de Haruki Murakami, titulada *Tokio Blues*. Página 79.

Jaime Cuesta fuma en la terraza de la habitación del hotel. Su vista se pierde en el parque de las fieras. No puede ver a ninguna, tampoco las escucha dormidas. Le ha enviado varios

mensajes a su esposa, Sonia, pero solo ha recibido una respuesta: «Me voy a la cama, estoy muy cansada».

Miguel Castro Arroyo

El recuerdo más fiel que Miguel conserva de su infancia es el de su madre planchando el uniforme de guardia civil de su padre. Por el tiempo que le dedicaba, por la constancia, por la repetición, por todo lo que tenía de ceremonia; que era mucho. Lo solía hacer los domingos por la tarde, frente a un enorme ventanal que ocupaba toda una pared del dormitorio de sus padres. Recuerda una habitación inmensa y luminosa, espaciosa hasta parecer vacía. Le fascinaba al niño Miguel contemplar la precisión de su madre trazando la raya del pantalón o de las mangas de la camisa. A continuación, con un trapito estampado en manchas centenarias, inclasificables e indestructibles, que untaba levemente con grasa de caballo, Rocío sacaba un brillo acharolado y refractario al tricornio, que dejaba caer con mimo, en un gesto de profunda admiración, sobre el uniforme; como si se tratase del epílogo de un rito sagrado que le infundía amor, temor y respeto al mismo tiempo.

El padre de Miguel, también Miguel de nombre, nació en Burgos, en una callejita cercana a la catedral, y no vio el mar ni sus pies pisaron la arena de la playa hasta que lo destinaron a Ayamonte, a principios de 1976, en un mes de enero frío y húmedo, nada más cumplir los 21 años. Le acompañaron sus padres en el primer viaje; hijo único, ateridos de desconfianza, de miedo a lo desconocido, como si su hijo emprendiese una interminable y peligrosa expedición que les separaría para siempre. En cierto modo, así sucedió.

A pesar de sus reservas iniciales y del notable cambio, no tardó el joven Miguel en adaptarse a su nuevo destino. Por entonces, mediados de los 70, Ayamonte era una ciudad bulliciosa, frontera entre dos países: sus calles repletas de comercios se abarrotaban de personas de multitud de nacionalidades desde bien temprano, y las colas para acceder al ferri, que atravesaba el Guadiana en su desembocadura en dirección a Vila Real de San Antonio, eran interminables.

Todavía entonces, cuando el padre de Miguel comenzó a ejercer su profesión, Ayamonte seguía siendo un paraíso del contrabando y, por tanto, de los contrabandistas. Contrabando de chocolate, de azúcar, de fregonas, de yeso, pero también empezaba a pujar con mucha fuerza un nuevo contrabando que arrojaba mayores beneficios y similares riesgos: el de «tabaco americano» y el de los primeros menudeos de hachís, esa droga resinosa procedente de Marruecos que tanto gustaba a los más jóvenes —a los *hippies*, como solía decir Pablo Segura, el capitán y máximo responsable del cuartel de la Guardia Civil en Ayamonte—.

Como todo joven guardia, Miguel se instaló en un principio en una de las viviendas de la casa cuartel. Humilde, con muebles de otro tiempo, pequeña, sombría en invierno y calurosa en verano, contaba con todo lo que requería en aquel momento, y no le importó compartirla con Pedro Ostos, un joven guardia de su misma edad, proveniente de un pequeño pueblo de Jaén llamado Peal de Becerro.

Le gustaba a Miguel, caminando desde el cuartel, ir hasta el Paseo —flanqueado por palmeras y azulejos— a tomar algo, un plato de caballa aliñada o de raya en pimentón, en Casa Barberi; o caminar hasta la plaza del Ayuntamiento o la plaza de la Laguna y tomarse un café en alguno de los bares que la rodeaban.

Meses después de haber llegado a Ayamonte, Miguel conoció a Rocío en la Feria de Nuestra Señora de las Angustias, en septiembre de 1976. No tardaron en gustarse y en enamorarse. El

verano siguiente, corría el año 1977, ya eran novios formales, con todos sus *perejiles*, con los debidos y respectivos consentimientos paternos. En ese primer verano junto a Rocío, Miguel descubrió el Atlántico, las playas —todavía salvajes, de Isla Canela y de Punta del Moral—, la belleza indescriptible de la desembocadura, el laberinto de caños y esteros que recorrían las marismas, las jornadas de pesca en el espigón… También descubrió que recorrer el Guadiana, río arriba, en dirección a Alcoutim, podía llegar a ser un espectáculo deslumbrante y mágico, cuando coincidía con el atardecer. En esos primeros tiempos, y puede que esa sensación le durara algunos años, Miguel se sintió un verdadero privilegiado, hasta el punto de considerar su plaza en Ayamonte como un regalo del destino que no estaba dispuesto a desaprovechar bajo ningún concepto.

Miguel disfrutaba con todo lo que hacía, fuera y dentro del trabajo; descubrir nuevos sabores, olores, vistas… le provocaba una avalancha de emociones que, a menudo, le costaba controlar. De aquella época, si tuviera que haber escogido entre todo lo nuevo que conoció, con toda seguridad Miguel habría escogido Punta del Moral: ese espacio salvaje que lo trasladaba a otro tiempo y que le procuraba una sensación de libertad que no había sentido en toda su vida. Le fascinaba que allí todo fuera primario, esencial, genuino e irrepetible. Le encantaba comprar una cubeta de salmonetes o de lenguados y hacerlos a la plancha en la puerta de una tasca escondida en el portal de una casa; coger navajas —*longuerones* los llamaban y los llaman los habitantes de la Punta— con agua y sal; pescar vibrantes y nerviosas caballas de lomos plateados con plumilla; disfrutar de un delicioso arroz caldoso con cigalas y coquinas, devorar docenas de sardinas sobre una cama de pimientos recién cogidos, en el verano, bajo un techado, con cerveza helada; buscar ostras salvajes en el fango de las mareas más bajas —las llaman *meriñaques*— y comerlas después a la plancha; hacer el amor con Rocío entre las dunas y luego bañarse desnudos en la siempre fría agua del Atlántico, bajo una luna tan inmensa e inabarcable como el mismo océano.

Frecuentaron tanto Punta del Moral que comenzaron a conocer y a entablar amistad con algunos de sus vecinos. Tanto para los *punteros* como para el joven guardia, conocerse tenía mucho de recíproca investigación, de sorpresa continuada, de hipnotismo por sus procedencias, por su forma de hablar, por todo lo que suponía de novedoso, de desconocido, los unos para el otro. Miguel encontró en Gustavo el Chanclas ese amigo que jamás podría haber imaginado, por todo lo que los diferenciaba. Pero esa diferencia era, precisamente, lo que más les atraía a ambos. Gustavo apenas sabía leer y escribir, dominaba las cuatro cuentas con dificultad —ayudándose de los dedos—, pero, sin embargo, era capaz de ubicarse mirando a las estrellas, predecía la lluvia o la próxima dirección del viento con una precisión sorprendente, y los cambios de pesetas a reales o céntimos los calculaba en menos de un segundo; con el dinero no había quien lo engañase.

La fotografía se aparea con la mirada

Sábado, 1 de septiembre, 8 h

Apenas ha dormido cuatro horas Carmen Puerto —asaltada de nuevo por una desagradable pesadilla y excitada por todas las anotaciones y búsquedas que realizó sobre la desaparición de Ana Casaño y Sandra Peinado—. La temperatura tampoco ha contribuido; a pesar de la hora —ocho de la mañana—, ya hace calor. Ese calor que se mastica cuando ya lleva demasiado tiempo instalado.

Se da una ducha rápida —ya abordará la rutina diaria más adelante—, un capuchino ardiente y vuelve a tomar asiento frente a la enorme pantalla de plasma a la que tiene conectado su portátil, en el salón. Le dedica un escueto saludo a *Karen*, impasible y siempre sonriente dentro de su marco.

Aunque le es desagradable este primer cigarrillo, fuma Carmen Puerto envuelta en una densa y blanca nube de humo. Ayudándose de su ordenador portátil, proyecta en la pantalla imágenes del río Guadiana a su paso por Ayamonte, en la inminente desembocadura en el Atlántico. Le gusta, desde la más absoluta incomprensión, el puente que separa España de Portugal, su estructura simple y desafiante al mismo tiempo, sus afiladas rectas… Puede ver varios barcos junto a los pilares que se cuelan en el Guadiana; parecen pescar. Cuando era niña le gustaba ver cómo su padre y amigos pescaban en el Guadalquivir a su paso por Córdoba, junto a la noria que por suerte restauraron muchos años después.

—Mi padre era un pescador de primera —le dice Carmen Puerto, sin girarse, a la *Karen* inamovible que se encuentra a su espalda, en la pared.

No le cuesta trabajo encontrar imágenes del ferri que, aún hoy, y a pesar del puente, sigue realizando el trayecto entre Ayamonte y Vila Real de San Antonio, en Portugal. Comprueba, mediante una aplicación adquirida en la *Deep Web*, si en los barcos o en las taquillas existen cámaras de seguridad. Hay una, en el puerto de Vila Real, que ofrece una imagen difusa, descolorida, en la que apenas se distinguen las siluetas.

Según ha trascendido en las últimas horas, aún sin confirmación oficial, las dos chicas se embarcaron en el ferri que Carmen Puerto ahora contempla. El diario *El Mundo*, en la edición digital que han renovado hace escasos minutos, publica que «el 26 de agosto, Sandra Peinado y Ana Casaño, a las seis de la tarde, tomaron el ferri que separa Ayamonte de Vila Real de San Antonio. Dos horas después, a las ocho, tomaron de nuevo el ferri para realizar el mismo trayecto en sentido inverso».

—¿Qué coño irían a hacer? —se pregunta Carmen Puerto. Y su cabeza reproduce imágenes del pasado, cuando familias enteras cruzaban la frontera en los ferris para comprar mantelerías, toallas, sábanas, cuberterías y demás accesorios del hogar en la localidad costera portuguesa. Recuerdos e imágenes con las que no puede relacionar a las dos chicas desaparecidas.

Puede verse Carmen Puerto junto al *124* de su padre, y puede ver a su madre y a su hermana cogidas de la mano. Puede ver, asimismo, en un repentino salto emocional y temporal, a Sandra y Ana asomadas a la barandilla, fotografiándose con descaro, sacan la lengua, el aire les mueve el pelo como en un anuncio de champú.

—Tuvieron que traer algo de vuelta —dice en voz alta Carmen, al mismo tiempo que escribe la frase en su libreta de pastas verdes.

Un hecho que no tendría ninguna importancia ni trascendencia, tal y como sucede con los millares de personas que toman ese ferri mensualmente —el cual tuvo una afluencia masiva hasta que se construyó el puente que une España con Portugal, sobre el Guadiana—, de no ser porque fue la primera vez que las chicas lo hacían en todos los años que llevan veraneando en Ayamonte. «No, nunca lo habían hecho. Nunca lo habían hecho con nosotros. No lo hicimos nunca con ellas», señala la información del diario *El Mundo* que los padres han coincidido en afirmar que nunca hicieron ese trayecto, en el ferri, con sus hijas, y de ahí la extrañeza de que lo hubieran realizado tan recientemente. «Se pusieron en la parte delantera y no dejaron de hacerse fotografías con los móviles. Iban solas, nadie las acompañaba, según relatan algunos testigos», se puede leer en el diario. Fotografías que, a pesar de la casi febril actividad de las chicas en las redes sociales, especialmente por parte de Ana, no acabaron expuestas en ninguno de sus perfiles. A estas alturas ya se conoce Carmen, casi de memoria, el historial de las redes sociales de las dos chicas.

Pedro Ginés escribe en su cuenta de Twitter: «¿Qué hicieron #SandraYAna durante dos horas en Portugal? En breve ofreceremos el testimonio de un testigo que lo sabe. #ChicasDesaparecidas #TodaLaVerdad».

—Faltaría más.

Las imágenes que considera más destacadas, por los más diferentes motivos, las ha impreso Carmen y las ha colocado sobre la mesa del comedor, siguiendo un extraño orden que solo tiene lógica en su propia cabeza.

Lee Carmen Puerto en un medio de comunicación digital: «La Guardia Civil está trabajando en varias hipótesis, más allá de la relación de Alfonso Peinado con el caso de los másteres falsos que está azotando a la clase política española. De hecho, se tiene constancia de que un coche ocupado por “al menos dos hombres” abordó a Sandra y Ana poco después de las dos de la noche, cuando regresaban a casa».

—¿Pero de dónde coño puede esta gentuza sacar esta información, de dónde, coño, de dónde? Es que no dan una a derechas, como lo de la Guardia Civil, qué Guarda Civil ni qué cojones —reniega Carmen Puerto.

Mira el reloj de la pantalla del ordenador, 8:37 h, calcula los minutos que restan para que Jesús abra la peluquería, en el piso inferior. Como todos los días, salvo los domingos, unos minutos antes de las nueve de la mañana, previsora, Carmen Puerto se conectará a la cámara del portero electrónico y contemplará la llegada de Jesús.

Apura Carmen el tiempo que le resta y sigue examinando las informaciones que le ofrecen los rotativos en sus ediciones de hoy, sábado. En *El País*, una conocida columnista subraya el intento de la familia Peinado —a pesar de su presencia mediática como consecuencia del escándalo en el que supuestamente está implicado el padre— por mantenerse lejos de los medios de comunicación. Una actitud que se diferencia mucho de la ofrecida por la familia Casaño, especialmente por parte de Elena Suárez, la madre de Ana, que «ha abierto de par en par las ventanas de su intimidad», según cita la periodista en su artículo, lo que ha propiciado que hayan alcanzado en las últimas horas un repentino e inesperado protagonismo.

Todos los medios, en sus ediciones digitales, anuncian que se ha convocado para el día de hoy, 1 de agosto, una concentración en la plaza de la Laguna, en Ayamonte, a las doce del mediodía, frente al ayuntamiento de la localidad. Aún sin confirmar, los periódicos vaticinan que asistirán

los padres a este acto, que pronostican ya como multitudinario. Activa Carmen una alerta en su iPhone, «poner tele a las 11:55 h»; por experiencia sabe que en este tipo de conmemoraciones se descubren gestos o comportamientos que pueden llegar a ser fundamentales en la resolución de un caso o a la hora de elaborar una hipótesis. El control de las emociones, su exceso o una manifiesta y exagerada sobreactuación, en determinadas ocasiones desvelan la verdadera personalidad de los protagonistas. Así le sucedió a Carmen cuando pudo contemplar a Ana Julia Quezada en la televisión, junto a quien entonces era su pareja, el padre del niño almeriense Gabriel Cruz. Nada más verla, en esa representación tan impostada como innecesaria, Carmen tuvo muy claro que se trataba de la culpable.

Restan seis minutos para las nueve de la mañana, Carmen Puerto conecta la cámara de la puerta de la calle a la pantalla de plasma. En primer plano, como siempre, el naranjo que hay justo enfrente. Bajo el árbol, en esta ocasión, no hay ningún vehículo aparcado.

—Cómo se nota que la gente sigue de vacaciones —deduce Carmen en voz alta. Comienza a liarse un cigarrillo.

Mientras espera, selecciona una canción de Viva Suecia —un grupo murciano que ha descubierto recientemente— titulada *Todo lo que importa*. La escucha a considerable volumen, mientras fuma. Provoca, así, un instante de evasión.

Pasa un minuto de las nueve cuando aparece Jesús en la pantalla. A pesar de lo ocurrido tres años antes, poder ver esta imagen todos los días le sigue reportando seguridad, estabilidad, tranquilidad… Se siente a salvo, y menos sola de lo que realmente está.

Tras la resolución del caso conocido como el *Amante Ácido* — tal y como lo bautizó el periodista Pedro Ginés, y el cual propició que tuviera lugar el breve pero intenso encuentro con Jesús Fernández, el hombre que regenta la peluquería de la planta inferior a su vivienda y que hoy le sirve de nexo de unión con el exterior—, Carmen Puerto tuvo la tentación —o tal vez fue más que eso; mejor hablemos de un plan, de absoluto convencimiento— de cambiar de domicilio; cambiar de ciudad, incluso.

Y no fue porque sintiera que Jesús contaminaba su intimidad durante las horas que compartieron, tampoco porque le hubiera desvelado su existencia a su amigo Gabriel antes de ser asesinado. El miedo fue el único motivo. Carmen sintió que una grieta se abría paso en su burbuja de cristal, y que avanzaba irremediablemente, dejándola al descubierto. Indefensa. Sola e indefensa. Más débil, de lo que nunca habría llegado a poder imaginar. Miedo: un socavón que la conducía a la angustia, al terror, a la obsesión que tan bien conoce y padece.

Miedo hasta el extremo de que todos los fantasmas que la dominaron durante el caso de Marcia —la chica ecuatoriana asesinada en Málaga, en 2012— volvieron a aparecer, como si nunca se hubieran ido. Como si siempre hubieran estado dentro de ella. De nuevo, tras varios días de no responder a las llamadas, en los que perdió la noción del tiempo y de la realidad, *Jefe* acudió en su ayuda. Una vez más. Ante su innegociable negativa, sedada e inconsciente, Carmen Puerto ingresó en una clínica psiquiátrica de la Costa del Sol, en la localidad malagueña de Estepona. Tres meses de ingreso, de tratamiento intensivo en una zona de aislamiento, y otros seis de recuperación en otro módulo, antes de regresar a su guarida de Sevilla, en la que lleva escondida los últimos nueve años.

Carmen Puerto se inventó una excusa para no cambiar de domicilio, para seguir estando junto a Jesús, junto a su peluquería de caballeros, en Sevilla, en el barrio de Nervión, cerca de la antigua fábrica de cerveza Cruzcampo. Y la excusa que se inventó, pero que nunca se llegó a creer,

consistía en considerar que no hacer nada era la mejor estrategia, que nadie la buscaría donde ya había estado o donde ella creía que suponían que estaba.

—Debería irme para siempre, buscar otro lugar en el que vivir, pero he decidido seguir aquí —le dijo Carmen Puerto a Jesús nada más atender su llamada. Él estaba emocionado y contento al mismo tiempo, después de varios meses sin saber nada de su fantasmal casera.

Jesús trató de hablar, pero Carmen se lo impidió:

—Lo sucedido —el que nos hayamos conocido personalmente— no cambia en nada nuestra relación, que volverá a ser tal y como ha sido durante estos años. Espero que esto lo tengas muy claro. No vamos a tomarnos un café juntos los viernes por la tarde o a dejar de utilizar el montacargas. Nada de eso. Todo continuará siendo como hasta hoy, tal cual. Por eso te pido que te olvides de las horas que pasamos juntos, de todo lo que pasó y demás, ¿entiendes lo que quiero decir?

Jesús se tomó unos segundos antes de responder, lo que activó el nerviosismo de Carmen Puerto.

—¿Has escuchado lo que te he dicho? —insistió.

—Sí, sí, lo he escuchado —la voz de Jesús sonó más aniñada de lo que Carmen recordaba.

—Estupendo.

Sabe Jesús que si no tuvo que declarar, que si su nombre no apareció en el sumario del caso del *Amante Ácido*, fue porque Carmen Puerto se encargó de ello, lo que siempre le agradecerá. Frustrado, dolido, muy deprimido, por el asesinato del que fuera su amigo Gabriel; traicionado, un sentimiento que le acompaña desde entonces; herido porque le engañara durante años, hasta pasar a ser una persona de la que desconoce todo; angustiado por formar parte de una realidad muy alejada de su rutinaria y tranquila vida: Jesús tardó varios meses en volver a ser el de siempre.

Necesitado de volver a sentirse seguro en su propia cotidianidad, más cuidadoso —incluso desconfiado— que de costumbre, Jesús diseñó un plan de autorecuperación que implicó, en determinados ámbitos de su vida, la toma de ciertas decisiones que ni él mismo podría haber imaginado.

En primer lugar, guardó en diez cajas de cartón todas las grabaciones, revistas, fotografías y recuerdos físicos que tenía de su adorada Luz Márquez, la estrella de la televisión mexicana a la que había dedicado media vida. Le costó mucho más el llevarlo a cabo que planearlo, a pesar de que desde el primer momento tuvo claro que si pretendía olvidar todo lo sucedido debía desprenderse de ese material.

Cada vez que se disponía a hacerlo se inventaba una excusa: un dolor de rodilla, falta de tiempo, la lejanía de los contenedores de papel… Todo le servía para poder justificarse. Un miércoles, tras tres semanas sin tener noticias de su casera, de no escuchar sus pisadas, de no recibir ninguna nota en el montacargas, Jesús abandonó la peluquería y antes de tiempo se dirigió a casa, con las diez cajas de cartón plegadas en una bolsa transparente. Ese miércoles decidió que era el día adecuado, el perfecto para poner un punto, tal vez final, en un capítulo muy significativo de lo que había sido su vida hasta ese preciso momento.

Llenó las cajas con el cuantioso material de su admirada y deseada Luz Márquez, conseguido a lo largo de años, y se dirigió a las afueras de Sevilla, dirección Córdoba. Con la ayuda del GPS de su móvil encontró el lugar señalado; calle Nivel, una nave industrial con techo de uralita a dos aguas, en la que se podía leer sobre la puerta principal: Guardamuebles El Recuerdo —el negocio no podría contar con un nombre más apropiado.

Como el padre, o la madre, y hasta la abuela, que lleva a sus hijos el primer día de guardería, con esa misma tristeza y desconfianza, con ese temor que te araña las tripas, entregó todo el material que había coleccionado con tanta entrega, amor y constancia, a lo largo de casi dos décadas, al hombre que le atendió tras una ventanuca de cristal en la entrada de la fría nave.

—¿Puedo venir a verlo de vez en cuando? —se atrevió a preguntar Jesús.

—Cada quince días, solicitando la cita con antelación, puede venir a comprobar el estado de sus enseres —le comunicó el hombre tras la ventanilla, más que acostumbrado a consultas como esa.

—Estupendo —respondió, evitando cruzar sus ojos con los suyos.

Jesús no se desprendió de todo lo que le recordaba a Luz Márquez por pretender dar un cambio de rumbo a su vida, aunque también hubiera algo de eso. La verdadera razón se llamaba miedo; creía que cerraba una puerta que le conducía a los terribles momentos que vivió durante esos días, cuando Gabriel lo citó en San Sebastián o cuando sintió que alguien —una sombra, o una persona real— lo acechaba.

Hay momentos, como éste, ahora mismo, en los que Jesús tiene la tentación de aceptar la oferta del hombre tras el cristal a la entrada de la nave industrial, y volver a encontrarse con su colección de recuerdos de Luz Márquez.

A pesar de su advertencia, Jesús hace todo lo posible por conservar en su memoria la cara, la voz, los gestos y las horas que compartió con Carmen Puerto, su misteriosa casera, que lo sigue siendo, a pesar de que le confesara que la traicionó.

SÁBADO, 1 DE SEPTIEMBRE, 10:45 H

Como si se tratara de un caso que le han asignado —cuando la realidad es bien distinta— no puede Carmen Puerto dejar de recopilar toda la información que encuentra referente a la desaparición de Sandra Peinado y Ana Casaño. En realidad, Carmen nunca ha sido capaz de diferenciar obsesión de vocación, tampoco de trabajo, y los tres conceptos, con demasiada frecuencia, han convivido fraternalmente en su interior. En otros casos de gran repercusión mediática —como el misterioso doble asesinato de Almonte o la desaparición del pequeño Gabriel Cruz, que tan trágico final tuvo— Carmen ha actuado del mismo modo.

Anota Carmen Puerto en su libreta: «Ana Casaño, un poco menor, todavía tiene los 17, cumple los 18 en noviembre; los padres, Juan y Elena; hermana, Raquel, 15 años. Juan Casaño es publicista, oficina en Marbella, tuvieron un anticuario en el centro de Sevilla, de cierto prestigio, ahora lo lleva Elena Suárez. Sandra, 18 años; la madre es Isabel Robles, mujer de Peinado, es abogada pero nunca ha ejercido. Su padre fue diplomático, embajador en varias capitales. Oslo, Sofía. Un hermano, Jesús, 14 años».

—Mira, *Karen*, Ana se parece un poco a la chica que salía en aquel vídeo tan célebre de Aerosmith —le dice Carmen Puerto a la litografía de Alex Katz que cuelga de la pared, a su espalda—. Alicia Silverstone, eso, Alicia Silverstone —repite tras una rápida consulta en Google.

«¿Qué habrá sido de esa chica?», piensa Carmen Puerto.

—Sandra cumplió los 18 en mayo, también rusa y adoptada, no lo parece, morena, racial, guapa. Aunque tiene otro gesto en la cara, seguro que alguien le encuentra un parecido, o un aire, con Inma Cuesta —relata Carmen en voz alta, al tiempo que anota las palabras que considera más importantes.

La búsqueda de las dos chicas comenzó el mismo día que desaparecieron, el jueves 30 de agosto. Guardia Civil y Policía Local, con la ayuda de decenas de voluntarios, vecinos y amigos de las familias, rastrearon las zonas limítrofes a Punta del Moral, desde la desembocadura del río Carreras a la del Guadiana. Asimismo, se activaron controles de carretera en diferentes puntos, tanto en la autovía A92 como en el resto de vías, dada la cercanía de la frontera con Portugal.

La desaparición de Sandra y Ana cuenta con todos los ingredientes para que los medios de comunicación se ocupen con insistencia y profusión, convirtiéndolo en el gran tema de actualidad. El que Sandra sea hija de Alfonso Peinado debe entenderse como el primer y fundamental motivo, pero también sus edades, 17 y 18 años; su procedencia, ambas son adoptadas, originarias de Rusia —Sandra apenas contaba nueve meses cuando llegó a España, Ana acababa de cumplir el año—, y el que ambas, a su manera, son chicas especialmente atractivas: Ana cándida y rubia, de tez clara, frágilmente bella; Sandra muy morena, exótica en los rasgos, que son incluso salvajes.

—Si tenemos en cuenta la posición económica de sus respectivos padres, yo no descartaría un secuestro —dijo un tertuliano en un programa de televisión.

—Yo creo que la clave se encuentra en Alfonso Peinado
—opinó una invitada, en el mismo programa.

—Yo no contemplo el secuestro —afirmó un tertuliano que se autoproclama especialista en desapariciones.

Y Carmen Puerto escribió la palabra «secuestro» con letras mayúsculas y la envolvió en un círculo rojo.

—Yo tampoco contemplo un secuestro —le dijo Carmen Puerto a *Karen*—, y eso que yo no soy «especialista en desapariciones». —Y sonrió.

Aunque el estallido mediático se inició porque Sandra es la hija de Alfonso Peinado, Ana Casaño ha alcanzado unas cuotas de popularidad muy superiores a las de su amiga. Exhibicionista en las redes sociales, sus fotografías en Instagram están causando un gran revuelo. Provocadora, sensual en gran medida; desafiante, incluso ácida, en sus comentarios en Twitter o Facebook. Sin olvidar la tormentosa relación que, supuestamente, mantiene con sus padres y hermana, de la que se han hecho eco los diferentes medios de comunicación, con multitud de interpretaciones e informaciones al respecto.

Como es habitual, Pedro Ginés —quien sigue alardeando de tener «hilo directo» con parte del equipo policial que se encarga de la investigación y de que, por tanto, le proporcionan la información más fidedigna— es el responsable de trazar la dirección que toman la mayoría de las hipótesis aparecidas hasta el momento, desde un punto de vista meramente periodístico.

Sandra Peinado, sin embargo, —tal y como deduce Carmen a partir de todas las noticias y comentarios publicados, así como de las búsquedas que ha realizado— es una chica más reservada, mucho menos expuesta en las redes sociales. A diferencia de su amiga Ana, es una estudiante aplicada, mantiene una relación cordial con sus padres y es una apasionada del ballet clásico, que practica desde los ocho años. Esta diferencia en la personalidad externa de las chicas ha sido comentada y analizada por tertulianos y periodistas, que han ofrecido diferentes teorías. Algunos de ellos, en una «exhibición» de psicología aplicada, han comentado que se tratan de personalidades complementarias: «Son dos piezas que encajan, si nos detenemos a pensarlo», recuerda Carmen haber escuchado esta misma mañana.

«Personalidades complementarias», escribe en su libreta, y lo repite en voz alta.

Por tal motivo le desconcierta especialmente el tuit que Pedro Ginés ha lanzado en los últimos minutos: «Si mis informaciones se confirman, podríamos hablar de una doble vida de Sandra, que a más de uno va a sorprender #ChicasDesaparecidas #SandraYAna #TodaLaVerdad».

Como en anteriores casos, Carmen coloca bajo el cristal de la mesa del salón fotografías de Sandra Peinado y Ana Casaño. Las mira fijamente mientras fuma despacio, trata de colarse en el interior de los ojos que contempla. De entre los centenares de fotografías que Ana Casaño tiene en sus perfiles de Instagram, Facebook y Twitter, hay una que le llama especialmente la atención. Publicada el 12 de agosto, aparece una Ana completamente empapada, junto a una piscina de un azul intenso, cubierta por un pequeñísimo bikini estampado con la bandera de los Estados Unidos y el pelo pegado a su cabeza y hombros. Sonríe a la cámara con descaro, abierta de piernas sobre una toalla roja, con las dos manos delante de su entrepierna, fabrica cuernos con sus dedos. No puede Carmen Puerto dejar de mirar sus labios… rojos, jugosos, brillantes, sensuales. Tanto tanto, que los cuernos que componen sus dedos casi pasan desapercibidos.

Días antes, el 28 de julio, Ana Casaño subió a su cuenta de Instagram otra fotografía que Carmen Puerto entiende como un directo enfrentamiento, cuando no reto, con su familia. Aparece la chica con un diminuto bikini negro, abrazada a un hombre todavía joven pero mayor que ella, al menos diez años, con tatuajes en el brazo derecho. La propia Ana escribe: «Sí, puedo». Carmen amplía la imagen para poder leer uno de los tatuajes, en su hombro: «*No fear*».

—La niña de los cojones —suspira Carmen al tiempo que se levanta y se dirige a la cocina.

No menciona a nadie en la publicación de esta fotografía, que igualmente carece de ubicación.

Carmen Puerto escribe en su libreta de pastas verdes: «Buscar al cachas tatuado de Instagram».

Introduce una taza con agua en el microondas y programa un minuto en el temporizador. Sigue viendo los labios mojados, rojos y jugosos de Ana Casaño junto a la piscina. El timbre de finalización la devuelve a la realidad, el agua hierve. Escoge al azar uno de los siete tarros de capuchino soluble que hay sobre la encimera, junto a la placa de vitrocerámica. Apenas queda una cucharada, destapa otro tarro y completa con lo que queda. Inquieta, en cierto modo consternada, abre todos los tarros de capuchino; necesita comprobar las existencias que aún le quedan. Reúne todos los restos en un tarro que no llega a rellenar, lo que le provoca una gran inquietud. Busca con la mirada el cuaderno donde anota los pedidos que le hace llegar a Jesús, a través del montacargas. Escribe con letras mayúsculas: «5 tarros de capuchino, 5 paquetes de Cutters Choice, 5 librillos de fumar, 3 kilos de calabacines. Urgente, por favor».

Arranca la hoja del cuaderno y se dirige hacia el cuadro de Alex Katz, *Partida*, que esconde el escueto ascensor. Ante sus ojos, bañistas relajados que caminan en dirección a la playa, que normalmente le transmiten calma, un segundo de paz…, pero en este preciso momento los bañistas no suponen nada para Carmen Puerto. Al abrir la pequeña puerta del montacargas, por un instante puede verse otra vez dentro, con su cuerpo encogido y aplastado contra las paredes de metal. Todavía no comprende qué la llevó a tomar esa iniciativa. No quiere recordar, aunque lo haga, los segundos que pasó encerrada en el montacargas, la angustia que le generó y que ha repetido en decenas de pesadillas que la han despertado en mitad de la noche. Introduce el papel con el nuevo pedido y pulsa el botón 0.

Sin clientes en este momento en la peluquería —el periodo vacacional prosigue para muchos —, escucha Jesús el sonido del montacargas, que acaba de llegar. Se dirige a una pequeña habitación que utiliza como almacén y aseo. Un espejo de considerable tamaño oculta el montacargas. Lo abre y lee la lista.

«¿Qué coño hará con tanto capuchino y con tanto tabaco? ¡Es imposible que le dé tiempo a consumirlos!», es uno de sus pensamientos frecuentes.

Cuando no hay clientes en la peluquería, como ahora; cuando no hay tráfico en la calle, como ahora; cuando los clientes del bar cercano no hablan en los veladores; cuando en el taller próximo no están probando una motocicleta, cuando reina el silencio, como ahora, Jesús puede escuchar los pasos de Carmen Puerto sobre su cabeza, en la planta de arriba. Durante mucho tiempo (seis años) es lo poco que conoció de ella, además de su letra, clara y redondeada; que es seguidora del Real Madrid, o que le gusta un tipo de música que él considera extraña.

A menudo, sigue preguntándose Jesús si la publicidad que llegó a su buzón unos meses después del fallecimiento de su madre —en 2008, tras varios años de discapacidad como consecuencia de un derrame cerebral— solo fue una casualidad o formaba parte de un plan perfectamente diseñado. Se adecuaba exactamente a lo que estaba buscando: a escasa distancia de su domicilio familiar, donde había convivido con su madre, a la que cuidaba, tal y como antes había hecho con su padre; 55 metros cuadrados, más que suficientes para la peluquería que tenía planeada; precio razonable y negociable.

Jesús marcó el teléfono que aparecía en el folleto publicitario y atendió su llamada un abogado que lo emplazó a mantener una reunión en su despacho, amplio y luminoso, con un inmenso ventanal desde el que se podía contemplar la Catedral de Sevilla, la Puerta de Jerez y el Palacio de San Telmo. Entregado a las vistas, no se percató Jesús de la llegada del letrado, Juan Santamaría, que nada más comenzar la conversación le indicó que representaba a la «persona propietaria».

Sobrio y conciso, le explicó que «condiciones tan ventajosas de alquiler requieren de ciertas contraprestaciones por la persona inquilina», y Jesús fabricó un gesto que combinaba la extrañeza con la sorpresa. Prosiguió el abogado con su explicación: «El principal requisito para alquilar este local reside en convertirse en los pies y en las manos de la "persona propietaria", en su conexión con el exterior».

—No entiendo —dijo Jesús, más sorprendido aún.

Juan Santamaría dejó caer los codos sobre la mesa, se inclinó todo lo que pudo hacia Jesús y, mirándolo directamente a los ojos, le dijo:

—Usted se encargará de abastecer a mi cliente de todo lo que necesite: comida, libros, periódicos, así como de otras posibles compras. También atenderá sus trámites administrativos simples, no se preocupe, de los otros se encargará este despacho; recogerá envíos, que vendrán a su nombre, el de mi cliente no aparecerá en ningún documento; estará disponible los fines de semana, en el caso de que surja alguna urgencia, que no creo que llegue a suceder; mantendrá en buen estado el local, así como la fachada; atenderá las revisiones de las instalaciones…, esas cosas del día a día.

—Una especie de recadero, ¿no? —preguntó Jesús, todavía instalado en la sorpresa.

—Más que eso: será, como le dije anteriormente, su relación con el mundo —sentenció el abogado.

—¿Y por qué no quiere tener contacto con el mundo? —preguntó desconfiado Jesús.

—No padece ninguna enfermedad, no tiene ni la menor intención de fabricar drogas, armas o cohetes espaciales, no está buscado por la policía, no ha cometido ningún delito… Simplemente no le gusta el mundo y tiene el suficiente dinero para construir el suyo propio; ¿más tranquilo? —respondió a toda velocidad el abogado, contundente y explícito.

Durante años, hasta que la conoció durante la resolución del caso del *Amante Ácido*, solo el montacargas; algunas visitas a su vivienda, ausente siempre Carmen Puerto; paquetes grandes que Jesús ha subido por la escalera y que ha dejado delante de la puerta; reparaciones de electrodomésticos; anotaciones en las hojas de papel y los escasos momentos de silencio, en los que Jesús cree escuchar sus pisadas, su música preferida o incluso su voz, fueron los únicos vínculos de esta relación estable, respetuosa y completamente aséptica.

A pesar de eso, no tardó Jesús en saber que se trataba de una mujer, por las peticiones escritas en las hojas de papel: compresas, tampones, ropa interior femenina… Supo que el color de su pelo es caoba, *Excellence Crème* de Loreal; que es vegetariana, solo consume fruta y verdura, y que es una fumadora empedernida, tabaco de liar marca Cutters Choice. También supo que consume marihuana, le encarga semillas, papel de fumar y boquillas, de una tienda especializada; que le encanta el capuchino soluble, siempre de la misma marca y modelo: *vienés*, y el chocolate negro, 72% de pureza.

No tardó en saber Jesús que su misteriosa casera es una gran lectora y que siente predilección por la poesía, especialmente por Dylan Thomas, que raramente hace ejercicio físico o que lo realiza por la noche, cuando él no se encuentra en la peluquería. Pero que, a pesar de ello, suele estar en chándal, negro o azul marino, talla 36. Raramente le encarga unos vaqueros o unas zapatillas de deporte, pero, sin embargo, sí cambia con frecuencia de marca de ropa interior, siempre de algodón, blanca. Sujetador de la talla 90 y bragas talla M. También supo desde el principio que recicla; utiliza varias bolsas, de colores diferentes, para hacerle llegar la basura a través del montacargas.

También descubrió que es muy aficionada al fútbol, seguidora del Real Madrid —la ha

escuchado alguna vez gritando un gol—, y que no ha votado en ninguna de las elecciones celebradas en estos últimos años en España, aunque no está seguro de que eso signifique que no le interesa la política.

Y después de tantos años de sentirla, de escucharla, de leerla…, cree saber, por sus pisadas, por sus silencios, y por las horas que compartió con ella, cuál es su estado anímico o qué está haciendo en determinados momentos. Leve taconeo rítmico, tan habitual, tan constante, lo identifica Jesús con el tiempo que pasa frente al ordenador. Cuando el ritmo se acelera le sugiere nerviosismo, excitación. Golpecitos constantes contra el suelo cuando cocina, quizá contando los minutos.

Hay temporadas de un silencio prolongado, y otras, como la de ahora, en las que no cesa de hablar. Cuando lo hace recorre toda la casa, la puede escuchar, la recuerda andando en círculos. También sabe que colecciona reproducciones, libros, todo aquello que encuentra relacionado con un pintor llamado Alex Katz. De hecho, es lo que más le impresionó cuando entró en su casa por primera vez: ese enorme cuadro de dos mujeres caminando cerca de la playa que cubre buena parte de la pared más cercana a la puerta. No hace tanto, cuatro meses atrás, creyó descubrir Jesús por qué a su casera le gusta tanto Alex Katz: y es que desde hace cincuenta años pinta sus obras en el mismo estudio. Y también le llamó la atención a Jesús la oscuridad, la sensación de soledad, de aislamiento, que rezumaba la vivienda. Por eso, todos los días, cuando se encuentra cerca de la peluquería, mira hacia las ventanas con la esperanza de encontrarlas abiertas. Pero siempre las persianas de las dos ventanas están echadas hasta abajo.

Carmen Puerto examina con detenimiento la cuenta de Twitter de Ana Casaño. Lo primero que descubre es que no maneja especialmente bien la herramienta, se equivoca con frecuencia en las menciones, no escribe correctamente muchos *hashtags…*, lo que suple, bajo su punto de vista, con desparpajo y naturalidad, tuiteando lo primero que se le pasa por la cabeza. Cuenta con un *timeline* escaso, apenas sigue a 300 usuarios, 289 concretamente, y ella cuenta con 678 seguidores, 300 muy recientes. Ana Casaño, desde que abrió su cuenta de Twitter en septiembre de 2016, ha «repartido» más de dos mil «me gusta», la mayoría de ellos a actrices a las que sigue, como Blanca Suárez e Inma Cuesta, a conocidos humoristas, a tuits viralizados por su ingenioso contenido y a decenas de concursos patrocinados —que solicitan RT o *likes* como condición para poder optar al premio de turno—, tal y como puede comprobar Carmen Puerto.

Recopila algunos de los tuits más significativos que ha encontrado de Ana Casaño. El 7 de octubre de 2016 escribió: «Estoy aburrida de estar aburrida y cansada de estar cansada, y con eso creo que está todo dicho». El 14 de noviembre de 2016: «Entre perra y gata, me quedo con perra, que a mí me gusta morder», e ilustra el mensaje con una imagen de un perro, un pastor alemán, que exhibe con fiereza su mandíbula. El 1 de enero de 2017, a las cuatro de la madrugada, escribió: «Si le dedico una mirada al taxista tenemos lío y acabamos en la cárcel, pero si nos encierran juntos hasta lo celebro».

Carmen repite en voz alta: «Si nos encierran juntos lo celebro».

El 30 de mayo de 2017 Ana escribió en su cuenta de Twitter: «Una de las ventajas de ser adoptada es que no me puedo pelear con mi verdadera madre, así no me cuesta hacerlo con esta señora que me manda a todas horas».

—¡Joder con la niña! ¡Más madera! —exclama Carmen, y enciende un cigarrillo.

Anota quince tuits más y, entre todos ellos, el que más llama su atención es uno que Ana Casaño escribió el pasado mes de junio, el día 14, en concreto: «Se está poniendo la cosa para desaparecer un tiempecito, y tan a gusto».

El secreto del laberinto

—Gustavo, este laberinto de caños y esteros que solo vosotros conocéis son las grietas que dejó el terremoto de Lisboa — le solía repetir Fernando Presa a un muy joven, casi un niño, Gustavo Porta, el Chanclas, cada vez que se embarcaban en la paterita.

Y se embarcaban con frecuencia. Paseos por los esteros más cercanos, para echar unos lances o revisar un trasmallo.

—A veces también dices que son las raíces —le recordaba el entonces adolescente Gustavo Porta, de vez en cuando.

—Según me pille el cuerpo.

—Vaya.

—Quien ha visto las marismas desde el cielo dice que son como unas raíces azules que se han extendido por entre los juncos, los fangos y las retamas, y que a veces parecen un cerebro y otras un laberinto. La verdad es que un cerebro es muy parecido a un laberinto. A mí me gustaría poder verlo algún día, pero con lo mío de la cabeza no me atrevo, vaya que me pase lo de siempre. —Y Fernando miraba hacia el cielo como tratando de encontrar a ese avión que solo volaba en su imaginación.

Se pueden contar con los dedos de las manos los ayamontinos que han dejado la localidad para instalarse en Punta del Moral. Más bien, a lo largo de los años ha sucedido lo contrario, tampoco en demasía. Uno de ellos fue Fernando Presa, un hombre nacido en el barrio alto de Ayamonte, en el barrio de la Villa, a escasos metros de la iglesia de El Salvador.

Fernando, puede que contagiado por las vistas que veía desde su casa, ese ir y venir de los barcos de pesca, quiso ser marinero desde que tuvo conocimiento. Nada le habría gustado más que embarcarse en uno de esos gigantescos navíos que recorren los océanos en busca del bacalao canadiense, el salmón noruego o el calamar argentino. Recorrer el mundo, atracar en todos los puertos, conocer otros idiomas, probar comidas exóticas, descubrir esos olores que leyó en los libros de ilustres navegantes.

Pero el sueño de Fernando Presa se desvaneció muy pronto, supeditado a la manifiesta debilidad de su propio organismo. No había cumplido los catorce, cuando lo descubrió. Y eso que lo intentó una y otra vez, tal vez fueran casi cien, y en ninguno de los intentos fue capaz de controlar su cuerpo y siempre acabó mareado, vomitando por la borda, rogando regresar a puerto lo antes posible.

—Tú no tienes bueno el sentido del equilibrio, lo que yo te diga —le diagnosticó, tras escucharlo, don Marcial, un practicante gallego que trataba las picaduras y demás heridas de los marineros.

—¿Y eso no tiene cura?

—Pues no lo sé, pero si la tiene, es abriéndote la cabeza, y esas operaciones nunca se sabe cómo acaban.

A pesar del diagnóstico, Fernando Presa lo volvió a intentar. Y para ese último intento (él no sabía que se trataba de un último intento) llenó su morral con la pócima que le había preparado un curandero de Castro Marim, elaborada con varias ramas de espárragos de mar —que según cuentan lo cura casi todo— y tabaco de mascar, que reduce las náuseas y la fatiga, o eso dicen.

No acababan de salir de la dársena cuando Fernando Presa comenzó a vomitar, con mayor virulencia que en otras ocasiones —si es que eso era posible—, tal vez como consecuencia del batiburrillo de antídotos —con sabores tan extraños como nauseabundos— que se había metido en el cuerpo. Tan mal cuerpo se le puso y exhibía: ojos vueltos, piel blanca como la cal y litros de sudor recorriendo su piel; que el patrón del barco decidió virar y regresar a puerto, temeroso de que Fernando no soportase con vida toda la travesía.

—Yo creo que lo tuyo es algo psicológico, de tu cabeza, y que se podría solucionar, pero te iba a llevar demasiado tiempo porque cambiar nos cuesta más de lo que imaginamos; tanto que en la mayoría de las ocasiones no lo conseguimos —le dijo un antiguo maestro del colegio, en el barrio de la Villa.

Se llamaba don José María Pérez y era de Trigueros, una localidad en dirección a Sevilla. Para algunos era un sabio, alguien al que escuchar, documentado, erudito a su manera, siempre con una respuesta, pero para otros era un tipo raro, diferente y, precisamente por todo eso, peligroso.

—Prueba a navegar por espacios que no sean tan abiertos, más cerrados, a ver qué pasa. No salgas al mar, recorre los caños que van de Canela a la Punta, haz la prueba —le aconsejó don José María.

Y así lo hizo Fernando Presa, dispuesto a todo con tal de cumplir su sueño, aunque solo fuera en parte. Se instaló en las inmediaciones de Punta del Moral, en la casilla de campo de un marinero llamado Gustavo Porta, que le procuraba manutención y cobijo a cambio de echarle una mano con el huerto, con las redes y con la limpieza del barco. No dudó Fernando Presa en aceptar la oferta.

Y llegó el día. Nervioso, abrumado en cierto modo, ilusionado a pesar de todos los reveses padecidos, Fernando se subió en una paterita, con un motor de seis caballos, que Gustavo Porta le prestó —habitualmente utilizada por su hijo—, y comenzó a navegar. En principio, el trayecto entre el muelle de la Reina y el caño de Franco le hizo temer lo peor, porque enseguida tuvo náuseas y ganas de vomitar. Sin embargo, nada más comenzar a recorrer el caño, la sensación desapareció por completo, hasta el punto de llegar a disfrutar como nunca podría haber imaginado de la navegación, conforme se estrechaban los esteros.

Esa misma tarde, Fernando Presa regresó al pueblo, a la Villa, para agradecerle al maestro, a José María Pérez, su acertado consejo.

—Pero ahora no quieras pasar de la nada al todo en un abrir y cerrar de ojos —le advirtió en la despedida.

En muy poco tiempo, Fernando Presa estuvo plenamente integrado en Punta del Moral, así como en la familia de los Porta, que lo trataban como si fuera uno más. A la madre le echaba una mano con la cocina y las compras, con el padre trabajaba en todo lo que le pedía, ya fuera limpiando el barco o con las faenas del huerto, y cuando las ventas en la lonja eran buenas le repartía algunas pesetas, aunque de dinero nunca hablaron, y con los hijos pasaba muchas horas, especialmente con el más pequeño, Gustavo, quien por entonces andaba por los trece años y siempre estaba descalzo. Fernando, cada vez que lo veía con los pies desnudos, le repetía que, al menos, se pusiera unas chanclas. Y la repetición acabó convirtiéndose en el mote que tuvo hasta el día de su muerte: el Chanclas.

A Genaro, el hermano mayor, sin embargo, el mar y sus oficios no le gustaban y se pasaba todo el día quejándose e inventándose excusas con tal de no acercarse al agua, algo que no le entraba en la cabeza a Fernando.

—¿Cómo no te puede gustar? —le solía preguntar, y Genaro respondía gesticulando

teatralmente: arrugaba la cara al extremo, representando asco.

Fernando, armándose de paciencia y tiempo, enseñó a leer y a escribir a los dos hermanos, y estos a cambio le enseñaron buena parte de los oficios relacionados con la pesca. Genaro le enseñó los que se hacen en tierra: reparar redes, preparar *bacalaíllas* secas, barnizar un casco o limpiar chocos y pulpos, mientras que Gustavo, el Chanclas, le enseñó a montar un trasmallo, a pescar con cajirones o a distinguir un pez araña, y evitar, así, su temible picadura. Y aunque Fernando se lo pidió, Gustavo nunca le enseñó a predecir las mareas o los vientos, a fijar y encontrar marcas de pesca, y, sobre todo, no le enseñó a guiarse en el laberinto de caños y esteros que conforman las marismas.

Cuando las tareas se lo permitían, menos veces de las que él hubiera deseado, Fernando Presa se colaba en la paterita y recorría caños y esteros envuelto en una felicidad gaseosa y desconocida, jamás antes sentida, y en la que se mezclaba el vértigo de lo desconocido con el placer de experimentar lo deseado durante tanto tiempo, y al fin alcanzado. En ocasiones, le acompañaba Gustavo hijo, cuando iban a recoger algún trasmallo o a echar una calada con el *artecito parejo*, en la época de los lenguados.

Una tarde, tal vez por no seguir el último consejo de su maestro, Fernando Presa se perdió. No recordó con exactitud los últimos virajes y, cuando se quiso dar cuenta, tras innumerables giros en torno al mismo punto, se quedó sin combustible, a merced de la corriente, imperceptible en ese momento. Pasaron varias horas, temió que tuviera que pasar allí la noche, cuando escuchó el sonido de un motor.

Se trataba de Gustavo Porta, al que había bautizado como el Chanclas, que inquieto por la tardanza había salido a buscarle.

—Tú dedícate a las cuentas, que de esto no sabes nada —le reprochó el muchacho.

—Me creía ya aquí para siempre —comentó más tranquilo Fernando Presa.

—A más de uno le ha pasado.

—Es que esto es un laberinto, ya me gustaría a mí saber navegar por aquí —dijo Fernando intencionadamente, y el chico lo miró con desconfianza.

El Chanclas remolcó la paterita, ayudándose de una maroma, y durante todo el trayecto apenas le dirigió una palabra a Fernando Presa.

—¿Te ha molestado algo? —le preguntó Fernando, nada más llegar a Punta del Moral.

—No quieras saber tanto —se limitó Gustavo a responderle muy toscamente, antes de salir corriendo en dirección a su casa.

Cuando Fernando Presa le contó lo sucedido, así como el radical cambio de comportamiento de Gustavo, a Manuel Alonso, el panadero de la Punta, y tal vez el mejor amigo con el que allí contaba, a este no le sorprendió en absoluto.

—Nadie se sabe estos caños como los Porta, lo que yo te diga, que los conozco de toda la vida, que sus antepasados vinieron con los míos. De plantar o abrir un pozo no tienen ni idea, jamás les ha interesado, pero de mareas, marcas y vientos no hay quien sepa lo que saben ellos. Pero lo llevan como un secreto, se lo van pasando de generación en generación, con nadie más lo comparten. Porque ellos no son de muchas amistades ni de mucho hablar, más bien raritos. Todavía no nos explicamos que les hayas caído tan bien —le confesó Manuel Alonso.

Eso mismo, con más detalles y matizaciones, le contaron otros habitantes de Punta del Moral a Fernando Presa. «Cuando nadie sale porque no se ve a un palmo por la niebla, el padre y el hijo son capaces», le dijo un veterano marinero ya jubilado. «Yo no sé cómo lo hacen, pero miran al infinito —no sé qué buscan— y se orientan de cualquier modo, haya estrellas o no», le contó un

primo de Manuel Alonso. «Huelen los peces y llevan las mareas metidas en la sangre», le dijo Cristóbal, el repartidor del butano. «Aconchan el viento como yo nunca he visto, sin que se les mueva el puntal del barco, que no la han rozado en su vida», amplió un marinero que estaba comprando una bombona. «Lo que nadie entiende es lo de Genaro, ese asco que le tiene a la mar», le repitieron todos.

Desde la distancia, desde la más profunda admiración, como si se tratara casi de seres mitológicos, comenzó Fernando Presa a seguir y a estudiar todos y cada uno de los movimientos de los Porta, especialmente del Chanclas que, a pesar de su juventud —trece años—, exhibía tanto aplomo, pericia y sabiduría con el timón entre sus manos.

Una tarde, necesitado de ampliar sus conocimientos, puede que también quisiera descubrir la ruta secreta que los Porta no habían compartido con nadie, salvo con los de su propia sangre, Fernando Presa esperó durante horas que Gustavo embarcara en su patera para seguirlo.

Tras tomar el caño Franco, el Chanclas giró a su izquierda en el caño del Moral, viró de nuevo en el estero del Tablazo y, cuando comenzó a estrecharse, y parecía que no había salida, embocó el de Pinillo. Algo que sorprendió a Fernando Presa, a quien jamás se le habría ocurrido esa maniobra. Durante unos minutos, perdió de vista a la embarcación del Chanclas, aunque era consciente de que no podía haberse desviado, ya que no encontró ningún ramal nuevo a su paso. El estero comenzó a estrecharse significativamente, los juncos construían, dada la cercanía, una bóveda de ramas y hojas que, a ratos, conseguían ocultar los rayos de sol, y centenares de aves, de todos los tamaños y colores, interpretaban una sinfonía alocada, aguda e imposible.

Tras un pronunciado meandro, Fernando Presa se topó repentinamente con el Chanclas que, sin mediar palabra, se acercó a toda prisa a su embarcación, y cuando estuvo a su lado levantó su brazo derecho y de un rapidísimo movimiento cercenó su cuello, ayudándose de la navaja que llevaba en su mano. Apenas tardó unos segundos Fernando Presa en morir desangrado.

El Chanclas, como si siguiera las indicaciones que alguien le dictaba, con precisión y automatismo desnudó al fallecido, guardó sus ropas en su embarcación y, posteriormente, lo abrió en canal, desde el cuello al ombligo, dejando caer sus tripas y órganos sobre el agua. A continuación, amarró la paterita en la que yacía el cadáver y la remolcó a través del estero de Canela hasta el Guadiana, ya muy cerca de su desembocadura. En aguas del río —tiraba con fuerza la corriente ese día— dejó caer el cuerpo de Fernando Presa.

Tras contemplar el Chanclas cómo se hundía el cadáver, liberó la pequeña embarcación, la cual, transcurridos unos minutos, solo era un punto imperceptible a punto de ser devorado por la infinidad del océano.

SÁBADO, 1 DE SEPTIEMBRE, 11.55 H

—¡Menudo circo de mierda están montando! —Polo negro y pantalones beige, brazos en jarra, resopla Jaime Cuesta, al contemplar la avalancha de cámaras y reporteros que se sitúan frente a la cabecera de la concentración en apoyo a Sandra Peinado y a Ana Casaño, en la plaza de la Laguna, junto al ayuntamiento de Ayamonte.

—Yo ya no me extraño de nada —dice Julia mientras sigue con la mirada a Miguel Castro, quien viste pantalones de pitillo muy ajustados y deportivas de marca y se ha detenido a saludar a un amigo.

—No deben ganar mal los civiles en Ayamonte —reflexiona Jaime, mordaz.

—De imitación, a 15 euros todas las que quieras —le replica Julia.

—Esas son de verdad —responde Jaime.

Cinco cadenas de televisión nacionales han desplazado sus unidades móviles a una concurridísima plaza de la Laguna, en la que ya apenas cabe nadie más. De las cinco, tres de ellas están ofreciendo en directo a sus espectadores esta concentración, promovida por diferentes asociaciones y ONG. *Tele 7*, fiel a su estilo, desde las once de la mañana está emitiendo un programa especial en el que anuncian cada cinco minutos nuevas informaciones y testimonios, pero hasta el momento se han limitado a repetir y estirar todos los contenidos ofrecidos con anterioridad.

—¡Qué raro que no haya venido el personaje! —cuestiona Jaime.

—¿Ginés? No te preocupes, lo tendremos por aquí de inmediato —responde Julia.

Justo en el momento que se incorpora Miguel Castro, llegan los padres y familiares de las chicas desaparecidas. Alfonso Peinado, solo, completamente de negro, pantalones y camisa, sin la compañía de su esposa, Isabel Robles, es el primero en descender de una furgoneta, en compañía de Rafael Holgado, el portavoz de la familia. Un enjambre de periodistas rodea al padre de Sandra, que requiere de la ayuda de la policía local para poder acceder hasta la concentración, que ya cuenta con la presencia del alcalde de Ayamonte, del delegado del gobierno en Andalucía y de diversas autoridades.

Con algo de retraso, hacen acto de presencia los padres de Ana Casaño. Elena Suárez, oculta tras unas enormes gafas de sol de color negro, se agarra del brazo de Mariló Peinado, hermana de Alfonso, mientras que Juan Casaño se aproxima solo a la concentración, eludiendo con gesto enfadado a los periodistas que se le acercan con la intención de arrancarle unas palabras.

Jaime y Julia, acompañados de Miguel, se dirigen a un lugar próximo donde se congregan los periodistas. Tras unos segundos de rogar silencio por parte de algunos de los presentes, el portavoz de la familia Peinado, Rafael Holgado, lee un comunicado:

«Hablo en nombre de las familias Peinado Robles y Casaño Suárez, que están sufriendo, como consecuencia de la desaparición de sus hijas, Sandra Peinado y Ana Casaño. Rogamos que las liberen a la mayor brevedad o que entablen comunicación para que podamos negociar su liberación. Sandra Peinado y Ana Casaño son muy jóvenes, tienen una vida por delante y deben seguir desarrollándola junto a sus familias. Si cualquier persona cree tener información al respecto o cree haber visto algo que nos pueda ayudar, les ruego que se pongan en contacto a través de los números de teléfono que aparecen en las pantallas. Sandra, Ana, os queremos y vamos a hacer todo lo posible para que volváis a nuestro lado. Muchas gracias».

Un estruendoso y colectivo aplauso corona la breve intervención del que ha actuado como portavoz conjunto de las dos familias. A continuación, de manera espontánea, los centenares de personas que acompañan a las familias comienzan a corear: «Van a volver, van a volver», grito que es secundado por buena parte de los familiares y de las autoridades presentes.

Elena Suárez, desgarrada, llora desconsoladamente. Juan Casaño hace lo indecible por mantener la compostura, con escaso éxito. Alfonso Peinado, en el otro lado de la cabecera, parece más entero, oculto tras unas gafas de sol. Los fotógrafos centran sus objetivos en los rostros de los familiares, tratando de captar ese momento de mayor dolor. Los enviados especiales utilizan la cabecera de la concentración como fondo para narrar los hechos acontecidos, en las conexiones en directo que están teniendo lugar.

«*No es el mismo dolor en todos los presentes, tal y como se puede comprobar #ChicasDesaparecidas #SandraYAna #TLVAyamonte*», escribe Pedro Ginés, e ilustra sus palabras con dos fotografías de los padres de las chicas, en su cuenta de Twitter.

Carmen Puerto, que no necesitó de la alarma, sigue la retransmisión con un lápiz en la mano, anotando lo primero que se le pasa por la cabeza. Y así escribe, «está como una cabra pero no tiene pinta de nada más, o hay que valorar la ausencia de la madre o la relación es peor de la que aparentan».

Ha sorprendido a Carmen la presencia de Alfonso Peinado. Tal y como había vaticinado algún medio de comunicación, daba por hecho que no acudiría, ante el temor a convertirse en el centro de atención, toda vez que el caso en el que está implicado, el de los supuestos másteres falsos obtenidos por destacados representantes políticos, sigue ocupando un lugar muy destacado en la actualidad informativa nacional.

—Ese tío aguanta tela, eso no lo hace todo el mundo
—dice Carmen mientras contempla un primer plano de Alfonso Peinado en la pantalla.

La misma reflexión es compartida por Jaime y Julia, que tienen al citado a escasos metros.

—Ese hombre tiene que ser de granito. Cualquier otro en su lugar estaría tirado como un trapo —reflexiona Julia.

—Ya te digo.

Miguel se acerca a Jaime y le dice en voz baja:

—¿Has visto la chica que hay enfrente, la del vestido azul con tirantas, la rubia bajita que no para de llorar, que ahora tiene apoyada la mano en una señora de verde que ésta al lado? —Le indica con la mirada.

—¿Quién es?

—Alicia Crespo, una de las amigas de las chicas; estuvo con ellas la noche que desaparecieron, en La Hamaca. Es de aquí, del pueblo —informa Miguel.

—¿La conoces?

—De vista. A un hermano bastante, salimos de vez en cuando con la bicicleta —le detalla.

—¿Intentamos hablar ahora con ella? —propone Jaime.

—Vamos a ver qué dice. —Y Miguel se dirige hacia donde se encuentra la chica.

Julia no pierde detalle de la despedida de los padres de Sandra y Ana. Juan Casaño, en esta ocasión, sube en la furgoneta de Alfonso Peinado, mientras Elena Suárez sigue llorando desconsoladamente. Tras la marcha de estos, la concentración no tarda en disolverse, al igual que el grupo de periodistas y cámaras, que desaparecen, cargados de bártulos, sin dejar rastro.

Julia se queda un instante mirando a un fotógrafo de prensa que, por un motivo que le costaría mucho tiempo y muchas palabras explicar, le ha recordado al que fuera su pareja, Antonio.

Aunque ya han pasado seis años desde que la abandonó, en buena parte de los ocho que estuvieron juntos Julia llegó a sentir algo parecido a la felicidad. Tal vez fuera la misma felicidad.

No ha podido olvidar Julia, en este tiempo, esa noche lunes en la que regresó a casa y Antonio y todas sus cosas; sus libros, camisas, zapatos, películas… habían desaparecido. Esperó Julia una semana hasta marcar su número, pero Antonio no atendió la llamada. En estos años sin Antonio, Julia ha estado tentada de volver a llamarlo en más de una ocasión. De hecho, ha ensayado Julia, casi todos los días, esa conversación que hasta ahora nunca se ha producido.

Por tal motivo, Julia se emplea con mayor energía los lunes en el gimnasio. «Así quemo lo del finde», les dice a sus compañeras de clase. Lo cierto es que necesita llegar derrotada, semidesmayada, a su casa, siempre vacía desde que se fue Antonio. Necesita anestesiar, o cuando menos despistar, aunque solo sea por un momento, la melancolía que se ha instalado en su interior.

—Mira, he quedado con Alicia en una cafetería que está a dos calles, para quitarnos un poco de la Laguna —dice Miguel a su regreso, y señala la dirección a seguir.

—¿Laguna? —pregunta Jaime extrañado.

—Claro, el nombre de esta plaza, ¿no? —sonríe Miguel.

—Vale, vale.

Los dos policías y Miguel caminan por una calle que
desemboca en una empinada escalinata de ladrillos de adobe, por la que se accede a una iglesia. Prosiguen unos metros hasta embocar la calle que aparece a la izquierda, donde se encuentra la cafetería El Paseo, donde han quedado con Alicia Crespo.

Cuando llegan, la chica ya se encuentra allí, con aspecto inquieto, acompañada de la que se antoja, por el parecido, su hermana mayor.

—Hola, Alicia, gracias por dedicarnos unos minutos —despliega Jaime su simpatía de manual.

—Lo que sea por aclarar qué ha pasado —dice la hermana de Alicia, Rosa por nombre.

—Ya sabemos que te han tomado declaración y que has contestado a mil preguntas, pero si has recordado algo nuevo ahora es un momento estupendo —propone Julia.

—Ya lo he contado, todo, de verdad, porque tampoco hay mucho que contar —dice Alicia, cuyo aspecto físico no se corresponde con su edad real: 19 años. La redondez de cara y ojos, la baja estatura —no más de 1.60— y la voz infantil le confieren un aspecto de niña que aún sigue en el colegio, con los bolsillos repletos de caramelos.

—Cualquier cosa puede ser esencial —insiste Jaime.

—Llegaron sobre las diez o diez y cuarto a La Hamaca, nos tomamos unos tintos de verano y sobre las dos se fueron. Mientras estuvieron allí yo no recuerdo que hablaran con nadie, ni nadie las llamó ni nada, estuvimos solas, tonteando con el teléfono y nada más —dice de corrido Alicia, anticipándose a nuevas posibles preguntas.

—¿Quedaban Ana o Sandra con otras personas? —inquiere Julia.

Se muerde los labios Alicia, antes de responder.

—Sandra seguro que no, pero Ana ya no lo tengo tan claro —dice al fin.

—¿Tú le has conocido alguna pareja o relación?

—He dicho que no me extrañaría que Ana tuviera un rollo por ahí, no que lo tuviera, eso quiero dejarlo claro. Y le conocí rolletes, lo típico, pero novio, novio, nunca, que yo sepa —precisa Alicia.

—¿Nadie habló con ellas la noche que estuvisteis en La Hamaca, nadie se les acercó? —insiste

Julia.

—Esa noche fue de lo más tranquila, de verdad, porque si hubiera sido como otras, pues hasta me costaría recordar con toda la gente que hablamos, pero esa noche no, nada, muy tranquila, de verdad.

—¿Qué quieres decir con «si hubiera sido como otras»? — pregunta Jaime.

—Pues eso, que hemos tenido noches de mucho jaleo, de hablar con unos y otros, pero que esa no lo fue, nada más —se mantiene firme Alicia.

Conforme pasa el tiempo, más distancia contempla Julia entre el aspecto físico de Alicia y su personalidad o modales, como si una mujer de veinticinco o treinta años estuviera atrapada en un cuerpo de catorce.

—¿Y en esas otras noches hay alguien que especialmente abordara a Sandra y a Ana, o que hablara con ellas, o algo así? —pregunta Jaime.

—Sandra es más suya, menos abierta que Ana, que habla con todo el mundo, no sé decir, pues gente de Sevilla, de aquí de Ayamonte… No sé, ellas llevan toda la vida veraneando aquí y conocen a todo el mundo —dice Alicia, y Miguel confirma su respuesta, balanceando la cabeza.

—Pero siempre hay alguien que llama la atención por lo que sea, por lo que sea. —No cesa en su empeño Jaime Cuesta.

—Esa noche fue tan tranquila, de verdad, que ni apareció el pesado de Jorge —responde Alicia, y Jaime y Julia se miran muy fijamente, como si hubieran escuchado una alarma.

—¿Quién es ese Jorge? —no duda en preguntar Julia.

—El tío más pesado que ha parido madre, ese es —y no duda en responder Alicia, que agarra la mano de su hermana y le sonríe.

—Pero pesado —reitera la hermana.

Julia busca con la mirada los ojos de Miguel, tras una respuesta o ayuda.

—¿Jorge es el hermano de la Tari, la del mesón del *Salón*? — reacciona Miguel.

—Claro, ese es Jorge, el tío más plasta de todo Ayamonte — confirma Alicia.

—Vale —sonríe Miguel.

—¿Qué le pasa a ese tal Jorge?

—Pues que es el típico tío que puede tirarle los tejos todas las noches a treinta tías, y puede que me quede corta. Y el problema es que no haya tías esa noche, porque entonces se te *encaloma* al lado y no para, que te da hasta fatiga —explica Alicia.

—Un *viva la vida* —minimiza Miguel.

—Ya.

—Por último, Alicia, no queremos molestarte más tiempo, ¿podrías echar un vistazo a unas fotografías del Instagram de Ana Casaño? —le propone Jaime.

—No hay problema.

Julia le hace llegar a la chica su Ipad, abierta ya la aplicación. Nada más tenerla en sus manos, Alicia rompe a llorar, emocionada al ver la imagen de su amiga.

—No te preocupes —le dice Julia, mientras le agarra la mano izquierda.

—Es muy duro —suspira Rosa, la hermana.

—Un minuto, por favor —solicita Alicia.

Miguel traga saliva, se atusa el flequillo y elude la mirada de Julia, que ha creído ver cómo se emocionaba al mismo tiempo que Alicia. Jaime comprueba si ha recibido un mensaje en los últimos minutos. Sonia, su esposa, sigue sin responder.

—Venga, ya —dice Alicia, casi imperceptible.

—Cuando quieras.

—Mira si alguna fotografía te llama la atención especialmente —le pide Jaime.

—Por el motivo que sea, no tiene que ser por algo especialmente significativo —apostilla Julia.

—¡Qué loca! —susurra Alicia al ver las primeras imágenes; se esfuerza en sonreír.

Durante cinco minutos Alicia recorre la cuenta de Instagram de Ana Casaño en completo silencio, sin apenas centrarse en ninguna de las fotografías.

—Nada —por fin dice.

—¿Nada?

—Tengo su cuenta muy trillada y no veo nada —corrobora Alicia.

—¿Puedes ver esta foto? —Y Julia le muestra la fotografía en la que Ana luce un bikini con la bandera de los Estados Unidos y fabrica unos cuernos con sus dedos.

—¿Qué tiene de raro? Ana es así. —No le concede la menor importancia.

—Mira esta, ¿sabes quién es? —Y Julia le muestra la imagen en la que aparece con un chico mayor que ella y que comenta: «Sí, puedo».

Ríe Alicia.

—Es un italiano, lo vimos en la playa, en la Punta, Ana dijo que estaba buenísimo y que quería hacerse una foto con él —responde.

—¿Y ahí acabó todo?

—Claro, se hizo la foto y se fue —insiste Alicia, absolutamente espontánea en sus respuestas.

—¿Quién le hizo la foto?

—La verdad es que no lo recuerdo, puede que fuera Sandra.

—Y la última, mira. —Y Julia le señala la imagen en la que se ve a Ana apoyada en el pecho desnudo de un hombre, en la que aparece la estrella de mar que le cuelga del cuello.

—No tengo ni idea de quién es el tío; y eso que se lo pregunté —no duda en responder Alicia.

—¿Se lo preguntaste? —se interesa Jaime.

—Sí.

—¿Y qué te respondió?

—¿Qué me respondió? —Sonríe Alicia, se toma un tiempo antes de hablar—. Me dijo que todavía era muy pequeña para comer carne de la buena.

—¿Eso te respondió?

—Sí, eso fue lo que me respondió.

- Comprueba Carmen Puerto que buena parte de los medios de comunicación coinciden, tanto en los titulares como en la información que ofrecen posteriormente, sobre la concentración de apoyo a Sandra y Ana que ha tenido lugar en Ayamonte. Carmen subraya algunas frases: «Alfonso Peinado sorprendió a muchos con su presencia»; hay quien destaca su entereza, e incluso llegan a emplear la palabra frialdad; «breve y contundente manifiesto»; como suele suceder en este tipo de casos, hay quien encuentra mensajes «ocultos» en las palabras pronunciadas por el portavoz; «son muy queridas en la localidad; gestos de dolor; preocupación por la falta de pruebas; no se descarta un secuestro» —esto último sigue siendo un rumor muy extendido—.

  Y si hay coincidencias en los titulares y en las informaciones, también las hay en las imágenes que reproducen los diferentes medios de comunicación. Alfonso Peinado ocupa un lugar destacado, al igual que Elena Suárez, aunque con menor intensidad.

Carmen Puerto conecta la cámara de la puerta de entrada al ordenador, faltan tres minutos para las dos de la tarde y Jesús está a punto de abandonar la peluquería. Ya se ha acostumbrado Carmen, pero durante mucho tiempo contemplar cómo se marchaba los sábados y tener constancia de que no lo volvería a ver hasta el lunes le provocaba un sentimiento tan amargo como inexplicable. Y no era solo miedo.

TITULARES

El País: «Una multitud arropa a Sandra y Ana».
ABC: «Ayamonte se vuelca con las chicas desaparecidas».
El Mundo: «Miles de personas gritan en Ayamonte “van a volver”».
eldiario.es: «Dolor y esperanza en la concentración de apoyo a las chicas desaparecidas».
La Razón: «Unidad y esperanza en Ayamonte».
El Español: «Multitudinaria concentración reclamando la liberación de Sandra y Ana».
Huelva Información: «Ayamonte sale a la calle a exigir el regreso de Sandra y Ana».

SÁBADO, 1 DE SEPTIEMBRE, 17:22 H

—Me deja hacer, no es quisquilla, pero yo prefiero decirle al juez que vamos a hablar con este chico —propone Miguel.

—Van a ser tres preguntas, tampoco merece la pena. —Fiel a su estilo, minimiza Jaime.

—Yo me quedo más tranquilo —insiste Miguel.

El *pesado* que les comentó Alicia Crespo se llama Jorge Calzado y es propietario de la escuela de vela de Isla Canela. Hacia allí se dirigen Jaime y Julia, acompañados de Miguel Castro, sentado en uno de los asientos traseros del Peugeot 5008 blanco que les han asignado.

—¿Este río de dónde viene? —pregunta Jaime, mientras recorren un puente que se alza sobre el agua. Embarcaciones muy diferentes —en tamaño, color y edad— se amontonan en las orillas como una flota olvidada por el tiempo y sus dueños.

—Esto no es un río, es el estero de Canela. Hace años podías llegar a Ayamonte, antes de que lo canalizaran. Si sigues por allí —señala hacia la izquierda—, si sabes, que muy pocos saben, en nada te plantas en la Punta y en Isla, pero lo normal es que te pierdas —responde Miguel.

—¿Por qué?

—Porque es un laberinto.

—¿Y aquí, en Canela, vive mucha gente? —se interesa Julia.

—Trescientas o cuatrocientas personas, no te creas que muchas más —al responder Miguel a cuestiones que le son tan familiares el tono cantarín vuelve a su voz y envuelve sus palabras.

—¿Marineros?

—Algunos, pero pocos. Hay más mariscadores, aquí hay muy buena almeja; y agricultores, las patatas y los tomates de Canela son una auténtica locura, tenéis que probarlos —explica mirando la nuca platino de Julia.

—¿Conoces al *pesado*, al tal Jorge? —Jaime cambia radicalmente de tema.

—Sí, claro, es el típico que conoce todo el pueblo. Vamos a ver, es un animal de noche, guapete, gracioso para quien le guste ese tipo de gracia, siempre sale solo y se engancha con los primeros que pilla. Dicen que tiene su éxito con las mujeres, pero es que no para de entrarle a una y a otra. Vamos, lo que os dije antes, un *viva la vida*. Yo creo que perdemos el tiempo — relativiza Miguel.

—Nunca el tiempo es perdido —responde Jaime, que sin darse cuenta ha repetido el título de una canción que le encanta a Sonia, su esposa.

—Eso es una canción —dice Julia.

Tras atravesar la avenida de palmeras larguiruchas y permanentemente despeinadas, viran a la derecha en la rotonda central que da acceso a Isla Canela. En el trayecto, Miguel ya les ha explicado que es una isla realmente, y que sin el puente que han pasado no habría comunicación terrestre.

Le relaja a Julia contemplar el mar, le transmite sosiego, calma… Las gamas de tonalidades que se extienden hasta el infinito la hipnotizan. Recuerda días enteros, junto a Antonio, mirando el mar durante horas, sin necesidad de hacer nada más.

—¿Queda muy lejos esa escuela? —pregunta Jaime, con las manos al volante.

—Gira a la derecha, al final, y a partir de ahí aparca cuando encuentres un hueco. A esta hora puede que tengamos suerte —dice Miguel tras ver cómo algunas familias, cargadas con sombrillas y cestos de mimbre, recorren el paseo marítimo.

La ubicación de la escuela de vela la marcan las cometas que en este momento surcan el cielo. Corre un viento desagradable, que está vaciando la playa pero que está animando a los aficionados al *kitesurf*.

«Esto le encantaría a mi hijo», piensa Jaime y no lo dice, nada más descubrir cómo un grupo de chavales, subidos a sus tablas y empujados por sus cometas, surcan a toda velocidad el mar, saltando acrobáticamente sobre las olas.

La escuela de vela está ubicada en una casa de madera prefabricada, rodeada de motos de agua, piraguas, tablas de surf, cometas e hidropedales. A escasos metros hay aparcada una furgoneta blanca *camperizada*, marca Fiat.

En esta zona de Isla Canela, muy cerca la desembocadura, la playa es inmensa, de gruesa arena blanca, pan rallado, y el mar ha fabricado, con el paso de los años y de las mareas, lagos de agua esmeralda que se vacían y se llenan varias veces a lo largo del día. En la orilla, como robots acuáticos, los mariscadores arrastran los pies y el rastrillo para recolectar la preciada coquina, muy abundante en esta zona.

Miguel les recomienda a los policías que se descalcen, Julia sigue la recomendación, mientras que Jaime continúa con sus náuticos azules en los pies. Encuentra Miguel a Jorge Calzado en el interior de la escuela de vela, con el pelo mojado, y cubierto por un chaleco salvavidas de color rojo y un bañador de palmeras blancas sobre un fondo azul. Es Jorge un hombre muy guapo y moreno, de grandes ojos marrones, melena hasta los hombros, con destellos caobas producto de las muchas horas de sol, agua y salitre. Julia le dedica una mirada que funde la admiración y la sorpresa, a la que el joven, acostumbrado a estas situaciones, responde con una amplia sonrisa en el momento de ser presentados.

—¿Tienes cinco minutos? —pregunta Miguel.

—Claro —responde.

—¿Aquí mismo?

—Por mí, perfecto.

Acceden todos al interior de la escuela de vela, un espacio sombrío y desorganizado en el que conviven multitud de cabos, remos, chalecos, tablas, ruedas, herramientas, lonas y demás artilugios relacionados con los deportes acuáticos.

—Queremos formularte algunas preguntas sobre las chicas desaparecidas —comienza a decir Jaime, y Jorge se encoge como un resorte, todos los músculos de su cuerpo en tensión.

—Pero yo no tengo nada que ver con eso —responde con un acento más musical y pronunciado que el de Miguel.

—Nos han contado que hablabas con frecuencia con ellas — dice Julia.

—Con frecuencia no, de vez en cuando sí. Sobre todo con Ana, siempre me he llevado muy bien con esa niña: me parece muy divertida, muy rebelde, muy guay — explica Jorge, gesticulando en exceso.

—¿Cómo de bien te llevas? —más directo, Jaime.

—Mira, hemos tenido algún tonteo, pero nada serio —resta importancia Jorge.

—¿Cuántos años tienes? —le pregunta Jaime.

—26.

—¿Y tú sabes cuántos años tiene esa chica? —le pregunta de nuevo Jaime, con gesto y tono muy serio.

—Sí, me he enterado estos días —responde con voz apagada, muy nervioso.

—Creo que no te tengo que decir nada más —le advierte Jaime.

Julia trata de disimular la sorpresa que le provoca este Jaime tan directo y agresivo, muy diferente al habitual: calmado y diplomático.

—Tanto con Ana como con Sandra siempre he tenido muy buen rollo y me llevo del carajo con ellas. Mejor con Ana, sí, con la que me he corrido alguna juerga, porque es una tía muy loca, como yo… Pero en la vida he tenido malos rollos con ellas y por supuesto que lo último que querría es que les pasase algo malo; eso tenedlo claro —dice de corrido Jorge, muy nervioso y agobiado, con los ojos enrojecidos.

—Nadie ha dicho lo contrario —le replica Jaime.

—Solo queremos que nos cuentes si las vistes el último día, si sabes de alguna relación especial por parte de alguna de ellas… Eso es todo —media Julia, trata de transmitir calma.

—No, esa última noche no las vi. Estuve jugando al pádel con unos amigos en la pista del polígono, y luego nos tomamos allí mismo unas cuantas cervezas y me vine para casa, que a la mañana siguiente tenía que dar unas clases muy temprano — Se toma unos segundos antes de continuar—. Y, sobre lo otro, Ana es de llevarse muy bien con todo el mundo, de hablar con el que sea, pero yo nunca le he visto una relación especial con nadie, que recuerde, de verdad —explica Jorge.

—¿Te importaría mirar unas fotografías? —le pide Julia.

—Para nada.

Y Julia le ofrece su iPad. Le muestra las mismas fotografías que a Alicia Crespo, con la que se entrevistaron una vez que concluyó la concentración de apoyo a Sandra Peinado y a Ana Casaño. Cuando contempla la fotografía en la que Ana aparece junto a un chico en la playa y que comenta con un escueto y desafiante «sí, puedo», Jorge responde que no lo conoce: «Creo que no es de aquí», dice, por lo que coincide con la respuesta ofrecida por Alicia, que explicó que se trataba de un turista italiano que se encontraron por casualidad.

—Puede ser cualquiera, no sé —responde, tras ver la fotografía de Ana junto al pecho desnudo de un hombre con el colgante de la estrella de mar en plata.

—¿Seguro? —insiste Jaime.

—Seguro, no sé quién puede ser —confirma.

Tras algunas preguntas más, que no les reportan información alguna, se despiden de Jorge Calzado, advirtiéndole de que esté localizable. Jaime camina con la vista perdida en el horizonte, ensimismado en sus pensamientos. Julia, aprovecha que Miguel se ha quedado unos metros atrás, intercambiándose el teléfono con el joven, para hablar con Jaime.

—¿Qué te ha pasado con este tío?

—No los soporto, nunca los he soportado —reconoce Jaime.

—El que no los soportes no justifica esto. Además, venimos sin orden, no podemos…

—Para un capricho que me puedo dar de vez en cuando, Julia, no me lo jodas, por favor —la interrumpe y sigue caminando sin esperar respuesta.

- Carmen Puerto recopila información de Alfonso Peinado —tal vez contagiada por los abundantes comentarios e imágenes que encuentra en la red—, cuando descubre una información que el diario sensacionalista *OKEspaña* anuncia como «gran exclusiva»: «La grabación telefónica que demuestra que el máster de Pilar Ortega es falso».

  Acompaña la noticia un archivo de audio, que Carmen Puerto no duda en abrir. Enciende un cigarrillo y eleva considerablemente el volumen del ordenador.

«Pilar Ortega: Tú ya sabes mi situación.
Alfonso Peinado: Por el horario, ya te lo dije, está hablado con los profesores.
PO: Gracias.
AP: Lo que necesites.
PO: Si te soy sincera, lo que más me preocupa es el trabajo.
AP: Precisamente eso, es lo que menos te tiene que preocupar.
PO: ¿Seguro?
AP: Ya te dije que tenemos dos fórmulas.
PO: Mira, yo no quiero que me cuentes fórmulas, yo quiero que marche todo.
AP: Así será.
PO: Lo dejo en tus manos.
AP: Sin problema.
PO: No tengo que recordarte que ni a Dios, ni a Dios.
AP: Sabes que no tienes que recordármelo».
Fin de la conversación.

Consulta Carmen Puerto la hora de actualización de *OKEspaña*: 20:03 h, no han transcurrido todavía ni 15 minutos. Abre la cuenta de Twitter y comprueba las tendencias del momento: #AudioMaster ya ocupa el cuarto lugar.

—*Karen*, en menos de cinco minutos es TT —pronostica.

El Puente Internacional

Cuentan que el puente que une Ayamonte y Castro Marim, el puente que une España y Portugal casi en la desembocadura del Guadiana, en el océano Atlántico, el llamado Puente Internacional, acabó con el negocio de muchos contrabandistas —pequeños en su mayoría—, que traficaban con productos que escaseaban a un lado y otro de la frontera. Chocolate, tabaco, aceite, ropa interior, toallas, fregonas, todo tipo de cremas, etc. El río dejó de ser, de la mañana a la noche, el 22 de agosto de 1991, esa barrera prácticamente infranqueable que para una gran mayoría significaba aislamiento y para unos cuantos una verdadera y real oportunidad de negocio, de dinero contante y sonante.

Lo cierto es que fueron muchos los que dieron por hecho que el puente nunca llegaría a construirse, y es que desde mediados del siglo XX —momento en el cual se iniciaron las conversaciones entre los dos países implicados, España y Portugal—, se había prometido mucho y ejecutado nada. A pesar de las buenas intenciones expuestas por las diferentes administraciones públicas —fueron numerosas las reuniones celebradas, así como los estudios del terreno—, los años pasaron en balde y no fue hasta 1985 cuando por fin se anunció el inició de la complicada obra, que comenzó realmente en 1986, prolongándose durante cuatro largos y, en multitud de ocasiones, penosos años.

El definitivo anuncio, a diferencia de lo que muchos podrían haber previsto, no se entendió como un hecho positivo por buena parte de la sociedad ayamontina, al considerar que la ubicación escogida para el trazado del puente en la parte española, a tres kilómetros de distancia de la localidad, repercutiría muy negativamente a la ciudad, por todos los viajeros que dejarían de recibir. Comerciantes, hosteleros, restauradores y demás negocios relacionados con el sector servicios entendían que iban a perder para siempre ese más de un millón de pasajeros que cada año tomaban el ferri para cruzar la frontera, y que para hacerlo debían recorrer, obligatoriamente, las calles de Ayamonte.

También los contrabandistas, viendo peligrar su negocio, renegaban del puente, más allá de la ubicación definitiva, que bien poco les importaba, y a su manera se sumaron a las reivindicaciones. Hay quien cuenta que los contrabandistas de mayor «peso» pagaron a alborotadores «profesionales, con el único objetivo de elevar la intensidad de la protesta y hacer todo lo posible para que el puente nunca se construyera.

Pero a pesar de las protestas, las obras comenzaron en el plazo establecido. Más de trescientos operarios trabajaron en la construcción del puente, muchos de ellos portugueses, con una más que significativa representación de Cabo Verde: unos hombres fornidos y altos, de piel muy oscura, incansables y silenciosos, eficientes y constantes en las labores asignadas. Aunque en un número mucho más reducido, también hubo trabajadores españoles, algunos de Ayamonte.

Un Porta, el hermano de el Chanclas, Genaro, comenzó a trabajar en la obra del puente por las noches, como guarda de seguridad, en el lado español. Desde la caseta metálica que le prepararon, a escasos metros del agua, Genaro luchaba noche tras noche contra el sueño rellenando todos los crucigramas y sopas de letras que podía conseguir, mascando chicle o comiendo kilos y kilos de pipas. También escuchaba la radio, los programas de deportes, y también esos programas de consejos afectivo-sexuales que tanta gracia le hacían.

—¿Y no echas una cañita? —le solían preguntar a Genaro, una vez que descubrían su procedencia: Punta del Moral.

—Me tienen que cortar una mano y parte de la otra antes de que yo toque un pescado —siempre repetía Genaro, con desdén, dejando a las claras que la pregunta no le hacía gracia alguna.

A diferencia de sus antepasados y familiares, Genaro sentía una especial animadversión por todo lo relacionado con el mar y, por tanto, con la pesca. Los hermosos atardeceres, atlánticos e infinitos desde Punta del Moral, así como los dorados y cegadores amaneceres de la desembocadura, desde su puesto en el puente, lejos de emocionarle, le angustiaban. El sabor y el olor y de los pescados y mariscos que traían los barcos le repugnaban y el tacto del agua salada actuaba en su piel como si se tratara de un ácido, le escocía. Con toda seguridad, el que a Genaro su padre lo sacara de la escuela con 12 años y lo embarcase, a pesar de su manifiesto rechazo, hizo que su animadversión creciera hasta padecer efectos psicosomáticos, con la forma de alergias, taquicardias, enfermedades varias y demás malestares físicos.

Cuando pudo —para gran enfado de su padre, que lo entendió como una gran afrenta y un desprecio en toda regla—, Genaro abandonó Punta del Moral. En un principio, durante cinco o seis años, se instaló en la cercana barriada de Canela, donde se dedicó a plantar y a recoger tomates, calabacines y patatas, sobre todo. A continuación comenzó a trabajar en un horno de leña junto a la plaza de la Laguna, y de ahí a camarero ocasional, repartidor de lo que fuese, pequeños apaños y reparaciones varias, hasta el trabajo en el Puente Internacional.

La maltrecha relación con su padre y la distancia no supusieron un freno en la que mantenía Genaro con su hermano Gustavo, con el que siguió viéndose todo lo que pudo, echándose mutuamente una mano, según lo necesitaran el uno o el otro. Genaro lo necesito más y en más de una ocasión. Con frecuencia, se trataba de dinero o de algo de comida; un poco de alivio con el que sobrellevar todas las malas temporadas por las que pasó, que no fueron pocas. Gustavo, el Chanclas, solamente una vez requirió la ayuda de su hermano. Y la tuvo, a pesar de lo que le pidió.

—Entendería que me dijeras que no.

—Los cojones te iba a decir yo que no.

—No sabes lo que te lo agradezco.

Gustavo Porta, a lo largo de su vida, pasó la frontera de la legalidad en más de una ocasión. Especialmente cuando la pesca escaseaba y apenas sacaban para pagar el gasoil que consumía el barco. Muchos veranos, sobre todo, se coló en aguas portuguesas, siguiendo las marcas marinas que le había enseñado su padre, en busca del marisco: gambas y cigalas mayormente. En algunas de estas incursiones se las tuvo que ver con la *guardinha*, a la que siempre esquivó como pudo: regresando a la zona española o colándose, entre la bruma, en una cala de difícil acceso. Gustavo heredó de su padre el sentido de la ubicación, muy densa tenía ser la niebla para que necesitase confiar en el radar u otros instrumentos de navegación. Cuando las mareas más bajas llegaban y en algunas de ellas casi se podía cruzar andando el Guadiana en la desembocadura —donde comienza el espigón—, solo Gustavo conocía las zonas por las que se puede navegar sin encallar, lo que le valió, en más de una ocasión, librarse de una buena multa, perder el barco, una paliza o un par de días de arresto.

Este sentido de la ubicación, que conservó hasta el final de sus días, unido a su temeridad —porque lo de Gustavo el Chanclas no podría calificarse como valor, los valientes tienen en cuenta los riesgos y pasan miedo, él no—, lo convertían en un marinero atípico, admirado por sus

compañeros y padecido por las autoridades. Cuentan que el Chanclas en una ocasión en la que los agentes portugueses amenazaron con emplear la fuerza, viéndose sin una fácil salida, se abrió la camisa de par en par y les ofreció su pecho como diana. Y como esta, eran muchas las historias que circulaban sobre Gustavo Porta. No es de extrañar que fuera conocido y reconocido por su arrojo y por su inconsciencia, como si el miedo fuera un sentimiento que nunca estuviera presente en su interior.

También pasó la frontera de la legalidad «transportando» tabaco de contrabando y fardos de hachís, cuando decidió que nunca más volvería a pescar en aguas portuguesas.

—¿Qué te ha pasado? —le preguntó su amigo Miguel Castro.

—He conocido lo que es el miedo y no quiero volver a sentirlo —respondió sin mirarlo a los ojos.

SÁBADO, 1 DE SEPTIEMBRE, 20:08 H

Sentados en una terraza del centro comercial de Punta del Moral, frente a Isla Cristina —tan cerca y tan lejos al mismo tiempo—, Julia y Jaime vuelven a escuchar la grabación que ha subido en su web el diario *OKEspaña*. Miguel habla por teléfono a escasos metros, no cesa de colocarse el flequillo a un lado y a otro.

—Esta mujer va a tener que dimitir, no le queda otra —se refiere Julia a Pilar Ortega, la líder del Partido Nacional, cuya voz se reconoce con claridad en la grabación que ahora mismo ocupa las portadas de todos los periódicos nacionales, desplazando a la concentración que ha tenido lugar en Ayamonte en apoyo a las chicas desaparecidas y a sus familias.

—No le va a quedar más cojones. —Asiente Jaime.

—Y Peinado lo tiene muy crudo; como a esta mujer le dé por cantar está sentenciado —pronostica Julia.

Cuando se incorpora Miguel Castro a la reunión, Jaime le pregunta dónde se encuentra El Cuchitril, el lugar al que las chicas fueron en primer lugar el pasado día 29, sobre esta misma hora: ocho de la tarde.

—Justo a la vuelta, frente a Punta.

—¿Qué compañía de teléfono tienes tú? —le pregunta Julia.

—Movistar —responde.

—Igual que Sandra Peinado, que es la primera de la que hemos perdido la señal. A partir de las cuatro ya no sabemos nada de ella —explica Jaime.

—Eso es, eso es —repite Julia, con los ojos muy abiertos.

—Vamos a hacer el recorrido que hicieron esas chicas el pasado día 29 —plantea Jaime, que en momentos como este es cuando más echa de menos a Carmen Puerto.

—Está todo pateado y bien pateado. Ya hemos comprobado que hay una zona sin cobertura de Movistar próxima al chiringuito de La Hamaca —se adelanta Miguel.

—Así hacemos un poquito de ejercicio —sarcástico, Jaime.

En El Cuchitril conviven los que acaban de regresar de la playa y quienes inician la salida. Es un pequeño establecimiento de forma cuadrada —hace honor a su nombre—, con barra en tres de sus laterales, atendido por un hombre de avanzada edad, con los brazos repletos de tatuajes, y por otro mucho más joven. Jaime hace lo posible por imaginarse a Sandra y a Ana apoyadas en esas barras de aluminio, atestadas de vasos de caña vacíos.

—No nos paremos, sigamos adelante —solicita Jaime, y prosiguen caminando hacia el paseo marítimo, bordeando el puerto deportivo.

Julia se queda mirando un bonito velero blanco, con franja azul, que ondea las banderas de España y Portugal.

—Aquí la cobertura a tope —avisa Miguel, con el móvil en la mano.

En el paseo marítimo, vendedores de muy diferentes nacionalidades y tonalidades de piel comienzan a montar sus tenderetes. Los turistas extranjeros empiezan a cenar. Por lo que pueden ver, los arroces son muy demandados, el caldoso especialmente.

—Un arroz a estas horas, manda cojones. —Escenifica Julia asco con el gesto.

—La pera. Les cabe el *Titanic* —bromea Jaime.

Al final de la rotonda empieza la hilera de hoteles, cada cual de su color y estilo. Ambientación árabe, colonial, modernista, como si se tratara de una exposición de arquitectura.

—Ahora es un paseíto —advierte Miguel.

—Estamos en forma —bromea Jaime.

—Donde la grúa, es —señala Miguel.

A lo lejos contemplan una altísima grúa que se funde con el dorado sol del atardecer.

Jaime no cesa de girar el cuello tratando de encontrar un detalle que le traslade a Sandra Peinado y a Ana Casaño. Cuando finalizan los hoteles, la carretera se estrecha y comienzan las urbanizaciones de apartamentos, en el lado izquierdo. En el derecho, las dunas y la vegetación, y algunas casas de una sola planta aisladas.

—¿Esta es la urbanización, no? —pregunta Julia.

—Sí, Las Gaviotas —responde Jaime, y trata de imaginar a las chicas saliendo por la puerta que contempla.

—Empiezo a perder la cobertura —dice Miguel.

—¿Pero sigues teniendo, no?

—Cada vez menos.

Siguen caminando, apenas restan cien metros para llegar al lugar indicado.

—Se fue del todo —anuncia Miguel.

Jaime se detiene y comienza a mirar a su alrededor. Se dirige hacia el lado derecho y se cuela entre la maleza, con la cabeza agachada parece buscar algo cerca de sus pies.

—Eso está mirado —le advierte Miguel—, y ten cuidado que puedes caer en el agua o en el fango en cualquier momento.

Jaime avanza unos cuantos metros, se mueve en círculos, siempre con la vista puesta en el suelo. Julia lo observa desde la distancia, ocultos los ojos tras las gafas de sol. Miguel trastea su teléfono móvil, lee y responde mensajes.

Jaime no cesa de preguntarse qué haría Carmen Puerto en este momento, qué camino tomaría, qué buscaría, y el no encontrar respuesta alguna a sus preguntas le procura una asfixiante sensación. Repentinamente, a la misma velocidad que un gas, la ansiedad se ha expandido en su interior. Ante el temor a perder el equilibrio se agacha, apoya la frente en sus manos. Necesita respirar.

—¿Qué te pasa?

—Nada, nada, quiero mirar una cosa.

- Mientras espera, Carmen Puerto juguetea con los interruptores de la placa de vitrocerámica, comprueba que funcionen correctamente. Hacer esto la empuja, inexorablemente, a recordar a Jesús —su particular inquilino de la planta baja—, la peluquería, y el tiempo que pasaron juntos. Carmen Puerto abre la puerta del microondas, en donde ha dejado de girar una taza de porcelana blanca con agua hasta la mitad. Deja caer cuatro cucharadas de capuchino «vienés» y dos pastillitas de sacarina. Le gusta que el primer trago le queme los labios, el paladar y la garganta, es un extraño placer que la acompaña desde la infancia.

  De vuelta al salón, como siempre sumido en una pegajosa y envolvente oscuridad, repasa lo que ha anotado en su libreta sobre el padre de Sandra*:* «Alfonso Peinado, durante años, trabajó en política; jefe de gabinete. Fama de conseguidor, relacionado con la construcción, Toro, gerente de una fundación, ganador de concursos públicos, socio mexicano, Jiménez, relacionado con el narcotráfico y la venta de armas invierte en la constructora, son rumores,

no está procesado, Alejandro Jiménez, poca información, tiene la cara como quemada, granulada, gerente de la Fundación ADISA que ha financiado los másteres falsos de la Universidad Internacional, audio confirma relación con Pilar Ortega».

Carmen Puerto no cesa de tomar notas desordenadas de la información que recaba del padre de Sandra. Un hombre de unos 55 años, pelo canoso, elegante y tradicional, mediana estatura, siempre con gafas negras de sol. Peinado cuenta con un pasado muy difícil de rastrear, como si no hubiera existido hasta 1994, cuando es nombrado jefe del gabinete del Ministerio de Industria. En teoría, en 1997 abandona el Ministerio y en 1998 comienza a trabajar con el promotor inmobiliario y constructor Germán Toro, muy conocido por sus megaproyectos, algunos de ellos muy controvertidos, como el ejecutado en las afueras de Guadalajara, donde alzó una ciudad dormitorio a escasos kilómetros de Madrid. Descubre Carmen Puerto que la promotora de Germán Toro está detrás, como uno de los principales inversores de *Costa Guadiana*, un descomunal proyecto urbanístico en Ayamonte que finalmente no acabó siendo ejecutado como estaba planteado inicialmente. Lee Carmen que «los promotores asumieron demasiados riesgos en esta oferta turística que ofrecía un producto no adecuado a la situación económica del momento».

Encuentra Carmen Puerto algunas imágenes virtuales del proyecto inicial de *Costa Guadiana*. Una ciudad en tamaño reducido, con 10.000 viviendas para una población estimada de 36.000 personas —Ayamonte apenas alcanza las 20.000—, con parques acuáticos y espacios ajardinados, un centro de ocio y otro comercial, un club de golf con un campo de 18 hoyos, varias instalaciones deportivas, y así hasta completar un sinfín de recursos y estructuras. Planteada su edificación en varias fases —siete en concreto—, solo se construyó la primera, de 2.000 viviendas. En una publicación especializada en economía Carmen lee que «algunos de los inversores de *Costa Guadiana* pudieron eludir la bancarrota gracias a la inyección económica llegada del exterior».

Esta información coincide en el tiempo, tal y como puede comprobar Carmen en este preciso momento, con la alianza de ADISA con la mexicana TAXACOL —del empresario Alejandro Jiménez— en 2010. Año en el que TAXACOL entra a formar parte del accionariado de ADISA, una decisión controvertida, como poco, tal y como reflejaron algunas publicaciones especializadas en 2011, ya que consideraban que podría ser el comienzo de «una nueva burbuja inmobiliaria».

—¿Y este quién coño es? —se pregunta Carmen Puerto, a la vez que lía un cigarrillo.

Sitúa el puntero sobre una de las escasas fotografías que ha encontrado de Jiménez, amplía la llamativa cicatriz —una especie de quemadura con piel muy rugosa, como una superficie volcánica— que le cubre buena parte de la mejilla izquierda. En la fotografía, que debe contar con veinte o más años de antigüedad, Alejandro Jiménez se encuentra junto a la puerta de un larguísimo vehículo rojo de capota negra.

—Esa erosión parece hecha por algo químico, no parece a consecuencia del fuego —sugiere Carmen en voz alta.

Busca en internet diferentes tipos de cicatrices, de erupciones cutáneas, para determinar el origen de la que contempla en este instante. Tras observar varias de ellas, se detiene en una provocada por el contacto con el ácido, y que descubre en el rostro de una joven chica hindú.

—Es muy parecida, ¿tú qué crees? —le pregunta a *Karen* sin girarse.

Apaga el cigarrillo, se masajea las sienes y revisa todo el material que se extiende sobre la

mesa. Aunque considera que Jiménez no tiene relación directa con la desaparición de Sandra y Ana, no puede evitar buscar algunas referencias en Internet, como si, por deformación profesional, no pudiera dejar un cabo suelto. Además, no tiene sueño y no tiene nada mejor que hacer. Sabe por propia experiencia que no puede meterse en la cama hasta que no se le cierren los ojos por el cansancio, si lo hace antes, la ansiedad y el nerviosismo, representados bajo la forma de picores o calambres, se apoderan de ella, y es muy probable que pase toda la noche en vela. Han sido así muchas de sus noches.

—Joder, y que *Costa Guadiana* esté en Ayamonte es la leche, no tendrá nada que ver, pero bueno, mosquea —resopla en voz alta.

Aunque Carmen no tiene relación alguna con la investigación sobre la desaparición de Sandra Peinado y de Ana Casaño —en realidad desde hace meses no tiene relación con ningún caso—, tal vez por eso que llaman deformación profesional, o tal vez sea vocación la palabra, Carmen no puede dejar de analizar el pasado y presente de todos sus protagonistas.

Alejandro Jiménez no aparece en ninguna web institucional, apenas en los medios de comunicación convencionales de su país, que solo se refieren a él de soslayo, de pasada, nunca ocupa un papel protagonista. Sin embargo, Alejandro Jiménez es el tema central, y casi obsesivo, de un blog titulado *Periodista Reprimido Pero Nunca Silenciado* que mantiene y gestiona quien se hace llamar Matías Gallardo —todo apunta a que es un seudónimo— y en cuyo perfil Carmen puede leer:

> «Durante 22 años ejercí como periodista en prestigiosos diarios, alterné los sucesos con la economía y la política, que en realidad vienen a ser la misma cosa. Tantos años de trabajo me reportaron algunos premios, de gran reconocimiento la mayoría, los cuales no merecí. Todo parecía que iba bien, hasta que me ocupé de la persona menos adecuada y menos prestigiosa. Desde entonces, sin cobrar y coaccionado, aquí cuento todo lo que no me dejaron. Busco sponsor o donativos, ya no necesito la reputación, vivir cuesta dinero».

—Tiene toda la gracia el puñetero —dice Carmen, tras ver la sombra que ha colocado como perfil quien se dice llamar Matías Gallardo.

Muy activo en las redes sociales, especialmente en Twitter, le es muy fácil a Carmen Puerto encontrar multitud de referencias, opiniones y textos del tal Matías Gallardo. De hecho, puede considerarse como un tuitero destacado en su país. Con más de 50.000 seguidores, algunos de sus tuits cuentan con miles de retuits, en algunas ocasiones. Sin embargo, en redes sociales, si se examinan los *posts* de los últimos años —a diferencia de lo que sucede en su blog, que puede entenderse como un monotema—, Matías Gallardo apenas se ocupa de Alejandro Jiménez. No obstante, también desliza algún tuit, cada cierto tiempo, en el que insinúa, más que concreta. Carmen encuentra algunos, que copia y pega en un archivo al que ha titulado *México Lindo*.

«Leo las noticias que llegan desde España y cuento los minutos para que le concedan el *honoris causa* al amigo del amigo», escribió el pasado 6 de agosto, como comentario a una noticia del diario *El País*, en la que se narraba la vinculación de Alfonso Peinado con el caso de los másteres falsos.

«Cuando el polvo se convierte en oro académico y sin tener que recurrir a la magia (cambie la *g* por la letra adecuada)», escribió el pasado 15 de agosto, comentando, del mismo modo, una noticia sobre el caso, en esta ocasión de *ABC* en su edición digital. Este tuit le ha gustado especialmente a Carmen Puerto, que lo ha reído y comentado con su silenciosa amiga *Karen*.

Le encantaría a Carmen seguir rastreando con mayor profusión y detenimiento en las redes y en el blog de Matías Gallardo, pero considera que se trata de una dirección que no conduce al lugar indicado, y que afecta única y exclusivamente al litigio que Alfonso Peinado mantiene por su supuesta relación con el caso de los másteres falsos y que nada tiene que ver con la desaparición de su hija Sandra y de su amiga Ana. En cualquier caso, no se va a desprender del archivo titulado *México Lindo*.

—¿A que pongo *La bikina* de Luis Miguel? —exclama Carmen eufórica, irónicamente desafiante, y se pone en pie.

Para Carmen Puerto, tal y como le sucede en este preciso momento, el concepto de felicidad puede definirse como no sentirse terriblemente mal: no sentir angustia, asfixia, miedo, no sentir que alguien está a punto de llegar para hacerle daño, mucho daño. La felicidad es dejar de pensar en Marcia Guerra durante dos minutos, no creer que protagoniza sus peores pesadillas. La felicidad, o algo parecido, puede estar en rellenar dos hojas con datos que —con toda probabilidad— no servirán para nada; sonreír tras ver tres memes o leer un tuit divertido. Y en esos momentos, como esos amigos que medio borrachos organizan viajes inesperados, Carmen se arrepiente de no haber concertado una nueva cita con Alberto. Son ya nueve años de encuentros, nueve años de disfrutarlo, de amarlo a su manera. Ya no es el jovencito que conoció a través de una página web de contactos, aquel universitario sin experiencia… Pero no le importa lo más mínimo. No lo echa de menos. Porque ha sentido, y siente, una especial atracción por todos los *Albertos* que ha ido conociendo a lo largo de los años, ese Alberto que ha ido creciendo a su lado y que, de vez en cuando, como ahora, le gusta recordar a través de todas las fotos robadas que ha ido tomando con el paso del tiempo.

Ahora sí, ahora mismo le encantaría estar junto a Alberto, sentirlo cerca, dentro, entregarse, besarlo, disfrutarlo. Excitada, feliz a su manera, Carmen Puerto se dirige a la cama. Del cajón de la mesita de noche toma un consolador azul, muy pequeño, su última adquisición, con dos alitas de látex. Comienza a reproducir en su cabeza un sueño que le encantaría que durase toda la noche.

Esos chicos de luz son heladores en su locura.

Torre Canela, domingo, 2 de septiembre, 1:06 h

Un Seat León de color rojo recorre lentamente el camino de tierra que se abre a la derecha de la torre Canela, en la carretera que une Ayamonte con la barriada marinera de Punta del Moral. Sigue siendo un paraje salvaje, en el que la especulación inmobiliaria no se ha cebado en exceso. Dunas, matorrales, marismas, caños y esteros que aparecen y desaparecen cuando menos lo esperas. El Seat León rojo prosigue su trayecto, despacio, y toma un carril que se abre a la izquierda, un lugar muy frecuentado por senderistas, ciclistas y corredores, sobre todo, en los meses de otoño e invierno. En el pasado, antes de que rehabilitaran la torre y la carretera no pasara de camino de tierra, fue un lugar de encuentro de jóvenes parejas y de amantes furtivos, necesitados de intimidad.

Se detiene el vehículo, tras pasar sobre un enorme charco que el conductor no ha podido esquivar, donde la vegetación es más frondosa y fabrica un muro de ramas y hojas.

—¿Has visto? Estamos solos —dice Alfonso, aún con las manos en el volante.

—Pero qué antiguo eres, mira que traerme aquí —replica Charo.

—Es el mejor sitio al que podemos venir, te lo aseguro —se defiende Alfonso.

—Eso si es verdad, a nadie ya se le ocurre venir aquí, desde luego. Yo no me puedo arriesgar, ya lo sabes —le advierte ella.

—Por eso, ya verás como no viene nadie… La gente está tirando para el polígono de la rotonda —argumenta él, al tiempo que abre su puerta.

—Pues sí que sabes tú de esto…

—La necesidad, que es muy mala.

—¿Adónde coño vas? —pregunta Charo sorprendida.

—Afuera, ¿no?

—Yo ahí no salgo, me da *yuyu*… —Charo agarra de un brazo a Alfonso con la intención de retenerlo a su lado, en el interior del vehículo.

—¿*Yuyu* de qué, con el pedazo de noche que hace? —Y comienza a besar el cuello de Charo, muy despacio.

—No hay cosa que más miedo me dé que el campo de noche —responde ella.

—Esto no es campo.

—No, los cojones, es un «centro comercial».

—Déjame que te enseñe el sitio, por favor, y si no te gusta nos volvemos al coche, ¿vale? —insiste.

—¿Te conoces tú muy bien esto, no? Cómo eres… —ironiza Charo sonriente.

—¿Cómo soy? —susurra Alfonso juguetón.

—Qué bicho estás hecho.

—La que fue a hablar…

Alfonso abandona el vehículo en primer lugar y girando su cabeza parece cerciorarse de que se encuentran solos. A continuación, abre la puerta de Charo, a la que agarra de la mano para ayudarla a descender.

—Te mato como me pase algo —le advierte ella.

—Te va a pasar algo, eso te lo puedo asegurar: pero muy bueno —espeta él. Se besan entre risas.

—Y mañana me estás limpiando el coche, que no se te olvide —le advierte ella, tras descubrir las manchas de barro en la parte delantera del vehículo.

—No se me olvida.

Agarrados de las manos, se introducen por un hueco que se abre entre los matorrales. Charo mide cada paso, como si en cada nuevo que da le aguardara un peligro desconocido. Apenas recorridos cinco metros por un tupido pasillo de ramas, acceden a un pequeño espacio circular sin vegetación. Alfonso se detiene en el centro y conecta la linterna de su teléfono móvil.

—¿Qué te dije? —pregunta Alfonso, al tiempo que le muestra a Charo una oscura y frondosa bóveda de ramas, hojas y sombras.

—¡Una suite!

—Tu novio seguro que te lleva a mejores sitios, porque lo puede pagar, maneja taco, pero nunca podrá pagar otras cosas que yo te doy —ataca Alfonso, al tiempo que fabrica un gesto que pretende ser lascivo.

—Sabrás tú dónde me lleva o me deja de llevar mi novio, cateto.

—Coño, un minuto, se me ha olvidado una cosa —dice Alfonso y sale corriendo.

—Aquí no me dejes sola.

—Dos segundos.

Regresa Alfonso, dos minutos después, con una mochila gris entre sus manos. La abre, saca una manta marrón y la extiende sobre el suelo.

—Yo creía que te habías ido a por condones y te llamaba para decirte que no te iban a hacer falta —bromea ella.

—¡Cómo eres!

Sentados sobre la manta, Alfonso comienza a besar y a acariciar a Charo. Intranquila, creyendo escuchar un nuevo ruido o intuyendo una inesperada presencia a cada segundo, le pide a Alfonso que no vaya tan deprisa y cada poco detiene sus manos, le impide seguir avanzando. Empieza Alfonso a quitarse los pantalones cuando, repentinamente, Charo, de un salto y muy asustada, se pone en pie.

—¡He visto pasar a alguien! —exclama, mientras señala a la derecha.

—Aquí no hay nadie —responde Alfonso, que vuelve a conectar la linterna de su teléfono móvil.

—Te he dicho que he visto pasar a alguien, joder.

—Te digo que aquí no hay nadie.

—Yo me quiero ir ya —sentencia Charo.

—¿Qué dices?

—Que me quiero ir.

—Pero tía, no me vengas con esas.

—Pero ya, que me quiero ir ya —insiste Charo, muy alterada.

—Sí, es lo mejor —replica Alfonso, enfadado.

Charo busca entre la maleza esa silueta que ha creído ver. Las hojas de las retamas fabrican una maraña de formas inclasificables que pueden ser interpretadas de muy distintas maneras. Alfonso permanece tumbado sobre la manta, con los pantalones bajados a la altura de las rodillas. Charo comienza a escuchar un sonido constante, un roce, cuya procedencia no le cuesta localizar en el propio Alfonso.

—¿Qué haces? —pregunta extrañada, incrédula.

—¿Tú qué crees? —responde entre enfadado y excitado, con voz ahogada.

—Ya te vale…

—¿Me ayudas?

—Un carajo, eso lo haces tú mejor solito, que sé que estás muy acostumbrado.

Un breve suspiro y Alfonso comienza a vestirse. A continuación recoge la manta, la vuelve a introducir en la mochila y se dirige hacia donde Charo se encuentra.

—Ni me toques, pringoso —le advierte ella.

Con la ayuda de la linterna del teléfono encuentran la apertura entre las ramas. Alfonso arrastra la mochila por el suelo, como si le pesara en exceso. Charo lo agarra del brazo, sigue asustada y sigue descubriendo sonidos y formas que les acechan. Alfonso, con la ayuda de la linterna, trata de localizar el camino de regreso. Por fin acceden al automóvil, entre una nube de polvo.

—Allí, allí hay algo. —Agarra Charo a Alfonso del antebrazo y le indica hacia dónde debe mirar.

Justo enfrente, a los pies de la torre de Canela, Alfonso detiene el automóvil y abre su puerta.

—¿Qué haces, coño?

A menos de cinco metros de donde se encuentran, ven la silueta de lo que parece una persona, tumbada en el suelo.

—Vámonos —ordena ella.

—Espérate. —Se libera Alfonso del brazo de Charo y comienza a caminar.

Una chica de pelo rubio, ataviada con una minifalda vaquera y una camiseta blanca, yace plácidamente sobre un colchón de hojas secas. Las manos, a modo de almohada, bajo la cabeza. Ligeramente encogidas las piernas y los pies cubiertos por unas zapatillas de deporte *New Balance*. Alfonso acerca la linterna al rostro de la chica, de una belleza nacarada y precisa, pero esta no se inmuta.

—Estará borracha…

—¡Vámonos, coño!

—Esta es una de las sevillanas, una de esas chavalas que llevan unos días desaparecida, ¿no lo has visto en la tele?

—Peor me lo pones.

Con cuidado y muy despacio, como si temiera lastimarla, Alfonso dirige su mano derecha al pecho de la chica y comienza a empujarla levemente en un principio, con más fuerza e insistencia a continuación. Le pellizca las mejillas, trata de abrirle los ojos, le golpea suavemente la nariz…, pero sigue sin reaccionar aparentemente. Se arrodilla junto a la chica, durante un segundo imperceptible le conmueve a Alfonso su belleza pálida y silenciosa, apoya la oreja sobre su pecho para comprobar si sigue con vida.

—¿Qué coño haces? —le reprocha Charo, al tiempo que lo aparta de la chica.

—Ver si está viva, joder —responde Alfonso.

—Nos vamos ya, pero ya —insiste Charo, a la vez que clava sus uñas en el brazo de Alfonso.

—Joder, joder, joder, ¿me quieres dejar de una puta vez? — Visiblemente alterado, se lleva las manos a la cabeza y comienza a girar sobre sí mismo.

—¡Vámonos de una puta vez! —grita Charo histérica, a la vez que empuja a Alfonso.

—¿Y la vamos a dejar aquí, no vamos a llamar a la policía ni nada? ¿Y si está viva? — reacciona Alfonso, zafándose de las manos de Charo.

—¡¿Tú eres gilipollas o te lo haces?! ¿Qué coño le cuento yo a mi novio, eh, me lo puedes

explicar, qué le cuento?

—¡Hostia, hostia, hostia! —despotrica él, superado por la situación.

Se arrodilla Alfonso de nuevo ante la chica y, al fin, consigue aplastar su oreja derecha contra su pecho, durante unos segundos en los que cree escuchar el latido de su corazón. Por un instante examina conmovido su rostro, dulce, pálido e infantil. Desprende un aroma cálido y floral que le embriaga, a pesar de la situación.

—¿Qué coño haces?

—Es una de esas chicas desaparecidas.

—Sí, sí es, ¿y qué? Nos vamos.

—Joder, que esta chavala está medio muerta, coño, si no está muerta ya, que está todo el mundo buscándola —repite Alfonso.

—Por eso hay que irse ya pitando —insiste Charo.

—Voy a llamar a la policía —dice Alfonso con el móvil en la mano.

—¿Tú eres gilipollas o te lo haces? —le recrimina.

—Diré que estaba solo —argumenta Alfonso.

—Que no, gilipollas, alguien dirá que has venido acompañado y ya me metes en el lío. Irnos, eso es lo que tenemos que hacer ya, irnos de una puta vez —exige Charo, que vuelve a agarrar el brazo de Alfonso.

—Haré una llamada anónima. —No se da por vencido.

—¿Tú no sabes que la policía localiza todas las llamadas? — le cuestiona con menosprecio.

—Pero… —Ya no sabe qué decir Alfonso.

—Nos vamos y nos vamos. —Y Charo por fin consigue convencer a Alfonso.

La pareja abandona el paraje a la mayor velocidad. Nada más introducir la llave en el contacto, Alfonso abre la puerta de nuevo.

—¿Qué coño haces?

—Me he dejado la mochila —dice.

—¡Que le den por culo a la mochila, arranca de una vez! — exclama Charo, muy nerviosa.

—Joder…

—¡Arranca hostia!

—Tengo que ir a por la mochila, quieras o no. Ahí no la voy a dejar.

—Te mato.

Y Alfonso abandona el vehículo y corre adonde se encuentra la chica, tumbada a los pies de la torre Canela. Se acerca hasta ella muy lentamente.

—¿Qué coño estás haciendo? —grita Charo, medio cuerpo asomado por la ventanilla del coche.

—Voy, coño, voy. —Y recoge su mochila.

El confidente (17/07/18)

—¿Podemos seguir?

—Ya estoy.

—¿Cómo fue la entrada del mexicano, de Alejandro Jiménez, en ADISA?

—Eso lo viví casi en primera persona. Y empezó un tiempo antes de que llegara este hombre a España.

—Le escucho.

—¿Está grabando?

—Sí.

—Voy. Alfonso fue a México a una cosa del Ministerio de Industria, a D. F., y allí conoció a Pedro Quintero, el hombre de confianza de Alejandro Jiménez. Un tipo peculiar, de Murcia, que llegó a mediados de los 90 a México con la intención de montar una granja de cerdos ibéricos de pata negra, o algo así, ya ves tú la historia. El negocio se fue a la mierda, no vivió ni un cerdo, pero a Jiménez le gustó el murciano, hasta el punto que se convirtió en poco tiempo en su hombre de confianza. Alfonso sabía que Quintero era la puerta y no le costó trabajo abrirla, en eso no hay nadie mejor que él.

—Siga, por favor.

—La casualidad, la fatalidad en este caso, quiso que Quintero muriera poco tiempo después de que Alfonso se fuera de México. Haciendo submarinismo, dijeron, y no se vaya a pensar que Alfonso se lo creyó así por las buenas, que se quedó muy extrañado, la verdad. Por lo visto era muy bueno con las gafas y las aletas.

—¿Pudo creer que fue obra de Jiménez?

—Vamos a ver, Alfonso se lleva muy bien con Jiménez, sí, pero sabe de todo lo que es capaz, eso lo tiene claro. Yo nunca le he escuchado una mala palabra de él, pero también tengo claro que no se fía.

—Ya.

—En 2010, Alejandro Jiménez vino a España a cerrar su acuerdo con Toro. Se hizo con el control del 45% de las acciones, después de unas larguísimas reuniones en las que saltaron chispas. Y menos mal, porque Toro se había metido en unos líos gordísimos, lo de Guadalajara y Ayamonte estaba a punto de estallar, y si no llega a ser por el mexicano se va al garete, pero sin dudarlo. De esto tengo documentación en la carpeta que le he dado.

—Perfecto.

—¿Por dónde seguimos ahora?

—Pues por lo que realmente me interesa: Pilar Ortega.

—Te explico, lo de esta señora es de 2015, o puede que de 2016, y de eso se ocupó directamente Alfonso, no dejó que nadie se entrometiera. Se matriculó en dos másteres: en Gestión de Empresas y en Altas Finanzas. Y bueno, como la mujer no tenía mucho tiempo por entonces, Alfonso tuvo algunas consideraciones.

—¿Consideraciones?

—Por llamarlo de algún modo.

—¿Cursó realmente los másteres?

—No en su integridad.
—¿Eso qué quiere decir?
—Que no cumplió con las horas.
—¿Y con los trabajos?
—Menos, mucho menos.
—¿Hasta qué punto?
—Encargamos a una tercera persona que los hiciera.
—¿Puede demostrar eso?
—Por supuesto.
—¿Cómo?
—Cómo, no, cuándo.
—¿A qué se refiere?
—Tendrá la prueba cuando saque a Alfonso en la portada.
—¿Cómo me puedo fiar de usted?
—Muy fácil: no me pague ni un euro, si no le doy esa prueba.
—Está muy seguro.
—Ya se lo he dicho, no es una cuestión de dinero.

DOMINGO, 2 DE SEPTIEMBRE, 8:25 H

—No se te ocurra tirar la colilla al suelo, que te conozco —le advierte Julia Núñez a Jaime Cuesta.

El inspector, antes de responder, mira el cigarrillo; «todavía me quedan un par de caladas», deduce mentalmente.

—Aunque no lo creas, tan gilipollas no soy —dice por fin.

—Tu capacidad de sorprenderme es infinita. Y no lo digo porque vayas a provocar un incendio —replica Julia con sorna, entre sonrisas, al tiempo que se frota las manos, cubiertas por unos guantes de látex.

—Ya, ya…

Julia se acerca hasta Jaime, sitúa su barbilla cerca de su hombro derecho. No quiere que la escuchen los dos miembros de la Unidad de Policía Científica que acaban de llegar.

—Sé lo que estás pensando —le dice mirándolo a los ojos.

—¿Qué estoy pensando? —la reta Jaime.

—Está claro: en llamar a la *pirada*.

«Este descubrimiento te supera», no se atreve Julia a decirle.

«La tendría que haber llamado ya», no se atreve Jaime a responder.

Tampoco se atreve a contarle la conversación que ha mantenido con *Jefe* hace tan solo veinte minutos, justo antes de que Julia se montara en el coche:

—Déjame que me lo piense, yo no tengo tan claro que esté ya preparada para ayudarnos —le respondió con frialdad a su petición, con su característica voz grave.

—Tal vez la mejor terapia sea esta, que tenga la cabeza entretenida en lo que más le gusta —insistió Jaime.

—Déjame que lo piense.

—Dime algo rápido, por favor. —Y Jaime finalizó la llamada a toda velocidad nada más comprobar que Julia se acercaba al vehículo.

—¿Con quién hablabas, algo nuevo? —le preguntó Julia al entrar en el coche.

—Buena noticia: nos mandan a Lola Vallejo —improvisa Jaime sobre la marcha.

—Contento, ¿eh? —pregunta con sorna.

—Es la mejor.

—Ya, ya.

Aplasta con insistencia su pie derecho contra la colilla que acaba de dejar caer sobre el suelo antes de guardarla en una servilleta de papel, condicionado por las palabras de Julia, cuando su teléfono móvil vibra anunciándole que acaba de recibir una nueva notificación. Como imaginaba, se trata de un mensaje de WhatsApp de *Jefe*: «Llámala»

Aun consciente Jaime de la reacción de Carmen Puerto cuando escuche que es el responsable del caso y que hasta ahora no ha solicitado su ayuda —la conoce de muchos años, y sobre todo la conoce en la gresca, en la visceralidad, por lo que se prepara para una cruenta batalla—, le alivia la respuesta de su superior.

Jaime y Julia vuelven a dirigir sus miradas hacia el lugar señalado, donde hasta no hace tanto yacía, inconsciente, Ana Casaño, la chica pálida, rubia, bella y frágil que llevaba desaparecida desde el 30 de agosto, junto a su amiga, Sandra Peinado, que de momento prosigue en paradero desconocido.

- Al mismo tiempo, Carmen Puerto, todavía en la cama, escribe en una página de la aplicación *Pages*, en su iPad:

«Información: la tengo.

Identificación: la tengo.

Técnicas de prevención: respiro.»

Durante unos segundos, lee varias veces las tres líneas que ha escrito, y conforme lo hace, un gesto de escaso convencimiento, también de rabia y de decepción, comienza a extenderse sobre su rostro. Escribe de nuevo:

«Información: me sobra.

Identificación: el problema.

Técnicas de Prevención: 0.0000000000000.

00000000000000000000000000000000000000».

Enfadada consigo misma, cesa en su opresión sobre la tecla *0*, y comienza a escribir: «*Sandra y Ana, Sandra y Ana, Sandra y Ana*», mecánicamente, con la mente en blanco. Cuando al fin es consciente de lo que hace, aparta el Ipad de su lado y abandona la cama.

—Me cago en todos los policías funcionarios de mierda — resopla enfadada.

Cubre sus piernas con el pantalón de un chándal azul marino que encuentra en el suelo, cerca de la bicicleta elíptica, en donde descansa la parte superior del conjunto, colgada del manillar. Abandona el dormitorio, completamente a oscuras, recorre el pasillo y, antes de acceder al cuarto de baño, al que se entra por el salón, se sitúa frente a la litografía de la *Karen* de Alex Katz que cuelga de la pared a la altura de sus ojos.

—¿Cómo has pasado la noche? —le pregunta—. Yo de puta pena, y mira que la empecé bien, por eso me levanto a esta hora… Mira la mierda de cara que llevo —responde como si la sonriente *Karen* se hubiera interesado realmente por su estado. Y Carmen puede ver de nuevo a los niños, a sus antiguos compañeros de colegio, con los brazos levantados, pidiendo permiso para dispararle.

En el cuarto de baño, se examina durante unos segundos en el espejo. Oprime los laterales exteriores de sus ojos y los estira en dirección a las sienes hasta que desaparecen buena parte de las arrugas que decoran sus ojeras.

—Esto ya no lo remedio ni con hilos de oro ni con el maquillador de Uma Thurman, ya me pueden picar cincuenta abejas reina. —Y las imágenes de la protagonista de *Kill Bill* y de Catherine Deneuve se cuelan en su cabeza durante un instante.

En la parte superior del inodoro, donde la dejó, una caja de Orfidal, a la que Carmen Puerto dedica una mirada de desprecio.

Una ducha rápida antes de un enjuague bucal, y chorro a presión de agua en sus encías y dientes. Cepillado intenso, casi furioso. Lava la cara con un jabón verde de glicerina, para posteriormente aplicarse *Advanced Génifique*: «Activador de Juventud», se puede leer en el exterior del frasco. Se masajea con fuerza el contorno de los ojos, extendiéndose *Eye Concentrate* de La Mer. Siempre que realiza estas operaciones, siempre; todas las mañanas, algunas noches antes de meterse en la cama…, recuerda las mismas palabras: «No tienes una sola arruga para la edad que tienes, ni una sola arruga, yo no sé cómo lo haces». Nadie se lo dice, pero a ella le gustaría escucharlo cada mañana.

De nuevo en el salón, han transcurrido algo más de veinte minutos, conecta el ordenador portátil y el gigantesco plasma de 50 pulgadas que hay justo frente a *Karen* y frente a una mesa rectangular con tablero de cristal. Pasa junto al cuadro de las dos bañistas que pasean

por una playa que no se ve, solo se intuye, y accede a la cocina. Introduce una taza blanca con agua en el microondas. La luz del sol se cuela a borbotones por los cristales ácidos del lavadero. Es una imagen que, cada mañana, consigue hipnotizar a Carmen. Deja que los segundos pasen, los minutos algunos días, entregada a una luz que siente cálida, envolvente y cercana.

Cuatro cucharadas de capuchino soluble y dos pastillas de sacarina. El tono de llamada de su iPhone reclama su atención. Lee en la pantalla «JJ1». Se humedece los labios, remueve enérgicamente el contenido de la taza, antes de responder.

—Ya veo que eres obediente, y que siempre obedeces a tus superiores —dice Carmen Puerto, muy fría y seca, antes de que Jaime pronuncie una sola palabra. La conversación mantenida con *Jefe* a principios de la pasada semana permanece intacta en su memoria. «Date un tiempo, céntrate en ti», le repitió *Jefe* en la despedida. «Tiempo es precisamente lo que me sobra», apenas pudo responder ella.

—Si te refieres a *Jefe*, no me ha dicho que te llame, que te quede claro. He sido yo el que lo ha convencido de que teníamos que llamarte, Carmen —le advierte Jaime Cuesta cuando tiene oportunidad.

—¿Llamarme a mí, para qué? —Finge desprecio Carmen, cuando en realidad hace todo lo posible por controlar la euforia que ha crecido instantáneamente en su interior. Con la taza de capuchino en la mano, se dirige al salón.

—Se trata de… Necesitamos tu ayuda —impone su voz Jaime, que ha conseguido eludir durante unos segundos el nervioso temblor que siente en la garganta.

—Seguro que acierto, seguro que no me equivoco. Después de cuatro días haciendo el ridículo más espantoso, *Jefe* se ha puesto nervioso, le están apretando las tuercas los de arriba y, claro, se ha dicho, vamos a llamar a Jaime Cuesta, que suele acertar cuando tiene a la Puerto a su lado, que ellos resuelven estos marrones gordos, que no tenemos nada que perder porque ella tampoco tiene nada más que perder y Jaime se lo come todo, y sin pan, a palo seco —replica a toda velocidad Carmen Puerto, muy excitada.

—Carmen, Carmen, ¿me puedes escuchar? —Se esfuerza Jaime en imponer su voz, ante la vigilante mirada de Julia Núñez.

—Solamente espero, Jaime, solamente espero que haya habido un motivo, un jodido motivo, y que lo pueda entender, porque necesito entender este aislamiento, y creo que tú lo sabes y quiero que me lo digas. Porque desde hace varios meses estoy lista, superada la prueba; y se me ha dejado de lado. Me habéis hecho el vacío, me habéis aislado deliberadamente. ¿Por qué, coño, por qué? —reta Carmen a Jaime.

—Nadie te ha aislado, ¿vale?, nadie.

—Y una mierda.

—¿Me dejas hablar ya?

Se toma Carmen un segundo para encender un cigarrillo.

—Habla —le indica.

—Hemos encontrado a Ana Casaño —apenas puede decir Jaime.

—Espera, espera, espera… ¿Vosotros?, ¿tú?…, ¿estáis con el caso de Sandra Peinado y Ana Casaño? ¿Vosotros, tú? Dime que no es verdad, dime que no es verdad, quiero escucharlo. — Hay violencia, tensión y amenaza en la voz de Carmen Puerto, que siente cómo se ha elevado muy rápidamente su temperatura corporal.

Jaime, antes de responder, se distancia unos metros de Julia Núñez.

—Sí, es nuestro caso, pero *Jefe* consideró que no era apropiado que contáramos contigo inicialmente —repite Jaime la respuesta que ha ensayado en numerosas ocasiones en las últimas horas.

Carmen Puerto separa el teléfono móvil de su oreja y simula que lo lanza contra la pantalla de plasma, en la que se reproducen unas imágenes de Ana Casaño y Sandra Peinado, las chicas desaparecidas. Le gustaría gritar, insultar a Jaime, mucho más a Julia o a *Jefe*, romper la mesa, la cocina o un sillón a patadas, pero no hace nada de eso. Estira sus dedos, a continuación los entrecruza con violencia, se acopla el teléfono entre el hombro y la oreja, a modo de pinza, y responde.

—Solo espero que algún día me expliques por qué, que tengas los cojones suficientes para hacerlo, Jaime, es lo único que te pido… —le cuesta decir a Carmen, con la voz desgarrada, agrietada.

—Ya hablaremos —susurra Jaime.

—Ahora vamos a trabajar.

—Es lo mejor.

—Te llamo en un minuto —anuncia Carmen y concluye la llamada sin esperar la respuesta.

Su primer impulso es el de gritar, con toda la fuerza de la que es capaz, pero la desdeña ante el temor a ser descubierta. Agarra uno, dos, tres y cuatro lápices y los parte por la mitad, violenta. Aspira y expira, como si el salón no contara con todo el oxígeno que necesita para seguir respirando. Abre la lata en la que guarda la marihuana y extrae varios cogollos, que lía ayudándose de un papel de fumar de color marrón, de cáñamo.

No incorpora tabaco al cigarrillo que acaba de liar. Lo enciende y fuma con ansiedad, como si alguien la obligara a acabarlo a la mayor brevedad. Hasta que no ha consumido la mitad del cigarrillo, le ha bastado con tres profundas caladas, la segunda de ellas frente a la *Karen* de Alex Katz que cuelga de la pared, no ha llamado a Jaime.

—¿Cuándo, dónde? —pregunta Carmen, para sorpresa de Jaime, que nunca hubiera podido prever una reacción tan apacible, aunque solo sea en apariencia, tan poco tiempo después.

—Viva, inconsciente pero viva. Aunque no descartamos algún tipo de agresión sexual, es un dato que no hemos confirmado. Es un presentimiento —dice Jaime, incrédulo, alucinado, ante la atenta mirada de Julia.

—Una historia de amor —susurra Carmen, a la vez que anota la frase en una libreta de pastas verdes—. ¿Dónde?

—Bastante cerca de donde las vieron por última vez. No creo que haya más de dos kilómetros de distancia. Esto se llama… —y busca a Julia, que le apunta el nombre del lugar— torre Canela, y se encuentra entre Ayamonte y Punta del Moral, donde veranean estas chicas con sus familias. La han encontrado a los pies de la torre esta, como si estuviera plácidamente dormida. Una llamada anónima desde una cabina telefónica, ya la hemos localizado, se encuentra cerca de una gasolinera, en Ayamonte —hace Jaime todo lo posible por expresarse de la manera más convincente, y tratando de adelantarse, en lo posible, a las diferentes preguntas que le puede formular Carmen Puerto.

—¿No tiene cámara de seguridad esa gasolinera? —pregunta Carmen.

—Estamos en ello.

—Estamos tardando.

—Ya.

—¿Marcas de neumáticos?

—No esperes mucho, sopla tela el viento ahora mismo.

—¿Poniente, Levante?

—No te sabría decir.

—¿Están dando mucho por culo los *cabeza cuadradas*? —pregunta Carmen.

—La verdad es que sí, piensan que está cogido con pinzas que lo llevemos nosotros, se niegan a ver la relación con Alfonso Peinado —responde Jaime, mirando a Julia.

—Lo habitual… —repite Carmen con cierto desdén.

—Lo habitual, sí, pero no pueden tener esos argumentos — expone Jaime. Por un segundo centra su mirada en su compañera, Julia Núñez, en la expresión de su rostro cuando comienza a hablar con Miguel Castro, que acaba de llegar.

—¿Qué juez nos ha tocado?

—Un tal Tirado. De momento, deja hacer, no es toca pelotas —responde Jaime.

—¡Qué raro que Ginés no haya sacado ya un tuit! Por favor, vamos a controlar las filtraciones, por una vez —demanda Carmen.

—Con tanta gente implicada sabes que es muy difícil, ya me gustaría a mí —se lamenta Jaime.

—¿Hay ya algún informe? Necesito todo lo que tengáis, desde que se produjeron las desapariciones de Sandra y Ana —interrumpe Carmen Puerto, de forma despectiva, que ya ha tecleado en la ventana de Google: «*torre Canela, Ayamonte*».

—Te lo mando en unos minutos —responde Jaime.

—Fotografías, y no solo por WhatsApp —solicita Carmen.

—También.

—No te olvides del registro de llamadas y del informe de los geolocalizadores. Me gustaría escuchar y ver los interrogatorios de los padres de las dos, hoy mismo, fundamental —ordena Carmen.

En los casos protagonizados por menores, en más de un 80% los responsables forman parte del círculo directo de las víctimas, piensan al mismo tiempo Carmen Puerto y Jaime Cuesta.

—Haré todo lo posible.

—Eso no me basta.

—Ya.

—Por cierto, ¿cómo reaccionaron los padres?, ¿se lo dijiste tú?

—Nosotros no.

—¿Quiénes?

—Gente de la Delegación de Gobierno.

—¿Te han contado algo?

—La madre sigue gritando, según me han contado, y el padre, dicen, muy sorprendido, como si no lo esperara.

—Como si no lo esperara —repite Carmen Puerto a la vez que escribe la frase en su libreta de pastas verdes.

—Sabes que… —Comienza a responder cuando comprueba, en parte aliviado, cómo la conversación finaliza sin despedida.

—Tras la gran cagada, se ha puesto el disfraz de chico eficiente, pero ni así se lo voy a

perdonar —le dice Carmen a *Karen*.

—Cabreada de la hostia, imagino —le dice Julia a Jaime, que comprueba con la vista que la llamada ha concluido efectivamente.

—También es normal que lo esté, una cosa no quita la otra, me parece a mí —responde Jaime después de comprobar que Miguel se ha alejado unos metros.

No mira a Julia, molesto con el tono de su voz. Aunque tal vez esté más molesto por la rápida complicidad que ha alcanzado con Miguel.

—Si por ti fuera, la *pirada* habría estado en el caso desde el primer día, desde el primer minuto, eso lo tengo más que claro, a pesar de los meses que lleva y de lo que… —reprocha Julia, visiblemente contrariada.

—¿Julia, me quieres escuchar? No voy a soportar la misma historia de siempre, yo creo que ya está bien. La conozco de muchos años y sé cuándo está operativa y cuando no, y ahora lo está. —Se lo piensa Jaime antes de seguir hablando, al tiempo que se muerde el labio inferior—. Tal vez tú no tengas nada mejor que hacer, pero no era mi ilusión estar aquí este fin de semana, ¿sabes? Así que no me lo pongas más difícil, que empiezo a estar hasta los cojones de unos y otros —reclama enfadado, y Julia se controla para no responder, ante la inminente llegada de Miguel Castro.

—A esta zona solían venir las parejas hace años, antes de que restauraran la torre. A esto se le llama aquí los carriles, *ir a los carriles*. Medio pueblo ha pasado por aquí —explica Miguel.

—Comprendo —replica Jaime con desgana. Examina a Miguel durante unos segundos: vaqueros gastados muy ajustados, deportivas azules, polo rojo de granito, Ray-Ban azules, buen cuerpo, alto, delgado… El resultado del examen no reduce, precisamente, el resquemor que le provoca su presencia.

La llamada que acaba de recibir trastoca, radical y felizmente, los planes de Carmen Puerto para este domingo que ha comenzado de forma convulsa. Por el momento no subirá a la azotea, tampoco cambiará las sábanas de su cama, tampoco le dedicará mayor tiempo a su cuidado corporal. Tampoco teñirá su cabello, aunque sea incapaz de disimular el gesto de decepción al descubrir que las canas se abren paso entre el rojizo caoba que cubre su pelo.

—Menos mal que compré el espray de las canas —le dice a su reflejo en el espejo del cuarto de baño.

—Todo eso puede esperar —dice en voz alta, mientras comienza a liar un cigarrillo de Cutters Choice —en esta ocasión solo de tabaco—, de regreso al salón.

Pulsa el icono de una aplicación llamada *Pocket*, en la esquina derecha de la barra de navegación de su ordenador, y comienza a abrir todas las noticias y reportajes que ha ido coleccionando desde que se produjo la desaparición de Sandra Peinado y Ana Casaño. Son más de 100 enlaces, perfectamente ordenados y clasificados, los que ha ido almacenando Carmen Puerto en los días que llevan desaparecidas las dos chicas. Abre el cuaderno en el que ha escrito multitud de anotaciones, que ahora deberá concretar en un documento único.

La excitación que le provoca el ocuparse de este caso, que ha seguido muy atentamente a través de la prensa, supera con creces el enfado de no haber sido tenida en cuenta desde el principio.

Es el diario *El País*, a las 9:05 de la mañana, el primer medio de comunicación en adelantar la noticia: «*Ana Casaño, una de las chicas desaparecidas, es encontrada con*

vida», ocupa la práctica totalidad de la portada. En menos de cinco minutos se suman el resto de periódicos e informativos. No tarda Ana Casaño en ser *Trending Topic* mundial.

Muy nerviosa, ansiosa en gran medida, Carmen Puerto coloca la libreta de pastas verdes entre una taza con capuchino humeante y un cenicero limpio, que acaba de traer de la cocina y, mientras espera el envío de todo lo solicitado, comienza a escribir el relato, el guión, de lo más significativo que ha sucedido desde que las chicas desaparecieron:

«El 29/30 de agosto desaparecen Sandra Peinado y Ana Casaño. Supuestamente, Ana tuvo una fuerte pelea con su familia. Comprobar. Amenazó con irse a Marbella con su padre, Juan Casaño. Contrastar. La última vez las vieron, sobre las dos de la madrugada, a la salida de un chiringuito de Punta del Moral. La Hamaca. Muy cerca de donde veranean sus padres, urbanización Las Gaviotas. Se despidieron de dos amigas, Alicia y Sara, a las que comentaron que iban a casa de Ana a por algo de ropa y que más tarde se verían en un local llamado La escuela, al que no llegaron nunca. La madre y hermana de Ana tampoco tuvieron constancia de que las chicas fueran a casa, tampoco los padres de Sandra y su hermano, tal y como habían anunciado a sus amigas. Sus teléfonos móviles tuvieron actividad hasta pasadas las siete de la mañana, en el caso de Ana, y hasta poco más de las cuatro, en el de Sandra. Siguen sin aparecer. A las 7.05, alguien leyó el mensaje de WhatsApp que la madre de Sandra envió a su hija. ¿Lo hicieron ellas mismas, las dos chicas desaparecidas, o lo leyó otra persona?, cuestiona un periodista. Es muy tarde, ¿dónde estás?, escribió la madre de Sandra. Nadie respondió».

Desde la primera vez que tuvo conocimiento de su existencia, Carmen Puerto le ha prestado una especial atención a la madre de Ana Casaño, Elena Suárez. «Esta tía está ida de la cabeza, puede salir por cualquier lado», le dijo Carmen a la *Karen* de la pared, la primera vez que la escuchó. «Histérica, trata de controlarse para no meter la pata, mala relación con su otra hija, más pequeña que Ana, se llama Raquel, y mucho peor aún con su exmarido, Juan Casaño». En realidad, y a pesar del protagonismo indiscutible de Alfonso Peinado, Carmen ha seguido con mucha atención a toda la familia Casaño.

La exhibición pública de la familia Casaño es similar, en cuanto a constancia e intensidad, a la que Ana ha mantenido en los últimos años en las redes sociales; especialmente en Instagram, donde la joven tiene una notable presencia, con más de 9.000 seguidores. Una cuenta repleta con decenas de imágenes sugerentes, provocativos posados en ropa interior o con diminutos bikinis. Está convencida Carmen de que en estas imágenes hay claros y muy concretos mensajes que es necesario descifrar, por toda la información que esconden. Y está convencida, asimismo, de algo que mantiene desde que contempló por primera vez determinadas imágenes: que hay un claro desafío y enfrentamiento hacia sus padres, posiblemente.

Escribe Carmen en su libreta: «Alfonso Peinado trabajó para un ministro. Empresario, mucho dinero, relacionado con la construcción, Germán Toro, concursos públicos, ahora metido en los líos del currículum del líder del Partido Nacional, gerente de la fundación que los paga, relación con Alejandro Jiménez, mexicano que ha empezado negocios en España, cara destrozada».

Prosigue escribiendo Carmen Puerto: «Los padres de Ana Casaño, divorciados desde hace tres años, sin el grado de conocimiento público de la familia de Sandra, poseen un negocio relacionado con las antigüedades y el padre empezó hace tres años con una agencia de publicidad. Se llama La Ventana, en Marbella. Un negocio consolidado, por lo que puede

comprobar Carmen visitando su web, a tenor de la dimensión de los clientes para los que ha trabajado desde su puesta en marcha».

«Esta familia vive de esto, ya no hay quien compre antigüedades», piensa Carmen Puerto, y también lo escribe.

«Pasan los veranos en Ayamonte, Punta del Moral, desde la infancia, las dos familias son conocidas como los sevillanos», añade.

Carmen se detiene un instante, enciende un cigarrillo, contempla con gesto sorprendido las libretas y fotografías que se extienden sobre la mesa. Tiene la extraña sensación de que lo que está haciendo —las anotaciones, el guión, todo— es una repetición de algo que ya ha hecho con anterioridad. Apenas le cuesta unos segundos encontrar lo anteriormente escrito: solo algunas palabras cambian.

Búho rojo

Alejandro Jiménez nació en El Fuerte, al norte del estado de Sinaloa, muy cerca del de Sonora. El menor de siete hermanos, no tiene recuerdos de su madre, que falleció cuando no había cumplido los dos años. Un camión la atropelló, mientras empujaba el carrito en el que Alejandro viajaba, cuando cruzaba la calle en dirección a una farmacia. El conductor del camión se dio a la fuga. La madre murió en el acto y el bebé salió desplazado varios metros. Alejandro Jiménez sobrevivió al accidente pero su rostro quedó deformado para siempre: el asfalto destrozó su mejilla izquierda.

El padre de Alejandro Jiménez, un hombre brusco y permanentemente malhumorado, taxista de profesión y Juan por nombre, se entregó en cuerpo y alma a descubrir la identidad del hombre que había acabado con la vida de su esposa y desfigurado a su pequeño Alejandro y, por tal motivo, durante meses, desatendió a sus hijos, a los que apenas les entregaba unos pocos pesos semanales que no alcanzaban ni para la más esencial manutención.

La única información que Juan Jiménez tenía del conductor que había acabado con la vida de Teresa Preciado, así se llamaba su esposa, era que conducía un camión en el que se veían «una especie de búhos, muy extraños, de color rojo» en el remolque, tal y como declaró una anciana, testigo del trágico accidente.

Acompañado de un termo azulado, que rellenaba con un café negro, caliente y amargo, Juan Jiménez pasó cientos de horas dentro de su maltrecho taxi, en una gasolinera de las afueras de El Fuerte, en la que solían parar muchos camiones que van o vienen de D.F., sin necesidad de entrar en la ciudad.

La espera valió la pena. Una mañana de marzo, muy temprano, ya habían pasado cuatro meses de la muerte de su esposa, se detuvo en la gasolinera un camión que coincidía con la descripción ofrecida por la anciana: sobre los laterales del remolque aparecían dibujos de búhos, «muy extraños, de color rojo». Y debajo de los búhos rojos y extraños se podía leer: «Artesanía de Tijuana».

Aprovechó Juan Jiménez que el conductor —un hombre joven, de no más de 25 años, alto y desgarbado— accedió al interior de la gasolinera, para colarse en la cabina del camión y buscar algún documento identificativo. Encontró una factura por la compra de carne, a nombre de Manuel Cardoso, en la que se indicaba que el pedido debía entregarse en la calle Coahulia, número 34, de Tijuana.

Cuando el conductor regresó al camión unos minutos después, Juan Jiménez ya estaba de nuevo dentro de su taxi. Mientras apuraba el café del termo, contempló cómo se alejaba el camión con los extraños búhos rojos pintados en el remolque.

Ese mismo día, Juan Jiménez habló con sus dos hijas mayores, Teresa y Gabriela, 16 y 15 años respectivamente, para decirles que se iba a ausentar durante unos días y que estuvieran al cuidado de sus cinco hermanos, y muy especialmente del pequeño Alejandro. Limpien esa herida cada poco, les pidió. «No tenemos qué comer», dijo Teresa, la mayor, y Juan le entregó la cadena de oro que le colgaba del cuello. «Corre a la tienda de la esquina, le dices a Germán que vas de mi parte, que te haga un buen precio», le dijo antes de partir.

Tuvo tiempo Juan Jiménez durante las 18 horas que duró el viaje hasta Tijuana, para diseñar un plan que ejecutar. También tuvo tiempo para recordar a Teresa, su esposa, los muchos años que pasaron juntos, cómo la conoció, en aquella floristería de su tía Celeste, lo bonita que apareció el día de la boda, el asado que preparaba en las ocasiones especiales con esa salsa y aquellas patatas que se deshacían en la boca. Y la recordó, muy especialmente, en el nacimiento de su último hijo, Alejandro. A pesar de ser el séptimo hijo, a pesar de no ser ya una mujer joven, rondaba los 38, Teresa mostraba el mismo brillo, vigor y felicidad que en el nacimiento de sus anteriores hijos, como si Alejandro fuera el primero. De lo único que me alegro es que no vas a ver lo que le han hecho al niño, le dijo a una fotografía de Teresa, dentro de un pequeño marco metálico con imán, en el salpicadero del vehículo.

Seis horas después de estar esperando cerca del número 34 de la calle Coahulia de Tijuana, Juan Jiménez pudo ver cómo la puerta de hierro pintada de verde se abría, dando paso a una mujer joven y morena, muy guapa, vestida con unos tejanos muy ceñidos que exaltaban su silueta. Arrancó Juan Jiménez el taxi y la siguió a cierta distancia. Transcurridos un centenar de metros, aproximadamente, la joven se dispuso a cruzar la calle. Entonces, Juan Jiménez apretó hasta el fondo el pedal del acelerador y se dirigió hacia la chica. No modificó ni un centímetro la trayectoria. Durante una eterna décima de segundo pudo ver con absoluta claridad y definición, a cámara lenta, cómo el cuerpo de la chica salía despedido hacia la izquierda, tras golpear con su cadera derecha contra la luna y techo del vehículo.

Murió en ese mismo instante y Juan Jiménez —cuyo coche se paró en seco justo después de la colisión— fue retenido por algunos viajeros que bajaron de un autobús. El juez que se ocupó del caso, y que le impuso una condena de veinte años de cárcel, jamás pudo entender qué impulsó a ese taxista de El Fuerte a recorrer más de mil kilómetros y asesinar a esa mujer con la que no mantenía ningún vínculo. De hecho, el juez estuvo tentado durante buena parte del juicio a tener en cuenta la locura transitoria como un elemento principal sobre el que argumentar su sentencia.

Ezequiel Rodríguez nunca podría haber imaginado que comprar carne para celebrar el nacimiento de su hijo le provocaría tanto dolor. Juana Galgo, la anciana que testificó tras el atropello de Teresa Preciado, nunca podría haber imaginado que sus problemas de visión acarrearían tan fatales y trágicas consecuencias. Los laterales del remolque del camión que acabó con la vida de Teresa Preciado no reproducían extraños búhos de color rojo; en realidad eran cebollas rojas, que cultivaban en una plantación en las afueras de Hermosillo. Esto último solo lo supo Alejandro Jiménez veintidós años después de la detención de su padre por el homicidio en Tijuana de una mujer.

Tras amputarle el dedo meñique a su hijo de 19 años, Darío Grandona le confesó a Alejandro Jiménez que fue el autor del atropello que acabó con la vida de su madre. A continuación, lo sacó a patadas de su casa, y los dos hombres que lo acompañaban lo introdujeron en una furgoneta de color azul. Se dirigieron al oeste, hacia el desierto.

—Bajaros todos —indicó Alejandro Jiménez, que se sentó en el asiento del piloto—. Ahora, toma estas tijeras y córtate la mejilla izquierda —le ordenó al tiempo que le entregaba el instrumento por la ventanilla.

—¿Cómo? —No podía creer Darío Grandona lo que acababa de escuchar.

—Que te cortes la mejilla izquierda y empieces a correr.

Domingo, 2 de septiembre, 10:25 h

Carmen Puerto marca el número de teléfono de Jaime Cuesta (JJ1).

—¿Ha despertado? —pregunta nada más responder.

—No, sigue igual.

—Joder.

—La están examinando ahora mismo.

—Joder, vaya lentitud.

—Y uno de los doctores que la atiende nos ha dicho que no esperemos que tenga mucha lucidez cuando despierte, que lo normal es que recuerde poco —dice Jaime, a escasos metros de la torre Canela.

—¡Alegría!

—Se incorpora Barri, viene de camino —le anuncia Jaime.

—No vais a estar aburridos.

—Más bien.

—¿Resultados de la analítica?

—Aún no, la primera muestra de sangre se la tomaron cerca de las nueve.

—¿Alguna evidencia de haber sido forzada?

—Como te he dicho, están en ello.

—Coño, ¿y qué han hecho hasta ahora, si se puede saber? Comienza Carmen a perder la paciencia.

—Lo que han podido.

—Jaime, quiero que te veas cuanto antes con los padres, mételes algo de miedo, necesitamos saber cómo reaccionan. — No es una proposición, es una orden.

—Lo haré.

—Ya.

—Nos ocupamos —responde Jaime en voz baja, alejándose de Julia Núñez, que sigue con atención la conversación un par de metros atrás.

—No te olvides del micro.

—No me olvidaré.

—Y fotos, quiero fotos —insiste Carmen, como si quisiera poner a prueba la capacidad de obediencia, y también de paciencia, de Jaime.

—Ya, ya —responde sin convicción Jaime, abrumado y enfadado.

—Jaime, Jaime, espera, no cuelgues, cómo ha aparecido vestida, qué ropa llevaba, ¿me puedes enviar una fotografía?

—La verdad es que no lo sé. Creo que llevaba la misma que cuando desapareció. —Hace por recordar.

—Pero habrá fotografías, ¿no?, se va a analizar la ropa, ¿no? —Arrincona Carmen a Jaime con sus preguntas.

—Por supuesto —responde mirando de reojo a su compañera, que intuye cerca.

—Lo necesito cuanto antes —insiste.

—Hasta luego. —Saturado, sobrepasado, Jaime precipita el final de la llamada.

Visiblemente contrariada, Julia se acerca hasta su compañero.

—Está claro que ya me puedo ir a mi casa y dedicarme a otra cosa, porque como siempre, desde que ha entrado en juego la *pirada*, yo no pinto un carajo —le reprocha con dureza la subinspectora.

—Eres la pera, lo que me faltaba por escuchar, ¿y vas a dejar solo a tu amigo Miguel? —replica Jaime excitado.

—¿Encima…, encima? No me toques los cojones, Jaime, si es siempre lo mismo, lo mismo, joder. Cuando ella aparece, yo desaparezco, así de simple, es la evidencia. Y no hay que darle más vueltas, ni dramatizar. Solo que yo me voy y ya está —explica Julia su malestar con un nudo en la garganta.

—Sabes que te necesito, lo sabes, coño, formamos un equipo de puta madre y no puedo entender estos ataques de… —Se piensa las palabras Jaime antes de continuar.

—¿De qué, coño, de qué?, ¿celos, vas a decir celos? ¿O hablamos de tus celos? No me toques los cojones —le recrimina Julia.

—Olvídala, coño, olvídala, con lo que tú vales, no sé cómo le puedes dedicar tanto tiempo —le dice Jaime mientras la agarra de los hombros. Esquiva referirse a los celos que le ha reprochado.

—Los cojones.

—Sabes que es así… —Y Jaime comienza a repetir todos esos halagos y frases que le dedica a Julia en momentos como este y que ya empiezan a surtir menos efecto, a pesar de que una vez más ha podido controlar la situación, permaneciendo en ese incómodo y malabarista lugar intermedio, entre las dos mujeres, que tanta ansiedad le genera.

Solicita Jaime Cuesta toda la información que le ha exigido Carmen Puerto. Unos minutos después recibe una fotografía de Ana Casaño, en el momento que la introducían en la ambulancia. Está cubierta por una camiseta blanca de algodón, con un robot de gesto divertido serigrafiado en la parte central, una minifalda vaquera y unas deportivas New Balance azules y rojas. La misma ropa con la que desapareció. El rostro de la chica refleja el aturdimiento que padece; más pálida y blanquecina que de costumbre, sus ojeras delatan el cansancio acumulado. Tiene el pelo perfectamente recogido en una coleta, anudada por una goma negra.

Reenvía Jaime Cuesta la imagen a Carmen Puerto, quien, nada más recibirla, recrea un gesto de sorpresa y de incredulidad.

—¿Y este pelo recogido? ¡Esa chica jamás se peinaría así! —se pregunta en voz alta, al tiempo que accede a la cuenta de Instagram de Ana Casaño.

Efectivamente, en ninguna de las fotografías de la chica en la red social tiene el pelo recogido. Revisa Carmen, una vez más, su cuenta de Instagram. Amplía todo lo que le es posible la fotografía en la que aparece el colgante, una estrella de mar de plata, en el pecho de un hombre. Un hombre moreno
—deduce Carmen—; fuerte, por la tirantez y tonalidad de su piel; de mediana estatura, cree adivinar por la posición de su hombro. Un hombre joven, en cualquier caso, unos treinta años, calcula Carmen Puerto a partir de los escasos datos que la fotografía le ofrece.

Compara el pecho del hombre de la fotografía, que Ana Casaño comenta con un escueto y desafiante: «Sí, puedo», con otra en la que aparece otro chico joven, que en esta ocasión sí muestra su rostro, pero no hay estrella de mar en su pecho. Es fácil descubrir que se trata de dos personas diferentes, y no solo porque el que aparece con la cara al descubierto no tiene una estrella de mar colgando de su cuello. Por la tonalidad de su piel, constitución y vellosidad es evidente que no es la misma persona.

Prosigue la discusión entre Julia y Jaime, cuando suena el teléfono móvil de este nuevamente.

Y como teme, se trata de Carmen Puerto.

—Dime —seco.

—Jaime, aunque supongo que lo habéis hecho, es esencial que habléis otra vez con las amigas de las chicas, fundamental. Tenemos que saber quién es el hombre que aparece en la fotografía del Instagram de Ana Casaño, fundamental. Te he mandado la fotografía a tu móvil para que lo tengas claro. El del colgante de la estrella de mar —le ordena de corrido.

—Ayer hablamos con Alicia, que vive aquí en Ayamonte, y nuestra gente ha estado ya hablando con Sara, que vive en Huelva. Apenas nos han dicho nada… —trata de decir Jaime, cuando Julia se acerca hasta él mostrándole la pantalla de su móvil. Ha recibido un mensaje y quiere que lo lea.

Estrecha sus ojos el policía para conseguir una imagen más nítida.

—Espera, Carmen, espera. Me acaban de enviar un mensaje…

—¿Qué pasa?

—Han encontrado restos biológicos en la camiseta de Ana Casaño.

—¿Restos, cuáles restos? —pregunta muy alterada.

—Solo se trata de un examen visual, ojo, pero todo apunta a esperma.

—¿Esperma?

—Es lo que parece a simple vista.

—Coño.

—En un par de horas tal vez nos lo confirmen —apunta Jaime.

—Coño, coño, eso es mucho. Eso puede ser la firma del delito.

—Puede serlo.

—Lo que espero es que ningún desgraciado lo esté diciendo en Twitter en menos de diez minutos, eso es lo que espero — advierte Carmen, a la vez que refresca la página de Pedro Ginés.

—Y yo —se adhiere Jaime.

—Jaime, Jaime —apresurada, Carmen, temerosa de que finalice la conversación—, vamos a inspeccionar las cámaras de seguridad de las gasolineras que tengan autolavados, y vamos a fijarnos en alguien que le dedique mucho tiempo a limpiar el coche, sobre todo el maletero, ¿OK? Y tampoco estaría nada mal darse una vuelta mañana por los talleres y comprobar todos los coches que lleguen con arañazos, golpes y demás. Creo que nos puede venir bien.

—No han encontrado restos de pintura ni de carrocería por la zona —le advierte Jaime.

—Es lo mismo, suelen limpiar el coche por el más peregrino de los motivos. Llegan a desinfectar el maletero. La televisión ha hecho más daño del que imaginamos —explica Carmen, que trata de encontrar en Google una imagen nítida de la zona.

Jaime y Julia permanecen junto a la torre Canela examinando el terreno. La primera vivienda —una pequeña edificación de una sola altura, rodeada de huertos— se encuentra a unos trescientos metros, en dirección a Punta del Moral. Entre medias: matorral, dunas, diminutos caños que aparecen cuando menos los esperas y paredes de chumberas con las partes superiores anaranjadas de tanto sol y tanto verano. Jaime, a diferencia de lo que le sucedió el día anterior, cerca de la urbanización Las Gaviotas ya no siente tanta impotencia ni tanta debilidad y ansiedad. Lo achaca a la incorporación de Carmen Puerto al caso; son demasiados años trabajando a su lado, dejándose llevar por su intuición y su inteligencia. En cierto modo, aunque desde la distancia, se siente seguro nada más que escuchando su voz. A pesar de sus modos, sus exigencias y sus excentricidades.

—Mira, Jaime —reclama su atención Julia, que le señala un charco de gran tamaño, en el camino de tierra que se abre a la derecha de la torre Canela—, si alguien pasó por aquí hoy ha tenido que ir a limpiar el coche.

—Coño, parece que tu amiga ha visto el charco —bromea Jaime.

—Imagino que lo habrá visto, le he mandado fotografías de todo —le confirma Julia, restándole importancia a la capacidad de Carmen Puerto.

—Ya decía yo —comenta Jaime, solo por contentar a Julia.

Miguel Castro recibe el mensaje de un amigo: «Estás en la portada de *El Mundo*». Comprueba, con la ayuda de su *smartphone*, que no se trate de una broma. Ahí está, perfectamente reconocible, con sus vaqueros de pitillo y su polo rojo, atusándose el cabello mientras escucha a Julia Núñez. Afortunadamente, a pesar de que todos los medios de comunicación digitales llevan a sus portadas la aparición de Ana Casaño, Miguel Castro solo aparece en la del referido periódico.

—Dime, Barri —atiende Jaime una llamada.

—En media hora me tienes por el hospital —le comunica Alfredo Barrientos, *Barri* para todos sus compañeros, el psicólogo de la Unidad.

—Coño, parece que te has puesto de acuerdo con la Vallejo.

—Es muy temprano para estar de bromitas, cabroncete.

—Dime, ¿qué nos podemos encontrar? —pregunta Jaime, directo.

—Pues no tengo ni puta idea, si te digo la verdad. Para eso tendría que saber cómo ha sido el secuestro, si realmente ha estado secuestrada, qué tipo de relación han mantenido con ella sus captores y demás cosillas que nos dirán lo que queremos saber… —divaga Barrientos, por un instante, se le oye murmurar a través del teléfono—. Lo normal es que esté, como digo yo, *fantasmita*.

—¿*Fantasmita*? ¿Eso qué coño es?

—Los secuestrados tienden a refugiarse en ellos mismos, y por eso se les queda esa cara de idos, porque realmente lo están: totalmente idos. Y según como haya sido el secuestro, la intensidad, la violencia que hayan recibido y demás historias, así de *fantasmitas* se quedan, porque eso les dura un tiempo, no te vayas a creer que los liberas y vuelven a su estado normal, no. Les lleva un tiempo adaptarse, porque se sienten más seguros en modo *fantasmita* —explica, con su particular estilo, Barrientos.

—De todos modos, iremos lo antes posible —dice Jaime.

—De momento, allí no pintáis nada. Además, me han dicho que sigue inconsciente… Jaime, de todos modos te digo que nosotros, los españoles, estamos en primero de secuestros, que aquí no son muy frecuentes, que esto no es México. Mira, acabo de hablar con un amigo que acaba de venir de Durango, que ha estado allí con una historia muy rara, la verdad es que no te la sé explicar…

—Ya, ya —lo interrumpe Jaime, conocedor de la duración que pueden llegar a tener sus circunloquios.

—La cosa es que, allí, el Gobierno, el Ayuntamiento o quien sea, eso da igual, le manda una carta a todos los de Durango y les pregunta cosas como: cuántas veces ha sido secuestrado, a cuántos de su familia han secuestrado y durante cuánto tiempo, y cosas así, como si tal cosa, como si fueran lavadoras o yo qué sé —relata Barrientos con gran efusividad, tratando de transmitir la sorpresa que él mismo sintió al escuchar a su amigo que acababa de regresar de Durango.

—Te entiendo, Barri, estamos en contacto —se despide Jaime. Aunque siente una especial simpatía por Alfredo Barrientos sabe que las conversaciones con él se pueden eternizar si no eres capaz de frenarlo.

—¿Qué le pasa, sigue como siempre? —pregunta Julia a Jaime.

—Imagina… Ahora, por último, me estaba contando una cosa que le había pasado a un amigo en México —le responde Jaime.

—No sé si te has dado cuenta, pero damos dos pasos y nos topamos con algo o alguien relacionado con México.

TENDENCIAS

#SeamosSiempreAmigos (promocionado).
#AnaCasano
#ChicasDesaparecidas
#LeyConcordia
#TLVSandraYAna
#Joaquin
#AnaCasaño
#TorreCanela
#SandraYAna
#Nadal

Domingo, 2 de septiembre, 12:17 h

La aparición de Ana Casaño transcurre —a nivel informativo y tras el gran impacto inicial— por su segunda fase. Tras una primera inicial —de ofrecer la noticia sin más, de intentar ser los primeros en hacerlo—, en los últimos minutos se han comenzado a plantear, y a desarrollar, las más variadas y desconcertantes hipótesis. En un repaso apresurado desde su iPad, en el trayecto desde Ayamonte a Huelva, mientras Jaime conduce, Julia lee en voz alta los titulares de los diferentes medios de comunicación:

El País: «Con la puesta en libertad de Ana Casaño, la teoría del secuestro cobra fuerza».

ABC: «Todos pendientes de Ana Casaño».

El Mundo: «Los investigadores contemplan el secuestro de Sandra Peinado como una posibilidad».

Diario de Sevilla: «La sevillana Sandra Peinado prosigue en paradero desconocido».

OKEspaña: «Alfonso Peinado o la X de dos casos muy complejos».

—Por falta de imaginación, desde luego, no es —comenta Jaime, con las manos en el volante.

—El de los másteres no parece tan complejo, y mucho menos desde que ha aparecido esa grabación —dice Julia.

—Está claro —ratifica Jaime.

Miguel, en uno de los asientos traseros, atiende la llamada que recibe.

—¿Quién es? —pregunta—… Mira, ahora mismo no te puedo atender, te llamo cuando pueda —responde tras unos segundos escuchando—… Ya no sé cómo decir que no voy a hacerme el seguro con él —explica Miguel, sin que nadie le haya preguntado.

Una leyenda en la autovía les indica que están cerca de Aljaraque. Jaime, por un segundo, piensa en su esposa e hijo y trata de imaginar qué estarán haciendo. «Seguro que han bajado a la piscina», deduce, y puede ver a Sonia fumando y leyendo una novela, tumbada sobre una hamaca. Daniel, en tanto, chapotea en el agua, ríe, juega. O así necesita imaginarlo Jaime.

Como es habitual, Carmen Puerto recurre a su *hacker* particular, con el fin de obtener información adicional de aquellas personas que mantienen una relación más directa con Sandra Peinado y con Ana Casaño. A diferencia de como se ha puesto en contacto con nodigassuerte@yahoo.es en el pasado, Carmen ha jubilado su viejo y orondo Nokia 6230 y la desfasada agenda electrónica Palm Tungsten, y los ha sustituido por una línea anónima, sin IP visible, diferente a la que utiliza habitualmente, y que le fue instalada por miembros de la Unidad de Delitos Tecnológicos, para que pudiera navegar sin peligro en la *deep web*, ese Amazon delictivo en el que puedes encontrar, a cambio de un precio normalmente elevado, desde todo tipo de drogas a asesinos a sueldo, defraudadores, pornografía infantil, sexo extremo o las más variopintas —por crueles, infames y salvajes— apuestas ilegales. En los últimos meses, ha pasado Carmen Puerto cientos de horas navegando por la *deep web*, siguiendo la pista de delincuentes o instruyéndose en los nuevos métodos que emplean a la hora de conseguir armas, determinadas sustancias o información confidencial. También quiere conocer detenidamente el funcionamiento de este complejo y oculto nivel de Internet para no tener que depender de nodigassuerte@yahoo.es, convencida de que en la mayoría de las ocasiones se guarda datos con los que poder negociar en el futuro de forma ventajosa.

Por tal motivo, durante unos segundos se piensa Carmen la conveniencia de solicitar información de todos los miembros de las dos familias, Casaño y Peinado, o solo centrarse en una parte de ellos, por el momento.

—¡Qué carajo! ¡Ya vamos demasiado tarde! —exclama Carmen frente al teclado. Y comienza a escribir.

Duda, se lo piensa unos segundos, y finalmente decide no incorporar en la lista a los hermanos de las chicas desaparecidas. «Necesito información de Ana Casaño, Juan Casaño, Elena Suárez, Sandra Peinado, Alfonso Peinado e Isabel Robles. No creo que haga falta que te diga que es muy urgente». Y pulsa la tecla *intro* con un gesto de rabia.

Con bastante retraso hoy, a pesar de ser domingo, y aunque de manera muy breve, le dedica unos minutos a sus habituales tareas. Esas tareas, esa rutina, que son algo parecido a su litio de andar por casa. Como siempre, en el cuarto escalón de la escalera de caracol —que conduce de la cocina a la azotea—, le aguarda su *My Little Pony*, el unicornio morado y rosa de grandes ojos, que repite una de sus habituales frases cuando se percata de su presencia: «¿Quieres jugar conmigo?», Carmen no le presta atención y levanta con esfuerzo la trampilla que da acceso a la azotea. Le golpea la luz del sol en el primer contacto, lamenta haberse olvidado las gafas protectoras. Hace calor, ha sido un verano tardío pero intenso, abrasador desde que ha llegado. Riega las plantas de marihuana, los siete pascueros que aún sobreviven y los cactus, que se han convertido con el paso del tiempo en una especie de antenas retorcidas y espinosas. Lía un cigarrillo de marihuana que fuma con avidez y —sin desnudar su cuerpo por temor a la intensidad de los rayos de sol— mira hacia la inabarcable cúpula azul que la rodea, a lo lejos se ve la estela de un avión y una pequeña nube, diminuta como un lunar blanco. Le gustaría abstraerse, no pensar en el caso que la ocupa durante un par de minutos, no más, pero se encuentra demasiado excitada. Imposible. No puede dejar de pensar en las fotografías del Instagram de Ana Casaño, en la que se ve una estrella de mar sobre el pecho de un hombre y en la que está con otro chico joven, guapo y atlético. Necesita conocer las identidades de esos dos hombres. La de la estrella de mar es una fotografía de principios del mes de agosto. El 5 de agosto la subió a Instagram, y dos días más tarde la compartió en sus cuentas de Facebook y Twitter. Vuelve a comprobar Carmen que no cuentan con ubicación las dos fotografías. «Mierda, mierda, mierda». Aplasta el cigarrillo contra el cenicero y se dirige hacia el «baúl de los pascueros» y cumple con su particular tradición de cada vez que comienza un nuevo caso. Busca en los extremos opuestos del arriate —en el que cohabitan las plantas— dos asas de cuerda enterradas en la tierra que la ayudan a levantar el tiesto, bajo el que se esconde un amplio hueco rectangular. En su interior, sin un orden aparente, hay varias carpetas de pastas verdes, un chaleco antibalas, unos grilletes, su placa de policía, dos discos duros externos de memoria protegidos por una bolsa de plástico transparente, un álbum fotográfico que no abre, varias latas de comida, botellas de agua, dos teléfonos móviles, una pistola semiautomática, una HK USP Compact de 9 mm., y varias cajas de munición. Apenas le dedica Carmen unos segundos a esta supervisión, antes de volver a colocar el arriate sobre el hueco oculto.

Recuerda Carmen el rostro, la aterrorizada expresión de Jesús, su particular «inquilino» de abajo, en el preciso momento de introducirse en este hueco. Le era imposible disimular el miedo que albergaba. Por eso también recuerda perfectamente el momento en el que lo liberó: la expresión de alegría y de felicidad nada más cruzar sus ojos con los suyos. No creía Carmen que tuviera que llegar a establecer contacto real con Jesús, más allá del que mantenían por medio del pequeño montacargas que une su oscura vivienda con la peluquería, en la planta inferior.

Abandona Carmen la azotea, ha comenzado a sudar. Comprueba dos veces que ha girado la cerradura de la pequeña compuerta que conduce a la escalera de la cocina. Comprueba que *My Little Pony* repita una de sus frases ante su presencia: «Quiero jugar contigo», dice esta vez. Introduce una taza con agua en el microondas y la calienta durante un minuto. A continuación, le añade cuatro cucharadas de café capuchino «vienés» y dos pastillas de sacarina. Le gusta ese primer sorbo que le quema los labios.

Marca el teléfono de Jaime Cuesta. Este, tras comprobar de quién se trata, rechaza la llamada, para no atenderla desde el *manos libres*, y le pide a Julia que la llame.

—Jaime está conduciendo —dice nada más escuchar la voz de Carmen Puerto.

—Vale. Solo era para recordaros que preguntéis por la identidad de los chicos que aparecen en el Instagram de Ana Casaño —procura Carmen que su voz suene seca y áspera. Lo consigue.

—El de la estrella de mar, no lo sabemos. El otro un italiano que se encontraron por la playa. —Como si se tratara de una competición de antipatía, también se esmera Julia en que su voz sea desagradable.

—¿Cómo que un italiano que se encontraron en la playa?

—Eso es lo que nos contó ayer Alicia, su amiga.

—¿Y eso cuándo cojones me lo ibais a contar? —le recrimina con dureza Carmen Puerto, elevando considerablemente el volumen de su voz.

Julia mira a Jaime antes de responder, se muerde el labio inferior.

—Que te llame ahora Jaime —le dice.

—¿Es que tú no puedes o no sabes? —le pregunta Carmen con sorna.

Julia no se lo piensa y da por finalizada la conversación.

—Tranquila, eh —Jaime, que es consciente de lo que sucede, coloca la mano derecha sobre la pierna de Julia. Puede percibir la tensión en sus dedos. Miguel, desde atrás, contempla sorprendido la escena en completo silencio.

Carmen Puerto, fuera de sus casillas, rompe un lápiz por la mitad y lo arroja sobre la puerta del cuarto de baño.

—Un italiano, un puto italiano de los cojones y yo devanándome los sesos, me cago en todo —retahíla mientras escribe en su libreta.

Se levanta de la mesa, muy nerviosa, conocedora de sus límites, presiente un precipicio demasiado cercano y opta por tratar de liberar su mente durante unos minutos. Aunque es domingo y Jesús no se encuentra en la planta inferior, ya que la peluquería está cerrada, Carmen abre la nevera y repasa mentalmente los alimentos con los que cuenta, convencida de que esta tarea la distraerá.

En la huevera hay tres paquetes de Cutters Choice. «Tengo que encargarle tres más a Jesús», piensa. Sobre la encimera, se apilan seis tarros de capuchino, pero solo uno está lleno, así como más de una docena de librillos de papel de fumar. Tal y como ha hecho con la revisión del hueco camuflado de la azotea, cada vez que comienza un nuevo caso, realiza un pedido de comida. Necesita productos de escasa elaboración: ensaladas; legumbres cocidas; nada de carne, por supuesto; *tabbule*; todo tipo de verduras; tarros de zanahoria y remolacha troceadas; pasta fresca; chocolate, del 72% de pureza, negro, que no falte; tabaco, mucho tabaco; encendedores; sacarina; libretas de gruesas pastas verdes, y multitud de lápices. Lápices para escribir y para partir, lápices que le ayuden a expulsar la rabia que con frecuencia se apodera de ella. Lápices que la padecen.

Regresa al salón con la taza de capuchino en la mano, guiña a *Karen* y, mientras se lía un

cigarrillo, descubre que en la pantalla del ordenador portátil, que utiliza para navegar en la *deep web*, hay una alarma. Tiene un mensaje nuevo, nodigassuerte@yahoo.es ha respondido: «Eso te va a costar tres mil euros, precio de amigos», lee Carmen en voz alta.

—Eres un hijo de la gran puta, amigo. —Le hubiera gustado gritar a pleno pulmón, y también escribir, a Carmen.

«Tira», le responde. A diferencia de lo sucedido en anteriores ocasiones, no contraataca Carmen con otra cantidad, apremiada por disponer de la información cuanto antes.

Salta una nueva alarma en la pantalla de su ordenador, Pedro Ginés, el periodista de sucesos más popular y más mediático y problemático de España, acaba de tuitear:

«Con la aparición de Ana el caso #ChicasDesaparecidas puede dar un giro espectacular. Fuentes policiales me indican que en breve conoceremos una pista que va a suponer punto de inflexión. #TLVSandraYAna».

—¡Será gilipollas! —grita, y por un segundo se cuestiona si la puede haber escuchado Jesús. No tarda en recordar que es domingo y que la peluquería permanece cerrada.

Siguiendo su línea habitual, Pedro Ginés alardea de contar con información privilegiada y veraz por parte del equipo policial que se encarga de la investigación del caso de las dos chicas desaparecidas.

Recupera Carmen Puerto el último programa en el que ha participado Pedro Ginés. Enciende un cigarrillo y pulsa *play*.

—Sandra Peinado es una chica más reservada, menos expuesta en las redes sociales. A diferencia de su amiga Ana Casaño, es una estudiante aplicada, mantiene una relación cordial con sus padres. Esta diferencia en la personalidad de las chicas es digna de tener en cuenta —explica el periodista.

—¡Manda cojones, menudo investigador! —desprecia Carmen Puerto.

—También se puede dar el caso de que en realidad no sean tan diferentes, y que una sea más meticulosa en su exposición pública y a la otra le dé igual la imagen que pueda proyectar al exterior. Quién sabe… Entre jóvenes esas situaciones pueden llegar a ser habituales —insinúa un tertuliano, Carlos Ortega, psicólogo, según señala un rótulo en la parte inferior de la pantalla.

Escribe Carmen en su libreta de pastas verdes: «Apariencia», y rodea la palabra con un círculo. Cuando Pedro Ginés vuelve a relatar los hechos acaecidos desde la desaparición de las dos chicas, como si estuviera dentro de un bucle informativo, Carmen Puerto da por finalizada la reproducción.

—No más rollos —dice.

Abre de nuevo el Instagram de Ana Casaño y amplía la imagen del joven apuesto y moreno que, tal y como le ha comunicado Julia Nuñez, es un italiano sin ninguna relación con las chicas.

—¿Le llamamos Paolo o Salvatore? —le pregunta Carmen Puerto a *Karen* y no obtiene respuesta—. Lo voy a llamar Paolo, tiene cara de Paolo. Paolo, por cierto, te mataba como a las ratas. —Y ríe.

Contemplar al que acaba de «bautizar» como Paolo le empuja a recordar a Alberto, ya son tres meses, si no le fallan las cuentas, sin verlo. Lo echa de menos.

—Ahora, no, que acabo como acabo —se ordena ella misma.

Como en anteriores casos —y tal vez repitiendo lo que hacía su madre con las imágenes religiosas y las estampitas familiares de primera comunión—, Carmen Puerto ha colocado bajo el cristal de la mesa del salón fotografías de Sandra Peinado y Ana Casaño. Las mira fijamente mientras fuma despacio, trata de colarse en el interior de los ojos que contempla. Se centra

Carmen en otra de las fotografías que le llaman poderosamente la atención, también de su cuenta de Instagram. Una Ana Casaño completamente mojada, recién salida de una piscina de un azul intenso, cubierta por un pequeñísimo bikini estampado con la bandera de los Estados Unidos, con el pelo pegado a cabeza y hombros, sonríe a la cámara con descaro, abierta de piernas sobre una toalla roja y las dos manos delante de su entrepierna, fabricando cuernos con sus dedos. No puede Carmen Puerto dejar de mirar sus labios, rojos, jugosos, brillantes y sensuales. Tanto tanto, que los cuernos de abajo casi pasan desapercibidos. Salvaje y hermosa. Desafiante.

—La niña de los cojones —suspira Carmen al tiempo que se levanta y se dirige a la cocina.

Abre la nevera y coge una botella con agua fría, de la que bebe directamente. Sigue viendo los labios, mojados, rojos y jugosos, de Ana Casaño junto a la piscina. El timbre de finalización del microondas la devuelve a la realidad, el agua hierve, humeante. Por un instante, cree Carmen que repite un instante vivido anteriormente, que ya ha sucedido esta secuencia que acaba de protagonizar. No recuerda haber introducido una taza con agua en el microondas.

—Que no se me olvide. —Y se dispone a escribir *capuchino* en la libreta que hay junto al pequeño estante de las especias, cuando descubre que ya lo ha escrito anteriormente. Aun así, sigue escribiendo: «ensaladas, rollitos vegetarianos, hamburguesas de espinacas, calabacines, zanahorias, tomates, calabaza, leche de coco, puerro, canónigos, rúcula, manzanas (dos kilos), lápices (cinco por lo menos), un paquete de folios, dos gomas de borrar, seis bolígrafos».

NODIGASSUERTE

En los primeros años, hasta que la *deep web* se convirtió en lo que hoy es, y hasta contar con una IP específica y segura, Carmen Puerto se comunicaba con *Nodigassuerte,* siguiendo sus propias indicaciones: utilizando una desfasada agenda electrónica Palm Tungsten, y un viejo Nokia, de un orondo modelo que dejó de fabricarse hace más de diez años, el *6230*. Carmen Puerto alineaba los dispositivos, uno al lado del otro, a un par de centímetros de distancia, y los interconectaba a través de la función de infrarrojos. A continuación, marcaba un número con prefijo extranjero, habitualmente de Luxemburgo, en el grueso Nokia. Utilizaba el móvil como «conexión», y la agenda como receptor y emisor. «De este modo no dejamos rastro», le escribió *Nodigassuerte* en uno de sus primeros correos. Han pasado doce años desde entonces.

Carmen no sabe quién se esconde tras la dirección de correo de Yahoo con la que se pone en contacto en busca de información. No sabe si es una o un grupo de personas, especializadas en la piratería informática. No sabe si es una mujer o es un hombre, no sabe si se encuentra a 10.000 kilómetros o a solo unos pocos metros de distancia, en el edificio de la esquina.

Carmen Puerto comenzó a utilizar sus «servicios» en 2006, cuando aún estaba fuera, en la Unidad Central, tras conocer sus «habilidades» en el desmantelamiento de una red de pederastas, que compartían imágenes y películas en un espacio virtual protegido. Un caso de gran repercusión social, por su sofisticada complejidad, por el número de detenidos, treinta y ocho, y por la cantidad de material obtenido. Todavía hoy sigue siendo la mayor operación que ha tenido lugar en España, de estas características. Para la resolución del caso fue fundamental la colaboración de una de las madres de las niñas afectadas.

Una noche recibió en su correo personal todas las direcciones IP, así como los nombres reales de los integrantes que conformaban la red. Carmen pactó con la madre no compartir la información recibida, utilizarla para «conseguirla» conforme a las normas establecidas, y detener a los pederastas, a cambio de que le facilitara el contacto de quien le había proporcionado tal cantidad de información.

Gracias al rastreo del historial de los ordenadores de los detenidos, supo Carmen que *Nodigassuerte* empleó un s*pyware*, incrustado en un correo electrónico con el aspecto de un inofensivo y atractivo sorteo publicitario, con el que accedió y controló todas las cuentas y claves de los pederastas implicados. Impresionada por la destreza del *hacker*, no dudó Carmen a la hora de reclamar sus «servicios» posteriormente, gracias al pacto alcanzado con la madre de la niña, cuya identidad nunca ha desvelado.

En estos años de relación, Carmen Puerto presenció asombrada, en un primer momento, su evolución y el perfeccionamiento de la técnica, consiguiendo durante mucho tiempo ser prácticamente invisible, lo que le permitió colarse en ordenadores o en *smarthphones* gracias a las aplicaciones que diseñó a propósito, bien compartiendo una señal de *bluetooth*, o tras la simple lectura de un código QR o bien escondiéndose tras el enlace de un inofensivo tuit.

Sin embargo, en los últimos tiempos Carmen tiene la sensación de que a *Nodigassuerte* —sea quien sea, hombre o mujer, desde la cercanía o desde la más remota lejanía— le está costando amoldarse y adaptarse a las nuevas barreras y filtros tecnológicos, y por ejemplo no es inmune a

los ataques DDoS. Motivo por el cual ya no es esa herramienta rápida y eficaz a la que tantas veces acudió en el pasado.

Domingo, 2 de septiembre, 14 h

Miguel Castro bebe una Coca-Cola directamente de la lata
junto a la puerta de la cafetería del hospital Infanta Elena, en Huelva. Tras un seto, descubre un reflejo intermitente que capta toda su atención. Arroja la lata en una papelera y corre a su encuentro, lo que provoca que un hombre joven y moreno, de mediana estatura, que estaba escondido, con una mochila negra colgada a su espalda, huya despavorido.

—Que no te vuelva a ver por aquí —le grita Miguel unos metros después, una vez detenida la carrera.

—¿Qué ha pasado? —le pregunta Julia, a su espalda, que acaba de salir de la cafetería nada más escuchar los gritos.

—Un periodista, que me estaba haciendo fotografías —le responde.

—Están desatados, desde que llegamos no han parado. Te habrá visto esta mañana en la torre.

—¿Tú viste antes la portada de *El Mundo*? —le pregunta Miguel.

—Sí, sí, nos pillaron con el carrito de los helados.

—Así no hay quien trabaje —lamenta Miguel.

—Pues vete acostumbrando.

- Carmen Puerto, en tanto, no puede dejar de pensar en Ana Casaño. La imagina relajada y armónica a los pies de la torre Canela, bella y desvanecida, como la princesa de una antigua película de Disney.

  Marca de nuevo el teléfono de Jaime Cuesta.

  —¿Sabemos algo más?

  —Tenemos un avance de la primera analítica —responde Jaime, en el interior de la cafetería, acaba de comerse una tapa de ensaladilla.

  —Cuenta —le ordena.

  —Descartado cualquier tipo de traumatismo, todo apunta a que permanece inconsciente como consecuencia de un consumo abusivo de fármacos, ansiolíticos parecen, aunque tampoco descartamos algún tipo de droga —explica Jaime, con Julia a escasos centímetros.

  —¿Y sabemos ya algo de los restos biológicos?

  —Estamos a la espera.

  —Joder, joder, estos funcionarios pseudocientíficos nunca cambian —comienza a replicar Carmen.

  —Es lo que hay.

  —¿Olía a aloe de vera? —pregunta Carmen. Por su cabeza desfilan algunos casos de víctimas embadurnadas por diferentes tipos de cremas con el objetivo de camuflar posibles evidencias.

  —¿Aloe vera? —pregunta Jaime en voz alta, con la intención de que Julia lo escuche, por si tiene la respuesta.

  Julia se encoge de hombros.

  —No lo sabemos —responde Jaime.

  —¿Tenía brillo en los labios? —pregunta Carmen, al tiempo que despliega sobre la pantalla del ordenador las fotografías que dispone de Ana Casaño.

—Sí, sí, tenía brillo en los labios —confirma Jaime. Julia, a su lado, asiente balanceando la cabeza. Miguel no termina de comprender la conversación, y los observa con gesto de incomprensión.

—¿Bien peinada? —pregunta Carmen al mismo tiempo que encuentra la fotografía que estaba buscando, y en la que se puede ver a Ana Casaño, con un tutú blanco, blanquísimo, de ballet, con el pelo estirado hacia atrás, las pestañas muy largas y negras y las mejillas cubiertas por un llamativo colorete del color de un melocotón maduro. Una fotografía tomada en 2011, cuando la chica tenía 11 años, pero subida a Facebook en febrero de 2014. La propia Ana Casaño, bajo la imagen, comenta: «Mi madre lo intentó y no lo consiguió».

—Sí —responde Jaime.

—¿Todo el pelo recogido en una coleta, verdad? —insiste Carmen, tras leer unas notas escritas con letras mayúsculas y subrayadas repetidamente.

—Eso es, te mandé la fotografía hace un rato —confirma Jaime.

—¿Las uñas? —pregunta Carmen, mientras se muerde las suyas.

—Creo que normales —dice Jaime y Julia confirma—. Sí, nada.

Y por un segundo Carmen imagina a Ana Casaño, en posición fetal, el pelo recogido, bajo la torre Canela.

—Anda, mándame las fotos —solicita Carmen, con cierto despecho.

—Ya te las ha mandado Julia.

—Te llamo.

Comprueba Carmen Puerto que ha recibido seis fotografías, a través de WhatsApp, en su teléfono móvil. Sin examinarlas, las reenvía a una cuenta de correo electrónico. Se dirige a la cocina y comienza a prepararse una ensalada. La luz entra suave, luminosa y poderosa por los cristales ácidos que tiene a su espalda. Aunque no la utiliza, comprueba que la vitrocerámica funciona correctamente. No sabe por qué, pero ha recordado cuando se averió, durante la semana en la que estuvo investigando el caso del *Amante Ácido*. El recuerdo concluye en Jesús, su inquilino peluquero de la planta inferior, y en las horas que pasaron juntos. En realidad, se trata de un recuerdo que recupera varias veces cada día, con insistencia.

En pie, come despacio Carmen Puerto. Mientras mastica examina el frigorífico, así como el armario que tiene frente a sus ojos, y el frutero y vuelve a anotar todo lo que necesita. Está a punto de concluir la lista de la compra cuando descubre que ya la había escrito, en la página anterior.

—Vaya puta mierda —reniega e introduce una taza con agua en el microondas.

De regreso al salón, recupera todos los archivos y documentos que posee del caso de Ana Casaño y Sandra Peinado. En *Diario de Sevilla*, periódico de la ciudad en la que viven las dos familias, reprodujeron ayer, 1 de septiembre, tres días después de la repentina desaparición, varias fotografías personales de las chicas, aportadas por los propios padres. Según ha podido leer Carmen Puerto en Twitter, una periodista de este diario, Rosario Rama, es conocida de Elena Suárez, la madre de Ana Casaño, lo que ha posibilitado que accedan a estas fotografías personales.

—Aquí está.

Una fotografía de Ana Casaño, vestida de bailarina, con un tutú blanco, el pelo completamente estirado hacia atrás, muy maquillada y con exageradas pestañas negras

ocupa toda la pantalla. La amplía hasta que los colores y los rasgos se deforman. Una fotografía similar a la que subió Ana Casaño a su cuenta de Facebook, en 2014.

—Pero no es la misma —dice Carmen.

• Mientras, en Huelva, junto a la puerta de urgencias del hospital Infanta Elena, Jaime Cuesta y Julia Núñez fuman, acompañados de Alfredo Barrientos, Barri, el psicólogo de la Unidad que acaba de llegar, a la espera de poder hablar con los padres de Ana Casaño.

—Denles unos minutos —les ha aconsejado Carlos Fernández, el doctor que ha atendido a la madre, Elena Suárez, tras padecer una crisis de ansiedad.

—Abajo esperamos.

—Yo les aviso.

—Si ya tiene pila de serie, imagínate cuando le dan gasolina —explica con su peculiar voz, muy aguda, casi infantil, Barrientos. Un hombre de baja estatura, de encrespado pelo blanco, siempre las diminutas gafas redondas balanceándose en la punta de su nariz, siempre los hombros poblados por una copiosa nevada de caspa.

—¿Y al padre qué le pasa? Con él ya podríamos haber hablado, y eso que tendríamos adelantado —plantea Jaime.

—¿Qué quieres que te diga? Si por mí fuera, le ponía un poco de hielo a la niña y la despertaba, ya me conoces, pero aquí no tengo mando en plaza, ya quisiera —lamenta Barrientos, que no cesa de moverse en círculo, alrededor de Jaime y Julia.

—Con esta gente solo hablamos nosotros —le advierte Jaime a Julia, mientras mira a Miguel, que habla por teléfono sentado en un banco, a varios metros de distancia.

—A mí no me tienes que decir eso. Pero al juez sí sería bueno que se lo dijeras —responde Julia, visiblemente contrariada.

—Se lo habrá dicho él, ¿no? Para algo nos lo habrán puesto, digo yo —responde Jaime, mirando a Miguel.

—Coño, seguro que es guardia y por eso no os fiáis del chaval. Luego os quejáis cuando os multan —bromea Barrientos.

Miguel Castro habla con un amigo suyo, Paco, que trabaja como camarero los meses de verano en El Cuchitril, el bar que suelen frecuentar las chicas, en el centro comercial de Punta del Moral.

—Lo mismo estuvieron que no estuvieron, no soy capaz de decirte. Lo normal es que estuvieran, porque a primera hora de la noche o al mediodía siempre solían estar. Más Ana que Sandra, también te digo —le informa, con ese acento cantarín que también se cuela en la garganta de Miguel cuando habla con sus paisanos.

—¿Y no sabes quién podría decirme? —insiste Miguel.

—Hombre, ellas se juntaban allí con sevillanos, amigos suyos, y también con gente de la Punta de toda la vida, tú ya sabes…

—¿Cómo quién?

—Yo probaría con Jorge y también con Pedrito…

—¿Cuál Pedrito? —Sorprendido, interrumpe Miguel a su amigo.

—El primo de Joselín, ya sabes…

—¿Tú estás seguro de eso?

—Algunas veces los he visto juntos, no mucho, que no te digo yo que sean amigos, pero sí que algunas veces han estado hablando en el bar —insinúa Paco, antes de finalizar la conversación.

—¿Tú tienes su teléfono?

—Sí, sí, lo tengo. Te lo mando en un mensaje.

—Gracias.

—Pero yo no te lo he dado.

—No te preocupes.

Barrientos, como es habitual en él, ha desaparecido sin decir nada. Miguel se acerca hasta donde Jaime y Julia se encuentran, les ofrece un Winston, que rechazan con un gesto.

—Me voy para el pueblo, aquí ya no hago nada —dice.

—Muy bien, estamos en contacto —responde Jaime, en parte aliviado.

Contemplan en silencio cómo Miguel se aleja. Cuando dejan de verlo, Julia al fin dice:

—No es muy pesado para ser un guardia de pueblo.

—No sé yo —contradice Jaime, con algo de desprecio.

—No lo es —insiste Julia.

—No digo nada.

- Carmen Puerto no cesa en el empeño de encontrar una explicación al aspecto con el que ha parecido Ana Casaño. En ninguna de las imágenes que ha podido recopilar de la chica aparece con ese tipo de peinado. «Es como si no fuera ella», escribe en su libreta. Repasa mentalmente algunos casos que recuerda del pasado en los que el culpable cambiaba la imagen de la víctima, habitualmente para fotografiarla, y encuentra una gran diferencia con respecto a todos ellos: las víctimas murieron. «No tiene apariencia de haberse fugado, todo hace indicar que la dejaron allí», anota.

- Está Jaime a punto de proponerle a Julia que pasen a la cafetería a comer algo cuando recibe una llamada de un número desconocido.

—Suban a mi despacho, en la tercera planta, allí podrán hablar con los padres.

—Vamos —responde Jaime mirando a Julia, que asiente.

Sin dudarlo, marca el teléfono de Carmen Puerto.

—Tú llama a Barrientos —le dice a Julia, mientras establece la conexión—. Vamos a vernos con los padres —le dice a Carmen Puerto nada más atender la llamada.

—Sacad el tema de la supuesta pelea, tenemos que ver cómo reaccionan, y también lo de Marbella, eso lo tenemos que aclarar. Y lo del tutú blanco. Tratad de fijar mucho los horarios y los lugares, vamos a comprobar si entre ellos se contradicen —les indica Carmen a toda velocidad, uniendo las palabras.

—Nos ponemos ya los micros.

—OK.

—No cortéis ya.

El despacho del doctor Carlos Fernández se encuentra al final de un largo y blanco pasillo, en la parte izquierda de la tercera planta. Dos golpes en la puerta antes de acceder a una pequeña habitación atestada de clasificadores de cartón en tres estanterías metálicas. Elena Suárez y Juan Casaño los esperan sentados en unas sillas de metal, delante de la mesa del

médico, un hombre canoso de unos sesenta años, cubierto con una bata blanca con multitud de bolígrafos en el bolsillo, con su nombre bordado en hilo de color rojo.

—Gracias por atendernos, de verdad, nuestra última intención es la de molestarles, pero si lo hacemos es porque entendemos este encuentro como esencial en la investigación. —Como en ocasiones similares, Jaime exhibe esa añeja cortesía de otro tiempo que tan buenos resultados les suele ofrecer.

Ni la madre ni el padre de Ana Casaño responden, se limitan a alzar la mirada y esperar las preguntas. Jaime y Julia toman asiento frente a ellos, muy cerca. Barrientos sigue sin aparecer, lo que no impide que los policías comiencen con sus preguntas.

—¿Han podido verla? ¿Cómo la han encontrado? —pregunta Julia, más por cortesía que por interés real.

—Dormida, está dormida, pero un sueño muy extraño. No sé cómo explicarlo —responde Elena Suárez con la voz quebrada. Busca con la mirada al doctor Fernández.

—La chica está sumida en un profundo sueño, tal y como ha explicado su madre, como consecuencia seguramente de algún tipo de medicamento o droga que lo ha provocado. En cualquier caso, su vida no corre peligro y estamos a la espera de que despierte —explica con calma el médico.

—¿Es posible saber cuánto tiempo lleva en ese estado? — pregunta Jaime y Carmen se muerde los labios, al otro lado de la línea telefónica.

—Mete la palabra conflicto, estrés, pelea, coño —interviene Carmen.

—No, de momento no podemos realizar una estimación aproximada que sea fiable. Además, como comprenderán, nuestra intención es la de realizar todas las pruebas una vez que haya despertado y hayamos comprobado que no padece ningún tipo de lesión. Por el momento, solo podemos hablar de suposiciones. La muestra de sangre que hemos tomado a las nueve de la mañana solo nos ha revelado lo que ya les he comentado. La que hemos tomado a las doce será mucho más definitiva —apostilla Carlos Fernández, y Juan Casaño asiente, en lo que se puede entender como su primera intervención hasta el momento, mudo e inmóvil.

—Dígame, ¿la ha notado diferente? —Jaime apoya su mano sobre el muslo derecho de Juan Casaño, incitándolo a responder.

—Yo no… —comienza a decir.

—El peinado, mi hija nunca ha ido así, nunca se ha peinado de esa manera, con esa cola, por Dios. —Como activada por un secreto e interno resorte, aparece la Elena Suárez que reflejan los medios de comunicación: agria, eléctrica, enfadada.

—¿Ni de pequeña? —Julia indirectamente saca a colación la fotografía señalada por Carmen Puerto.

—No sé a qué se refiere, de verdad se lo digo —responde Elena Suárez, desconcertada en gran medida.

Jaime encuentra, tras el gesto de amargura, las arrugas de los ojos y frente, y el pelo despeinado y enmarañado de Elena Suárez, algunas evidencias de una belleza pasada, no del todo perdida.

Julia le muestra la fotografía en concreto.

—Eso, eso… Ahí debía tener diez u once años, y se la hice yo para ver si se animaba a lo del *ballet*, como Sandra, pero no hubo manera —responde Elena Suárez. Juan Casaño permanece en silencio, como si temiera hablar.

—Coño, la pelea —insiste Carmen Puerto. Acaba de encender un nuevo cigarrillo.

—¿Les importa que volvamos a hablar del día 29, el último día que vieron a su hija? —pregunta con tacto Jaime.

—La vi yo, no él, que ya estaba en Marbella —la respuesta de la madre, sin mirar a su exmarido, esconde un velado reproche.

—¿Eso es así? —pregunta Julia.

—Sí, me fui la tarde de antes —responde al fin Juan Casaño, tras unos segundos de indecisión.

Julia no puede evitar fijarse en el sudor que le recorre la frente, el cuello y la parte inferior de la nariz a Juan Casaño. Está nervioso, evidentemente intranquilo, por lo que deciden seguir formulándole más preguntas.

—¿Por qué se fue? Tengo entendido que tenía pensado quedarse hasta el 31 —se inventa sobre la marcha Julia. Carmen no puede evitar sonreír, satisfecha.

—Bueno, trabajo, se me estaba acumulando… Y eso, tuve que volverme un poco antes —le cuesta responder a Juan Casaño, que en todo momento trata de esquivar la mirada de los policías.

«Comprobar que realmente llegó a Marbella el miércoles por la tarde», escribe Carmen Puerto en su libreta, que es lo mismo que está pensando Julia que debe anotar en su iPad.

—¿Alguna reunión, algún imprevisto? —prosigue Jaime, a quien en realidad le habría gustado preguntar: «¿Alguien nos puede corroborar ese dato?», plenamente consciente de la dirección tomada por su compañera.

—Estuve solo, trabajando en mi ordenador, ni salí a la calle… —responde en voz muy baja, casi susurrando.

—Este hombre se está protegiendo —advierte Carmen Puerto a través del teléfono. Despliega sobre la pantalla una fotografía de Juan Casaño. Mediana estatura, pelo castaño, ojos pequeños, facciones rudas y nada elegantes. «Parece un hombre del campo», piensa Carmen.

—¿Le dijo Ana alguna vez, en los últimos días, que quería pasar una temporada con usted en Marbella? —pregunta Jaime.

—Eso es cosa de los periódicos —responde Elena Suárez.

—¿Se lo dijo? —insiste Jaime, mirando muy fijamente a Juan Casaño.

—Todo lo que teníamos que contar y responder lo hemos dicho ya mil veces, que yo no sé las veces ya que hemos hablado con ustedes, con sus compañeros, con el tal Miguel ese, con todo el mundo. Y yo no entiendo de su trabajo, pero me da la impresión de que si están aquí con nosotros, no están fuera, tratando de averiguar dónde está Sandra, que estará con el tío que le ha hecho esto a mi hija. —Eleva Elena el tono de su voz considerablemente, al igual que la velocidad. Enfadada, quejosa y todo apunta que, en breve, descontrolada.

—La entiendo, de verdad que la entiendo —trata de buscar Jaime la mano de Elena Suárez, que no encuentra porque la quita—, pero a veces un pequeño detalle, un desencuentro, una mala palabra son… —No puede terminar la frase.

—Les voy a pedir que, por favor, se vayan, porque empiezo a estar muy harta de esa historia que está circulando sobre una tremenda pelea que tuvimos en casa esa tarde y no es verdad. No es verdad, y si la hubo, como tantas veces las hemos tenido, porque somos mujeres de carácter las tres; las tres —insiste y escenifica el número con los dedos—, eso nunca ha supuesto nada, pero nada, porque luego somos capaces de hablar las cosas y

acabamos comiéndonos a besos. Y, además, esa tarde no pasó nada, nada de nada —reitera con contundencia Elena Suárez.

—Ahora lo único que nos importa es nuestra hija, compréndannos —apostilla con tibieza, a su modo, Juan Casaño.

—Está claro —dice Jaime. Con la mirada le indica a Julia que es el momento de despedirse.

—Gracias, de verdad, muchas gracias —dice la subinspectora.

—Sí, vámonos ya, que esa mujer está ya en modo pitbull y no puede venir nada bueno —corrobora Carmen.

Y los dos policías abandonan el despacho de Carlos Fernández tras despedirse con brevedad, apenas rozando las manos. Fuera, mientras Jaime busca un cigarrillo en sus bolsillos, Julia descubre a Barrientos a la izquierda. Lo llama.

—¿Dónde coño te has metido? —le reprocha Jaime.

—Lo mismo que vosotros os quejáis cuando decís que os contaminan el escenario de un delito, yo también me quejo cuando me contamináis emocionalmente a un testigo, también tengo mi derecho a hacerlo —expone Barrientos, que se deja caer sobre Jaime como si pretendiera subirse encima.

—¿Contaminación emocional? No jodas —bromea Jaime.

—Lo que tú quieras, pero que vosotros por vuestro lado y yo por el mío. Es la única manera de trabajar sin molestarnos los unos a los otros —reitera Barrientos.

—Lo que tú digas, pero tenemos que insistir en el padre, quiero que lo tenses —le pide Jaime.

—Como a un arco —confirma Barrientos.

—Está claro que algo hay, aunque ella no le ha echado mierda encima cuando ha podido —asevera Julia.

—A lo mejor es que tienen mierda para repartir —sentencia Carmen, que no cesa de escribir en su libreta, sorprendiendo a ambos policías, creían que ya no estaba conectada.

—Si a lo largo del día la chica no despierta, mañana estamos otra vez con los padres; siempre con los dos juntos, aunque sea él quien nos interese, que no sospeche nada —dice Jaime.

—Ya, está claro que… —trata de decir Julia.

—Aunque despierte hoy, ya os digo que hoy no podréis hablar con la chica —les augura Barrientos.

—¿Tú crees?

—Si despierta, no podréis hablar vosotros, que sois policías, pero yo sí, que soy psicólogo. —Y, cómplice, Barrientos les guiña un ojo.

—Hablamos en unos minutos. —Da por concluida Carmen Puerto la conversación, nada más descubrir que ha recibido una alerta en su ordenador. Pedro Ginés, el periodista, acaba de publicar un nuevo tuit:

«Con la aparición de Ana Casaño podría parecer que definitivamente nos encontramos ante un secuestro, ya que es la hija de Alfonso Peinado la que sigue retenida. Pero nada más lejos de la realidad #ChicasDesaparecidas #TLVSandraYAna».

—¡Será hijo de puta! —brama Carmen Puerto. No puede evitar partir un lápiz en dos trozos.

Nerviosa, se lía un cigarrillo. Escribe de nuevo en su libreta «secuestro». Y rodea la

palabra en un círculo rojo. Se vuelve hacia *Karen* y le dice:

—Puede ser que tenga razón, ¿por qué no puede ser un secuestro? —cuestiona a la litografía.

Pedro Ginés

No fue, precisamente, un alumno destacado. Las suyas nunca fueron unas buenas calificaciones, mal aprobaba las asignaturas de Ciencias de la Información. Tampoco fue nunca un ejemplo de simpatía y de habilidades sociales. Tras varios años pateándose los juzgados de Madrid, Pedro Ginés saltó a la fama a principios del año 2000, gracias a sus colaboraciones en un programa nocturno de gran audiencia, en el que se presentó autoproclamándose «periodista de investigación criminal».

—¿Cuáles son tus fuentes? —le preguntó el director del programa.

—Las que hagan falta —no dudó en responder Pedro Ginés.

No exageraba. Desde sus comienzos tuvo muy claro que haría todo lo necesario, y algo más, por obtener la información que necesitase, ya fuesen los métodos empleados carentes de moral, de ética o de profesionalidad; ya fuesen, incluso, ilegales.

Para su primer programa de televisión, Pedro Ginés adoptó la imagen que aún hoy sigue manteniendo: pelo estirado hacia atrás, perilla milimétrica y vestido de negro de pies a cabeza, como un *Raphael* del periodismo más carroñero.

Carente de escrúpulos —con una prodigiosa capacidad para fabricar titulares llamativos y arriesgados a la mayor velocidad, obsesionado con los índices de audiencia de los programas en los que participa—, Pedro Ginés ha narrado, a su modo, los crímenes de mayor repercusión de los últimos años en España. Sus opiniones respecto a los casos de Mariluz, la niña de Huelva; Marta de Castillo; los hermanos Ruth y José Bretón, en Córdoba; Diana Quer; la gallega Asunta Basterra o el pequeño Gabriel Cruz han propiciado que cuente con una multitudinaria legión de admiradores, así como de detractores.

El programa en el que colabora desde hace ocho años, *Toda la verdad*, suele ocupar todas las semanas un puesto destacado en el ranking de la audiencia televisiva, protagonizando Ginés con frecuencia el denominado «minuto de oro». Habilidoso con las redes sociales, más de doscientos mil seguidores en su cuenta de Twitter, sus tuits se retuitean rápidamente y son comentados en los más diferentes ámbitos. Pedro Ginés, en sus intervenciones, repite con frecuencia la expresión «mis fuentes», llegando a insinuar en alguna ocasión que buena parte de sus «confidentes» son miembros del Cuerpo Nacional de Policía, así como destacados jueces y fiscales, algo que hasta ahora no se ha podido comprobar.

Domingo, 2 de septiembre, 15.45 h

Tal y como han acordado telefónicamente, se encuentra Miguel Castro con Pedrito en El Cajirón, un bar muy pequeño, escondido en la última calle de Punta del Moral y que, salvo raras excepciones, solo es frecuentado por los vecinos, marineros jubilados en su mayoría. Habitualmente, se citan antes de almorzar, a eso de las doce del mediodía, incluso antes, para jugar a las cartas, comentar el día y tomar un aperitivo. Encarna, la propietaria del establecimiento, prepara sobre una enorme plancha de metal lo que han capturado esa mañana los marineros más mayores, que se entretienen saliendo por las mañanas en sus pateras a «echar una calá», como ellos dicen, y que no es más que lanzar un arte de muy pequeño tamaño, o a comprobar si han caído en la trampa del trasmallo algunas piezas.

A esta hora, muy tarde para los clientes habituales, solo se encuentran en el establecimiento, en la parte delantera, bajo el cañizo, una pareja de avanzada edad y Pedrito, como todo el mundo conoce a Pedro José Piedra, que es su auténtico nombre. Un joven de 25 años, muy moreno, el pelo muy corto y arquitectónicamente trazado, complexión atlética y los ojos tras unas gafas de sol negras. Frente a Pedrito, en la mesa, una caña de cerveza y un plato con *bacalaíllas* secas, que es una salazón que los marineros preparan en los barcos, entre lance y lance, y que «curan» en la cubierta.

—Aquí me tienes, *primache* —dice Pedrito nada más ver al «judicial», como se le conoce a Miguel en el pueblo.

—Un poco tarde para estar con esto, ¿no? —le dice Miguel tras sentarse. Toma una *bacalaílla* del plato y comienza a despegar la carne reseca de la espina.

—Tú ya sabes, es lo que tiene levantarse tarde, que los sábados por la noche sigue habiendo mucho lío —sonriente, responde.

—Tus líos yo me los conozco, y ya verás lo que te van a traer —le advierte Miguel muy serio.

—¿Qué estás hablando?, ¿qué estás hablando? No te confundas, que yo nunca he estado en esos líos, y lo sabes —se defiende el joven.

—Ya, ya, ni tu primo tampoco —dice sin dar crédito.

—Oye, lo que tengas que hablar con mi primo, lo hablas con él, pero no conmigo. Ahí te confundes.

—Espera, espera, no te pongas… —Intenta hablar Miguel.

—Si me has llamado para eso, ya hemos acabado. Nos hartamos de birras y de *bacalás* y punto, pero ya no hay más que hablar. —Con un gesto indica a Encarna que les sirva dos cervezas.

—No, no quiero que hablemos de eso. Quiero que me cuentes lo que sepas de Ana, Ana Casaño, la chica que hoy ha aparecido. Me han contado que sois muy amigos y seguro que conoces sus juntas y sus cosas.

—Hombre, Miguel, tanto como amigos… Yo diría conocidos —y no de mucho—, de tomarnos algunas cervezas y poco más, pero ya está —responde Pedrito, acompaña sus palabras de unos nerviosos movimientos de manos.

—Pues no es eso lo que me han dicho.

—Empiezo a creer que tienes como informadores a los más tontos del pueblo o a alguien que me tiene ganas, porque yo no me puedo explicar ciertas cosas… —le recrimina Pedrito, y bebe medio vaso de cerveza.

—Bueno, lo que sea…

—Mira, otros veranos sí he tenido más relación con esta tía, pero poca cosa, de vez en cuando, de vernos en los bares, pero nada del otro mundo. Yo y medio pueblo, eso tenlo claro, que todo el mundo la conoce, y algunos mucho mejor que yo, pero mucho mejor —insinúa Pedrito, con su característico y musical acento.

—¿Qué quieres decir?

—Vamos a ver, Miguel, ¿tú de dónde eres?, o ¿es que tú nunca te la has encontrado por ahí? Que esta niña siempre ha ido de lo que ha ido, y eso lo sabe todo el mundo. Lo que me extraña es que me estés preguntando a mí, que quien te haya dado mi nombre tiene mucha mala baba y lo sabes, porque además este verano la he visto mucho menos, y cuando la he visto estaba menos valiente que los veranos pasados, más tranquilita… — dice de corrido Pedrito.

—¿Qué quieres decir con eso? —exige Miguel una aclaración.

—Pues que este verano no estaba tan suelta.

—¿En qué sentido?

—A la niña le gusta el *coral* tela marinera, pero por lo visto este verano está más paradita. Eso es que tiene o que ya no le gusta.

—¿Consume cocaína?

—No, manteca colorá. Claro, eso es lo que te estoy diciendo.

—¿Estás seguro de eso?

—Eso es lo que me han contado, que tú ya sabes que yo no tengo contacto ninguno con esas cosas. —No puede evitar sonreír Pedrito al realizar tal afirmación.

—Ya.

- Jaime y Julia, todavía en el hospital Infanta Elena, en Huelva, terminan de comerse un bocadillo en la cafetería.

  —Una de las chicas que estuvieron con Ana y Sandra en la noche en la que desaparecieron vive muy cerca de donde nos encontramos —comienza a decir a Jaime, mirando muy fijamente a su compañera.

  —¿Qué quieres decir, que hablemos con el juez y la citemos en la comisaría de Huelva? —le pregunta Julia, mientras se limpia la boca con una servilleta de papel.

  —Yo no haría algo tan formal, más…, tú ya sabes —insinúa Jaime y sonríe.

  —Ya, lo habitual cuando os juntáis la *pirada* y tú, que no entendéis de procedimientos, de protocolos ni de nada — comienza a replicar Julia.

  —Ni de papeleos, ni de funcionarios —le rebate.

  —Se te ha metido una Carmen Puerto dentro. ¡Sal, sal, vuelve, Jaime! —bromea Julia, a la vez que mueve los brazos y manos con comicidad.

  —Julia, eres la pera. Vamos a resolver este caso y vamos a dejarnos de leches, eso es lo que tenemos que hacer. —Trata Jaime de buscar la complicidad de su compañera.

  —Sí, pero dentro de las reglas.

  —Eso siempre. —Y Jaime sonríe.

  —No, Jaime, las reglas las cumplís según os conviene, a vuestro antojo, a veces sí y a veces no —le recrimina Julia.

  —Como la vida misma, que es muy relativa, depende todo de tantas cosas… —Jaime, irónico.

En apenas unos minutos, no más de quince, llegan a la dirección indicada por sus compañeros, muy cerca del barrio inglés. Un lugar entrañable, pintoresco, como arrancado de otro espacio y tiempo y pegado, como por antojo, en mitad de Huelva. Su arquitectura es completamente diferente a la de las calles y plazas que la rodean. Jaime marca el número de Carmen Puerto, a la que previamente, mientras Julia se encontraba en el baño, ha informado de este nuevo paso.

—Carmen, ¿estás preparada? Vamos a subir.

—Dale.

—Hola, Carmen —la saluda, por fin, Julia, y Carmen no responde. Gesticula al escuchar la voz, como si algo amargo recorriera su paladar.

—Hola, buenas tardes, soy el inspector Jaime Cuesta. Ya sé que no es hora, pero como no queríamos molestarlos y hacerlos ir hasta comisaría, hemos decidido venir nosotros, para que así el fastidio sea menor —explica Jaime a través del portero electrónico, con esa dialéctica suya de comercial experimentado.

—Suba, por favor —dice una voz de hombre.

—Jaime, por favor, la foto de Instagram, sobre todo, tenemos que saber quién es ese chico, tenemos que saber la relación que mantenía. Y la del bikini americano, ¿a quién le dedica los cuernos? Y que confirme lo del italiano de los cojones.

—Así lo haremos —responde Julia, a un metro del ascensor.

En el trayecto hasta el cuarto piso, Jaime se coloca en perfecto estado el cuello de la camisa azul celeste, con las mangas remangadas, y Julia, en tanto, mira hacia el suelo, mientras se muerde los labios.

—Gracias por atendernos, señor… —dice Jaime a la vez que ofrece su mano al hombre de unos cincuenta años que les espera en la puerta del 4ºD. Camufla su despiste con una exagerada simpatía que repele, del mismo modo y con la misma intensidad, a Julia Núñez y a Carmen Puerto.

—Pedro, Pedro Romero —se presenta, y les indica que le sigan.

Recorren un pasillo largo y oscuro, con olor a pollo asado y sin cuadros en las paredes blancas, que desemboca en una salón luminoso y amplio, escueto en mobiliario y decoración, con un gran ventanal en la parte frontal, junto al que esperan Sara y su madre, Manuela, de pie, con gesto nervioso.

—Espero que no les estemos molestando, solo van a ser unos minutos —insiste Jaime.

—No se preocupe —repite el padre, y les indica a los policías que tomen asiento.

—Sara, como sabes, hoy ha aparecido tu amiga Ana. Está en el hospital, en el de aquí, y, bueno, nos gustaría formularte algunas preguntas que nos puedan ayudar a… —comienza a decir Jaime mirando fijamente a la chica, pecosa y castaña, que no puede disimular la inquietud que la situación le genera.

—Sara, es esencial que seas muy sincera con nosotros, si hay algo que todavía no nos hayas dicho, es el momento, de verdad, es el momento, no es tarde, ni mucho menos —le advierte Julia.

Carmen Puerto, al otro lado de la línea telefónica, lía un cigarrillo y aguarda las respuestas de la chica.

—Ya lo he contado todo —por fin dice, con una voz entrecortada, muy aguda, agarrada de la mano de su madre. Indefensa.

—Sara, ¿no habían quedado Ana y Sandra con alguien? — pregunta Jaime.

—No lo sé.

—¿Y quedaban habitualmente con alguien que no fueras tú?

—Con Alicia, casi siempre. Y luego nos veíamos con amigos de Sevilla o de la *urba*, lo de siempre.

—¿Con nadie más?

—No lo sé, de verdad.

—Coño, preguntadle de una puta vez por la fotografía de Instagram —ordena Carmen a través del auricular.

Julia mira a su compañero con gesto contrariado, no le han sentado bien las palabras de Carmen.

—Conoces el Instagram de Ana, ¿verdad?

—Claro.

—¿Le puedes prestar atención a esta fotografía? —Le muestra Jaime la imagen en la que se ve el pecho de un hombre joven.

—Ya me lo han preguntado varias veces —dice Sara, con un hilillo de voz casi imperceptible.

—¿No sabes de quién se trata? —lo intenta de nuevo Jaime.

—No. —Y más se protege la chica entre los brazos de su madre.

—¿Y este otro?

—Un italiano que nos encontramos en la playa.

—¡Coño con el jodido italiano, nos lo tendremos que creer! —exclama Carmen Puerto.

A continuación, Julia le muestra la fotografía en la que Ana Casaño luce el diminuto bikini con la bandera de los Estados Unidos.

—¿A quién le podría estar dedicando estos cuernos? —pregunta Jaime.

—A nadie, no sé, a todo el mundo, está de *postureo*, nada más —responde.

—Que se quede Julia a solas con ella. Por el tono de voz, esa chica está muy asustada, y a lo mejor es porque están sus padres delante y no se atreve a decir algo, qué sé yo —explica Carmen a toda velocidad. Ha dividido la pantalla del ordenador en dos, en la izquierda se puede ver la fotografía de Instagram y en la derecha a Sara, en una imagen tomada de su cuenta de Facebook.

«Se parece a alguien de una serie», piensa Carmen.

Jaime mira a Julia, que le devuelve un gesto de conformidad, antes de ponerse en pie y solicitarles a los padres de Sara que le acompañen a otra habitación.

—Me gustaría comentarles algo —dice Jaime, mientras agarra a ambos de los brazos.

—Pero… —No permite Jaime que la madre prosiga la frase, y con una sonrisa en los labios conduce a la pareja hacia la cocina.

Solas, inundadas de sol, que se cuela a borbotones por el amplio ventanal, Julia Núñez se piensa las palabras antes de comenzar a hablar, y con los gestos y la mirada trata de ofrecerle tranquilidad a la chica.

—Mira, Sara, yo también he tenido tu edad y sé lo que es faltar a la palabra de una amiga y todo lo que somos capaces de hacer por no faltarla. Lo sé, de verdad, pero debes entender que esa fotografía es más importante de lo que parece, mucho más, porque puede que nos ofrezca alguna pista para encontrar también con vida a Sandra, que es lo que ahora nos interesa a todos, ¿verdad? —habla muy despacio Julia, como si la chica tuviera problemas auditivos y temiera que no la escuchara con nitidez.

Carmen Puerto no evalúa exteriormente las palabras de Julia. En realidad, las considera acertadas, como tantas otras decisiones tomadas por la subinspectora y que nunca le ha reconocido.

—Ya se lo he dicho, de verdad, no sé quién puede ser. Ana siempre se ha movido con mucha gente que yo no conozco. Nosotras no éramos su único grupo; tenía otros y, la verdad, es que no los conozco.

—¿No los conoces, seguro? —Arquea las cejas Julia, extrañada.

—No, no los conozco.

—Un poco raro, ¿no?

—Ana siempre ha tenido sus cosas aparte, y a mí, por lo menos, nunca me las ha contado. Esa es la verdad.

—¿Sus cosas aparte? —repite la policía.

—Sí, sus cosas —insiste Sara.

—¿Y eso?

—No sé, porque a lo mejor eran gente mayor, o gente que no quería que conociéramos. No lo sé, de verdad. Ella no nos decía nada y nosotras nunca le preguntábamos, como tampoco nos preguntaba a nosotras. Y Sandra todavía es más exagerada en esto, mucho más que Ana. —El rostro de Sara fabrica un gesto instantáneo de arrepentimiento tras expulsar las últimas frases.

—¿Sandra todavía más? ¿Todavía más qué?

—Insiste ahí —le indica Carmen Puerto a través del auricular.

—Sandra siempre ha sido más reservada para sus cosas; solo se las ha contado a Ana, y a nadie más —no duda en responder la chica.

—¿Y tú por qué crees que es eso?

—No lo sé, porque a lo mejor solo confían la una en la otra, no sé. La verdad, nunca me he parado a pensarlo.

Cinco minutos después de preguntas y respuestas similares, Carmen Puerto le indica a Julia que dé por finalizado el interrogatorio y que abandonen el domicilio de la chica. Aunque la subinspectora está de acuerdo, no obedece al instante y prosigue durante unos minutos más con las preguntas, obteniendo idénticas respuestas.

Recoge a Jaime en la cocina, que toma café con los padres de Sara.

—Ya está. Todo ha ido bien y a su hija le hemos quitado el mal rato de tener que ir a la comisaría —dice Julia. Trata de tranquilizar al matrimonio, ante la expresión que contempla en sus rostros.

Tras despedirse, a punto de llegar al ascensor, escuchan la voz de Carmen.

—No desconectéis, quiero deciros algo cuando estéis en la calle.

Apenas un par de minutos después, nada más finalizar un pequeño tramo de escalera, Jaime le advierte que ya han abandonado el edificio.

—Vamos a centrarnos en sus amistades de Punta del Moral, en los que han sido sus vecinos durante tantos veranos. Creo que ahí podemos encontrar a esos otros amigos a los que se refería Sara —dice Carmen Puerto, fija en la fotografía de Instagram del perfil de Ana Casaño.

—Nuestra gente ha hablado con sus vecinos de Punta del Moral y nadie sabe nada —responde Jaime, y cuela un cigarrillo entre sus labios.

—Desde hace años apenas tienen relación con ellas —corrobora Julia.

—Insistid, insistid, tenemos que saber quién es ese hombre. Hablamos en una hora. —Y Carmen da por concluida la conversación, sin previo aviso.

—Pero qué harta me tiene la *pirada* esta, pero qué harta, no puedes imaginar cuánto —reniega Julia de camino al vehículo que les han asignado en la comisaría de Huelva, un Peugeot 5008 de color blanco.

—Vamos —solo dice Jaime.

—Te lo tragas todo —le reprocha Julia.

—Lo discutes todo —responde.

Jaime declina comenzar una de sus habituales discusiones con su compañera Julia, discusiones que siempre están protagonizadas por la misma persona: Carmen Puerto. Consciente de esta realidad, Jaime fuma en silencio y conduce. Sube el volumen de la radio: suena una canción de *El último de la fila* que tararea a pesar de que apenas recuerda la letra. Solo retiene: «tu ropa al sol».

Sí recuerda, con absoluta nitidez, a su esposa, Sonia, cantando esta misma canción en una fiesta, en un viaje o en un concierto del mencionado grupo. Un recuerdo que le transmite una sensación de felicidad y añoranza al mismo tiempo. Eran jóvenes, fuertes y ágiles. O así lo recuerda Jaime.

A Julia, sin embargo, le gustaría seguir discutiendo con Jaime. Le insistiría en la sumisión que demuestra con respecto a Carmen Puerto, y le repetiría todos esos reproches que tanto le molestan, pero guarda silencio. Se ajusta sus gafas de sol, unas Ray-Ban con los cristales azules, y se pierde en la recta de la autovía que recorren, encogida entre sus propios hombros. «Ayamonte, otra vez, qué casualidad», no dice.

Seis mensajes en el grupo de WhatsApp del gimnasio. Los lee con desgana y no responde.

Gustavo Porta, el Chanclitas

Un hombre, joven, moreno, pelo muy negro y rizado, 34 años, recorre la dársena del puerto deportivo de Ayamonte. Aunque nadie parece mirarlo, todos están pendientes de sus movimientos, como si necesitaran saber qué va a hacer o hacia dónde se dirige. Habla por teléfono, parece enfadado, y nada más concluir la conversación deja caer el móvil en el agua. Como si tal cosa.

—¿Has visto lo que ha hecho? —le pregunta un niño a su padre. Ambos han contemplado la escena desde la acera de enfrente.

—A nosotros nos da igual lo que haga —se limita a responder el padre. Inquieto, acelera el paso, como si temiera ser descubierto.

Aunque ningún medio de comunicación mencionó su nombre, cuando en febrero de 2016 aparecieron en las afueras de Castro Marim, Portugal, muy cerca de las casetas de las palomas mensajeras que hay junto a los caños, los cadáveres de dos hombres desnudos, con las manos atadas a la espalda y con varios impactos de bala en sus cabezas, en todas las localidades colindantes, tanto españolas como portuguesas, de Gibraléon a Faro, un nombre se repitió en el pensamiento, que no en los labios, de multitud de personas: Gustavo Porta. O, como es conocido por todos, el Chanclitas.

Gustavo ha heredado el apodo de su padre, y es que hasta el día de su muerte, como consecuencia de un cáncer galopante que le abrasó los pulmones en menos de dos meses, siempre fue con sus características chanclas en los pies, ya fuera verano o invierno. Marinero de profesión, Porta padre argumentaba que estaba siempre en cuclillas, o sentado, con los pies formando ángulo recto en cualquier caso, y que con unas botas o deportivas no estaría cómodo. Cuentan que Gustavo no ha heredado de su padre solo el apodo y el pelo —tosco, recio, moreno y abundante, como un batallón contra la alopecia y los implantes capilares—, sino también la propensión a esquivar, cuando no ignorar, los límites de lo que entendemos como legal.

Cuando la pesca escaseaba, el Chanclas no dudaba en colarse en aguas portuguesas, a la busca de la gamba y la cigala, lo que le costó más de un encontronazo con la *guardinha,* de los que en alguna ocasión no salió muy bien parado. Y según cuentan, a finales de los setenta comenzó a trapichear con pequeños alijos de hachís y tabaco de contrabando. Por lo visto, el Chanclas, cada cierto tiempo y no más de una vez al mes, «cumplía» con algún encargo, que escondía en la bodega de su barco, bajo el hielo.

Mal estudiante, puede que invadido por el gusanillo del padre, Gustavo Porta, el Chanclitas, a los catorce años comenzó a recoger fardos de hachís en las playas de Isla Cristina, Punta del Moral y de Isla Canela, que trasladaba a diferentes puertos del Algarve portugués. Perfecto conocedor de las mareas y de la zona, heredero de un secreto nunca jamás compartido, nadie como él conoce el laberinto de caños y esteros que forman las marismas de Isla Cristina. Tiene memorizados en su cabeza cada meandro, cada viraje, cada braza de agua que recorre, así como los diferentes fondos sobre los que navega, según la marea en curso. Gustavo contó con el mejor profesor en su infancia: su propio padre, Gustavo Porta, el Chanclas, que a su vez había sido instruido también por su padre.

Sobre su potente moto de agua, Gustavo apenas tardaba diez minutos en trasladar un fardo desde las playas de Isla Cristina o de Ayamonte hasta la vecina Portugal, sin necesidad de navegar por el Atlántico, esquivando, de este modo, a las patrulleras. La oscuridad, las mareas, los caños y los esteros eran sus grandes aliados. Así como también lo es la ausencia de miedo. Y es que el Chanclitas no teme a nada, no teme a nadie; algo que también ha heredado de su padre y de su abuelo, por lo que cuentan.

Con estas habilidades, no pudo resultar más fácil y más rentable la nueva dedicación de Gustavo. Pequeños portes al principio, que no tardaron en ser mayores apenas ocho o nueve meses después, tras establecer un acuerdo de colaboración con un narcotraficante de Lepe, conocido como Jabuguito. El apodo le venía por su afición al jamón de pata negra y por las hechuras de su cuerpo y la tonalidad de su piel: gordo y muy moreno. Invirtió el Chanclitas, el primer dinero ganado, en dos nuevas motos de agua, de mayor potencia: una para sustituir a la que él mismo manejaba, y la otra para un amigo de la infancia, José Duarte, Joselín, que puede considerarse su primer empleado, si es que lo suyo puede contemplarse como una empresa como tal.

Esas dos motos de agua fueron el principio de todo. Ni Joselín ni Gustavo han vuelto a navegar en las motos de agua, que no tardaron en vender a una escuela de vela de Punta Umbría. Tampoco en las dos potentes lanchas motoras que compraron a un conocido e ilegal fabricante de Algeciras, que construye modelos «a medida» en el sótano de una guardería.

Después de dos años dedicado exclusivamente al hachís, el Chanclitas comenzó a traficar con cocaína. Primero como una red de meros porteadores que se encargaban de organizar y coordinar, desde la costa de Huelva a la de Galicia, alternando la carretera y el océano; siete u ocho meses después, como un distribuidor más, a consecuencia del volumen alcanzado.

—Mira, Pedrito, la cosa es muy fácil: coges este Golf y lo llevas hasta Tomiño, un pueblo de Galicia. Si le pegas bien, no creo que tardes más de siete horas —le dijo Gustavo a Pedrito, el primo de Joselín, que no podía apartar la vista del novísimo Volkswagen Golf negro que tenía justo enfrente, los asientos cubiertos todavía por los plásticos protectores.

—¿Y yo qué me gano, Chanclitas, qué me gano? —preguntó Pedrito mientras pasaba la mano derecha con delicadeza sobre el morro negro del automóvil, como si se tratara de una frágil amante que requiere de mimo y constantes atenciones.

—El coche, Pedrito, el coche.

—¡No me jodas! —No pudo reprimir un gesto de incredulidad Pedrito, incapaz de calcular en ese mismo momento lo que iba a ganar por cada hora de «trabajo».

Domingo, 2 de septiembre, 18 h

No le gusta a Carmen Puerto el aire acondicionado. Tiene que hacer mucho calor, como hoy, para que decida conectarlo. Y curiosamente, a pesar de su evidente adicción, no le gusta fumar cuando está en marcha, tiene la sensación de que fuma su propio humo una y otra vez. Lo desconecta y enciende un cigarrillo. «Prefiero pasar calor un rato», le dice a *Karen*. Examina, de nuevo, las fotografías que ha recibido de Ana Casaño. Disecciona su rostro, en el que se mezcla el sueño con la confusión, tal vez por efecto de algún narcótico potente, deduce. Trata de encontrar en su memoria alguna imagen similar. Escribe en su libreta de pastas verdes cuando una campanita le indica que ha recibido un nuevo correo electrónico.

—¡Bingo! —exclama al comprobar que se trata de un correo enviado por *Nodigassuerte*.

Un nerviosismo eufórico, salvaje, se cuela en su interior tras leer el cuerpo principal del correo: «De momento, te envío esto. En cuanto pueda, más».

Y bajo la frase hay una flecha que apunta hacia abajo, donde aparecen dos archivos adjuntos.

—¡Joder, joder! —ruge enfadada.

«Corre prisa», escribe como respuesta.

«Y a mí, no te creas que eres la única que tiene faena», responde *Nodigassuerte* en menos de 10 segundos.

Disciplinada a su manera, prepara una taza de capuchino y lía seis cigarrillos. Despeja el cenicero. Su impaciencia y voracidad necesitan su propio decorado y su adecuada manutención.

—Vamos allá —le dice a *Karen*, que se mantiene en silencio, dentro de su plana superficie.

Todo listo, un cigarrillo encendido en sus labios, capuchino humeante, se dispone a respetar el orden en el que han llegado los archivos adjuntos.

El primero de ellos tiene por título: *Juan Casaño*.

Carmen Puerto pincha sobre una carpeta titulada *Correos*. Los más abundantes, a simple vista, son correos relacionados con su actividad empresarial, al frente de la agencia de publicidad que regenta, a tenor de la cuenta de origen, de carácter profesional. Son más escasos los correos enviados desde su cuenta personal, buena parte de ellos dirigidos a regaloinvisible1962@gmail.com. Solo tiene que leer Carmen el primero de ellos para descubrir que Juan Casaño mantiene una relación con otra persona, una mujer.

«Este fin de semana estoy sola y creo que deberíamos aprovecharlo, hace ya demasiado tiempo que no estamos juntos», escribe regaloinvisible1962@gmail.com, el 9 de mayo de 2018.

«Aunque estoy muy liado, no dudes que este fin de semana estaremos juntos, por lo menos todo el sábado, como poco, intentaré que sea mucho más. Ya te voy comentando, para organizarnos», responde Juan Casaño, apenas diez minutos después de recibir el correo, a través de su cuenta personal, juancaso@hotmail.com.

«Tenemos que tener un poco más de cuidado. Ten cuidado con el teléfono, nunca lo saques», escribe regaloinvisible1962@gmail.com, el 18 de junio de 2018.

Comprueba Carmen Puerto si alguien del entorno de las chicas desaparecidas nació en 1962. No tarda en descubrir que fue el propio Juan Casaño, el 23 de abril de 1962, concretamente.

«Vamos a dejar de escribirnos por aquí, no me fío, las cosas se están complicando», escribe Juan Casaño el 27 de junio de 2018.

Esta apresurada y desordenada primera lectura la entiende Carmen Puerto como la antesala de un examen más concienzudo de todos los correos recibidos, más adelante. Ahora opta por abrir

el segundo archivo, denominado *Historial*. Nada más abrirlo encuentra una interminable relación de enlaces webs. Trata de buscar, entre los larguísimos e interminables epígrafes, aquellos que considere susceptibles de ser examinados: bien por su evidente diferencia, o bien por el contenido que puede intuir. *Nodigassuerte*, en una anotación, le indica y agrupa todas las páginas que ha visitado Juan Casaño de «incógnito», que tampoco son tantas, en los últimos seis meses. Unas cincuenta, calcula Carmen Puerto a simple vista. El primer enlace que abre la dirige a una web de pornografía infantil, protagonizada por adolescentes, todas ellas muy rubias, lánguidas, pálidas, muy blancas. Inevitablemente, las imágenes le trasladan a Ana Casaño, que bien podría haber sido durante su infancia cualquiera de las niñas que aparecen en las fotografías. Entiende Carmen que puede tratarse de un error ya que los siguientes enlaces la dirigen a páginas de pornografía heterosexual, convencional. Descubre que muestra una especial predilección por las mujeres negras (*ebony*) y por las englobadas en la categoría *MILF*.

—Joder, si estas pedazos de tías son maduras yo ya soy una auténtica momia —se queja Carmen Puerto.

Descubre Carmen que empleando el modo «incógnito» de navegación web, Juan Casaño ha visitado con cierta frecuencia el Instagram de su hija, especialmente, y también el de su amiga Sandra Peinado, aunque solo ocasionalmente.

—¡Coño! —exclama. Y tras una rápida búsqueda, que es más un ejercicio de memoria que de investigación, confirma que Casaño no tiene cuenta personal de Instagram.

—¿Y por qué coño no lo hará por el móvil? —se pregunta en voz alta, y escribe en su libreta de pastas verdes.

—Porque teme dejar rastro —responde ella misma a su pregunta, con una fotografía de Juan Casaño enfrente, desplegada en la inmensa pantalla de plasma.

Entre el 17 y el 24 de junio de 2018, Juan Casaño visitó multitud de páginas relacionadas con adopción internacional. Interesándose, principalmente, por asuntos relacionados con la adolescencia y juventud de las chicas adoptadas. «La crisis de los adolescentes adoptados, carencias afectivas, el duelo por los padres biológicos, control de la identidad, antiguas heridas, intensidad emocional o transformación corporal sin modelo de orientación», son algunos de los títulos que Carmen puede leer al abrir las webs visitadas por Juan Casaño. Asimismo, consultó con frecuencia los consejos de una psicóloga llamada Rosa Bergel e ingresó en diferentes foros públicos en los que se abordan temas similares.

Se pone en pie Carmen Puerto, camina en círculo, se vuelve a sentar.

—Regalo invisible, *regaloinvisible1962*, ¿quién coño es? Tiene nombre de puta, pero no lo es. No lo parece, es una relación.

—Escribe el nombre falso en su libreta.

—Esas visitas a las páginas de adopción es porque su hija estaba pasando una mala racha —deduce Carmen y escribe «transformación corporal sin modelo», al tiempo que lo repite en voz alta.

La vuelve a contemplar con el diminuto bikini de barras y estrellas, al tiempo que vuelve a repetir: «transformación corporal sin modelo». Enciende un cigarrillo, abre la carpeta que contiene los correos electrónicos enviados desde la cuenta profesional de Juan Casaño, pero no les presta demasiada atención, ya que sigue sin encontrar nada relevante. Garabatea en su libreta, duda qué paso dar, cuál dirección tomar, una vez más el enfrentamiento entre el protocolo, lo correcto, y lo que le indica su intuición mantienen su particular batalla. Una vez más. Y su intuición le muestra una única dirección, aunque no pueda dejar de repetir «transformación

corporal sin modelo». Punta del Moral, la fotografía de ese pecho de hombre con el colgante de la estrella de mar. Y su intuición le dice —porque a veces cree que llega a hablarle— que Juan Casaño es un tipo muy raro, que seguramente se pasa el día fingiendo para no mostrarse como realmente es, pero que está preocupado por su hija y que, por tanto, no tiene nada que ver con su desaparición.

—Ignorarlo, no puedo ignorarlo, aunque piense que no tiene nada que ver —reflexiona en voz alta y la imagen de Marcia Guerra, tal y como aparecía en la última pesadilla que ha padecido, se cuela en su cabeza.

Desconecta el ordenador y la pantalla de plasma, aplasta las palmas de las manos contra el cristal de la mesa, cierra los ojos y comienza a respirar cadenciosa y profundamente. Presa de la ansiedad, repite durante varios minutos el ejercicio que le recomendaron en la última gran crisis que padeció, tras la resolución del caso del *Amante Ácido*. Ha estado a punto de caer al suelo, pero finalmente ha podido recomponer la situación. Vuelve a tomar el control, o así lo cree, y empieza a respirar con relativa normalidad.

—La leche, me cago en la leche —resopla.

La imagen de Marcia, los ojos vueltos, completamente cubierta de sangre, permanece en su interior, a pesar de los evidentes esfuerzos que lleva a cabo por hacerla desaparecer. Con el paso del tiempo, Carmen ha entendido que el recuerdo de Marcia siempre la va a acompañar y que, como esas heridas que nunca terminan de cerrar, tiene que acostumbrarse a vivir con ella.

- Jaime Cuesta sale del baño solo cubierto con una toalla. Sobre el cabecero de la cama hay una marina rectangular en la que se reproduce el puerto deportivo y Ayamonte, justo detrás. Predominan los tonos blancos y azules, lejanos dorados se filtran en la parte superior, sobre los tejados de las casas. Trata de localizar mentalmente el lugar escogido por el pintor para contar con esta panorámica.

  El cuadro le empuja a pensar en Sonia, y Sonia le recupera a Daniel, su hijo. No puede evitar pensar que se está perdiendo mucho de su infancia, momentos especiales en los que debería estar a su lado. Ser un modelo, una referencia y no una ausencia. Durante un tiempo, tal vez fueran un par de años, trata de calcular Jaime, Sonia asistió a clases de pintura. Fue poco después de perder el empleo, la empresa de armarios en la que trabajaba cerró, como tantas otras relacionadas con la burbuja inmobiliaria. Sonia se ocupaba de la atención al cliente, en un principio; de cuadrar la agenda de trabajo, después. Era una profesional eficiente y resolutiva, no le importaba que cada vez le asignaran más funciones. Pero toda esa confianza en sus propias posibilidades, en su capacidad, desapareció cuando perdió el empleo. Solo en la pintura, mientras mezclaba colores o sombreaba, volvió a encontrar esa calma que el trabajo le proporcionaba.

  Una llamada de teléfono devuelve a Jaime Cuesta a la realidad.

  —Barri, cuéntame.

  —Pues poco tengo que contarte. La chavala sigue en su sueño profundo, que a mí ya me empieza a extrañar un poco, la verdad. Y los padres siguen tal cual: ella histérica y él permanentemente aguantando el chaparrón. —Su acelerada voz suena especialmente aguda a través del teléfono.

  —¿Cómo los ves?

  —¿A los padres?

—No, a los pigmeos de la selva, no te jode.

—Gilipollas eres… Mira, pero te lo voy a decir de todos modos, aunque no te lo merezcas por malaje. Ella está muy acelerada, pero es que creo que esa mujer nació con el pie pegado al pedal del acelerador; y él…, él, cómo explicártelo, él tiene la actitud del niño que ha hecho una trastada muy gorda, lo han pillado y soporta todo lo que le venga encima porque entiende que se lo merece y que no tiene ni derecho a protestar —explica Barrientos.

—¿Y qué trastada puede ser?

—Pues vete tú a saber. Con este tipo de personalidades, tan poquita cosa, tan víctima…, es posible todo. Desde que se sienta responsable de la desaparición de las chicas, por no haber estado aquí, hasta que se sienta responsable de su divorcio; cualquier cosa es posible con estos perfiles.

—¿Cambia mucho el hecho de que la hija sea adoptada?
—pregunta Jaime, nada más leer el mensaje que acaba de recibir de Carmen Puerto: «Que Barri pregunte si han tenido problemas últimamente por el hecho de ser adoptada».

—Jaime, yo no soy un especialista en adopción, pero por lo que he leído el adoptado convive con esa percepción, de no pertenencia, durante toda su vida. Por lo que doy por hecho que si la adolescencia y juventud de cualquier persona ya es jodida, la de una que es adoptada es más jodida todavía, para ella misma y para su entorno, claro. Además de las preguntas que surgen habitualmente, añade las de regalo que traen estos niños en la mochila. Y estas chicas, por lo menos, físicamente son más o menos como nosotros, imagina cuando encima hay grandes diferencias raciales con los padres adoptivos; aun más lío — explica Barrientos.

—¿Y la relación con los hermanos que sí son hijos biológicos cómo es? —pregunta Jaime, que ha comenzado a vestirse.

—Pues complicada en muchos casos, según he podido leer. Sean quienes sean los hermanos —incluso los suyos propios, porque muchos niños adoptados tienen hermanos biológicos—, es muy difícil, más de lo que podemos suponer, llegando a generar unas tensiones y desavenencias que pueden llegar a ser traumáticas. —Toma aliento durante unos segundos—. Jaime, pero es que hasta los padres que adoptan tienen muchos tabúes con sus propios hijos.

—¿Cómo cuáles?

—La mayoría se niegan a reconocerles que los adoptaron porque no podían encontrar hijos de forma natural. Ese es el gran tabú —responde el psicólogo.

—Pero no es el caso de estas parejas.

—Estas parejas las podemos considerar casi unas excepciones, que las dos hayan tenido hijos naturales después de adoptar no te creas que es algo frecuente, ni mucho menos.

—Entiendo —apostilla Jaime.

—Tú no entiendes nada de nada.

—Pero lo disimulo bien.

—Gilipollas.

—Que te den. —Y fieles a su costumbre, finalizan la conversación.

Mi nombre es Yakov

Yakov Sokolov es un reconocido narrador ruso, creador de una saga literaria titulada *El nacimiento de la nueva Rusia*, en la que relata con precisión y destreza, casi a modo de diario, el periodo conocido como Perestroika, impulsado por Mijail Gorbachov, entre 1985 y finales de 1991, hasta el 25 de diciembre de 1991, concretamente, día en el que renunció a su cargo. Sokolov, a través de siete entregas, ha logrado ofrecer —como reconoce la crítica internacional por unanimidad y los más reputados historiadores— la más veraz, certera y realista reconstrucción de lo que supusieron aquellos años, tan determinantes en la historia reciente de su país.

Paradójicamente, las siete entregas de *El nacimiento de la nueva Rusia* fueron consideradas desde el principio como un acontecimiento que trascendía lo literario en buena parte del mundo, pero no así en la propia Rusia, donde el Gobierno — encabezado por Boris Yeltsin, cuando se publicaron los cinco primeros volúmenes; y por Vladimir Putin, cuando se publicaron los dos últimos— hizo todo lo posible para que la obra de Sokolov pasara desapercibida.

Ante estas circunstancias, Yakov Sokolov optó por abandonar Rusia, acompañado de su familia: su esposa Olga y su hijo Ivanov, e instalarse en Oslo, en donde compagina la escritura con las clases de historia contemporánea que imparte en la universidad de la capital nórdica.

En 1995, ya suficientemente conocido y reconocido en buena parte del mundo (ya había publicado los tres primeros volúmenes de *El nacimiento de la nueva Rusia*), Sokolov sorprendió a buena parte de sus lectores publicando una obra que por contenido y forma se alejaba radicalmente de lo que había ofrecido hasta ese momento. Bajo el título de *Mi nombre es Yakov*, el escritor narraba sus primeros nueve años de vida en un orfanato en las afueras de Moscú, hasta ser adoptado por una familia de la misma capital.

En las entrevistas que concedió, Sokolov repetía una y otra vez que necesitaba escribir ese libro por muchos motivos, sobre todo por naturalizar de manera definitiva que fue un niño adoptado, que tuvo la suerte de formar parte de una familia maravillosa y que sus padres biológicos solo pretendieron hacer lo mejor para él. El Gobierno ruso, sin embargo, dio por sentado que el motivo principal que movió a Sokolov para escribir sus memorias infantiles fue la venganza, ya que la imagen que trasladaba al mundo entero de los orfanatos rusos no podía ser más cruel, descarnada y dolorosa.

Utilizando su característico estilo, directo y realista, empleado en *El nacimiento de la nueva Rusia*, que tantos elogios había recibido, Sokolov describe en *Mi nombre es Yakov* un sinfín de penurias y calamidades que conmocionaron a buena parte de sus lectores, tales como que no pudo alcanzar un peso normal: 38 kilos, hasta los 12 años, fruto de la atrofia estomacal que padecía como consecuencia de una desnutrición prolongada en el tiempo; o las pésimas condiciones en las que convivían, hacinados varios niños en un camastro, compartiendo una raída manta; o las palizas que recibían, como método correctivo, por los motivos más absurdos y peregrinos. El capítulo que Sokolov dedica a la muerte de su hermano menor en el orfanato, tras varias semanas de fiebres muy elevadas y convulsiones casi continuas, es de una dureza tan extrema y desoladora que cuesta leer hasta el final sin reponer el aliento.

Ramón Robles, el padre de Isabel Robles, asistió a la presentación que realizó Sokolov de su libro en Oslo, en un centro cultural cercano a donde se encontraba la embajada española. El fragmento que leyó de *Mi nombre es Yakov* emocionó profundamente a Ramón Robles, y así se lo hizo saber al propio autor en la cena que compartieron posteriormente.

Desde ese día, y valiéndose de cualquier pretexto, los encuentros entre el diplomático español y el escritor ruso se sucedieron hasta el punto de forjar una inquebrantable amistad. Cuando en 1996, como consecuencia del éxito internacional cosechado, *Mi nombre es Yakov* fue traducido y publicado por una editorial barcelonesa, Ramón Robles no dudó en acompañar a su amigo a las cuatro presentaciones programadas en España: Madrid, Barcelona, Bilbao y Sevilla.

Domingo, 2 de septiembre, 20:54 h

Carmen Puerto ha estado bajo el chorro de agua fría, en la ducha, más de treinta minutos, hasta que su cuerpo ha creído estar en otra ciudad, en otra estación, con diferente temperatura. Ha hecho todo lo posible por dejar su mente en blanco, y aunque nunca lo ha llegado a conseguir, ahora se siente más tranquila, menos excitada. No hablemos de calmada, que no habría sido posible, ni en las circunstancias más favorables.

Vuelve a buscar una canción de *Viva Suecia* en *streaming.*

«Quiero que, hasta la próxima vez que tomemos partido, no haya más soluciones, que ganas de amar el conflicto», tararea Carmen Puerto. Sin embargo, no termina de escuchar la canción y, sin dudarlo, cuando parecía más tranquila, marca el número de Jaime Cuesta.

—Dime —apenas tarda un par de segundos en responder.

—¿Dónde andáis?

—De visita. —Julia sonríe ante la respuesta.

—¿Algo nuevo?

—Apenas nada.

—Cuéntame el apenas, si no te importa —solicita Carmen con retranca.

—Te llamo en dos minutos y te cuento.

—Te espero.

Jaime apura su cerveza, y con la mirada parece querer incitar a que Julia y Miguel también lo hagan.

—No te preocupes, no te puede oler el aliento por el teléfono —le dice Julia, aprovechando que Miguel se ha acercado a la barra a pagar lo consumido.

—Si es una gracia, no la tiene —le reprocha Jaime, muy serio.

Abandonan El Cuchitril, el establecimiento que Sandra y Ana suelen frecuentar al mediodía y primera hora de la noche, y se dirigen hacia el vértice de la planta triangular que compone el centro comercial, a escasos metros. Cruzan la carretera y se detienen donde comienza la arena de una diminuta playa que hay justo frente al espigón. Jaime se aleja unos metros y devuelve la llamada a Carmen Puerto.

—Una cosita, antes de que se me olvide. Necesitamos una relación con nombres de tíos que hayan sido detenidos por agresión sexual o violación, por retención ilegal y cosas parecidas, de Ayamonte y de los pueblos más cercanos. Lo necesitamos ya, corre prisa. Y ahora cuéntame —le solicita Carmen.

—Hemos estado un rato en el bar al que solían ir las chicas, El Cuchitril, que está entre donde tuvieron su primera vivienda y donde tienen ahora los apartamentos —explica Jaime Cuesta.

—¿Y?

—Ni el dueño ni el camarero se atreven a asegurar que las chicas estuvieran el miércoles por la tarde en el bar, no pueden asegurarlo.

—¿Y otros clientes?

—Tampoco.

—¿Todos con Alzheimer?

—Rabillos de pasas.

—¿Os han contado algo interesante?

—Nada, lo previsible; que Ana es mucho más abierta y simpática, que Sandra es más callada, que siempre van juntas, aunque algunas veces va sola Ana, y poco más… Lo que sabemos desde el principio —relata Jaime, y Carmen escribe en su libreta.

—¿Alguna compañía más habitual?, ¿alguna historia rara?, ¿nada? —pregunta Carmen, sin levantar la vista.

—Nada de nada.

—¿Cómo sigue la chica? ¿Tenemos noticias?

—La chica sigue sin despertar. Tenemos allí a Barrientos.

—Imagino que de haberlo hecho ya lo sabría —reacciona—. Jaime, te llamaba en realidad por otra cosa.

—Dime.

—No paro de darle vueltas a las respuestas del padre de Ana, es evidente que se guarda algo —no le dice Carmen toda la verdad de que maneja información conseguida al margen del protocolo.

—¿A qué te refieres? —Jaime la conoce de muchos años y sobre todo conoce de lo que es capaz por resolver un caso. Y Carmen Puerto es capaz de todo.

—Sus respuestas, el tono de su voz, esas dudas, ese querer mantenerse al margen —trata Carmen de ofrecer una respuesta convincente.

—Barri mantiene que... —No puede seguir hablando.

—Llámalo intuición o lo que quieras.

—Carmen, por favor, que nos conocemos —insiste Jaime.

—Jaime, hazme caso, que no sé nada más —e insiste Carmen en ocultar la información que maneja.

Jaime resopla antes de continuar hablando. Por un segundo fija la mirada en cómo un pescador, cerca de la orilla, coloca el cebo en el anzuelo.

—¿Qué propones?

—Convencer al juez de que le pinchemos el teléfono y el correo —no duda en responder Carmen.

—Ningún juez va a hacer eso por una simple intuición —responde Jaime.

—Si no lo probamos…

—No es cuestión de probar, y lo sabes.

—¿Lo puedes intentar?

—Siempre me acabas metiendo en líos.

—¿Puedes?

—Déjame que lo piense.

—Vale.

—Ya te digo.

—Pero no tardes.

—Contigo es imposible tardar.

—Algún día me dirás qué quiere decir eso.

—Lo sabes.

Por otras veces, sabe Carmen que tal vez surta efecto la conversación mantenida con Jaime. Confía en ella, es consciente de que sus peticiones, habitualmente, responden a elementos fundamentales a la hora de resolver el caso. A pesar de que hay una gran excepción en la

trayectoria de Carmen Puerto: Marcia Guerra. Errada desde el principio, no fue capaz de cambiar de dirección en el momento adecuado.

Por su parte, Jaime empieza a construir el relato de su próxima conversación con *Jefe*, en qué debe insistir para que consienta la petición al juez. Y más que el relato inicial, que más o menos tiene claro, Jaime piensa en las posibles respuestas a todas las posibles preguntas, que no serán pocas, ni tampoco fáciles.

—¿Nos vamos? —les propone a Miguel y a Julia, que esperan apoyados en el morro del Peugeot.

—¿Adónde? —pregunta Julia.

—¿Queréis un sitio diferente para cenar? —pregunta Miguel, sonriente.

—Quiero que hagamos lo que podrían haber hecho Sandra y Ana una noche como esta —solicita Jaime.

—Bueno, ayer hicimos el recorrido, más o menos, y ya hemos hecho hoy lo primero que hacían ellas, El Cuchitril, y como no tenían coche, imagino que se habrían ido a La Hamaca, como la noche en la que desaparecieron, o a alguno de los bares de Isla Canela, donde se puede ir en bici o andando en un paseíto de 15 minutos —explica Miguel, y señala levantando el brazo la dirección que deben tomar.

A Jaime y a Julia les sorprende que todavía, diez minutos pasan de las nueve de la noche, haya tal abundancia de luz. Del mismo modo que les sorprende la belleza de un atardecer que ofrece tan amplia gama de tonalidades. Llamaradas que se pierden sobre la inmensidad del océano, donde la vista no alcanza. Últimos destellos de un sol que agoniza tras un día intenso y caluroso. Plano, y hermoso en cierto modo. Constante en su definición.

Recorren el pequeño paseo marítimo paralelo al puerto deportivo de Punta del Moral. La marea está alta, las gaviotas sortean, a modo de juego aéreo, los mástiles de los veleros atracados. Los tres, Miguel, Jaime y Julia, centran sus miradas en un hombre moreno, con bañador rojo, que limpia la cubierta de su pequeño barco —un seis metros—, ayudándose de una manguera azul. Las cañas de pescar se apilan en la popa, junto a una nevera de corcho blanco. Jaime recuerda, una vez más, los días de pesca con su padre, muy cerca de donde se encuentran, al otro lado de la desembocadura del río Carreras, en Isla Cristina.

Cuando concluyen el puerto deportivo, varios tenderetes y quiosquitos se suceden en la parte final del paseo marítimo: artesanía africana, colgantes de cuero, libros de títulos extraños, fundas para teléfonos móviles, camisetas supuestamente divertidas…

Jaime y Julia, en silencio hasta el momento, siguen a Miguel, que gira a la izquierda, en donde se abre una amplia avenida que concluye en una rotonda rodeada por hoteles.

—Vamos a dejar La Hamaca de momento, vamos a hacer el camino que harían ellas si hubieran ido hasta los bares de Isla Canela —propone Jaime.

—Venga, tampoco es tanto —responde Miguel.

—¿Eso cuánto es? —pregunta Julia.

—No, un paseíllo de nada. Si fuéramos en coche, lo haríamos por allí —y Miguel señala a la derecha—, pero andando o en bicicleta se acorta por allí. —Y señala a la izquierda, hacia una nueva rotonda, pero de menor diámetro que la que están recorriendo.

Tras avanzar unos quinientos metros por una carretera recién asfaltada, flanqueada a un lado por media docena de hoteles y al otro por una hilera de urbanizaciones, llegan hasta la entrada de la urbanización Las Gaviotas, donde residen Sandra y Ana, junto a sus familias. Un complejo de

edificios de tonos terrosos, combinados con elegancia, y del que se escapan risas y gritos de niños que juegan al otro lado de una valla pintada de un tono marrón arcilla.

—Hasta aquí llegamos ayer —comenta Jaime. Y por un momento recupera ese instante de angustia vivido, sin encontrar una dirección que seguir.

—En otro tirón estamos en Isla Canela, en diez minutos. En realidad, esto está entre medias —explica Miguel.

En apenas cien metros alcanzan el solar, rodeado de dunas y retamas, donde se están construyendo los apartamentos de lujo, junto al aparcamiento por el que se accede al camino de tablones de madera que conduce a La Hamaca.

Acaba la carretera bien asfaltada y comienza una muy estrecha, sin arcén, que se abre paso entre chumberas góticas, retamas, cardos, olivos desvencijados y algunos girasoles desorientados. Cantan las chicharras, revolotean murciélagos y golondrinas, también algún aguilucho. A Jaime le llaman la atención las casas que intuye gracias a los tejados que contempla sobre la maleza.

—¿Esas casas las tendremos controladas, no?

—Sí, claro, la mayoría son de *punteros*.

—Estas tierras, tan cerca de la playa, deben valer una auténtica fortuna —dice Julia, y se quita las gafas de sol.

—Que se lo cuenten a algunos, que de un día a otro se convirtieron en millonarios. Y lo curioso es que a muchos estas tierras no les costaron absolutamente nada, que las heredaron de sus abuelos del *pueblico*, de los primeros colonos que vinieron aquí, cuando todo esto era salvaje —explica Miguel.

—Colonos… Parece una historia del Oeste —ironiza Jaime.

—Más o menos.

Cuenta Jaime seis casas en el trayecto que une, por la estrecha carretera, Punta del Moral con Isla Canela. También ha contado dos chiringuitos, al menos: uno de ellos, con una pared plateada muy llamativa. Fotografía todo lo que contempla, y lo envía a Carmen Puerto a través de mensajes de WhatsApp. Jaime, minucioso, examina cada metro, como si pretendiera encontrar un detalle, una señal o una dirección a seguir. Toma un camino de tierra que se abre a su derecha, y que concluye unos pocos metros después en una cancela destartalada y oxidada, custodiada por dos perros con gesto somnoliento. Ladran más por aburrimiento que por defensa. Jaime fotografía la pequeña casa de una planta —con muro de zócalo en *azullillo* hasta media altura—, que descubre enfrente, junto a un pequeño huerto en el que crecen tomates y sandías. También descubre un pozo; una pequeñísima patera, que una vez fue verde, antes de que el tiempo la maltratase; una motocicleta de otro tiempo, *Derby Variant*, y varios neumáticos mal apilados.

De vuelta a la carretera, no tardan en llegar a una nueva rotonda, donde comienzan otra vez las urbanizaciones de apartamentos

Tal y como anticipó Miguel en el principio del trayecto, es un paseo agradable si se escoge bien la hora adecuada, como este atardecer luminoso y templado.

—Ya cualquier acceso que tomemos a la izquierda nos lleva a la zona de los bares —les muestra Miguel.

—Por el que tú digas —le propone Jaime.

—Vamos a empezar por el quiosco de Abreu, que va mucha gente joven por las hamburguesas.

Julia y Jaime no pueden ocultar la sorpresa que les supone descubrir el citado local, nada más acabar la calle, sobre una alfombra de césped artificial, rodeado de mesas y barriles. Es el típico

quiosco de chucherías, pero transformado en una especie de minichiringuito, y casi con la carta de un restaurante: todo tipo de pescado frito, hamburguesas de buey de Kobe, aliños y ensaladas frías, pulpo asado o mojama. Siguen a Miguel, y como él se acodan en la pequeña barra de piedra blanca. En las dos columnas laterales de ladrillo hay pegados varios carteles con los rostros de Sandra y Ana, solicitando colaboración ciudadana.

—Abreu, tres muy fresquitas cuando tú puedas, y unos *chochitos* —le pide, provocando una desconcertada sonrisa en los labios de los policías.

—¿*Chochitos*? —apenas puede preguntar Jaime.

—Altramuces, altramuces —repite Miguel, igualmente sonriente.

Miguel deja su paquete de Winston sobre la barra, en donde apoya los codos y se gira hacia Jaime y Julia.

—Te voy a coger uno de los tuyos. —Y Jaime abre la cajetilla de tabaco sin esperar el consentimiento.

—Claro.

Beben directamente de las botellas, cerveza muy fría, casi helada. Miguel debe controlarse para no acabar con todo el contenido de un solo trago. Jaime y Julia se dan cuenta y se miran con complicidad.

—¿Abreu, puedes venir un momentito? —solicita Miguel la presencia del propietario del establecimiento. Hay más de huida que de verdadero interés en su gesto.

—Dime, Miguel —le responde. Es un hombre de mediana estatura, barba de una semana, pelo a cepillo gris, uniformado con un reluciente delantal blanco con su apellido bordado en la parte superior del bolsillo.

—¿Vienen mucho por aquí las niñas estas? —Y Miguel señala los carteles.

—Sí que vienen, Miguel, sí que vienen, y espero que lo sigan haciendo —no duda en responder.

—Seguro que sí —dice Jaime.

—¿Y todo bien?, ¿sin malos rollos? ¿Qué tal? —No es muy específico Miguel en sus preguntas.

Jaime intenta marcar el número de Carmen Puerto y activar el micrófono, pero Julia lo detiene. Con un gesto le indica que espere un momento.

—Mira, te soy sincero, yo me he llevado más con Ana, la que ha aparecido hoy, porque la verdad es que es un torbellino que no se calla ni debajo agua. Sandra es muy buena, la chiquilla, pero es más *paraíta*, tú ya sabes —Miguel no dice nada y le anima a seguir hablando con la mirada—. Ana ha montado alguna revolución aquí, tú ya sabes, de ponerse a bailar y a cantar, esas cosas, pero nada de cosas raras. Eso sí, toda la chavalería revolucionada, imagínate, porque la verdad es que son dos preciosidades —concluye Abreu.

—¿Algún *noviete* con el que se le viera más a alguna de las dos? Ya sabes, un ligue de verano, como decíamos nosotros en nuestro tiempo —por fin interviene Jaime, y lo hace buscando la complicidad del camarero.

—Yo no me fijo mucho en esas cosas, pero tampoco he notado mucho de eso, si le digo la verdad. También tenga en cuenta que muchas veces venían con sus padres, muchas…, desde chiquititas las recuerdo yo, a ellos les gusta tomarse unas cervezas aquí antes de ir a comer a la Las Dunas. —Y con un gesto le señala un chiringuito blanco, al que se accede por una escalinata de madera, sobre las dunas, haciendo honor al nombre.

—¿Van mucho ahí, entonces? —Señala en la misma dirección Jaime, al tiempo que descubre

cómo se contrae el gesto, arrugado, muy incómodo, de Miguel.

—Bastante —responde.

—Muchas gracias por todo, amigo. Muy fría la cerveza y muy buenos los *chochitos.* —Y Jaime deja un billete de 10 euros sobre la barra, a modo de despedida.

Se disponen a recorrer la pasarela de madera que conduce a Las Dunas, cuando Miguel les advierte de que está recibiendo una llamada que debe atender, por lo que se distancia de los policías unos metros.

—¿Habrá dejado una cuenta sin pagar? —cuestiona Jaime.

—¿Por qué lo dices?

—¿Tú has visto la cara que se le ha quedado cuando hemos dicho que veníamos para acá? —dice Jaime.

—Ah, eso es lo que me querías decir… La verdad es que no me he fijado.

—Muy mala cara.

Toman asiento en unos taburetes altos, en un lateral del chiringuito, frente a una barra cuadrada y acristalada, antesala de un amplio y luminoso comedor que cuenta con unas vistas excepcionales. A pesar de que la oscuridad de la noche comienza a ganar la partida, da la impresión de que el Atlántico se cuela en el establecimiento, al igual que la luna, blanca, redonda y resplandeciente.

—Hace una noche como para dedicarse a otra cosa —resopla Jaime.

—Desde luego.

—Si te parece, pedimos algo de picar aquí, que tengo hambre acumulada. Mira qué buena pinta tiene la tortilla.

—Serás cateto, no hay quien te saque de tus cosas, ¿tortilla vas a pedir aquí? Un poquito de pescado, mejor —propone Julia.

—Pide lo que te dé la gana, que con el hambre que tengo me da igual.

Julia se acerca a la barra a pedir las consumiciones mientras Jaime busca con la mirada a Miguel y no lo encuentra. Examina el local, elegante, blanco, diáfano, y trata de imaginar a las dos familias cualquier día de verano, disfrutando de una buena comida. En realidad, realiza los ejercicios que le presuponía a Carmen Puerto cuando investigaban juntos. Siempre recordará esa capacidad para analizar hasta el más pequeño detalle y para ofrecer una interpretación de todo lo que contemplaba. Le fascinaba, especialmente, cómo era y es capaz de establecer un perfil psicológico de una persona solo con ver el interior de su frigorífico y los cajones del cuarto de baño. Somos lo que comemos y como queremos que nos vean, suele repetir Carmen Puerto.

—He pedido ensaladilla de gambas y unos calamares fritos, ¿te parece? —La voz de Julia acaba con el ensimismamiento de Jaime—. Antes, lo que te quería decir es que no merece la pena llamar a la *pirada* para esto, que son conversaciones en las que apenas vamos a sacar nada —explica Julia.

—Ya lo imaginaba —le responde Jaime, al tiempo que cuela medio cuerpo en la barra y le pide al camarero de mayor edad, un hombre completamente calvo y con unos cuantos kilos de más, que se acerque—. Si no le importa, ponga también cubiertos para nuestro compañero, que seguro conoce, es el —duda— *judicial*, Miguel, así lo llaman aquí.

—¿Miguel Castro? —cuestiona con cierto estupor el camarero—. Sí, sí, claro que lo conocemos —dice mirando a un compañero más joven, que muestra semejante incredulidad.

—Eres la leche —le reprocha Julia sonriente.

—No quiere venir aquí por algo, es evidente, ya te lo digo yo. —Y vuelve a buscar con la

mirada a Miguel sin encontrarlo.

Mientras beben cerveza fría y comen la ensaladilla y los calamares, Jaime y Julia hablan con los camareros, que, prácticamente, repiten las mismas respuestas que las ofrecidas anteriormente por Abreu, el dueño del quiosco próximo.

Nada más abandonar el establecimiento, se encuentran con Miguel, que se acerca hasta ellos con una sonrisa excesiva, fingida, decorando su cara.

—He aprovechado que estabais cenando para dar una vuelta por ahí. Por casualidad, me he encontrado con un amiguete, Isra, que trabaja en la inmobiliaria de Playa Alta, la que está haciendo los apartamentos de lujo junto a La Hamaca —relata con orgullo.

—¿Y?

—Los dos dúplex más caros —cuesta la cosa 1 millón de euros cada uno, ni más ni menos—, además de cuatro más — todos de más de medio millón—, los ha comprado una empresa mexicana que curiosamente llegó de la mano del padre de Sandra Peinado. Mi amigo Isra ha sido el que ha cerrado la operación —detalla Miguel.

—¿Un tal Alejandro Jiménez? —pregunta Jaime.

—Sin nombres, por lo visto, lo ha comprado directamente la empresa mexicana, no se acordaba del nombre mi amigo —responde Miguel, que no puede disimular el gusto que le produce ser el centro de atención.

—Vaya.

—Pero esto no tiene por qué ver nada con el caso de las chicas. Esto va por el otro lado —categórica, afirma Julia.

—O sí —la rectifica Jaime.

—¿Tú crees?

—Yo qué sé.

Está a punto de comenzar Carmen Puerto su rutina en el baño, la hidratación de su piel, cuando recibe un mensaje de Jaime Cuesta informándole del reciente hallazgo.

«Más tela para el paño», escribe como respuesta. Despliega sobre la pantalla una de las escasas fotografías que ha conseguido de Alejandro Jiménez.

Abre el correo electrónico, busca la dirección de *Nodigassuerte* y escribe:

«Necesito información de un mexicano llamado Alejandro Jiménez, es un empresario muy gordo de allí. Como siempre, es muy urgente», y pincha la ventanita de enviar.

Unos minutos después, muy cerca de la medianoche, Miguel se despide de Jaime y Julia en la puerta del hotel en el que se alojan, muy cerca de un canal que recorre Ayamonte y de un parque que alberga varios animales salvajes: tigres aletargados, monos onanistas, dos leones somnolientos y un oso permanentemente enfadado.

Jaime no cesa de comprobar en su teléfono móvil si ha respondido su esposa Sonia, a los mensajes que le ha enviado. Tras varios años de trabajar juntos, Julia está familiarizada con estos momentos de desasosiego que suele padecer su compañero, más frecuentes en los últimos tiempos. A pesar de la desazón y ansiedad que descubre en el rostro y gesto de Jaime, no puede dejar de sentir Julia algo parecido a la añoranza, incluso a la envidia. Ella no tiene nadie con quien discutir y nadie la espera en casa. Esta noche ni tan siquiera han escrito en el grupo del gimnasio.

Miguel Castro Arroyo (II)

Miguel, padre, podía pasarse varias horas escuchando las historias que su amigo Gustavo, el Chanclas, le contaba. De su origen, el *pueblico* como él lo llamaba, Carboneras, en la costa de Almería, y como sus antepasados recorrieron el litoral de Andalucía hasta que alcanzaron un lugar sin colonizar y con pesca, en Punta del Moral. O las historias de Laura, esa misteriosa mujer de negro que procuraba la desgracia a los marineros que se topaban con ella y que mentarla te acarreaba mala suerte, mal fario. O las historias de los llamadores, esos abueletes que recorrían las calles de la Punta despertando a los marineros. O la de los buzos, que bajaban sin apenas protección a desenganchar las redes. Y le contó, y Miguel pudo verlas, historias de orcas con piel de lija, de delfines que cantaban, de ballenas varadas, de atunes de seiscientos kilos y falsas rayas con arpones que te atravesaban el cuerpo en menos de un segundo. Y Gustavo le enseñó una prominente cicatriz, con forma de ombligo, en el empeine de su pie izquierdo.

Ese mismo día, Miguel descubrió el colgante que llevaba su amigo del cuello. «Un colmillo de marrajo o de un rape grande, no lo tengo claro», le dijo. Y a continuación, *el Chanclas* le contó, con esa oratoria suya tan característica, seca y musical al mismo tiempo, el origen del colgante que llevaba pegado en el pecho. Una historia que se remontaba varias generaciones atrás, al primer Porta que llegó a Punta del Moral, quien descubrió todos los recovecos, atajos y rutas de los caños y esteros; conocimiento que los siguientes Porta han recibido como si se tratara de la mayor herencia imaginable. Según lo contado por su padre y por su tío, debía estar recorriendo su antepasado, el primer Porta, un brazo del estero de la Cruz cuando se encontró con el esqueleto del que una vez fue propietario del colgante con un afilado y nacarado colmillo de un pez de considerables dimensiones.

De entre todos los momentos que compartió con Gustavo, los que más disfrutaba Miguel, los que más le hipnotizaban, tenían lugar cuando se embarcaban en su pequeña patera, con un motor de doce caballos, y recorrían los esteros y caños que unen Punta del Moral con Ayamonte. Aunque realizó este trayecto en multitud de ocasiones, Miguel siempre tuvo la sensación de que estaba recorriendo un nuevo caño, un nuevo estero, una nueva ruta dentro de un interminable laberinto. Le era imposible recordar y reconocer la anterior travesía. Todas le parecían diferentes, primeras, y más admiraba aun, desde la incomprensión más absoluta, la perfecta orientación de Gustavo, que le bastaba con mirar un detalle, unas ramas, una sombra, para saber perfectamente cuál dirección tomar, como si se tratara del auténtico dueño del laberinto de las marismas.

Porque a diferencia de lo que solía suceder hasta con los marineros más experimentados, Gustavo nunca se perdió. Es más, requerían su presencia cuando alguien quedaba atrapado en ese caos de dunas, caños y esteros que componen las marismas de Isla Cristina, siendo considerado por sus propios paisanos como el mayor experto en ese territorio tan hermoso como desconocido.

El Chanclas, desoyendo los consejos de los marineros mayores, cambió de barco, por uno mayor, tanto en caballaje como en dimensiones, hasta contaba con una cocina completa y camarote con seis camas, que le supuso una notable inversión económica: casi cincuenta millones de pesetas. El cambio de barco coincidió con una considerable subida del diésel y un descenso de las capturas. Y si fuera poco, como ejemplo de ese refrán que habla de la soledad de

las desgracias, por no respetar el horario de pesca en repetidas ocasiones le impusieron una multa de tres millones de pesetas.

Un buen día, harto de penurias, asfixiado por la deuda económica, muy señalado en Portugal, Gustavo Porta aceptó «trasladar» un cargamento de tabaco de contrabando. Quinientas mil pesetas por seis horas escasas de trabajo. Tan fácil, tan rápido y tan cómodo, que lo planteado como una excepcionalidad se convirtió en muy poco tiempo en cotidianidad. Su amigo, el guardia civil Miguel Castro, lo descubrió.

—Gus, te vas a meter en un lío gordo —le avisó.

—Lio gordo es el dinero que debo, no me queda más remedio.

—Lo único que te digo es que tengas cuidado.

—Si tú me ayudaras… —le propuso el marinero a Miguel.

—¿Qué quieres decir?

—No hace falta que te explique nada.

A pesar de sus fuertes convicciones, dura batalla interna la que tuvo que librar, Miguel acabó ayudando a su amigo. En un primer momento dejando hacer, mirando hacia otro lado, y posteriormente, unos meses después, participando activamente. Miguel avisaba a Gustavo cuando salían a patrullar sus compañeros, impidiendo así que lo pudieran detener.

Una mañana que salieron a pescar, después de los tres primeros «avisos», cuando ya estaban con la cerveza, al mediodía, con las capturas en un cubo verde de plástico, Gustavo le entregó un sobre a Miguel.

—¿Esto qué es? —le preguntó tras comprobar lo que había en el interior: 300.000 pesetas.

—No es justo que tú te expongas lo mismo que yo y no recibas nada a cambio —le respondió el Chanclas.

—No puedo aceptarlo. —Se negó, en un principio.

—Si te niegas, compadre, me estás haciendo el feo más grande que me has hecho en tu vida. Ese dinero es tuyo, te lo has ganado —insistió el marinero.

—De verdad que no puedo aceptarlo. No está bien —reiteró.

—¿Y qué está bien?, ¿que te juegues la vida todos los días por una miseria?, ¿que no puedas darle a Rocío la vida que se merece?, ¿eso está bien? Dime.

Lunes, 3 de septiembre, 8:30 h

Suena, poderosa, la inconfundible guitarra de Angus Young, soliviantando el silencio reinante.

—Ocho y media —dice Carmen Puerto en voz alta, tras ver la hora en la pantalla de su teléfono móvil.

«Tengo quince minutos», piensa.

Contrariada, en cierto modo confusa, tras otra mala noche. No pudo dormirse hasta después de las tres de la madrugada, y tras haber consumido una tila doble acompañada de melatonina y Trankimazin. Y eso que, previsora, a la una dejó aparcado el caso que la ocupa, consciente de que le es imposible conciliar el sueño hasta pasado un tiempo, como consecuencia de la frenética actividad mental a la que se somete. A pesar de esas precauciones, las últimas palabras de Carmen Puerto, ya metida en la cama, fueron: «Oye, Siri, pon el despertador a las siete de la mañana».

A pesar del cansancio y del sueño acumulado, del dolor de cabeza y del malestar general, a toda velocidad, Carmen abandona la cama y se dirige al salón. Huele a tabaco, a marihuana, a restos de capuchino, a cerrado, a oscuridad y a soledad. Olores, todos, que le son familiares, tranquilizadores, en cierto modo. Todo sigue igual. Toma el manojo de llaves que cuelgan de un clavo junto al enorme cuadro de los bañistas que caminan por entre las dunas de una playa que no aparece. En la cocina, dos vueltas a la cerradura de la cancela del lavadero, todo permanece como debiera. Tres escalones ascendidos en la escalera de caracol y *My Little Pony*, el pequeño unicornio morado, le dedica una de sus frases: «Tengo muchas cosquillas». Otras dos vueltas en la trampilla del techo, donde acaban los peldaños, que conduce a la azotea. Hoy no necesita Carmen Puerto cubrir sus ojos con las gafas. Las nubes, plomizas y grises, a ratos negras, cubren el cielo, imposible adivinar dónde se encuentra el sol. A diferencia de otras mañanas, se dirige en primer lugar al armario de aluminio, de donde extrae lo necesario para liar un cigarrillo de marihuana. Lo enciende y, sin separarlo de sus labios, comienza a regar los arriates. En el de la verdura, recién plantados tomates, zanahorias y calabacines, solo se contempla la tierra, de un marrón muy oscuro, casi negro. En el de los pascueros, bajo un tejado construido con unas varillas y tela de saco, el añadido tras finalizar la última Navidad parece que definitivamente se ha adaptado adecuadamente al nuevo espacio, tras superar la dura prueba que supone el primer verano en Sevilla. En el arriate conviven seis pascueros, de los nueve posibles. La colección de cactus, como siempre, permanece inmutable, inalterable, como si el tránsito de las estaciones no fuera un asunto de su incumbencia.

A diferencia de esas otras mañanas —esas mañanas de sol intenso—, Carmen no desnuda su torso. En cierto modo agradece que las nubes cubran el cielo, ya que tiene urgencia por regresar al salón y comenzar a examinar las fotografías que ha recibido y que ha reenviado a su correo electrónico.

«Somos chicos de verano en giro a los cuatro vientos», recita un verso de Dylan Thomas que le ha venido a la cabeza.

Los sonidos que le llegan de la calle le anuncian que la actividad ha comenzado, que los diferentes negocios han comenzado esta nueva semana. Este nuevo septiembre, tras el cálido

silencio de agosto. Y en menos de dos semanas, cuando los niños regresen a los colegios, la normalidad será absoluta.

Ruge el tubo de escape de una moto en el taller de Manuel, puede escuchar el murmullo de las conversaciones del bar de la esquina, se llama Rafa el propietario. La tienda de Mónica y la frutería ya han abierto sus puertas. Solo queda por hacerlo, como todos los días, la peluquería de caballeros de Jesús, en la planta inferior de la vivienda de Carmen Puerto.

A pesar del retraso acumulado, por el tiempo que ha dormido de más, Carmen Puerto se entrega a su rutina diaria. Como cada mañana, salvo la de los domingos, a las nueve en punto, Carmen conecta la cámara del videoportero de la puerta al ordenador y aguarda la llegada de Jesús mientras fuma, toma un capuchino y escucha las noticias en la radio. Hay días, muchos días, en los que Carmen discute con el locutor de turno, como si fuera el responsable de las malas o no deseadas noticias que ha escuchado. Puede que le recrimine su escasa psicología; que tan temprano, tan débil aún, la termine de despertar con tanta aspereza. La áspera realidad.

Aunque ella misma ha sido la que ha construido y la que mantiene esta excusa a lo largo de los años, en realidad no solo lo hace por esperar la llegada de Jesús. En estas esperas frente a la pantalla del ordenador, contemplando el tránsito de sus personajes habituales, cree mantener contacto, aunque sea breve y mínimo, con el exterior. A través de la cámara puede ver a los clientes del bar de la esquina, en dirección a la avenida de Andalucía; puede ver a Manuel, el propietario del taller de motocicletas, y sus característicos silbidos; puede ver a ese anciano de estirado pelo negro que saca a pasear su perro, un inquieto bóxer con el cuello blanco; puede ver a Mónica, la dependienta de la pequeña tienda de ultramarinos de enfrente. Con suerte, también puede contemplar Carmen otras nuevas personas, desconocidas, anónimas, a las que asigna actividades y personalidades de todo tipo. «Este tío bien podría ser médico, tiene cara de médico, y esa mujer es profesora, en esa carpeta lleva los exámenes, esta pareja discute por algo de la boda, esa tiene pinta de ser una leona en la cama, ese rubio la tiene más pequeña de lo que se cree». Cuando era una niña, con su hermana, Carmen Puerto jugaba a algo parecido, se asomaban al balcón, en las calurosas noches de verano, y les inventaban vidas a quienes aparecían por la calle.

Ligeramente impuntual, a las 9:02 aparece Jesús en la pantalla de plasma que Carmen Puerto tiene enfrente. Cree verle, a pesar de la distancia y de la escasa calidad de la imagen, ojos de sueño, remolinos en cabeza y gesto de lunes. Carmen se reincorpora, apoya los antebrazos sobre el cristal que cubre la mesa.

—Me dan ganas de regalarle un bolsito, nada más que por jubilar esa cosa —dice Carmen en voz alta, al ver de nuevo ese bolsito azul que siempre le acompaña y que tanto le desagrada, colgado del hombro.

Como casi siempre —y durante más tiempo después de las horas que compartieron—, justo después de levantar la persiana metálica, Jesús se queda un instante, apenas un segundo, mirando hacia la cámara del portal, adyacente a su establecimiento. Tal vez sea su manera de desearle buenos días cada mañana a Carmen Puerto, su fantasmal vecina de la planta superior.

—Buenos días —responde Carmen a lo que cree leer en la expresión de Jesús—. Vamos a ponernos con lo nuestro —se gira y le anuncia a la *Karen* de Alex Katz.

Carmen Puerto da por concluida la conexión con el exterior de esta mañana, una vez que Jesús ha llegado a la peluquería. Recupera todas las fotografías que ha recibido de Ana Casaño. Contempla las imágenes una a una, las examina y analiza de forma individual, y, a continuación, de manera colectiva, estableciendo posibles vínculos que desarrolla mentalmente. No escribe en

su libreta, de momento. Visita las portadas de las ediciones digitales de algunos periódicos, necesita comprobar que, de momento, nadie haya filtrado que han aparecido restos biológicos en la ropa de Ana Casaño. A través de una de sus cuentas falsas, escoge *@arga2* en esta ocasión, accede al Twitter de Pedro Ginés.

—Todavía no ha escrito nada.

Repasa todas las anotaciones que escribió anoche en su libreta, tras examinar los tres archivos recibidos de Ana Casaño. La primera conclusión que extrae es que es tan exhibicionista en las redes como meticulosa. Sabe utilizarlas a la perfección y hace todo lo posible por no dejar rastro, eliminando desde el primer momento todos aquellos elementos que la puedan delatar.

—Menuda, se las sabe todas. Pobres padres, cualquiera sigue a esta por la ubicación —dice tras descubrir que con frecuencia envía a su madre, especialmente, ubicaciones falsas, que previamente ha almacenado en su teléfono móvil.

Del mismo modo, no hay ubicaciones en sus fotografías, en ninguna de ellas, siempre desactivado el servicio. Como tampoco se puede comprobar si las imágenes están tomadas desde su dispositivo o ha utilizado otro. Sí tiene abiertas numerosas cuentas de correo electrónico, pero las utiliza fundamentalmente para participar en todo tipo de sorteos publicitarios. Siente una especial predilección por todos aquellos en los que supuestamente «regalan» el último modelo de iPhone. Muy activa en WhatsApp, pero también muy precavida, al mismo tiempo. No almacena ni fotografías ni vídeos y elimina las conversaciones cada poco tiempo, hasta el punto de que algunas las borra en el mismo momento. Le ha costado a *Nodigassuerte* recuperar algunas de estas conversaciones. Muchas de ellas subidas de tono, relativas a relaciones esporádicas que ha mantenido, todas en Sevilla, por lo que entiende Carmen Puerto. De los mensajes recuperados durante su última estancia en Ayamonte, la mayoría con Sandra, es escasa la información con cierta relevancia. Solo le han llamado la atención a la inspectora los mensajes que se ha intercambiado con un teléfono comenzado por 7 y cuyo propietario es anónimo.

«Te debes haber confundido», le escribió el pasado 29 de julio.

«*Killo*», le escribió Ana Casaño el 31 de julio.

«*Dnde* andas?», le volvió a escribir el 1 de agosto.

El último mensaje que envió Ana Casaño a este teléfono, lo mandó el 2 de agosto, solo contenía un signo de interrogación: «?».

Sospecha Carmen que puede tratarse de una equivocación, de un número mal guardado, a tenor de las conversaciones que puede leer y en las cuales no se intuye ningún tipo de conocimiento entre ambos.

En cuanto al historial de sus navegaciones en Internet, nada aparentemente destacable o llamativo. No se puede catalogar a Ana Casaño como una usuaria activa, las emplea en la mayoría de las ocasiones para descargarse música ilegalmente, *trap* y electrónica especialmente; para consultar los horarios de los diferentes canales de televisión, y para algunas búsquedas rutinarias, la mayoría de ellas relacionadas con sus estudios de segundo de bachillerato.

Repasa meticulosamente Carmen Puerto el historial que le ha facilitado *Nodigassuerte* y solo accede a aquellas direcciones que escapan de lo que considera normal: medios de comunicación, espacios de moda o de venta generalista, tipo Amazon o Aliexpress. Aplicados esos filtros, Ana Casaño solo ha visitado páginas a las que ha accedido como consecuencia de haber efectuado previamente una búsqueda en Google. De este modo, llegó al blog de una *youtuber* conocida como la Rubia Bizca.

—¡Más de medio millón de seguidores, la leche, coño! — exclama Carmen nada más

comprobar la cifra en su espacio de Youtube—. Definitivamente, nos vamos a la mierda.

Por más que repasa los últimos post, le cuesta a Carmen adivinar cuál es el contenido exacto del blog. Ana Casaño lo visitó, al menos, en seis ocasiones.

También ha visitado, a través de búsquedas en Google, páginas web que contienen información relativa a las actrices españolas Blanca Suarez e Inma Cuesta, a las que también sigue a través de sus perfiles en Instagram. Pulsa el corazón de «me gusta» de todas y cada una de las fotografías que cuelgan, acaba de comprobar Carmen Puerto. La última vez, el mismo día 29 de agosto, a una fotografía que subió Blanca Suárez. Un primer plano en blanco y negro, casi de perfil, en el que lleva un sombrero vaquero.

—Sí que es guapa la tía ésta —reconoce Carmen, y le muestra la fotografía a *Karen*, inmutable en su superficie plana.

En una ocasión, el 11 de agosto, visitó un blog titulado *extasisyadobitos.blogspot.com*, y al que aparentemente llegó sin pasar previamente por Google. Da la impresión de que tecleó directamente la dirección, como si la conociera o la hubiera visitado con anterioridad, aunque no aparece más veces en el historial de búsquedas que le ha facilitado *Nodigassuerte*. Se trata de un espacio web sobre locales nocturnos sevillanos, descritos en clave de humor gamberro.

«Si vas a la Zona después de las 3, recuerda que el C es el rubio buenorro que se pone junto a la cabina del DJ. Mejor C que M, te lo advierto. Precio ajustado», lee Carmen en una de las entradas del blog, bajo una fotografía oscura en la que se puede ver una bola de discoteca junto a lo que parece una Virgen de túnica azul, dentro de una cápsula de cristal.

—La Zona, vaya, este local me habría gustado hace unos años. —Suspira Carmen, y por un segundo duda si liarse un cigarrillo de marihuana.

La reproducción mental de lo que ha leído le empuja, inevitablemente, a pensar en Alberto. Es ese *buenorro* junto a la cabina del DJ. Lo imagina con unos pantalones de cuero negro, muy ceñidos, y una camisa blanca, entallada, en la que se marcan con exactitud sus músculos. Ya han pasado tres meses desde la última vez que estuvieron juntos y lo echa de menos.

—¡Me quemo! ¡Voy a tener que buscar un juguetito! —se sincera con *Karen*, a la vez que abre en el ordenador una fotografía de Alberto. La tomó en uno de sus primeros encuentros, mientras dormía.

Se muerde las uñas Carmen, calcula mentalmente los días que, exactamente, lleva sin verlo.

Accede a una cuenta de correo electrónico con el nombre de carmenteve@gmail.com y escribe a albertomts12@hotmail.com: «¿Cuándo puedes venir?».

Durante unos segundos se piensa si pinchar la ventanita de *enviar*. No lo hace, pero no borra el mensaje, lo guarda en la carpeta de borradores.

—Ay, me entra el calentón con este niño y se me va la cabeza, y no puede ser —reniega de ella misma.

Repasa, una vez más, la cuenta de Instagram de Ana Casaño, convencida de que ha obviado una fotografía, una señal, una indicación. Una imagen, repentinamente, le llama la atención. Parece tomada en los caños, con fecha 7 de agosto, puede verse agua y abundante vegetación, y la propia Ana Casaño comenta abajo: «Hay sitios que son especiales por la paz que transmiten».

—Esa foto solo la puede haber hecho desde una embarcación —deduce.

Carmen Puerto consulta la hora en su teléfono móvil: cinco minutos para alcanzar las diez y todavía no ha hablado hoy con Jaime. Antes de hacerlo, pasa al cuarto de baño y se entrega a su rutina diaria. En la radio, comentan el caso de las dos chicas desaparecidas:

«Ana Casaño sigue sin despertar, algo que no preocupa especialmente al equipo de doctores que la atienden, ya que consideran que puede tratarse de una respuesta de su propio organismo como consecuencia de haber vivido una situación especialmente traumática. Según nos han comentado, presenta buen aspecto y todas sus constantes están normalizadas».

—A veces saben demasiado y a veces no saben nada. Yo no entiendo esta manera de filtrar que tenemos —reniega Carmen. Comienza a liar un cigarrillo de Cutters Choice, que no prensa en exceso para que se consuma con facilidad.

Repasa toda la información que le ha enviado *Nodigassuerte* de Ana y Juan Casaño, y un gesto de desagrado, de decepción, se apodera de sus labios, que estira. Apenas le ha aportado información que considere relevante. Tan solo, a simple vista, tras un rápido y leve examen, la supuesta relación extramatrimonial que mantiene Juan Casaño, y que tal vez nada tenga que ver con la desaparición de las chicas.

Tampoco ha encontrado Carmen Puerto información sustancial en las redes de Sandra Peinado. Las visita de nuevo y se reafirma en lo anotado en su libreta: «Muy poco activa. Más fotografías en Instagram. Pretensión de fotos artísticas, muy de utilizar filtros. Algunas fotos con Ana, ellas solas. No oculta nada. Algunas fotos familiares, con su hermano. Nada en todo el mes de agosto, ¿Buscar en los «me gusta»?, puede que sea perder el tiempo».

- Jaime Cuesta y Julia Núñez desayunan en la cafetería del hotel. No se dirigen la palabra, apenas se dedican una mirada. Jaime entregado a su teléfono móvil, no encuentra la manera de ocultar que su esposa Sonia solo le ha dedicado varios monosílabos en las últimas conversaciones y que no responde a sus mensajes; Julia no cesa de escribir en su iPad, ideas deshilvanadas que no quiere que se pierdan en el olvido. Disimula que no pierde detalle de los movimientos de su compañero. «Antonio tampoco era mucho de móvil», piensa en silencio. En el grupo de WhatsApp de compañeras del gimnasio han compartido la fotografía de un monitor, extraída de su cuenta de Facebook. «Menudo *tiaco*», escribe Araceli. «Está para mojar», escribe Susana. «Tremendo», escribe Julia, y sonríe. Se contempla en el cristal de la puerta. «Estos pantalones —unos vaqueros muy ajustados— no me cerraban antes, pero las arrugas no hay quien me las quite», es uno de sus pensamientos frecuentes.

  —Dime —atiende con prestancia Jaime la llamada de Lola Vallejo, de la Unidad de Policía Científica.

  —Puede que cantemos bingo. —No oculta su euforia.

  —No me jodas —exclama Jaime. Busca con la mirada a Julia.

  —Se confirma que entre los restos biológicos encontrados en la camiseta hay semen —le dice muy despacio, prolongando el misterio.

  —La pera.

  —Pero es que tenemos hasta la identidad del lechero. Sabemos a quién pertenece —eufórica, le comunica Lola Vallejo.

  —Eso es más que bingo, coño —exclama Jaime ante una Julia que lo anima a continuar con la mirada.

  —Alfonso Duarte Cabestany, de Ayamonte, Huelva. ¿Os suena?

  —¿Lo teníamos fichado? Alfonso Duarte —repite en alto, para que lo escuche Julia.

—Sí, hace ocho años fue condenado por abusos sexuales, en Madrid. Participó en una violación grupal en 2009, con tres cabrones más. El juez no lo consideró violación y solo estuvieron en prisión unos meses, antes de tres años de libertad vigilada —relata Lola Vallejo, con desprecio.

—Sí, sí, lo tenemos en la lista que nos han enviado esta misma mañana. En 2009, hizo una *manada* con unos amigos, el hijo de puta —confirma Julia. Y Jaime le guiña un ojo.

Se dispone Julia a llamar a Miguel Castro —necesitan cuanto antes que el juez, Antonio Tirado, les autorice que pueden seguir adelante—, cuando hace acto de presencia en la cafetería.

—Miguel, tenemos noticas, pero vamos a la calle —le anima Jaime a abandonar el establecimiento, urgido por el reciente descubrimiento.

—Decidme —reclama Miguel, una vez fuera, con un cigarrillo en los labios.

—¿Conoces a un tal Alfonso Duarte Cabestany? —le pregunta Jaime a menos de un palmo, mirándolo directamente a los ojos.

—Sí, claro, aquí lo conoce casi todo el mundo —sorprendido, responde Miguel, que busca la mirada de Julia.

—El semen de la camiseta de Ana es de él —le comunica ella.

—¡Venga ya! —exclama Miguel.

—Ha pitado el ADN —reitera Jaime.

—De verdad, que me cuesta creerlo, todo el mundo se lleva muy bien con Alfonso, y yo no recuerdo que nadie haya tenido problemas con él. —No termina de creer Miguel lo que acaba de escuchar.

—Todo lo buena gente que tú quieras, pero el semen que ha aparecido es de él. Y lo sabemos porque ya fue condenado por un delito sexual, hace unos años —insiste Julia, contrariada por la defensa de Miguel.

—Sí, una chorrada de chiquillos, se juntó con tres amigos y se liaron con quien no debían, tampoco fue para tanto eso — menosprecia Miguel.

—¡¿Qué dices?! Hubo sentencia firme —le contradice Jaime.

—A lo mejor para ti lo de la *Manada* también es una chorrada de chiquillos — evidentemente enfadada, Julia se enfrenta a Miguel.

—Yo no he dicho que lo de la *Manada* sea una chorrada de chiquillos, faltaría más, aunque también te digo que todo, todo, tiene muchas lecturas y no debemos quedarnos solo con una. Y si de tres jueces dos tienen dudas, oye… —Miguel, al descubrir la expresión de Julia, deja de hablar por unos segundos—. Lo único que te digo es que no son casos paralelos, y que este hombre, por muchas sentencias que tenga en contra, no lo veo yo metido en esto —concluye.

—¡Joder, qué interés, Miguel! Ya no sé si es corporativismo o amistad u otra cosa — recela Julia.

—Da igual, el hecho es que el semen es suyo y punto pelota. Habla con el juez y dile que nos dé autorización para citarlo
—solicita Jaime.

—Ahora mismo.

• Nada más escucharlo, lo primero que hace Carmen Puerto es teclear su nombre en la ventanita de Google. Tiene un perfil de Facebook, puede verlo. «Pelo castaño, rizado, abundantes entradas para su edad, de 1988, 31 años», escribe. Debe ser de mediana estatura, deduce Carmen. Considera que no es un hombre feo, aunque carece de todo atractivo. «Es muy normalito», escribe en su libreta de pastas verdes. En buena parte de las fotografías aparece disfrazado. «Miembro de una comparsa: *Tela de Carnavalero*», escribe Carmen. Lo puede ver de pirata, con un loro de peluche sobre su hombro derecho. Escasas son las fotografías que no están relacionadas con el Carnaval, o con las motos de agua —la mayoría de ellas en la playa—, a las que es muy aficionado, según puede ver y leer Carmen. Este mismo verano se ha comprado una, de color azul: «Mi nuevo delfín, menudo bicho», escribió el pasado 16 de julio.

—Ahora vamos a ver lo que tarda en aparecer en Twitter este Alfonso —le cuestiona Carmen a *Karen*, envuelta en sombras.

Introduce su nombre, Alfonso Duarte Cabestany, en un buscador llamado *Pipl*, que suele utilizar cuando navega por la *deep web*. Espera unos segundos, sabe que, con frecuencia, no basta con examinar los primeros resultados, pero no encuentra nada relevante. Nerviosa, lía tres cigarrillos, enciende uno. Fuma con ansia, como si pretendiera acabar con el tabaco en cada calada. Se rasca los codos y los tobillos, le pican. Está muy nerviosa. Se toma unos minutos, trata de recuperar el control de su respiración. Apoya las palmas de las manos sobre el cristal que cubre la mesa. Sus ojos se detienen en una fotografía de Ana Casaño y Sandra Peinado tomada en la playa, sonrientes juegan a las cartas, sentadas sobre una toalla roja. En cierto modo, le tranquiliza a Carmen contemplar esta imagen.

Enciende un nuevo cigarrillo. Opta por las webs tradicionales, en donde tampoco hay, apenas, referencias de Alfonso Duarte. Es en su perfil de Facebook donde se puede encontrar más información. No le queda más remedio que centrarse en esta red social. Examina Carmen las entradas de los últimos años. Salvo durante la época de Carnaval y todas las relacionadas con el concurso de agrupaciones de Ayamonte, no le cuesta deducir a Carmen que no se trata de un usuario que se caracterice por su actividad. Comienza a examinar las fotografías con detenimiento, anota en su libreta las personas que han interactuado, bien porque han respondido a sus comentarios, bien porque le han «obsequiado» con un «me gusta».

—Su trabajo no le debe gustar mucho, no hay una sola foto —dice Carmen—. Aunque yo tampoco pondría una del mío. Y del Carnaval no se vive, me parece a mí, salvo que seas de Cádiz —razona.

En unos minutos, Carmen tiene más o menos perfilado lo que debe ser el círculo de amigos más directo de Alfonso Duarte. En primer lugar, con veinte interacciones, Fernando Lema, debe tratarse de un enfermero o celador del centro de salud; en segundo, con 17 interacciones, Isabel Gutiérrez, quien evidentemente regenta una peluquería, hay cientos de peinados y anuncios con ofertas en sus redes sociales, especialmente en Instagram. En tercer lugar, con 12 interacciones, Jorge Calzado, que salta a la vista que es monitor de deportes acuáticos. Con 10, Israel Pérez, trabaja en la inmobiliaria Playa Alta, que gestiona todas las edificaciones que se construyen y se ponen a la venta en las playas de Isla Canela y Punta del Moral. Con 9 interacciones, una mujer llamada Luisa Cáceres, que por los comentarios vertidos debe tratarse de un familiar de Alfonso: «Parece la mujer de un tío o algo así», no escribe. No le llama especialmente la atención que haya descubierto dos

interacciones de Miguel Castro, el agente con el que Jaime y Julia están trabajando: «En un pueblo todos se conocen», piensa. Descubre que tiene tres amigos comunes con Ana Casaño: Javier Alonso, Jorge Calzado e Israel Pérez.

—Son de Punta —no solo deduce por las fotografías que tienen en sus perfiles, sino también por su aspecto físico, muy morenos de pelo y piel.

—Espero que no se trate de una prueba polucionada —dice en voz alta Carmen, y trata de recordar casos anteriores que contaron con pruebas que parecían fundamentales y luego descubrieron que fueron «contaminadas» en el laboratorio.

«Que me manden el historial policial del tal Alfonso», le envía a Jaime un mensaje de WhatsApp. Vuelve a comprobar si ha recibido más correos de *Nodigassuerte*, nada nuevo en la bandeja de entrada.

«Hecho», no tarda en responder Jaime. Acaba de llegar junto a Julia a las dependencias judiciales, un pequeño edificio en la avenida que conduce a la playa. En unos minutos debe aparecer Miguel acompañado de Alfonso Duarte.

Nada más entrar en la cristalería en la que trabaja, y de la que es propietario, cerca de la plaza del Ayuntamiento, frente a la iglesia de Las Angustias, supo Alfonso que la visita de Miguel no era, precisamente, de cortesía o reclamando sus servicios profesionales.

—¿Qué pasa, Miguel? —apenas pudo decir.

—Vamos a hacerlo bien, Alfonso, que nadie se tiene que enterar. Necesito que me acompañes —muy serio, sin querer mirarlo a los ojos, le dijo Miguel, mientras le señalaba la dirección a seguir.

—¿Adónde?

—No me lo pongas más difícil.

Apenas les restan 200 metros para llegar. Alfonso y Miguel van de camino, a bordo de un Citroen C5 azul marino que conduce un guardia civil vestido de paisano.

—¿Qué pasa, Miguel, coño? —Apenas puede contener las lágrimas Alfonso, producto de la angustia que crece en su interior.

La vista perdida en un punto inconcreto del salpicadero del automóvil, Miguel Castro no responde.

—Dime algo, por favor.

—Alfonso, ya te lo he dicho, no lo compliques más de la cuenta y vamos a intentar acabar con esto lo antes posible —reitera Miguel, que hace todo lo posible por seguir manteniendo la distancia.

Jaime y Julia esperan la llegada de Alfonso y Miguel en un pequeño despacho con mobiliario de otro tiempo. Apenas un armario de aluminio, una mesa gris con tablero de madera, un sillón y cuatro sillas. Suena el teléfono de la mesa.

—OK —solo responde Julia—. Ya están aquí —le comunica a Jaime.

Tras tres tonos de llamada, Carmen Puerto responde:

—¿Ya?

—Ya.

Antes de abandonar el vehículo, Miguel comprueba que no haya ningún fotógrafo cerca. Desde la distancia le ha parecido ver uno, apostado tras el quiosco que hay al lado del juzgado.

—Lo que tienes que hacer es estar tranquilo y decir la verdad. Alfonso, di la verdad y no tendrás problemas —le dice Miguel, justo en el momento de acceder al recinto. Por primera

vez esta mañana, ha creído escuchar al Miguel que conoce de tantos años.

—No tengo nada que ocultar.

—Mucho mejor. —Y Miguel le guiña un ojo, al tiempo que golpea repetidamente una puerta cerrada.

—Adelante —responde Jaime Cuesta al otro lado.

Conocen muy bien, tanto Jaime como Julia, esos ojos aterrorizados, superados por la situación. Han contemplado en decenas de ocasiones ese sudor nervioso, que es instantáneo y fluvial. Y lo mismo les sucede con los labios, amoratados, mortecinos en algunos casos, o con los dedos agarrotados, fabricando formas extrañas, dolorosas e incontrolables.

—Alfonso, de ti depende que esto solo sea un trámite de unos minutos o que sea mucho más tedioso, hasta el punto de que sea el juez el que se ocupe de esto. Imagino que sabes lo que supone eso. —Tira de oficio Jaime, simpático y amenazante al mismo tiempo.

—No tengo nada que ocultar, ya no sé cómo decirlo —muy angustiado, replica Alfonso.

—Si eso es así, no te vamos a entretener más de cinco minutos —le dice Jaime, al tiempo que le ofrece una silla—. Vamos a ver, son tres preguntas muy sencillas, nada complicadas, si tienes las respuestas, claro. Mira, vamos con la primera.

«Cuando digo que se parece a Hilario Pino es por algo; a veces parece un presentador de televisión», piensa Carmen.

—La primera: ¿conoces a Sandra Peinado y a su amiga, Ana Casaño? —pregunta Jaime. Julia le muestra una fotografía de ambas ayudándose de su iPad. El rostro de Alfonso Duarte se contrae aún más.

—Vamos a ver, conocerlas las conozco de vista, yo creo que no he hablado con ellas en mi vida. A lo mejor con la morena —y señala la fotografía de Sandra Peinado— sí he cruzado alguna palabra, una vez que fue con su madre, creo, a encargar un cristal. —Le es imposible a Alfonso controlar su voz y conseguir que no se quiebre en cada palabra.

—Vale, seguimos. Vamos a por la segunda pregunta: ¿qué estuviste haciendo la noche del 29 al 30 de agosto? Hablamos de la pasada semana, no hace tanto —interroga Jaime.

—Estuve jugando al pádel en la pista que hay en el polígono —responde un aliviado Alfonso.

—¿Alguien que pueda corroborar eso? —pregunta Julia.

—Claro, tres amigos, jugamos a dobles. Ah, y el encargado de la pista, fui yo el que le pagué. Estuvimos allí desde las diez de la noche…

—¿Y dónde estuviste después? —pregunta Julia.

—Nos fuimos a tomar cervezas al bar del polígono, allí mismo, hasta la una o así, que me fui a casa, en la *furgo* de mi amigo Jorge —responde sin dudar Alfonso, a pesar del nerviosismo.

—¿Lo vio entrar alguien? —pregunta Carmen.

—¿Alguien te vio entrar? —al unísono, pregunta Jaime.

—Me llevó Jorge, uno con los que jugué.

—¿Puedes anotar aquí los nombres de tus amigos y sus teléfonos? —le entrega Julia un folio en blanco y un bolígrafo.

Miguel sigue el interrogatorio desde una esquina, sin tomar parte.

No duda Alfonso a la hora de recordar nombres y teléfonos, algo que no pasa desapercibido para Jaime y Julia.

—Vamos con la tercera pregunta: ¿dónde estuviste la noche del 1 al 2 de septiembre, la

noche del pasado sábado?
—pregunta Jaime.

—La noche del sábado, pues, llegué tarde de la playa y luego salí a dar un paseo, bueno, salí a correr un rato, que hacía buena temperatura, hasta las dos o así, me parece. —Por primera vez, desde que comenzó el interrogatorio, Alfonso se muestra dubitativo, no es contundente en su respuesta. No puede disimular Miguel la sorpresa que este cambio le provoca.

—Ahí lo tenemos —dice Carmen, que se aplasta los auriculares contra los oídos.

—¿Correr, un sábado por la noche a esa hora?, ¿un poco raro, no? —No pierde Jaime la sonrisa.

—Bueno, tampoco es tan raro, es verano, hace buen tiempo…

—¿Correr, por dónde?

—Por la carretera de la playa. Creo que llegué hasta el club de golf, por lo menos…

—¿Crees, o llegaste?

—Es que iba con la música y bueno, la verdad es que no iba pendiente…

—¿Alguien que pueda confirmar eso que estás contando?

—Cruzarme, no me crucé con nadie, pero me vieron muchos coches, que iba por el carril bici corriendo…

—¿A qué hora volviste a tu casa?

—Yo creo que era la una, o puede que fueran las dos, no estoy seguro ahora…

—¿Y nadie te vio entrar en casa?

—No le digáis todavía nada del semen que hemos encontrado. Recordadle lo de su anterior delito —indica Carmen a través de los auriculares.

—Alfonso, con la buena memoria que has demostrado para algunas cosas, qué mala para la noche del sábado —comienza a decir Jaime.

—Vamos a ver, yo no tengo nada que ver con lo de estas dos chicas, nada, eso quiero dejarlo claro desde el principio —trata de defenderse Alfonso, que ha comenzado a llorar.

—Alfonso, di lo que sepas, por favor —por fin interviene Miguel, viendo que Alfonso ha comenzado a desmoronarse.

—Recordadle lo del 2009 —insiste Carmen, conoce muy bien la voz que le llega a través del teléfono y sabe que es el momento de insistir.

—Alfonso, como veo que tienes muy buena memoria para lo que ya tiene un tiempo, ¿por qué no hablamos de 2009, de lo que te pasó?, ¿por qué no hablamos de Patricia?, ¿la recuerdas? La chica de Madrid, era venezolana, me ha parecido leer —pregunta Jaime, y Carmen sonríe. Le gusta recuperar a ese Jaime que tan bien conoce.

Alfonso abre los ojos en toda su extensión, mira sorprendido a Jaime, antes de enterrar su cabeza entre los muslos. Rompe a llorar estruendosamente.

—No es hora de llorar, Alfonso, es hora de hablar, de responder —le anima Jaime, que trata de ser cálido.

—Es que aquí casi nadie sabe eso, casi nadie, y eso fue un embolado en el que me metieron y no quiero que me acabe pasando aquí lo mismo, no quiero, porque aquello fue una auténtica mierda, porque a esa niña no la violamos, aunque nadie se lo crea —trata de defenderse Alfonso.

—Venga, Alfonso, no me jodas, cuatro tíos para una chavala de 20 años, ¿qué me estás contando? —Julia no es, ni por asomo, tan agradable como Jaime.

—Tira, tira —la anima Carmen a través del auricular.

—¡No fue como se contó en el juicio! —escupe Alfonso.

—¿No? Pues yo creo que se quedó muy corto el juez, porque eso es una violación en toda regla. Y me da la impresión de que un hombre que viola a una mujer, cada cierto tiempo necesita volver a hacerlo, porque es algo que llevas ahí dentro y de vez en cuando se te escapa —le replica Julia a toda velocidad, elevando el tono de su voz.

Aunque le cueste reconocerlo, y de hecho nunca lo reconoce, le ha encantado a Carmen Puerto la intervención de Julia.

—Yo no he hecho nada, lo juro, yo no he hecho nada —apenas puede decir Alfonso, ahogado por su saliva y lágrimas.

—Pues dinos que estuviste haciendo el sábado por la noche y asunto zanjado. Nadie se enterará de nada y tan amigos. Pero dilo ya, que luego va a ser tarde, luego te lo va a preguntar el juez, Alfonso. Luego será el juez, y eso son palabras mayores — muy serio, le advierte Jaime, apenas a un palmo de su rostro.

—Pero, ¿de qué se me acusa, que no entiendo nada?

—Decídselo ya —ordena Carmen, y Jaime y Julia se miran, indecisos.

—Alfonso, Alfonso, ¿cómo le vas a poder explicar al juez que han encontrado semen tuyo en la camiseta de Ana y que tú no sabes nada de su desaparición? Eso, Alfonso, como tú comprenderás, es muy difícil de explicar y más de creer —le explica Jaime, que sigue manteniendo ese tono cordial.

Nada más escuchar al policía, Alfonso puede verse otra vez cerca de torre Canela, en la madrugada del domingo, apoyando sus manos en el pecho de Ana Casaño para comprobar si seguía con vida.

El Puente Internacional (II)

Las repetidas incursiones de Gustavo Porta, el Chanclas, en aguas portuguesas crearon un hondo malestar en los *guar-dinhas*, hasta el punto de hacer de su captura y apresamiento un objetivo prioritario al que se entregaron con esmero. Joao Mendes, un sargento al borde de la jubilación, personalizó en su propia persona, de forma amplificada, el rencor de los agentes portugueses. Rencor que creció hasta límites insospechados cuando Joao descubrió que Gustavo, el Chanclas, era el hombre que se veía con Luisa Fernanda, la que fuera prostituta en el pasado y con la que mantuvo una relación adúltera durante casi veinte años, hasta que su esposa lo descubrió:

—Mira, ya no te lo voy a preguntar, que lo sabe todo el mundo, que esto no es tan grande, y si te crees que yo soy sorda o tonta es que eres un idiota, además de un auténtico cabrón. Te lo voy a decir muy clarito: si te vuelves a ver con esa guarra despídete de hijos, casa, coche, barco y hasta de nietos, que no vuelves a ver a ninguno —le dijo María, su esposa, sin levantar la voz. Con la tranquilidad que te da ejecutar un plan ideado durante mucho tiempo.

—Va —se limitó a responder Joao, antes de agachar la cabeza y darse la vuelta, en dirección a la calle.

Cumplió Joao Mendes con su palabra y dejó de encontrarse a escondidas con Luisa Fernanda, pero eso no menguó en nada lo que sentía por ella. En cierto modo, y de una manera casi enfermiza, lo aumentó. Día tras día, desde la distancia, la siguió y vigiló, necesitado de verla, de saber lo que estaba haciendo y, sobre todo, con quién se encontraba. Así es como descubrió que se veía con Gustavo Porta, el Chanclas, y que lo hacía con frecuencia, como lo hizo con él mismo durante casi veinte años.

Si ya había convertido el apresar a Gustavo en un objetivo primordial, el reciente descubrimiento transformó ese objetivo en una auténtica obsesión. Hasta el punto de que no le importó pasar largas noches, días enteros incluso, esperándolo con tal de capturarlo y poder cumplir así con su venganza. Joao Mendes tenía claro que la próxima vez que se encontrase con el Chanclas acabaría con su vida.

El marinero dejó por un tiempo de faenar en aguas portuguesas; había comenzado con el contrabando de tabaco, y no lo necesitaba. Además, no quería volver a exponer a su tripulación —tal y como había hecho en más de una ocasión—, lo que había provocado un hondo malestar en la Cofradía de Pescadores de Punta del Moral.

Solo una vez más se coló Gustavo Porta en aguas portuguesas, y fue por hacerle un favor a su amigo Miguel Castro, el guardia civil, que le había pedido unos kilos de langostinos para una celebración familiar. Solo en su patera, atardecía ya, navegó hasta el espigón de Vila Real de San Antonio, donde dejó un trasmallo en una zona que conocía y en donde habitualmente abundaban los langostinos. Tuvo la desgracia de que Joao Mendes lo descubriese, justo cuando abandonaba el lugar. Ya solo le quedaba esperar a que fuera a retirar el trasmallo, pasadas unas horas.

Al día siguiente, cuando atardecía de nuevo, a eso de las ocho, Gustavo Porta fue a levantar el trasmallo. Andaba en esa faena, cuando sintió que una lancha se le acercaba a toda velocidad. Se trataba de Joao Mendes, que lo apuntaba con una ametralladora Marietta. Consciente de la efectividad del arma y de que la dispararía sin dudar, el Chanclas levantó las manos.

—Acércate a la orilla, muy lentamente. Como hagas algo raro te mato —le dijo Joao.

—No voy a hacer nada raro —respondió Gustavo.

Ya en tierra, Joao Mendes le ordenó al marinero que empezara a recorrer la estrecha y solitaria playa que había crecido paralela al espigón de Vila Real de San Antonio. Andados unos metros en dirección a unas barcas varadas desde hacía muchos años, el Chanclas entendió que el *guardinha* no tenía ningún interés en conducirlo al cuartel y que su única intención era acabar con su vida.

Cerca ya de las embarcaciones —todo indicaba que se trataba del destino final—, Gustavo comenzó a andar más lentamente y, cuando lo creyó cerca, —sin nada que perder— se abalanzó sobre él con tal fortuna que el agente perdió el equilibrio al tratar de repeler la agresión y cayó sobre la arena. De una patada, el Chanclas le arrebató la Marietta y le apuntó directamente a la cabeza.

—Es mejor que me mates, porque cuando pueda te mato yo —le advirtió Joao.

Y Gustavo apretó el gatillo, solo un segundo, y seis balas se colaron en la cabeza de Joao Mendes, que murió en el acto. La espuma de las olas se tiñó de rojo. El marinero corrió hasta donde se encontraba su embarcación, recogió el trasmallo todo lo deprisa que pudo —por lo menos había atrapado un par de kilos de langostinos, atigrados y orondos—, y, tras cerciorarse de que nadie lo veía, se acercó hasta donde estaba el cadáver de Joao, el cual cargó en su patera. A continuación, —amparándose en la oscuridad de la noche y beneficiándose de una marea baja que pausaba la corriente del Guadiana en su desembocadura— subió río arriba, en dirección hacia donde se encontraba su hermano Genaro, vigilante en la obra de construcción del Puente Internacional.

—Entendería que me dijeras que no.

—Los cojones te iba a decir yo que no.

—No sabes lo que te lo agradezco.

Con la ayuda de su hermano Genaro, Gustavo Porta, el Chanclas, dejó caer el cuerpo de Joao Mendes, junto a su Marietta, en el hueco de un pilar que iban a rellenar con hormigón armado en los próximos días. En el momento de hacerlo, la mano derecha de Joao Mendes, como si hubiera cobrado vida de nuevo, se enganchó al colgante de Gustavo Porta —el colmillo de un gran pez heredado de su padre— y lo arrastró consigo en la caída.

Lunes, 3 de septiembre, 12 h

Escucha Carmen Puerto el motor del pequeño montacargas en funcionamiento. Le extraña que Jesús le haya hecho la compra a media mañana, cuando habitualmente la hace a primera hora de la tarde. «Todavía está la gente de vacaciones y tiene la peluquería vacía», deduce. Escondida tras la reproducción de la obra de Alex Katz, *Partida*, abre la puerta del montacargas y comienza a recoger y trasladar las bolsas hasta la cocina. Debajo de ellas, encuentra una nota escrita por Jesús:

«Me han llamado de la compañía de teléfono, van a cortar Internet mañana, entre las ocho y las dos de la tarde. Te lo digo por si lo vas a necesitar».

—Este pobre se cree que utilizo su wifi. —Suspira a la vez que mete los paquetes de tabaco en el frigorífico.

Aprovecha para preparar un capuchino. Mientras el agua se calienta comprueba que funcionan los quemadores de la vitrocerámica. De vuelta al salón, enciende un cigarrillo, tras ese primer trago ardiente, doloroso y placentero al mismo tiempo. Actualiza el *timeline* de su cuenta de Twitter. No tarda en descubrir un tuit publicado por un periodista de un diario de Huelva, Ignacio Romero, que le sorprende especialmente:

«Algunas líneas de investigación «muy avanzadas» parecen tener claro el perfil de los captores de las chicas. Y todo apunta a que han tenido que estar involucrados en el pasado con hechos similares. Por tanto, son reincidentes y conocen el terreno**.** #ChicasDesaparecidas #SandraYAna».

A pesar de que no comparte la información que lee, escribe en su libreta: «reincidentes y conocen el terreno». Guarda el tuit en un archivo llamado *Redes Medios*.

Un veterano periodista, llamado Pablo Calvo, por el que Carmen Puerto tiene una especial simpatía, por los años que lleva leyéndolo y porque —a diferencia de Pedro Ginés— habitualmente contrasta la información, escribe en su cuenta de Twitter:

> «Tengo constancia de que han pedido “con carácter urgente" a la Unidad Técnica de Policía Judicial «un listado actualizado de personas residentes en Ayamonte y poblaciones cercanas que posean antecedentes por cualquier delito de abusos sexuales, contra la libertad, etc. #SandrayAna».

La lectura de esta entrada le sirve a Carmen para recordar que debe examinar el listado detenidamente.

Pedro Ginés, fiel a su estilo, recupera un tuit que la propia Ana Casaño escribió el pasado 14 de junio: «Se está poniendo la cosa para desaparecer un tiempecito, y tan a gusto». A continuación, a modo de hilo, en otro tuit, comparte unos datos estadísticos: «*Las desapariciones de personas entre 18 y 23 años representan un 11% del total, y de entre esos un 14% de los jóvenes nunca vuelven a aparecer*».

—Este hombre es la alegría de la huerta, siempre buscando el lado humano y sensible de la información… ¡Menudo asco de tío! —le dice a *Karen*, que la contempla desde su plano mutismo.

Carmen Puerto continúa su repaso visitando las ediciones digitales de los principales periódicos nacionales. En uno de ellos, la periodista Lucía Sobrino, en su columna diaria de opinión, afirma en el primer párrafo: «El halo que desprende este caso, entre el culebrón

doméstico y el culebrón mediático, no beneficia especialmente a las chicas, ya que en ocasiones llegamos a tener una imagen excesivamente superficial de sus personas». Y casi al final de su artículo, Lucía Sobrino se pregunta: «El éxito televisivo que supone la desaparición de Sandra Peinado y Ana Casaño debería servir para plantearnos qué televisión y qué medios de comunicación demandamos y si deberían cumplir con ciertos criterios y códigos olvidados en el baúl de las audiencias».

—Somos devoradores de basura, lo de los *burguers* es solo una metáfora, nos encanta la comida basura —señala Carmen y escribe en su cuaderno: «*fake news*».

La alerta de su ordenador le avisa de que acaba de recibir un nuevo correo.

—Bingo —exclama nada más descubrir que se lo ha enviado *Nodigassuerte.*

En el cuerpo del correo puede leer:

«Te envío dos nuevos archivos, para que te vayas entreteniendo. Del mexicano, lo siento, no hay dinero que justifique meterse en semejante lío».

Los dos archivos llevan por nombre: *Elena Suárez*, la madre de Ana Casaño, el primero, y *Alfonso Peinado*, el segundo. Tal y como ocurría con el primer envío, cuentan con parecida distribución, por lo que los archivos se componen de varias subcarpetas cada uno de ellos. Se dispone a abrir el dedicado a Elena Suárez, cuando recibe la llamada de Jaime Cuesta.

—Por una vez, va a servir lo de las cámaras —le anticipa el inspector nada más escuchar su voz.

—Venga, dame una alegría.

—El día 2, ayer por la mañana, vamos, Alfonso Duarte fue a limpiar su vehículo, un Seat León rojo, a la gasolinera que hay cerca de lo que en Ayamonte se conoce como *El Paseíto*, muy cerca del centro, junto al canal que hay próximo al hotel. No solo eso, la grabación también recoge cómo Alfonso se acerca a la cabina telefónica y realiza una llamada. Coincide en hora con la llamada anónima que recibió el 112 avisando de que el cuerpo de Ana Casaño estaba junto a la torre Canela. —Puede ver de nuevo Jaime, en su cabeza, las imágenes que le relata a Carmen Puerto: el Seat rojo aparcado en la aspiradora, primero; después, el tiempo dedicado a limpiar el parachoques, aplicando el chorro de agua a presión, durante varios minutos. Insiste especialmente en la parte baja del morro y en las llantas de las ruedas. Posteriormente, sin mover el vehículo, realiza la llamada desde la cabina telefónica.

—No me cuadra, no me cuadra, Jaime. La lleva con su coche hasta allí y luego llama a la policía diciendo que ha aparecido; eso no encaja —razona Carmen, y parte un lápiz en dos trozos.

—Lo mismo pienso yo —dice Jaime.

—Ya hemos visionado la otra cámara de seguridad y hemos hablado con los talleres mecánicos, solo nos cuadra Alfonso. Y lo de la llamada es determinante, 7:32 h, a la misma que la recibió el 112 —le dice Julia a Jaime en voz alta con toda la intención, para que Carmen también la escuche.

—Está claro que este muchacho no hizo el sábado por la noche lo que nos ha dicho, está claro. Y también está claro que ha aparecido su esperma, pero, yo qué sé, hay algo que, no puedo explicar —recela Carmen, demasiadas piezas sueltas en su esquema mental.

—Carmen, siempre desconfías de que un caso pueda tener una resolución sencilla, desde que te conozco; y puede que los haya, de hecho los hay, nosotros hemos tenido algunos
—razona Jaime.

—Hombre, ya sé que hay delincuentes que son tontos del culo, por supuesto, pero esta

carambola es, cómo decirlo, demasiado insólita. Dejar tu ADN en la camiseta de una víctima es como dejar tu DNI. Permíteme que dude de tanta facilidad, de tanta, cómo decirte, casualidad, yo que sé —trata de buscar Carmen las palabras exactas y no las encuentra.

—De momento, tenemos lo que tenemos —minimiza Jaime, necesitado de finalizar la conversación, tras descubrir la expresión que se extiende por el rostro de Julia.

—Lo que espero es que no tengamos el culpable que todos desean tener, empezando por los medios de comunicación. Recordemos que Sandra Peinado sigue estando desaparecida, no podemos permitirnos cometer un error del que luego nos tengamos que arrepentir. —Cauta Carmen, se mantiene en la duda.

Le sorprende a Carmen que nada más pronunciar esas palabras Pedro Ginés escriba un tuit al respecto:

> «Todo apunta a que el caso de Sandra y Ana pueda resolverse en breve, tras la obtención de una pista que puede ser fundamental. #ChicasDesaparecidas #TLVSandraYAna».

—Pedro Ginés *on fire*.

—Al final va a ser verdad que tiene hilo con alguien de dentro.

—A mí no me cabe duda.

—Pues menuda jodienda.

—Ya ves.

—Te dejo, Carmen, seguimos en contacto.

Jaime se palpa los bolsillos de los pantalones a la caza de un paquete de tabaco que finalmente encuentra en la parte de atrás. Miguel permanece dentro de las dependencias judiciales, intentando acelerar los trámites con el juez y tratando de convencer a Alfonso de que cuente todo lo que sepa.

—Jaime, yo no veo tan claro que este hombre no tenga nada que ver con la desaparición de las chicas. Lo que hemos encontrado constituye una prueba indiscutible. Es como dejar la firma en un cheque nominativo: «Es mío» —dice Julia de corrido.

Es lo mismo que ha dicho Carmen, ha estado a punto de decir Jaime, pero en el último segundo ha pensado: «Si para variar no está cabreada, no le voy a dar yo motivos para estarlo».

—Sí, estoy de acuerdo contigo, pero me parece todo tan… simple, o a lo mejor no es esa la palabra, y es *fácil*, o a lo mejor *evidente* es la palabra que ando buscando. No sé qué decirte — intenta detallar Jaime.

—No pasa nada por tener un caso sencillito de vez en cuando, ¿no te parece? —cuestiona Julia.

—Ojalá fuera eso verdad —sin convicción, responde Jaime.

- Olga Flores, una enfermera del hospital Infanta Elena de Huelva, entra en la habitación de Ana Casaño para comprobar que el gotero siga funcionando correctamente. Le extraña que no se encuentren los padres, o al menos uno de ellos, como hasta ahora. Trata de hacer el menor ruido posible. Se mueve con prudencia entre las sombras, midiendo cada paso. Sin embargo, no se percata del bolso que ha dejado la madre de Ana en el suelo, junto a los pies del sillón, y se lo lleva por delante; lo que origina un sonido metálico de monedas, que ruedan por el suelo, y de llaves, que chocan entre sí.

  —¿Dónde estoy? —pregunta Ana Casaño, que estaba desde hace unos minutos en duermevela y a quien el ruido le ha provocado que termine de despertar.

—Hola, Ana. —Se acerca Olga hasta la chica, que abre los ojos con dificultad.

—¿Quién eres? —pregunta con voz temblorosa y desorientada.

—Soy Olga, una enfermera del hospital Infanta Elena —le responde la sanitaria, al tiempo que pulsa el botón de llamada.

—¿Hospital? —pregunta incrédula, enfermizamente hermosa, muy pálida, y gira la cabeza de un lado a otro tratando de identificar el lugar en el que se encuentra.

- Al mismo tiempo, nada más recibir la noticia, Jaime Cuesta le comunica a Carmen Puerto y a Julia que Ana Casaño ha despertado.

—Eso puede ser determinante —replica Carmen.

—Ya lo creo, con suerte lo cierra todo —asevera Jaime.

—No vayamos tan rápido. —Julia frena la euforia.

Jaime busca en la agenda de su móvil el número de Alfredo Barrientos, el psicólogo de la Unidad.

—No iremos hasta que Barri nos lo diga; no quiero pasarme allí varias horas esperando con todo lo que tenemos que hacer aquí —justifica Jaime Cuesta.

—Desde luego.

—Barri, avísame cuando podamos hablar con la chica —le pide nada más atender la llamada.

—Espero que el tal Fernández, el médico que la está atendiendo, no dé mucho por culo —advierte Barrientos.

- Carmen Puerto escribe en su cuaderno: «Despierta», y tararea la canción de Enrique Bunbury con ese título. La busca en su ordenador y la escucha a un volumen considerable.

Hace el intento de volver a partir en dos un lápiz, pero finalmente se frena. Lo emplea para escribir. Es consciente de que tal vez se encuentren en el momento crucial del caso y que cualquier movimiento equivocado, un paso mal dado, puede provocar que todo se vaya al traste. Necesita pensar, durante unos minutos, sobre la dirección que van a tomar, no está dispuesta a volverse a equivocar. Este pensamiento dispara su presión — ya alta de por si —, activa su ansiedad. El ritmo de su corazón se acelera, de tal manera que puede escuchar su latido. Puesta en pie, se dirige al mueble que hay bajo la pantalla de plasma. Ve todas las cajas de Trankimazin, Prozac y demás ansiolíticos que almacena, pero no quiere consumir ninguno. Necesita tener la mente despierta y ágil. Se pone de rodillas en el suelo: primero, respira profundamente; a continuación aplasta su cuerpo, en toda su extensión, contra las baldosas. Su frescor la alivia momentáneamente.

Busca en su memoria un poema de Dylan Thomas que pueda reportarle un instante de calma en este preciso momento. «En este día que se recoge ahora / Al acelerar Dios el fin del verano / En un torrencial sol de salmón», recita con dificultad: las palabras salen de su boca lentamente.

Varios minutos después, repuesta en parte —más tranquila en cualquier caso—, anota varias frases inconexas en su libreta. Seguidamente, marca el número de Jaime Cuesta, que no tarda en responder:

—Jaime, no volváis a hablar con Alfonso Duarte hasta que no hayamos hablado con Ana Casaño, no nos adelantemos en el tiempo. Yo volvería a Punta del Moral, sigo dándole

vueltas a esas fotografías, tanto a la de la estrella de mar como a la de ese caño que le transmite tanta paz, según lo que dice ella, y que colgó dos días después de la otra, el 7 de agosto. —Una decidida Carmen Puerto le traza la hoja de ruta a Jaime.

—Lo veo bien —responde en voz baja el inspector, no quiere que Julia lo escuche.

—Mándame la lista de gente con historial delictivo, solo por echarle un vistazo, no creo que vayan por ahí los tiros —solicita Carmen.

—Ya te la mandé.

—Ah, sí, sí —disimula.

Carmen le envía las dos imágenes citadas a Jaime a través de un mensaje. Las amplía en la pantalla de plasma y las vuelve a examinar detenidamente, como si tratara de encontrar un mensaje oculto que se esconde en ellas. «Hay sitios que son especiales por la paz que transmiten», vuelve a leer.

- Julia, en otro tiempo pasado, estaría plenamente convencida de que cuenta con todos los argumentos para iniciar una nueva batalla contra Jaime, contra la debilidad — casi sumisión — que demuestra ante Carmen Puerto. De hecho, Julia sigue creyendo que cuenta con todos los motivos, que la razón está de su parte, pero veterana en este tipo de situaciones, con los años ha aprendido a controlarse, a no estallar, lo que hace solo cuando se siente completamente superada. No ha llegado ese momento, por ahora.

—¿Qué? ¿Qué vamos a hacer ahora? —Exhibe frialdad y un enfado relativo.

—Vamos a esperar a que Ana Casaño se encuentre bien, y vamos a dejarle a Alfonso Duarte unas horitas para que recapacite y se piense las respuestas. Está a punto de caramelo. Vámonos a Punta del Moral, y que Miguel también venga — indica Jaime.

—¿A Punta del Moral? —cuestiona Julia, sorprendida.

—Sí —no duda.

Jaime avisa a Miguel, y en apenas dos minutos toman asiento en el Peugeot blanco. El sol se cuela por las ventanillas a borbotones, con tal intensidad, que los ciega durante unos segundos. Necesitan los tres cubrir sus ojos con gafas de sol.

Las ramas de las palmeras, a ambos lados de la carretera de la playa, permanecen inmóviles. Adelantan a dos patinadoras con aspecto de alemanas —u holandesas, tal vez—, que recorren el carril bici.

—Miguel, necesitamos a alguien que nos dé un paseíto por los caños, pero alguien que se maneje bien, que no se pierda, que controle, tú ya sabes… —dice Jaime, mirando el perfil del citado.

—Vamos a ver, déjame que piense un momento. —A bote pronto, le vienen un par de nombres que se calla, ya que aunque sean conocidos por sus habilidades marineras no son, precisamente, los más indicados para tal tarea.

—Piensa rápido, eso sí —le apremia.

—A lo mejor alguien del SEPRONA… —comienza a decir Miguel.

—Nada de civiles —tajante, lo corta Jaime.

—Alguien de la zona, que se conozca estos sitios de verdad. —Suaviza Julia.

—Yo creo que lo mejor es que nos plantemos en El Cajirón, que es el bar donde se juntan los más veteranos de la Punta, y seguro que alguno nos acompaña o nos dice quién nos puede acompañar —propone Miguel.

—Me parece bien.

Cuando se acercan a la torre Canela —no es demasiado alta, y solo la descubres cuando te encuentras relativamente cerca—, Julia le pide a Miguel que vaya más despacio, que le gustaría tomar unas nuevas fotografías. Jaime, emulando de nuevo a Carmen Puerto, trata de imaginarse a un Seat León rojo girando hacia la torre y deteniéndose al lado; a él abriendo el maletero y sacando en brazos a Ana Casaño: bella e inconsciente. Le cuesta a Jaime imaginar la secuencia completa, de hecho fuerza algunas imágenes.

—Creo que ese coche que tenemos detrás lleva ya un rato siguiéndonos —advierte Miguel con la mirada fija en el Audi Q3 de color negro que aparece en el espejo retrovisor—. GVK 2345 —dice en voz alta.

Julia y Jaime reaccionan disimuladamente, sin querer llamar la atención.

—Gira en el primer desvío que puedas —le señala Jaime.

—En unos metros tenemos uno, en nuestro propio sentido —indica Miguel.

—Cógelo.

A la derecha, toman un camino de tierra que se abre paso entre dos frondosas hileras de chumberas.

—Para —tajante, ordena Jaime, que abandona el vehículo muy deprisa.

Agachado, ocultándose tras los cactus, camina en dirección a la carretera. De un salto se planta en el arcén, desde donde puede ver al Audi negro, que se ha detenido en la carretera. Nada más descubrir la presencia de Jaime, inicia la marcha y se aleja a toda velocidad en dirección a Punta del Moral.

—Hijo puta —resopla Jaime.

—Llamo al cuartel de la Guardia Civil para que traten de encontrarlo y lo identifiquen —dice Miguel.

—Me han dado pinta de periodistas, creo que iban dos tipos —expone Jaime.

—Que nos sigan los periodistas tiene su guasa, es lo que me faltaba por ver. —No está acostumbrado Miguel a determinas situaciones.

—Si nosotros te contáramos algunas que hemos tenido — insinúa Julia—. Por desgracia, cada vez es más frecuente.

—Que se ocupen los civiles, no nos distraigamos —dice Jaime, ya de nuevo dentro del coche.

Los primeros bares y chiringuitos de Punta del Moral están repletos de veraneantes que toman cerveza fría y comen sardinas asadas. Las huelen nada más bajar las ventanillas del vehículo.

—Mi vida por unas sardinas —se relame Jaime.

—Ahora están mejor que nunca —apostilla Miguel.

—Pues comer, hay que comer… Y además ya es la hora — sentencia Julia.

—Sí, pero primero vamos a buscar a alguien que nos lleve por los caños —dice Jaime en el momento en el que toman la curva, junto a la palmera donde se encontraron con Miguel por primera vez, desde la que se contempla Isla Cristina tan cerca, al otro lado, tras la desembocadura del río Carreras.

Recorren dos calles interiores de Punta del Moral, ya no hay chiringuitos ni coches aparcados en las aceras, hasta llegar a El Cajirón, donde se encuentran varios hombres bajo un toldo de cañizo.

—Si nos piden dinero, que no creo, ¿es problema? —pregunta Miguel nada más detener el

vehículo.

—Si es algo razonable, no debería serlo —responde Jaime.

—Espíritu solidario —ironiza Julia.

«Pulpo en tomate, *peluíllas*, arañas, choco *a la ayamontina*, langostinos tigre, carrillada», escrito con tiza sobre una pizarra negra. Huele a sardinas y a sal, a carbón y a carne en salsa. Los policías toman asiento en la única mesa libre que queda, de las cinco que cuenta el escueto velador, mientras Miguel entra en el establecimiento y se dirige a la barra, en la que se apoya. Durante unos segundos habla con la propietaria. Tras saludar con efusividad, casi familiar, a dos de los hombres que se encuentran en el bar, regresa junto a Miguel y Julia. Deja las gafas de sol sobre la mesa y saca un paquete de Winston.

—Ya está, comida pedida y patrón encontrado. —Escenifica resolución con alevosía, o así lo pretende Miguel.

—Cuéntanos —le solicita Jaime con gesto serio. No le ha agradado la forzada actuación.

—De comer, sardinas y un *pescaíto* bueno —prosigue con la broma, a pesar de la reacción que ha contemplado en Jaime—, y en cuanto al patrón, nos vemos en media hora, justo el tiempo que vamos a emplear en comer. Todo controlado —dice un moderado Miguel.

Les sorprende, tanto a Julia como a Jaime, que en esta ocasión Miguel no tome una cerveza, sobre todo desde la reacción que le descubrieron la pasada noche. Julia deduce que, precisamente por eso, por la incontinencia y la celeridad que demostró, no la ha pedido. Bebe Fanta de naranja.

Jaime apenas habla mientras comen, fascinado por las historias y voces que escucha a su alrededor y que le trasladan a su infancia, junto a sus padres. Con ese acento tan melodioso —que, en cierto modo, es diferente al que exhiben los habitantes de Ayamonte—, hablan sobre las capturas que han tenido los barcos de sus hijos y familiares, de los *longuerones* que han cogido esta mañana, del trasmallo que han recogido, así como de otras cuestiones relacionadas con la mar, por lo que intuye Jaime, y que le son completamente desconocidas.

—Dan ganas de grabarlos —fascinado, al fin dice Jaime.

—Desde luego —corrobora Julia.

En apenas veinte minutos han degustado una fuente de sardinas —cuatro se han comido cada uno—: «Son completamente diferentes a las que te ponen en Málaga, pero están buenísimas», dijo Julia; una ración de chocos fritos, dorados y muy tiernos: «Como fríen en el sur el pescado, en ningún sitio», dijo Jaime; y un plato de tomate aliñado que provocó que acabaran con todo el pan con el que contaban y que tuvieran que pedir más: «Mojar es lo mejor de esto», dijo Miguel, y Julia y Jaime lo refrendaron, inclinando afirmativamente sus cabezas.

Toman un café y fuman cuando un hombre de unos sesenta años —calcula Julia—, de pelo denso y tosco, vestido con pantalón corto y camisa de cuadros, se acerca hasta su mesa y estrecha la mano de Miguel.

—Miguelito, ¿qué?, ¿cómo andas?

—Creía que iba yo a buscarte. —Parece contrariado Miguel.

—He acabado antes y me he venido —le responde, antes de abrazarlo con familiaridad.

—No pasa nada, no pasa nada, hombre. Joaquín, ¡qué alegría verte! —Repentinamente el tono de la voz de Miguel se transforma: ahora es similar al del recién llegado.

—Estás igual que cuando eras un chaval.

—Anda… calla, calla. Te presento, aquí los compañeros: son de Madrid, inspectores…; y

nada, quieren que les des un paseo por los caños, por el que quede más cerca de la torre Canela — le dice mientras le acaricia la espalda.

—El que queda más cerca es el estero de Canela, pero nos tenemos que ir ya, porque estamos de bajamar y nos quedamos sin agua en un rato —les apremia.

—Pues vamos.

Tras un breve trayecto en coche, aparcan junto a la solitaria palmera de Punta del Moral, donde concluyen los chiringuitos de la calle principal. Toman un pequeño camino en el que las mareas han fabricado, a lo largo de los años, una tupida alfombra de conchas. Pasan junto a nasas amontonadas, a la espera de ser reparadas o en fase de jubilación, hasta alcanzar la orilla. Joaquín, valiéndose de un grueso cabo, acerca un fuera borda de color rojo con bandas negras en los laterales.

—¿Y la *paterita*? —sorprendido, le pregunta Miguel.

—Ya me harté de limpiar madera, y esto es más cómodo y va mucho más rápido, y además no tiene faena alguna —le explica a Miguel mientras ofrece su mano a los policías para ayudarles a embarcarse—. Ustedes preocúpense de subir, que yo me entiendo bien —le dice a Jaime, nada más descubrir la expresión de agobio en su rostro.

Es una tarde de calor agradable, brisa suave y cielo azul intenso. Los albures se asoman eléctricos a la superficie, como queriendo contemplar lo que sucede, para desaparecer sin dejar rastro en menos de un segundo. La embarcación se desliza suavemente sobre el agua, sin encontrar resistencia. Comienzan a ascender la desembocadura del río Carreras, alejándose del antiguo, y ya en desuso, muelle de la Reina, el cual dejan a su espalda.

—Esa es la Punta del Caimán. No es ni la mitad de bonita que nuestra Punta, pero bueno, es de los primos. —Impone su voz Joaquín al ruido del motor y les señala el lugar mencionado, al otro lado del río.

Al pasar junto a un caño que se abre a la izquierda, Joaquín les explica: «No voy a coger el caño Franco, que al final se da más vuelta y además es menos profundo, no me fío de esta marea».

—Eso es la lonja de Isla Cristina —señala Miguel. Y por la memoria de Jaime comienzan a desfilar decenas de recuerdos acumulados. Puede oler de nuevo el interior de la lonja: a sangre, a pescado, a aceite, a lejía, a gasoil, a cerveza caliente y vino barato; y puede escuchar los gritos, el sonido de las cajas arrastrándose por el suelo mojado, el rechinar de las suelas de goma, el ronqueo del atún… Puede, incluso, sentir la mano de su padre.

Viran a la izquierda, hacia el caño de la Cruz, y nada más hacerlo descubren una estampa aún más hermosa que la que estaban contemplando: por salvaje, por intensa, por variopinta, por diferente. Un río de aguas mansas, flanqueado a ambos lados por una vegetación tan frondosa como verde, poblada por multitud de especies diferentes de pájaros, que componen una sinfonía exótica, vitalista y desafinada.

—Joder, parece que estamos en el Amazonas —impresionada por lo que contempla, no duda en decir Julia.

—La pera, ¡qué maravilla! —ratifica Jaime.

—Pero no se vayan a creer que esto se lo conoce mucha gente, que conforme más se avanza, en más lío se convierte. Lo que yo les diga…, que esto es un laberinto en el que se ha quedado mucha gente atrapada. ¿Les ha contado Miguel lo de esa pareja que se perdió aquí hace unos años y ya no volvimos a saber nada de ellos? —pregunta Joaquín sin dejar de dirigir la embarcación.

—En realidad, no se quedaron atrapados aquí, se suicidaron en las obras del puente. Los perseguía la policía, y no tuvieron otra ocurrencia. Por lo visto, fue un caso muy célebre en su momento —relata Miguel.

—Pues yo creo que de aquí no salieron —insiste Joaquín. Y Miguel, con un mohín, les indica a los policías que no deben hacerle caso.

—¡Mira ese pájaro! —grita Julia, sorprendida por el gran tamaño del ave y por la forma y longitud de su pico; aplastado y larguísimo.

—Una espátula —responde sin dudar Joaquín.

—Se llama así por la forma de su pico —aclara Miguel.

—Por aquí hemos llegado a ver nutrias. Dicen que todavía hay por la parte de Isla —cuenta Joaquín.

Jaime, en tanto, está al margen de la conversación. Despliega en su teléfono móvil la fotografía aparecida en el Instagram de Ana Casaño en la que se muestra un paraje muy similar al que recorren en este instante. Se lo acerca a Joaquín, quien no le dedica más de dos segundos.

—Eso es imposible saberlo, amigo, puede ser cualquier rincón de aquí, cualquiera. Y se lo voy a explicar. Si usted le hace una foto a cualquier sitio de aquí, el que usted quiera, y se la vuelve a hacer dentro de seis o siete horas, creerá que son sitios diferentes, porque en verdad lo son. Yo no sé lo que tienen estas marismas, que es como si se movieran o algo así, pero que cambian de un día para otro, ya no son las mismas. Por eso somos tan pocos los que somos capaces de movernos por aquí sin perdernos —dice de corrido Joaquín, la musicalidad de su acento no decae a pesar de la velocidad que imprime a las palabras.

—Pues usted se maneja de maravilla, por lo que veo —adula Jaime al marinero.

—Tendría que ver usted al difunto el Chanclas o a su hijo, el Chanclitas, que con una moto de agua se planta en Portugal en menos de diez minutos. Lo que yo le diga… no hay quien le siga —relata con admiración Joaquín, como si se tratara de una gesta solo al alcance de unos cuantos elegidos.

Las palabras causan un profundo y evidente malestar en Miguel, hasta el punto que le es imposible ocultarlo.

—¿Chanclitas? —pregunta Jaime mirando principalmente a Miguel, y a Julia, de reojo, como si tratara de señalarle que le preste atención. Pero no es necesario porque, como es habitual, ya tiene su mirada puesta en él.

—Un chaval de aquí, de la Punta, que bueno…, dicen que tiene sus cosas… —comienza a decir Joaquín. Y Miguel lo interrumpe.

—Por aquí corre el rumor de que se dedica al narcotráfico, aunque hasta el momento nadie le ha pillado nada. De hecho, yo no sé si sigue por aquí, hace mucho que no le veo. —Le resta importancia.

—Seguir, sigue, según me han contado, pero nadie sabe dónde está, ni cuándo va, ni cuándo viene —insiste Joaquín.

—¿Y cuál es su nombre completo? —pregunta Julia.

—Porta, Gustavo Porta —dice Joaquín—, pero aquí todo el mundo lo conoce como el Chanclitas, porque su padre era el Chanclas.

—No pasa nada porque preguntemos por él, por si tenemos algo en nuestros archivos, ¿no? —dice Jaime, y busca en la expresión de Miguel un gesto de desagrado o de enfado, pero no lo encuentra.

Veinte minutos después de haber partido, Joaquín les advierte que esto es lo más cerca que pueden estar de la torre Canela. La pueden ver a la izquierda, a menos de cincuenta metros.

—¿Y por ahí se puede andar? —Y Jaime señala hacia la espesura, que se levanta como un sólido muro de hojas y ramas.

—Yo no lo he hecho nunca, la verdad, pero calculo que sí, sobre todo porque la zona fangosa está al otro lado, más para allá. —Y Joaquín señala hacia la derecha, justo en el sentido opuesto a donde se encuentra la torre.

Julia no cesa de tomar fotografías, mientras que Jaime, durante unos segundos, está entregado a su imaginación, tratando de representar la secuencia en su cerebro. Dos personas, porque esto solo podrían hacerlo dos personas, llegan hasta aquí en una embarcación en la que también se encuentra una inconsciente Ana Casaño. Bajan de la barca y abriéndose paso a través de la vegetación la llevan hasta la torre Canela, donde la abandonan. Una secuencia difícil de trasladar a la realidad.

Miguel atiende una llamada procedente del cuartel de la Guardia Civil.

—¿Ya habéis identificado la matrícula?

—Sí, corresponde a un Toyota Avensis, propiedad de Pedro Hurtado, de Burgos —le comunican.

—¡Venga!

—Tal cual.

Por el gesto de Miguel, Jaime y Julia vaticinan que no les va a gustar su respuesta.

—No me esperaba eso yo —dice Jaime.

—Ya no estamos hablando de periodistas —asiente Julia—. Pueden llegar a ser unos verdaderos golfos, pero nunca harían algo así.

—Pero no abramos más frentes, vamos a centrarnos en lo que tenemos —propone Jaime.

—¿Seguimos hasta Canela o vamos para Ayamonte? —pregunta Joaquín, que pronuncia *Ayamonte* como si se tratara de un lugar muy lejano.

—Gracias, amigo, pero ya hemos visto todo lo que queríamos ver. Vamos de vuelta —dice Jaime, contrariado por la información que acaba de recibir.

—Joaquín, ¿ha visto alguna vez a las chicas desaparecidas por aquí? —pregunta Julia.

—¿A las *sevillanas*?

—Sí.

—Por la Punta, claro, desde chiquititas. Todos las conocemos, sus padres compraron la casa cuando por aquí venían muy pocos turistas —responde el marinero con cierta tristeza.

—Ya, pero lo que Julia quiere saber —interviene Jaime— es si las han visto por aquí, por los caños.

—Yo nunca las he visto, si les digo la verdad, pero lo normal es que hayan venido, como todos los chavales de la Punta, claro —responde Joaquín sin dudar.

—¿Recuerda algún amigo más especial de Ana y Sandra? — insiste Julia.

—De niñas se juntaban con todos, lo habitual… Ya cuando se mudaron, no sabría decirle… Tampoco me fijo yo tanto en esas cosas, la verdad, para qué les voy a decir lo contrario —responde con evasivas Joaquín, con un «no quiero problemas» en el tono y en la mirada, lo que despierta la desconfianza de los policías.

—¿Y a los padres los conoce usted? —insiste Julia.

—De poco, de tres palabras, no más —se distancia el veterano marinero.

- Carmen Puerto, instalada en la solitaria oscuridad del salón, repasa las redes sociales de Alfonso Duarte. Busca —en el listado de amigos y entre las personas que han interactuado en sus entradas— algunos de los nombres que aparecen en el listado que le han enviado con personas residentes en la zona que cuentan con antecedentes penales como consecuencia de delitos relacionados con las agresiones sexuales o la privación de libertad. No le cuesta mucho tiempo descubrir, en poco más de veinte minutos, que dos de los diez nombres que aparecen en la lista son amigos de Alfonso, y que con un tercero, que también está incluido en la relación, solo ha interactuado. Anota Carmen Puerto sus nombres en su libreta de pastas verdes: «Javier Delgado, Matías Hernández y Luis Castillo».

Javier y Matías aparecen entre los amigos de Alfonso, y con el primero de ellos ha interactuado en tres ocasiones. Carmen lee que el tal Javier Delgado ha sido condenado en una ocasión, por agresión sexual grupal, a tres años, pero solo estuvo 16 meses en prisión. Matías también aparece en la lista de amistades virtuales, pero nunca ha interactuado con Alfonso en Facebook, ni en la página de uno ni en la de otro. Con Luis Castillo sucede justamente lo contrario: han intercambiado comentarios y *likes* en cinco ocasiones, pero sin embargo no son «amigos».

Al establecer estas relaciones, no puede Carmen Puerto dejar de pensar en el caso de *la Manada*, de gran repercusión social y mediática, especialmente por su sentencia, al no considerar agresión sexual el delito de los cinco jóvenes sevillanos. Carmen Puerto no podrá olvidar jamás lo que sintió tras ver el vídeo de la violación, cómo se cebaron con la chica en ese portal, realizando todo tipo de penetraciones y vejaciones, manejándola como si se tratara de una muñeca rota.

—Hijos de puta —dice Carmen en voz alta y se pone en pie. Se masajea la nuca con fuerza.

Amplía la fotografía de Sandra Peinado en la pantalla de plasma. Fuma mientras la contempla de nuevo. Examina sus ojos, ligeramente achinados; la belleza de sus rasgos; su pelo moreno, ondulado y brillante; y por instante la siente muy frágil e indefensa, expuesta a la intemperie. Vuelve a visitar su cuenta de Instagram. Puede verla feliz y luminosa, junto a la Fontana di Trevi, justo en el momento que, de espaldas, lanza una moneda.

—Ojalá estés bien —le dice.

SÁBADO, DOMINGO

Patricia Santana llegó a Madrid, junto a sus padres y hermano, procedentes de Caracas, en 2003. Les costó varios años asimilar el cambio. En Venezuela eran una familia de clase acomodada, pudientes. No eran millonarios, como el empresario para el que trabajaba Mateo Santana —el padre de Patricia—, pero sí que disfrutaban de una buena y holgada vida. El empresario millonario, de nombre Evaristo Burgos, huyó del país sin dejar rastro, sin previo aviso. Todas sus empresas —la de materiales de construcción, la de vidrio, la de muebles…—, todas cerraron sus puertas de un día para otro.

La repentina huida de Mateo Santana la relacionaron con su posible implicación en el golpe de Estado que estuvo a punto de derrocar a Hugo César Chávez en 2002. Una hipótesis que solo se hablaba en voz baja en las reuniones familiares, en la intimidad de los hogares, y poco más. Ningún medio de comunicación informó de esta y otras desapariciones que tuvieron lugar en Venezuela.

Los Santana pasaron su primera Navidad española en 2003. Pretendieron que fuera un tiempo de felicidad, pero la añoranza de lo dejado atrás y el miedo a lo inmediato lo impidieron, a pesar de todos sus intentos. El padre, Mateo, tardó casi un año en encontrar trabajo como contable en un taller mecánico. La madre, Leticia, empapeló el barrio en el que se instalaron, Aluche, con unas octavillas en las que se anunciaba como costurera: «Mira, me va a venir bien lo que me enseñó mi mamá con tanto sofoco, porque yo nunca quise aprender», intentó Leticia que su comentario tuviera gracia, pero no lo consiguió.

Patricia comenzó a trabajar como camarera nada más cumplir los 18 años, en el VIPS de la calle Fuencarral, los fines de semana. Allí conoció a Lucía Sosa, una sevillana de 23 años —alta y morena, bellísima, con rasgos sureños—, que estaba intentando ser actriz de cine. Muchas noches, cuando cerraban, las dos chicas salían juntas a tomar algo por algunos de los bares cercanos.

Patricia convenció a sus padres de que era mejor que pasara las noches del fin de semana en casa de su amiga Lucía, ya que acababa demasiado tarde y no merecía la pena gastarse el dinero en un taxi.

—No me gusta estar a esas horas por la calle —les mintió. Y la creyeron.

Lucía le mostró a Patricia un mundo que le era completamente desconocido. Lucía se manejaba a la perfección en la noche, como si se tratara de una de sus habitantes más habituales. En todos los locales conocía a los relaciones públicas, las tediosas colas no existían a su lado; los camareros y camareras la besaban con fricción, los DJ le dedicaban sus canciones favoritas, y no había reservado en el que no hubiera brindado.

A Patricia le fascinaba entrar al lado de Lucía en un bar de copas y sentirse por un momento una privilegiada, una elegida. Fueron muchas las «primeras veces» que Patricia vivió junto a Lucía: la primera vez que salió de una discoteca con la luz del sol, la primera vez que asistía a la fiesta improvisada en la casa de unos desconocidos, la primera vez que besaba a otra chica, la primera vez que se emborrachaba, la primera vez que consumía drogas, la primera vez que realizaba un trío. Y todo eso era muy fácil de hacer al lado de Lucía; por la naturalidad, felicidad y entusiasmo que desprendía. No podía ser malo, no podía ser grave. No podía ser extraño.

Un sábado por la noche, sobre las diez de la noche, cuatro jóvenes se acodaron en la barra que Patricia atendía. Pidieron sándwiches y cervezas: «Que estén muy heladas, por favor», solicitó

un chico moreno, con acento cantarín. Con la simpatía del recién llegado que quiere ser aceptado en el menor tiempo posible, los cuatro amigos le contaron a Patricia que estaban en Madrid pasando el fin de semana, acompañando a Juan, el más alto de los cuatro, que acababa de encontrar trabajo en una constructora.

—Hemos venido a escogerle el piso, que este es capaz de meterse en cualquier sitio, y con lo que va a ganar se puede permitir lo que le dé la gana. —Y rieron.

—Tú no eres de aquí —le dijeron.

—Coño, Venezuela, el país con más Miss Mundo del mundo, y viéndote no me extraña —dijo el de pelo más claro, Paco.

—No tenemos ni idea de dónde salir por aquí —insinuó otro.

—Hasta las dos no acabo —dijo Patricia.

—¿Te recogemos y nos haces una rutita guapa? —propuso el que parecía más joven, con acento cantarín.

—¿Y tú de dónde eres? —preguntó Patricia.

—Medio portugués —respondió Paco y el aludido, Alfonso, sonrió.

—Le diré a mi amiga que se venga —dijo.

—Claro, y si tienes dos amigas más, mejor. —Volvieron a reír.

—Mi amiga y yo nos bastamos —dijo Patricia lo que creía que habría dicho Lucía en una situación similar.

—Tú eres una valiente.

—No puedes imaginar cuánto.

Tal y como acordaron, a las dos de la mañana estaban esperándolas en la puerta del VIPS de Fuencarral, que acababa de cerrar sus puertas.

—Aquí hay muchos andaluces —dijo Lucía nada más escuchar sus acentos.

—Huelva y Córdoba —dijeron.

—Y Sevilla. —Y Lucía levantó la mano.

—Y un portugués —apostilló Patricia, mirando a Alfonso.

En el primer local, apenas a quinientos metros, consumieron éxtasis, además de alcohol, ron y güisqui. A la salida, envueltos en risas y excitación, el hombre de acento cantarín y facciones agradables, «el medio portugués», Alfonso, besó a Patricia en los labios, que lo aceptó durante un segundo, antes de separarse y reír. Cuando lo intentó de nuevo, Patricia apartó su cara y le dijo:

—Quieto ya, que estás muy lanzado —bromeó.

—Como para no estarlo. —Más serio que ella, contrariado por haber sido rechazado.

En el siguiente local, una discoteca en las afueras, consumieron *eme* acompañado de champán y tequila. Brindaron con frecuencia, vaciaron varias botellas, bailaron y rieron. Como si se encontrara en el interior de una nebulosa, Patricia dejó de percibir su alrededor con claridad. La música se transformó en una insoportable y estridente cadencia que percutía en sus oídos, y sus ojos solo le mostraban colores que iban cambiando al mismo tiempo que se giraba buscando a Lucía, a la que había perdido de vista.

Horas después, despertó por el fuerte dolor que se había instalado en su ano, en el recto. Sangraba. Cuando al fin pudo incorporarse, descubrió dónde se encontraba, en la puerta trasera de una nave industrial. Tenía la ropa sucia y rota, desgarrada; sus bragas y sujetador habían desaparecido. Tampoco estaba su bolso, donde guardaba el teléfono móvil y el dinero. Descalza

—sus zapatos también habían desaparecido—, muy despeinada, Patricia caminó sin rumbo fijo hasta que encontró una cafetería.

—No llames a la policía —le rogó al camarero que la atendió, pero no le hizo caso.

El teléfono de Lucía estaba apagado.

Sus padres no tardaron en aparecer.

En la primera versión de los hechos que ofreció al policía que la interrogó, Patricia obvió algunos detalles. No le dijo que uno de los atacantes la besó, no le especificó todo el alcohol bebido y no dijo nada de las drogas consumidas. El doctor escribió en el informe que Patricia mostraba «laceraciones graves en la parte superior de la vagina y en el recto, así como hematomas, magulladuras y rozaduras en buena parte de sus brazos, piernas y vientre». En el informe psicológico, la doctora que la atendió precisó que la joven «se encuentra en situación de bloqueo, es incapaz de especificar dónde se encuentra y qué le ha sucedido. No es posible realizar una valoración exacta de los daños psicológicos en este preciso momento».

Cuando los resultados de la analítica evidenciaron el consumo abusivo de alcohol y drogas, Patricia Santana rectificó su primera declaración. No fue la última rectificación. Cuando Lucía Sosa relató que al despedirse de su amiga, antes de que se marchara sola a una discoteca de las afueras en compañía de cuatro hombres que acababa de conocer, esta le dijo que «no pasa nada, tranquila, yo me manejo» y que se fue con ellos sin ningún tipo de coacción o amenaza, Patricia Santana, siguiendo el consejo de su abogado, volvió a modificar su declaración, matizando algunos detalles, horarios, comportamientos y conversaciones.

Lunes, 3 de septiembre, 19:24 h

Estaba en lo cierto Joaquín, el veterano marinero de Punta del Moral, le ha sido completamente imposible a Jaime encontrar una imagen similar a la que aparece en la cuenta de Instagram de Ana Casaño, en la que se muestra un detalle del caño, seguramente tomada al azar, porque en realidad podrían ser todas las que ha contemplado durante la travesía en el fuera borda.

«Hay sitios que son especiales por la paz que transmiten».

Regresan al punto desde el que partieron. La marea ha bajado considerablemente y la embarcación se desliza con mayor dificultad sobre el fango. Para poder acercarse a la orilla lo más posible, Joaquín tiene que quitarse las chanclas y recorrer los últimos metros a pie. Ayudándose de una maroma, cubierta de verdina, remolca la embarcación sin aparente esfuerzo.

Miguel, a punto de ponerse en pie, recibe una llamada; al querer atenderla, pierde el equilibrio. Está a punto de caer el móvil al agua y, al intentar impedirlo, una pequeña caja de cartón sale de su bolsillo. La recoge Julia de un rápido movimiento. Es un fármaco llamado Distranaurine.

—Gracias —dice Miguel a la vez que arrebata a toda velocidad la cajita de la mano de una sorprendida Julia.

—Que nos vamos a caer todos —advierte Jaime. No le ha dado tiempo a leer el exterior del medicamento, pero por la expresión de su compañera sabe que se trata de algo extraño.

Ya en tierra, Miguel se dirige al coche, respondiendo a la llamada que acaba de recibir, mientras Jaime y Julia se despiden de Joaquín.

—Muchas gracias por todo, es usted un estupendo patrón. —Despliega Jaime esa simpatía que Julia suele calificar de
«antiguo vendedor de enciclopedias».

—Nada, hombre, en verano todo el mundo es marinero — jocoso, le responde.

Miguel, con el móvil aplastado contra el oído derecho, escucha detenidamente.

—No hemos visto ese coche circulando, y hemos llegado hasta Villablanca. O le han cambiado ya la matrícula o está guardado en un garaje —le informan.

—Gracias de todos modos.

—¿Qué? —pregunta Jaime.

—El coche con matrícula falsa que nos siguió, que no aparece —responde Miguel. De reojo busca en la mirada de Julia una reacción a lo que acaba de descubrir y no la encuentra.

—Pues no, no eran periodistas —maldice Jaime.

—No nos liemos, puede ser cualquiera. —Trata de tranquilizar Julia.

—Cualquiera, claro, cualquiera que utiliza un coche de gama alta con matrículas falsas, eso no es cualquiera. —Y aunque no lo nombra, Jaime piensa en Alejandro Jiménez, el empresario mexicano de dudosa trayectoria.

- También piensa en él, en Alejandro Jiménez, Carmen Puerto, nada más tener conocimiento de lo sucedido. Amplía su imagen sobre la pantalla de plasma y vuelve a preguntarse por el origen de esa descomunal cicatriz que observa en su mejilla izquierda. «Parece una quemadura, pero también puede ser una rozadura muy profunda», divaga en silencio. Escribe en su libreta: «Audi con matrículas falsas, recordar».

  —Jaime, yo me iría para el hospital. Han pasado unas cuantas horas, seguro que ya nos puede decir algo, ¿no? Los médicos, ya sabes tú, se la cogen con papel de fumar —le

propone.

—Barri no me ha llamado.

—Yo me iría ya para allá, y a Barri lo puedes llamar por el camino, ¿no? —Tiene más de orden que de propuesta.

—Es que ir por ir… —insiste Jaime.

—De verdad, hazme caso, coño —aprieta Carmen.

—No lo veo.

—Joder, hazme caso —brama Carmen, muy ofuscada.

Jaime finaliza la llamada sin despedirse.

El atardecer vuelve a ser un bello fogonazo que abrasa el horizonte con las tonalidades de un melocotón maduro. Lo últimos bañistas regresan, portando cestas, mochilas, neveras de plástico, hamacas plegables y sombrillas. Julia recuerda atardeceres semejantes, con el calor instalado en las mejillas, con el regusto del salitre en los labios. Interminables días de playa, de arena y agua, de tortillas crujientes por la arena acumulada, de botellines con cerveza helada enterrados en hielo. En los primeros años con Antonio, así, fueron los veranos. Muy cerca de aquí, en ocasiones, en el Algarve portugués. Le escuecen a Julia estos recuerdos que, a pesar de todo, quiere seguir conservando en su memoria.

—¿Vamos a volver a hablar con Alfonso? —pregunta Julia, a punto de llegar al juzgado.

—De momento, no —responde Jaime.

La presencia de Miguel coarta a Julia, nada detesta más que ofrecer una imagen de ella misma carente de dominio, desconocedora de las decisiones que se toman. Por tal motivo, la respuesta de Jaime la ofende en cierto modo, le habría gustado que se la hubiera comunicado o consultado previamente.

—Hablamos en un rato —le dice Jaime a Miguel, a modo de despedida, nada más detener el vehículo en el aparcamiento de las dependencias judiciales.

—Lo que queráis —acepta Miguel.

—No te preocupes —reitera Jaime, viendo cómo Miguel desciende del coche.

No han recorrido ni veinte metros cuando Julia le muestra su enfado y rechazo por su comportamiento.

—Imagino que estamos acatando las órdenes de la *pirada*, como siempre, ¿verdad? —le reprocha con dureza.

—No.

—Coño, Jaime, que te he visto hablando.

—Le estaba contando lo del coche que nos ha seguido —justifica sin apartar la vista de la carretera.

—Venga, no me toques los cojones.

—Es más, me ha dicho que no deberíamos ir todavía al hospital y es justo lo que vamos a hacer —miente Jaime, como defensa y como alivio.

—¿Eso es como me cuentas? —Rebaja Julia la ofensiva.

—Tal y como te estoy contando —mantiene.

—A lo mejor deberíamos consultárselo.

—No me jodas tú ahora —sorprendido y enfadado, reacciona Jaime.

—Tú mandas —desiste Julia a la primera.

—Dime, ¿qué viste cuándo nos íbamos a bajar de la zódiac? —pregunta Jaime.

—¿Que qué vi? ¿Tú no lo viste? A Miguel se le cayó al agua una caja de Distraneurine —

responde.

—¿Eso?

—Eso es un Clometiazol —especifica ella.

—Coño, el medicamento de los alcohólicos, les pone mal cuerpo cuando beben —dice él, con gesto sorprendido.

—Se usa para más cosas, pero sobre todo para eso, sí. ¿Tú no te fijaste anoche cómo tomaba la cerveza? —le anima Julia a recordar.

—Ya, tuvo que controlarse para no beberse toda la cerveza de un trago, y le puede el ansia con la que lo hace. Sí, sí me di cuenta. Pero tampoco es para asustarse, me parece a mí, ¿no? Que basta con echar un vistazo a nuestros propios compañeros. Que tenemos unos cuantos que están en ese nivel o en uno superior. —No le concede mayor importancia Jaime.

—Pero no es solo eso, Jaime, es la combinación de todo: la defensa de Alfonso, que quisiera hablar antes con Joaquín… No sé, de verdad, pero hay algo que no… —insiste Julia.

—Yo creía que te caía bien Miguel —dice Jaime, con sorna.

—Ni mal ni bien, pero raro sí que me parece.

—Hazme caso, costa y frontera es muy mala combinación, la peor en este oficio. Si con una de las dos algunos de nuestros compañeros se transforman y se meten en líos tremendos, imagínate con las dos, como se da aquí, eso es la bomba —razona Jaime, y por un instante gira la cabeza y busca la mirada de Julia.

—No sé.

—Como tú dices, vamos a centrarnos, puede ser que esté tomando el medicamento por otro motivo, porque está un poco *depre*, porque tiene problemas de hiperactividad, cualquier cosa… Hoy la gente está fatal de la cabeza. —Jaime le resta importancia.

—Si tú lo dices —acepta Julia, nada convencida.

- Carmen Puerto vuelve a leer la información que le ha aportado *Nodigassuerte* de Elena Suárez, la madre de Ana Casaño:

Nada en redes sociales, solo tiene una cuenta de Facebook que no mueve desde el 14 de abril de 2014, con una fotografía con sus hijas y ella vestidas de faralaes, en la Feria de Sevilla. Algunos correos electrónicos, profesionales en su mayoría, relacionados con su negocio de antigüedades, El Desván; sobre pedidos o interesándose por nuevas piezas a adquirir. Escasa actividad comercial, si las ventas guardan relación con la cantidad de correos que contempla. Visitas en internet nada relevantes, nada que destacar; el pronóstico del tiempo, programación de televisión, páginas de otras tiendas de antigüedades…, muy poco.

Lo más significativo que encuentra Carmen de entre toda la información recibida son algunas conversaciones de WhatsApp, realizadas a través de la versión web, que han quedado registradas en su ordenador. Muchos mensajes con una tal Paca Loja, habitualmente para insultar, censurar y bromear sobre las actividades o conversaciones que mantiene con su ex marido, Juan Casaño. A Carmen Puerto le divierte una expresión que repite en varios mensajes dirigidos a Paca Loja: «Al capullo de mi ex se le está poniendo cara de estar todo el día oliendo a mierda, vaya cara de amargado».

La mayoría de las conversaciones mantenidas con su amiga son intranscendentes, carecen de importancia, pero hay una que le llama especialmente la atención, tanto por su contenido como por la fecha en la que tuvo lugar. El pasado 14 de junio, Elena Suárez escribió: «Mi Anita me tiene reventada, es que si pudiera la mataba, te lo digo en serio. Ya te contaré la última, porque por aquí me puedo tirar dos años escribiendo». Cinco minutos después, a las 21:09 h de ese mismo día, le escribe a su exmarido: «Hasta el mismo coño estoy de tu hija, ya te la podrías llevar una temporada contigo, pero larga». Comprueba Carmen Puerto que ese día, 14 de junio, Ana Casaño escribió el tuit que ha reproducido Pedro Ginés: «Se está poniendo la cosa para desaparecer un tiempecito, y tan a gusto».

—¡Qué coño pasaría ese día! —exclama Carmen. Se pone en pie, con un cigarrillo en los labios y se sitúa frente a *Karen*—. Nunca te lo he preguntado: ¿tú eres madre? —Al no obtener respuesta, se dirige a su teléfono móvil y pregunta: Oye, Siri, ¿tú eres madre?

«Como quieras», responde el iPhone.

—¿Cómo que como quieras? Vaya mierda de programadores. —Y camina hacia la cocina con el cigarrillo en la mano.

«El sueño navega las mareas del tiempo», recita de memoria.

Pasados seis minutos de las nueve —la noche aún no ha caído—, Jaime pone el intermitente y toma el desvío que ha de conducirles al hospital Infanta Elena de Huelva. Julia, a su lado, anota en su iPad posibles preguntas que formularle a Ana Casaño, en el caso de que se puedan encontrar con ella.

—Tal vez deberíamos haber llamado a Barri antes de venir —sugiere Julia.

—Lo he hecho y no me lo ha cogido —responde Jaime.

—Vaya caraja tiene. Pues entonces deberíamos haber llamado al médico que la trata, ¿no te parece?

—Si hubiéramos hecho eso, ya sabes la respuesta, o ¿es que no los conoces? Yo no sé por qué, pero todos los que se ponen una bata blanca se la cogen con papel de fumar —ironiza Jaime, y Julia asiente inclinando la cabeza.

—También es verdad.

—Mejor cara a cara, que le costará más decirnos que no, y a lo mejor no aceptamos el no como respuesta. —Necesita Jaime, cada vez que cuentan con Carmen Puerto para un caso, proyectar la imagen de seguridad, de control y de confianza en sí mismo que se intuye ahora ante los ojos de Julia.

En la radio suena *Like a Rolling Stone* de Bob Dylan cuando detienen el vehículo en el aparcamiento del hospital.

—¿Y si subimos sin avisar? —propone Jaime, con una sonrisa malvada decorando sus labios.

—Cómo se nota que eres de la misma escuela que la *pirada* —le reprocha Julia.

—Buena escuela.

—Si tú lo dices…

Tal y como ha anticipado Jaime, llegan a la habitación de Ana Casaño, en la cuarta planta del Infanta Elena, sin avisar previamente al médico que se ocupa de ella, Carlos Fernández.

—Carmen, estamos en el hospital —le dice nada más responder.

—Venga. —Y Carmen se ajusta adecuadamente los auriculares, agarra un lápiz y prepara una hoja en blanco.

Golpea Julia la puerta en dos ocasiones, con suavidad.

—¿Sí? —responde Carlos Fernández, el médico, asoma parte de su rostro, abriendo apenas una cuarta de la puerta.

Jaime Cuesta, que no puede disimular la decepción que le provoca el descubrimiento, le pregunta:

—¿Podemos hablar ya con la chica?

—Todavía es muy pronto, se lo acabo de decir a su compañero —susurra el médico, que no oculta, a pesar del volumen, un tono de queja en sus palabras.

—Pasábamos por aquí —miente Jaime.

—¿Quién está ahí? —pregunta Elena Suárez en voz alta.

—La loca —resopla Carmen Puerto.

—La policía —dice el médico, susurrando de nuevo.

—Soy yo, señora, el inspector Cuesta —se presenta Jaime, aunque sigue sin verla.

Se abre la puerta de par en par, por un instante Jaime y Julia pueden ver, entre Carlos Fernández y Elena Suárez, a Ana en la cama, pálida y con expresión asustada, mirándolos muy fijamente.

—Inspector, usted no tendría que estar aquí, y lo sabe, debería estar en Ayamonte, en la Punta, buscando a Sandra, que todavía sigue desaparecida, y buscando al responsable, porque yo creo que ya todo el mundo tiene muy claro que no ha sido una cosa de las chicas, que no se han fugado ni nada de eso, que no es culpa mía, ¿no? —escupe Elena Suárez a toda velocidad, poseída por los nervios.

—La entiendo perfectamente, pero para eso sería necesario que pudiéramos hablar con su hija, que nos pudiera responder a dos o tres preguntas, nada más, que nos ayudarán a seguir avanzando. Solo serán cinco minutos, cinco minutos, de verdad —solicita, casi ruega, Jaime Cuesta.

—Ni cinco ni nada, y además, para qué, mi hija no recuerda nada de nada, es como si no hubiera vivido los últimos días —con amargura, responde Elena Suárez, que no puede evitar comenzar a llorar.

Jaime y Julia miran al doctor solicitando una confirmación a lo que acaban de escuchar.

—No recuerda absolutamente nada de los últimos días —sentencia.

—Me lo temía —resopla Carmen a través de la línea telefónica.

Carlos Fernández cierra la puerta de la habitación tras de sí y agarra los brazos de los policías, los conduce hacia donde se encuentra el ascensor.

—Querer ir más rápido de lo que se puede es muy peligroso, perjudicial, en multitud de ocasiones —les advierte el médico.

—Gracias por el consejo. —Sonríe Jaime con toda la hipocresía que es capaz de mostrar.

Nada más entrar en el ascensor, suena el teléfono de Jaime Cuesta.

—Imagino que será Barri, que vaya tela. —No acierta, se trata de Lola Vallejo—. Dime.

—En nada vamos a tener una analítica más completa, más detallada, que nos va a aportar mucha información. De momento, lo que te puedo decir es que hemos encontrado restos de Midozolam y de ansiolíticos en sangre, un consumo abusivo, lo que explica el sueño profundo en el que ha estado y también la aparente amnesia que padece. Y también le hemos encontrado restos de cocaína.

—¡Coño!

—No consumida en las últimas 48 horas, con seguridad, pero sí consumida hace menos de una semana —precisa Lola Vallejo.

—¡¿Me vais a decir qué coño está pasando?! —ofuscada, exclama Carmen. No se ha dado cuenta de que Jaime ha abandonado la conexión que mantenía con ella.

—Se trata de una analítica preliminar, que con frecuencia arroja numerosos errores, aunque espero que sea más o menos aproximada —especifica Lola Vallejo.

—¿Algo más? —pregunta Jaime.

—Bueno, sí, hay algo… Yo todavía no lo puedo confirmar porque no he visto a la chica. Mañana quiero estar allí y examinarla y ver si… —divaga Lola Vallejo.

—Dime, por favor.

—Todo apunta a que ha mantenido relaciones sexuales recientemente.

—¿Forzadas? —pregunta Julia.

—Ya te lo he dicho, tengo que verla.

—Coño, avánzame algo —exige Jaime.

—Me comentan que puede haber una violencia relativa, mucha intensidad, pero que tal vez haya sido consentida. ¿Entiendes lo que te quiero decir?

—Claro.

—Pero tengo que verificarlo.

—¿Restos de semen? —pregunta Jaime.

—¿Semen de quién? —pregunta Carmen, muy nerviosa, nada más escuchar a Jaime.

—No.

—¿Y cuándo podemos tener todo eso confirmado? —pregunta Jaime.

—Cuestión de horas —responde Lola Vallejo.

—¿Mañana a primera hora? —aprieta Jaime.

—Con toda probabilidad.

—La palabra *sí* le escuece en la boca —bufa Carmen.

—Estamos en contacto —se despide Jaime.

El teléfono de Jaime no para de avisar que tiene una llamada en espera, que de momento no atiende. Se trata de Miguel Castro, que ahora marca el número de Julia.

—Ahora me está llamando a mí. —Le muestra Julia la pantalla a Jaime.

—Cógelo.

—Coño, escuchadme un momento, que es muy importante… —No cesa Carmen en su insistencia.

—Tengo que cortarte —le advierte Julia a Carmen Puerto—. ¿Qué coño pasa? —le pregunta a Miguel.

—Alfonso Duarte se ha suicidado.

La pareja que nunca regresó

Los vecinos de Punta del Moral supieron que ella era morena y menuda, cuerpo fibroso, atlético, como el de una trapecista de circo, y él muy rubio, pelo revuelto con aspecto de áspero, muy fuerte, los músculos marcados… Aparecieron a principios del verano de 1989 a bordo de una furgoneta Volkswagen Type 2, desvencijada, anciana de años y kilómetros, bicolor (roja y crema), y aparcaron muy cerca de la playa, donde comenzaban las dunas. Abatieron los asientos y colocaron un colchón y, en un lateral, ajustaron unos toldos, que hacían las veces de porche.

También supieron los vecinos de Punta del Moral que, durante los quince días que estuvieron acampados, todas las mañanas, muy temprano, se acercaban a comprar pan, pescado, fruta y cerveza, cubiertos con grandes sombreros y gafas de sol, como si pretendieran no ser reconocidos. No cruzaban palabra con nadie, y si no quedaba más remedio lo hacía ella, como si él no pudiese hablar o no dominase el idioma.

Algunos vecinos los sorprendieron bañándose desnudos en el mar, que no era lo más raro que hacían los *hippies*, como empezaron a llamar a la pareja, y es que se arrodillaban en la arena, justo donde terminaban las olas, y durante horas repetían una incomprensible oración en una lengua que parecía extranjera. Cansaba verlos, del tiempo y el ímpetu que dedicaban al ritual. No era de extrañar que, una vez finalizaban, permanecieran inertes sobre la arena, como muertos, durante horas.

Lo último que supieron los vecinos de la Punta fue que un atardecer, la noche muy cerca, se embarcaron sin permiso en la paterita de Germán Alonso, que Joaquín los descubrió, y que salió tras ellos, con tal mala suerte que se enredó en un trasmallo. «Se fueron por caño Franco», dijo Joaquín a los que le preguntaron. «No llegarán muy lejos, esa gente no es de aquí y de ahí no sale nadie. Tendrá que ir el Chanclas a traerlos», vaticinó Joaquín.

A la mañana siguiente apareció la embarcación de Germán Alonso varada en la gola, en la isla de arena que se forma en la desembocadura del Guadiana en el Atlántico, sin nadie a bordo. Tuvieron que pasar unos días, para que los vecinos de Punta del Moral, así como la mayoría, supieran que la extraña pareja, los que se bañaban desnudos en el mar y rezaban esas incomprensibles oraciones durante horas, eran Paula Fabric y Paul Heinrich, valenciana y belga respectivamente, y que sobre ellos pesaba una orden internacional de busca y captura.

La pareja vivía en una casa abandonada, en las afueras de Valencia, que adecentaron en lo básico —un poco de pintura y repellar los mayores desconchones—, en donde tuvieron a sus dos hijos: Luka y Thais, de dos años y seis meses, respectivamente. El radical comportamiento de la pareja, en permanente batalla contra el sistema capitalista, contra el ayuntamiento, contra el Vaticano o contra los bancos, a los que consideraban responsables de todos los males, lo que les empujaba a vivir de una manera completamente diferente al resto de la sociedad, fue mutando en un trastorno obsesivo compulsivo hasta el punto de estar plenamente convencidos de que una secta estaba detrás de ellos, con el único objetivo de secuestrarlos.

El consumo constante y abusivo de sustancias alucinógenas multiplicó hasta extremos insospechados los evidentes trastornos psicológicos de la pareja. La madre de Paula, que vivía cerca, temerosa de que algo grave pudiera sucederles a los niños, alertó a la policía y a los

servicios sociales cuando escuchó a su hija decir, con los ojos vueltos, que se iban a reencarnar en Luka y Thais, y que gracias a eso iban a vivir eternamente.

Cuando la policía se personó en la casa de la pareja no encontraron a nadie, ni a los padres ni a los hijos. Tampoco estaba aparcada en la parte delantera, como siempre, la furgoneta Volkswagen. Durante varios días, los estuvieron buscando sin éxito.

La pareja se creyó a salvo en Punta del Moral, hasta ese atardecer que vieron a unos guardias civiles junto a la furgoneta. Sin un plan, improvisaron con lo primero que se les pasó por la cabeza. Robaron la patera de Germán Alonso, tuvieron la fortuna de que Joaquín se enredase en el trasmallo y, sobre todo, tuvieron la grandísima fortuna de llegar hasta el río sin perderse en el laberinto de esteros y caños y sin encallar, a pesar de la bajamar.

A lo lejos, era una noche clara, pudieron ver los incipientes cimientos del Puente Internacional sobre el Guadiana, que Paul reconoció como la señal que llevaban tanto tiempo buscando. «Es la puerta, mírala», le dijo a Paula. «Sí, es verdad, es la puerta», confirmó ella. Amarraron la patera junto al primer cimiento, en la orilla española, y comenzaron a subir los quince metros de altura alzados hasta ese momento, ayudándose de las placas metálicas, que habían de soportar al hormigón hasta que se endureciese. Desquiciados, consideraron los gritos de Genaro Porta —que alarmaron a varios pescadores— como las amenazas de sus imaginarios enemigos. Estrecharon sus manos, se besaron y sonrieron, antes de lanzarse al vacío, en ese conducto cuadrado y negro, aún sin rellenar.

Genaro no podía creer lo que acababa de ver. No tardó en aparecer la patrullera de la Guardia Civil por el río, y dos coches, que accedieron por la carretera del Parador.

Costó muchas horas y esfuerzo recuperar los cuerpos de Paula Fabric y Paul Heinrich, que no murieron en el acto, como posteriormente determinó el examen forense. Sí murió en el acto, como consecuencia de los disparos que habían perforado su cabeza, Joao Mendes, un *guardinha* del cuartel de Vila Real de San Antonio que llevaba dos días desaparecido. Joao estaba acompañado de su ametralladora Marietta, y entre sus dedos tenía enredada una cadena con un colgante hecho con el colmillo de un pez de gran tamaño; un marrajo, rape o similar.

Lunes, 3 de septiembre, 20:37 h

Alfonso Duarte, tras las preguntas de Jaime y Julia en presencia de Miguel, su amigo Miguel, se pasó un par de horas llorando solo, en la habitación contigua al despacho del juez, donde lo habían confinado. Le dijeron que no estaba arrestado, de momento, que no existía una acusación formal, por ahora, pero que todo apuntaba a que sí lo estaría en breve. Le dijeron que no se moviera, que no abandonara las estancias judiciales, que permaneciera allí, sobre todo por su seguridad. «Si te ven salir —le dijeron— tu nombre saldrá en todos los informativos, te culparán de la desaparición de Sandra y Ana, dados tus antecedentes penales».

Un agente, a las cuatro de la tarde, se acercó a preguntarle si le apetecía comer algo y Alfonso, tras secarse las lágrimas de los ojos, declinó el ofrecimiento. No tengo ganas, apenas murmuró. Tampoco quiso un café, refresco o infusión, solo aceptó un poco de agua.

A las seis de la tarde, Alfonso pidió que le dieran unas hojas y algo para escribir. Le entregaron un bolígrafo y varios folios con cuadrículas. Se sentó en la silla, apoyó los codos en la mesa y clavó la mirada en el frente, en la pared blanca y desnuda, tal vez pensando lo que iba a escribir.

Después de darle muchas vueltas, solo anotó una única frase: «Yo no tengo nada que ver». Estampó su firma abajo, a modo de declaración.

A las siete comenzó a escribir de nuevo. Durante, al menos, quince minutos lo estuvo haciendo. Muy rápido, una letra ilegible, como si alguien le estuviese dictando, o como si temiese no recordar alguna de las ideas que estaban fluyendo de su cabeza. Repentinamente, como si ya no tuviera más que añadir, se detuvo y comenzó a leer todo lo que había escrito. Cuando acabó, en vez de firmar el texto —tal y como había hecho con la única frase escrita en el primer folio—, lo dobló varias veces y después lo rompió en mil pedacitos, que depositó en una papelera que encontró en una esquina.

A las ocho, tras haber pasado más de media hora con la frente aplastada contra la mesa y la cabeza escondida entre sus brazos, le pidió al agente que lo custodiaba que le permitiese ir al cuarto de baño, a lo que este accedió.

Alfonso Duarte, una vez dentro del aseo, echó el pestillo interior de la puerta. Examinó la cisterna superior, comprobó que podría soportar su peso.

Se quitó la camisa y la enrolló hasta que tuvo algo parecido a una cuerda.

Subido en la taza del inodoro, pasó la camisa alrededor de su cuello y por la parte posterior de la tubería.

A continuación, se dejó caer.

Cuando la tubería finalmente cedió, provocando un gran estruendo, Alfonso Duarte ya había muerto.

Los primeros auxilios y los ejercicios de reanimación no sirvieron de nada.

El juez, Antonio Tirado, ha pedido un informe exhaustivo en el que se explique detenidamente lo que ha sucedido, cómo ha sucedido y por qué ha sucedido. «¿En calidad de qué estaba aquí este hombre?», ha preguntado en más de una ocasión, y no ha obtenido respuesta.

Le ha costado a Miguel narrar los acontecimientos, cada pocas palabras ha tenido que tragar saliva, dejar de hablar y respirar muy hondo.

—Esto lo jode todo —por fin dice Jaime.

Miguel, al otro lado del teléfono, se muerde la lengua para no responder.

—Tal vez nos muestra el camino —dice Julia.

—No lo creo —duda Jaime.

—Esto nos lo vamos a comer con patatas. Vaya manera de meter la pata —maldice Carmen.

—Peor imposible —sentencia Jaime.

—Tú no te preocupes, me lo comeré yo, ya verás —pronostica Carmen.

—Todos, en cualquier caso —sugiera Julia.

—No creo.

—Joder.

—En cualquier caso, estad muy atentos a las reacciones, por favor —solicita Carmen.

—¿A qué te refieres? —pregunta Julia.

—A novia, mujer, familia, amigos, a la gente que rodeaba a Alfonso —aclara Carmen, y finaliza la conversación sin despedirse.

—Siempre tan agradable —replica Julia, nada más descubrir que ha colgado.

Carmen, en la oscuridad del salón, no cesa de emborronar hojas de su libreta. Está tan entregada a la investigación que, por primera vez, después de muchos meses, no ha estado atenta a la salida de Jesús de la peluquería. Este despiste, cualquier otro día, le habría procurado un punzante desasosiego, habría sido el motivo de una gran crisis, pero hoy, concretamente hoy, no le supone nada en absoluto.

Como de costumbre, escribe una hoja de ruta de los siguientes pasos a dar. En primer lugar incluye solicitar a *Nodigassuerte* información sobre Alfonso Duarte. Y nada más escribirlo, redacta un correo formulando la petición.

A continuación, con letras mayúsculas, anota en su libreta: «POR QUÉ». Y comienza a escribir lo que le dicta su cerebro:

Porque era culpable. Poco fiable.

Por no volver a revivir todo lo que le pasó. ¿Hombre débil?

Porque no tenía ninguna coartada. No puede ser.

Por miedo. ¿Miedo a qué?, ¿a quién?

Porque yo qué sé, estaba bajo tratamiento o lo que sea. Esto ya no cuadra.

Vuelve a escribir «MIEDO» y rodea la palabra con un círculo de color rojo. Enciende un cigarrillo, solo de tabaco, y se zambulle en el Facebook *carnavalero* de Alfonso Duarte. Analiza, nuevamente, las interacciones con las tres personas con antecedentes que aparecen en la lista que le han facilitado: Javier Delgado, Matías Hernández y Luis Castillo.

Examina con detenimiento sus historiales delictivos. Javier Delgado, de Lepe, participó en una violación grupal en 2009, en Málaga, por la que pasó 16 meses en prisión. En 2012 volvió a ser detenido, por un intento de agresión sexual, pero quedó absuelto por falta de pruebas. Matías Hernández es el que reside en la población más cercana a Ayamonte, en Villablanca. En 2008 fue condenado a siete años de cárcel, tras fotografiar desnuda y mantener relaciones con una niña de 13 años, a la que estuvo extorsionando durante varios meses. Fue puesto en libertad tras pasar cinco años en el centro penitenciario de Huelva. Luis Castillo, en tanto, fue condenado a seis años de prisión por la violación de una mujer polaca en Cartaya. Según puede leer Carmen Puerto, Castillo fue el principal sospechoso en otros cuatro casos más, por los que no fue procesado por falta de pruebas.

—Valientes hijos de puta —se lamenta Carmen.

Visita sus redes sociales, todos ellos coinciden en contar con una página de Facebook. Javier Delgado, además, tiene una cuenta de Instagram, y en ambas destacan, por su abundante presencia, los caballos. También son frecuentes los platos de comida, además de los carnavales.

Es fácil descubrir que Matías Hernández es un amante de los deportes acuáticos, especialmente del *kitesurf*. Puede ver Carmen Puerto varias imágenes en las que aparece la playa de Isla Canela. También es muy aficionado a la pesca. «Podría ser un estero de esa zona», deduce Carmen, tras ver una imagen. Luis Castillo le dedica mucho espacio en sus redes sociales a la romería de la Virgen del Rocío, muy especialmente en los últimos cuatro años.

—Me vuelvo loca si me dedico a examinar todo esto, me vuelvo loca y me pierdo —dice Carmen Puerto a la vez que parte un lápiz en dos trozos. Escribe en varios posits de color amarillo.

«Pesca y vela en Isla Canela», escribe. No puede apartar la vista de la fotografía de perfil de Matías Hernández. «¡Joder!», exclama.

El relacionar a Alfonso Duarte con estos tres hombres le traslada, de nuevo, a la *Manada* y, en cierto modo, comienza a establecer ciertos paralelismos con ellos, al menos por la similitud de sus aspectos físicos. Esa elegancia cateta de marca llevada al extremo, los peinados meticulosamente cincelados, de profundas rayas rectilíneas, las poses chulescas, las miradas desafiantes… Por un momento, Carmen piensa en una nueva *Manada*, en Ayamonte, mejor organizada, con una estrategia similar a la de los sevillanos.

—*Karen*, *Karen*, esto se me va a de las manos. Además, también puede tener relación con los otros que no tienen redes sociales. —Suspira, al tiempo que hace desaparecer de la pantalla las imágenes de los componentes de la *Manada*.

Como esperaba, la información que ha recibido sobre Alfonso Peinado es muy abundante, Carmen entiende que le será imposible examinarla en su integridad, exhaustivamente. Como en los anteriores envíos, mantiene *Nodigassuerte* la misma estructura: dentro de la carpeta hay tres archivos, con fotografías, correos electrónicos y enlaces a páginas web que ha visitado en los últimos meses. Y como en las anteriores ocasiones, Carmen Puerto comienza con el archivo de fotografías.

—¡Coño! —exclama nada más abrirlo. Carmen se lleva las manos a la cabeza. El archivo cuenta con 2.800 fotografías, todas ellas almacenadas en una nube de 500 GB.

Fotografías que solo cuentan con un orden: la fecha en la que fueron tomadas. Es evidente, tras una primera impresión, que Alfonso Peinado suele hacer muchas fotografías con su teléfono móvil, que es una rutina dentro de su vida. Es difícil encontrar un día, desde el 4 de febrero de 2016, fecha de la primera imagen que contiene el archivo —en la que se ve un valle muy verde en un luminoso día—, en el que no haya tomado una nueva fotografía. Muchas de ellas repetidas, probando nuevos enfoques y filtros. Esta abundancia de fotografías no se corresponde con el uso de las redes sociales que hace Alfonso Peinado. En su cuenta de twitter, por ejemplo, lleva sin escribir un tuit desde el 12 de enero de 2017, tiene 392 seguidores, la mayoría de ellos muy recientes, periodistas especialmente, que han comenzado a seguirlo después de que estallara el escándalo de los másteres falsos. No tiene página de Facebook. Sí de Instagram, pero con nombre falso; se hace llamar *Ferepesto* y por avatar aparece una puesta de sol en una playa —Carmen deduce que es en Punta del Moral, ya que no tiene la ubicación—. Las fotografías de Instagram pretenden ser artísticas: de calles con encanto, monumentos de Lisboa, Madrid, Roma o Londres, parajes naturales, ríos y lagos, más atardeceres en la playa o en la desembocadura del Guadiana, abundan las fotografías del Puente Internacional, que une España con Portugal, junto a Ayamonte, y son muy numerosas las fotografías tomadas desde un barco, presumiblemente. Días de pesca, horizontes interminables, caños y esteros de Isla Cristina, puerto deportivo de Punta del Moral, playas y faros de Vila Real de San Antonio. Son contadas las fotografías en las que

aparece su esposa o sus hijos, solo en una aparece el propio Alfonso Peinado. Esta tendencia aumenta en su cuenta de Instagram, donde no aparecen personas, ni familiares ni conocidas, en las fotografías que cuelga.

Recientemente, cinco días antes de la desaparición de su hija Sandra y su amiga, Ana Casaño, Alfonso tomó varias instantáneas de Vila Real de San Antonio. Realizó las fotografías el 24 de agosto y apenas dos días después las chicas visitaron la misma localidad, a la que llegaron en un ferri. Una colección de las estampas más características de la costera localidad portuguesa componen la sesión fotográfica de ese día. Una *garrafeira*, una de sus tradicionales pastelerías; un mostrador repleto de
canastinhas; pasteles de Belem; el elegante y arrumbado hotel Vitorio; la plaza del Marqués de Pombal; un plato con caracoles en salsa y un aliño de atún.

Por un instante, Carmen abre la puerta de sus recuerdos y puede verse joven, luminosa y fuerte, recorriendo una blanca e interminable playa del Algarve portugués. Una playa salvaje, sin papeleras, sin chiringuitos ni tumbonas de alquiler. Tan solo invadida por un renegrido y escuálido vendedor de *bolinhas.* Puede recordar Carmen — como si estuviera escuchando ahora mismo sus gritos—: «*con crem o sem crem*». No añora Carmen a esa mujer que recuerda porque es consciente de que ya nunca volverá, al igual que todo ese tiempo y las personas que estaban a su lado. Todo aquello se fue, se perdió para siempre, como si nunca hubiera existido.

—¡Vale, vale, vale! —exclama Carmen. Ella misma se censura.

Lía tres cigarrillos, bebe agua y vacía el cenicero, ya colmado. Abre el archivo que contiene el historial web que Alfonso Peinado ha visitado en los últimos meses. Lo primero que percibe Carmen —es fácil hacerlo como consecuencia de la abundancia— es que a Alfonso Peinado le importa, le interesa, lo que cuentan de él en los medios de comunicación. Cientos de visitas a docenas de periódicos en los que han informado sobre su supuesta relación con el caso de los másteres falsos. Y, con frecuencia, teniendo en cuenta el tiempo dedicado, no ha leído solo los titulares, sino que le ha prestado la debida atención. Hasta saltar el escándalo en el que se ha visto involucrado, no se ha caracterizado Alfonso Peinado por ser un navegante virtual muy activo. Rutinarias visitas a los periódicos de información general, muy a menudo a los especializados en deporte. Por los enlaces que descubre Carmen Puerto, como ella, también es seguidor del Real Madrid.

A la inspectora le sorprende que el archivo que contiene los correos electrónicos sea menos prolífero de lo que esperaba, como también que no utilice nunca la versión web de WhatsApp.

—Sabe lo que se hace —dice en voz alta Carmen, al relacionar tan escasa información con precaución.

La inmensa mayoría de los correos electrónicos tienen un contenido profesional. Educados, breves, asépticos. Protocolarios en gran medida; responden o se dirigen a diferentes entidades e instituciones —públicas o privadas— en un tono formal, sin abordar temas especialmente sensibles, graves o comprometedores. Por más que lee, Carmen Puerto no encuentra conversaciones que escapen de lo que se puede calificar como normal, correcto o razonable. Le llama la atención a Carmen, mucho, que no cuente con un correo electrónico particular, lo que acrecienta aún más su sospecha de que tiene otros canales de comunicación, pero que están lo suficientemente protegidos y ocultos.

A pesar de los años que lleva demandando su ayuda, en los últimos tiempos Carmen Puerto tiene la sospecha de que *Nodigassuerte* no es el *hacker* que conoció en el pasado, y que solo es capaz de abrir los espacios virtuales de aquellas personas que hacen un uso convencional de las

nuevas tecnologías, de quienes no emplean modelos más avanzados de navegación, y que no ha sido, por lo tanto, capaz de adaptarse a las nuevas realidades. Está completamente segura de que Alfonso Peinado, como ella misma, también utiliza la *deep web* para proteger sus envíos y conversaciones. A esto habría que añadir que, con toda seguridad, Peinado ha cimentado su trayectoria profesional en el sigilo y la discreción. Hasta hoy ha sabido mantener, supuestamente, negocios y diferentes relaciones con personajes muy significativos de la sociedad española sin suponerle a estos ningún tipo de contratiempo. De hecho, las informaciones que han aparecido hasta el momento relativas a su relación con la trama de los másteres falsos no proceden de su entorno, sino que todo apunta a que se tratan de interesadas filtraciones del propio Partido Nacional —o así lo deduce Carmen— con el único objetivo de debilitar y desestabilizar a su líder,

Pilar Ortega.

Escribe Carmen Puerto, en su libreta de pastas verdes, ideas aparentemente inconexas, desordenadas, impresiones sobre lo que acaba de examinar. No ha encontrado una nueva puerta abierta, un camino a seguir, una evidencia. Esto, más por intuición que como consecuencia de un proceso reflexivo, le empuja a confirmarse en la teoría de que el caso de los másteres falsos no tiene nada que ver con la desaparición de Sandra Peinado y Ana Casaño. Pero la duda, el recelo a abandonar esta línea de investigación, le sigue llegando desde el pasado, a través de su propia experiencia. Marcia Guerra sigue siendo una constante en su vida, sigue caminando a su lado, el despreciar una vía de investigación supuso que no pudiera resolver su desaparición, en primer lugar; ni tampoco su asesinato, posteriormente.

Atascada, en gran medida desorientada, preocupada, trata de establecer hipótesis veraces y no lo consigue. Puesta en pie, se dirige a *Karen*, que permanece inmutable.

—No lo veo, no lo veo —repite malhumorada.

Enciende un cigarrillo y al hacerlo se ve reflejada, en tonalidades rojas, en la pantalla de plasma.

—Vemos una imagen deformada, vemos una imagen deformada —dice en voz alta a la vez que escribe en su libreta.

Envuelve la frase en un círculo rojo cuando la pantalla de su iPhone se ilumina. Jaime Cuesta la está llamando.

—Dime.

—Esto se nos va de las manos.

—¿Qué coño ha pasado? —lo interrumpe Carmen.

—Alguien de los juzgados ha tenido que largar fiestas y tenemos esto hasta la bola de familiares y amigos. Imagínate el lío que se ha montado —le comunica Jaime, quien con la mirada contempla cómo un agente trata de aplacar los ánimos de dos primos de Alfonso Duarte.

—La leche —resopla Carmen nada más abrir su cuenta de Twitter y comprobar que los tres primeros puestos del *trending topic* corresponden con nombres y *hashtags* relativos a la desaparición de Sandra y Ana. El primero de ellos es #SuicidioSospechoso.

Puede ver ahora Jaime, mientras habla con Carmen, cómo una señora mayor, de unos setenta años, se abraza desconsolada a una chica morena que supera, a simple vista, los treinta. Dos hombres tratan de consolarlas. Hacia donde dirijan las miradas, Jaime y Julia se encuentran con escenas que reflejan a la perfección el dolor, el estupor y el asombro que la muerte de Alfonso Duarte ha provocado entre los vecinos de Ayamonte.

Durante varios minutos, Jaime le cuenta a Carmen que los ánimos se encuentran muy

caldeados, que no comprenden lo sucedido: que esté en el juzgado, que haya sucedido allí mismo, cuando el día anterior muchos amigos y familiares lo vieron por la playa al mediodía y en uno de los veladores de la plaza de la Laguna por la noche, como si tal cosa. «Es normal que esta gente esté cabreada, imagínate», le ha dicho Jaime a Carmen en un momento de la conversación.

Pedro Ginés ha publicado dos tuits en los últimos minutos. A las 22.48 h ha escrito: «Una prueba implicaba directamente a Alfonso Duarte con las #ChicasDesaparecidas #TLVSandraYAna lo que tal vez explique lo sucedido #SuicidioSospechoso».

Mientras que en el segundo tuit, el periodista ha escrito: «Alguien tendrá que dar explicaciones sobre lo sucedido, porque por lo que sabemos Duarte no estaba detenido #SuicidioSospechoso». Este último tuit ya cuenta con 8.589 retuits y más de 11.000 *likes*. «Estamos jodidos», piensa Carmen.

Algunos periodistas comienzan a formular extrañas conclusiones:

«Hasta las siete de la mañana el teléfono de Ana Casaño estuvo activo, el análisis de actividad a través de las antenas de telefonía de la zona permite deducir que se desplazó a una velocidad tal que tan solo pudo alcanzar en un vehículo #SuicidioSospechoso».

—¿De dónde coño sacarán estas cosas? —maldice Carmen, realmente furiosa.

El País es el primer medio en ofrecer la noticia de la condena de Alfonso Duarte, como participante en una violación grupal en 2009. En menos de diez minutos, la noticia se cuela en todas las portadas.

«En 2009 Alfonso Duarte fue condenado por una violación colectiva».

«El principal sospechoso de la desaparición de Sandra y Ana fue condenado por una agresión sexual en 2009».

«Alfonso Duarte estuvo en prisión por pertenecer a una `manada´ de delitos sexuales».

«Alfonso Duarte, junto a tres amigos, participó en una violación grupal».

A cada instante aparece un nuevo titular, que se cuela en el TT de Twitter directamente, con miles de retuits y comentarios.

—Esto se nos va de madre, y no te extrañe que la culpable sea yo —le advierte Carmen a *Karen*.

- Le está comentando Julia a Jaime los tuits de Pedro Ginés cuando recibe la llamada de *Jefe*. Con gesto serio, muy preocupado, el inspector se distancia unos metros.

  —Peor imposible, peor imposible —repite con su pausada y característica voz grave nada más comenzar a hablar.

  —*Jefe* —trata de decir Jaime.

  —No me digas nada, no me vayas a decir nada porque nada puede justificar este desastre —impone su voz.

  —Lo sé —apenas puede decir Jaime.

  —¿¡Que lo sabes, que lo sabes!? No, no creo que lo sepas. Lo que yo sí sé es lo que nos va a doler la cabeza con esto. ¿Para qué coño nos tuvimos que meter nosotros en esto? —sonoramente enfadado, cuestiona *Jefe*.

  —Alfonso Peinado… —trata de decir Jaime.

  —Y una mierda.

  —*Jefe*…

—Soluciónalo ya, Jaime, soluciónalo ya —le ordena tajante.

—En eso estoy.

—¿Cómo coño me dejé convencer con lo de Carmen?, ¿cómo coño? —maldice.

—En eso…

—Olvídate de Carmen, te prohibo que la llames, te lo ordeno, porque seguro que ella es la responsable de esto, es muy de su tipo, y sabes que no me equivoco.

—No, *Jefe*, verás… —Tarda Jaime demasiado en encontrar las palabras adecuadas.

—Lo tienes prohibido —reitera.

—*Jefe*.

—Es una orden: bloqueadla.

Fin de la conversación.

No tiene que preguntarle Julia a Jaime qué le ha dicho *Jefe*, le basta con mirarlo. Muy nervioso, enciende un cigarrillo y comienza a fumar convulsivamente. Julia se acerca hasta su compañero, trata de conducirlo hasta un lugar más apartado, menos expuesto a las miradas de curiosos.

—Deberíamos salir a tomar algo —le propone Julia.

—A tomar por culo, ahí es donde me gustaría mandar a más de uno, a tomar por culo —repite Jaime muy contrariado.

Enciende un cigarrillo tras otro mientras presencia cómo los familiares y amigos de Alfonso Duarte lloran su repentina pérdida. Le gustaría a Jaime identificarse, ofrecerles alguna respuesta, consolarlos de algún modo, pero lo verdaderamente cierto es que no tiene nada que contarles. No hay respuestas.

- Desde Punta del Moral, de su puerto pesquero, zarpa la traíña de los hermanos Piedra, pasados seis minutos de las doce. Si es como la anterior, volverá a ser una buena noche de pesca. Nunca habían apresado este verano tal cantidad de sardinas, ni tan gordas ni cebadas.

Como de costumbre, Piedra Chico, de nombre Juan Carlos, va a los mandos, mientras que el Piedra Mayor, junto a otros seis marineros, preparan los palangres en la cubierta. Hoy les acompaña su padre, el Piedra Viejo, jubilado desde hace ya siete años, a quien le gusta embarcarse con sus hijos de vez en cuando, a pesar de las advertencias del SEPRONA. Asomado a la proa, el Piedra Viejo, José Luis de nombre, trata de buscar la ruta guiándose por las estrellas, tal y como le enseñó su padre en aquellos años que salían con lo puesto, sin GPS ni radar, cuando aún las previsiones meteorológicas, los partes, no eran de fiar.

Es una noche clara, de luna imperial, casi llena. Una de esas noches en las que se puede jugar a las cartas en cubierta, tal y como bromean. Una noche para gozar, perfecta de temperatura, plana la mar, de esas en las que los marineros disfrutan tanto porque su trabajo no es tan ingrato como todas esas noches que tienen que padecer de frío y agua, de humedad hasta en el tuétano y de calambres en las cejas. La pleamar avanza lentamente, aumentando el caudal de los caños y esteros que conforman las marismas.

Están a punto de abandonar la barra, ya en el final de la desembocadura del río Carreras, cuando Piedra Viejo comienza a gritar:

—¡¡Para, para, que hay alguien flotando!!

—¿Qué dices?

—Que no nos hemos llevado por delante de milagro a alguien que flota en el agua.

—¿Dónde?
—Al final de la barra. Vuelve y ve llamando a la patrullera.

Donde una vez las aguas de tu rostro giraban hacia mis hélices

MARTES, 4 DE SEPTIEMBRE, 2:08 H

A pesar de los esfuerzos para llamar la atención lo menos posible y a pesar de la hora, una multitud se aglomera tras el cordón establecido por la Guardia Civil en la desembocadura del río Carreras, frente a la barra, en la orilla de Punta del Moral.

—Yo me llevaría el perímetro unos metros más atrás, temo las fotografías —aconseja el delegado del Gobierno en Andalucía, Alfonso Gómez, que acaba de llegar.

El capitán de la Guardia Civil, nada más escuchar al delegado del Gobierno, da instrucciones precisas, que son inmediatamente ejecutadas. Ocho agentes retrasan la cinta roja y blanca más de diez metros y no cesan de repetir a los curiosos que se agolpan que no hagan uso de las cámaras de sus teléfonos móviles.

Jaime y Julia, acompañados de Miguel Castro, fuman en silencio cerca del agua. Esperan la llegada de Antonio Tirado, el juez que se ocupa del caso. A escasos metros, bajo una sábana verde, yace el cuerpo sin vida de Sandra Peinado.

—Hasta que no llegue el juez no vamos a decir nada —le ha ordenado *Jefe* a Jaime nada más enterarse de la noticia.

—Hasta dentro de cuarenta minutos, como poco, no va a llegar, le ha pillado en una cena en Mazagón —le ha advertido Jaime.

—Hasta que no se produzca el levantamiento del cadáver no tenemos nada que decir y todo serán especulaciones, y ante las especulaciones no podemos hacer nada. Ya hemos metido la pata lo suficiente como para seguir haciéndolo —ha respondido *Jefe* con aspereza.

Cuando Jaime y Julia han llegado a la zona señalada, Miguel ya se encontraba allí. Casi coincidentes en el tiempo, solo cinco minutos después la embarcación de la Guardia Civil, con el apoyo de la de Cruz Roja, alcanzaban la orilla, muy cerca del muelle de la Reina, tal y como les señaló el juez a través del teléfono.

—No, que no la llevéis a puerto. A la orilla, lo más cerca posible de donde la habéis encontrado —les ha indicado Antonio Tirado, solo un par de minutos antes de despedirse de los familiares con los que cenaba.

Luego, en el trayecto, el juez ha mantenido una acalorada discusión con su esposa: «Te lo dije, te dije que no era el día para cenas familiares, pero es que nunca aceptas un no por respuesta».

Hasta la 1:39 h, no ha avanzado *Público* el descubrimiento del cadáver, haciéndolo al mismo tiempo en su edición digital y vía Twitter. Andrés Costa, que tomaba un helado en el centro comercial de Punta del Moral, avisó a su hermano Luis, redactor del citado diario.

«Ha aparecido un cadáver en el puerto de Punta del Moral, muy cerca de donde desaparecieron Ana Casaño y Sandra Peinado», se ha podido leer. También le ha enviado seis fotografías, tomadas con su teléfono móvil.

Unos minutos después, todos los medios más importantes de España se han hecho eco de la noticia, citando a las chicas desaparecidas, pero sin confirmar que la fallecida se trata de Sandra Peinado.

«Se ha encontrado el cadáver de una persona muy cerca de donde centenares de personas han buscado durante los últimos días a Ana Casaño y a Sandra Peinado», se puede leer en el tuit que

acaba de publicar el diario *ABC*.

Los padres de Sandra, Alfonso Peinado e Isabel Robles, con toda probabilidad alertados por algún conocido o tras leer la información en alguna red social, no tardan en aparecer, visiblemente afectados. Les acompaña el abogado Rafael Holgado, que ha ejercido de portavoz de la familia desde que tuvieron constancia de la desaparición.

—¿Por qué no nos han avisado antes? —muy enfadado, pregunta Rafael Holgado, situándose por delante de sus representados, que van agarrados de la mano, con los rostros desencajados.

—Todavía no se ha producido el levantamiento del cadáver y, por tanto, no hay una identificación oficial… —trata de explicar el capitán de la Guardia Civil.

—¿Es mi hija, eh, es mi hija? —pregunta con voz desgarrada Alfonso Peinado.

—No comprendo que no nos hayan avisado antes —insiste el abogado.

—Por favor, por favor se lo ruego, ¿es mi hija, es mi hija? — Alfonso Peinado ha descubierto a Jaime y, dirigiéndose a él, le ruega una respuesta.

Jaime, tras mirar a Julia, como queriendo solicitar su conformidad, se acerca a los padres de Sandra Peinado, les invita a acceder al recinto acotado levantando la cinta blanca y roja. Los agarra de los brazos, muy fuerte, cruza los ojos con los de Alfonso Peinado, que insiste en su ruego.

—No hay confirmación oficial, pero todo apunta a que puede ser ella. —Y Jaime lo agarra con fuerza, impidiendo que intente acercarse hasta donde se encuentra el cadáver de su hija.

El grito de dolor que profiere Alfonso Peinado sobrecoge a todos los presentes, algunos de los cuales le están tomando fotografías o lo están grabando con sus teléfonos móviles, a pesar de las continuas advertencias de los agentes de la Guardia Civil.

Apenas puede mantenerse en pie el cuestionado empresario, incapaz de controlar su voz o sus movimientos, quiere avanzar hacia su hija pero le es imposible hacerlo, como si la fuerza hubiera abandonado su cuerpo. Su esposa, en tanto, en voz muy baja, con los ojos muy abiertos —como el mejor ejemplo de lo que entendemos como un *shock*—, no cesa de preguntar: «*Pero, ¿cómo está, cómo está mi niña?*».

No han transcurrido ni tres minutos desde la llegada de los padres de Sandra Peinado cuando un célebre periodista retuitea el tuit de una joven que se hace llamar *@fernitador*, quien con toda probabilidad se encuentra en el lugar, y en el que se puede ver un vídeo de diez segundos, en el que los padres de Sandra, entre las luces de las sirenas, lloran agarrados a Jaime Cuesta. En apenas dos minutos, el tuit cuenta con más de 300 *RT* y 400 *likes.*

Tuvieron Julia y Jaime un par de minutos para examinar el cadáver. Azulada, muy hinchadas las mejillas, los ojos cerrados, supuestamente con la misma ropa que el día que desapareció: camiseta de algodón blanca y minifalda vaquera. Aparentemente, sin signos externos de violencia, no han podido encontrar ningún hematoma o herida relevante, y las pequeñas heridas que han descubierto parecen producto de mordeduras de peces, de encontronazos con ramas y piedras en su recorrido marítimo.

Ha creído ver Julia a una Sandra Peinado más joven, más niña, que la mostrada por la multitud de fotografías que ha podido contemplar. Y a pesar de todo, mantenía un halo de dulzura en su expresión, o así le ha parecido a Julia, que aún sigue conmocionada. Hay determinadas imágenes, y da igual los años de experiencia y las situaciones vividas, que le siguen doliendo. Siente que se clavan en su interior, con tal fuerza y tan profundamente que teme no poder olvidarlas.

—¿Se lo habrás contado ya a Carmen, no? —le pregunta Julia a Jaime, que por una vez la cita

por su nombre.

—No —responde muy seco.

—¿Y eso? —No puede creer Julia lo que escucha.

—Carmen está fuera del caso —responde sin mirarla.

—Coño, ¿desde cuándo?

—Desde hace un rato. Orden de *Jefe* —miente Jaime, ante el temor a que Julia se enfade.

—Pues ya verás cuando se entere, si no se ha enterado ya — le anticipa Julia.

—Imagino.

- Carmen Puerto duerme, ajena a la noticia. Muy nerviosa, también cansada —fue un día muy largo—, pasada la medianoche tomó una pastilla de Lexatin y dos de melatonina, que no tardaron en hacerle efecto. Apenas le dio tiempo a realizar su rutinaria limpieza facial. Tras indicarle a *Siri* que activara la alarma de su teléfono a las siete y veinte de la mañana, buscó en la mesita —siempre está allí con otros libros que van rotando— la poesía completa de Dylan Thomas:

«Después de tal lucha, como saben los más débiles,
hay algo más que morir;
olvidar los grandes dolores, restañar la herida,
dolerá demasiado tiempo».

Ahora, en este preciso momento, Carmen sueña que efectúa un viaje en barco. Es un sueño agradable. Se encuentra en la cubierta, luce el sol… Asomada a la barandilla contempla una hermosa ciudad costera, de casas muy blancas, coloniales. Alberto está a su lado, toma una bebida exótica, servida en una copa grande y redonda como una pecera. Carmen descubre, asombrada, cómo varios delfines los acompañan en su navegación, como en la coreografía de una película infantil. Uno de ellos salta con tal ímpetu y fuerza que casi llega hasta donde se encuentra Carmen. El delfín emite un sonido divertido, Carmen le indica moviendo su mano que se acerque.

- Nada más llegar el juez, Antonio Tirado, y ejecutar el levantamiento del cadáver, es el propio delegado del Gobierno, Alfonso Gómez, en su cuenta de Twitter el que confirma la identidad de la fallecida:

> «Pasada la medianoche una embarcación de Punta del Moral descubrió en la desembocadura del río Carreras el cadáver de una persona. La @guardiacivil acaba de confirmar que se trata de Sandra Peinado. Mi más sentido pésame a los familiares y amigos. DEP».

Solo unos minutos después, no cesan de repetirse los mensajes de duelo, tanto de personas anónimas como de representantes públicos. La presidenta de la Junta de Andalucía, Susana Díaz, escribe en su cuenta de Twitter: «Consternada por tan triste noticia que jamás hubiéramos deseado recibir».

Como es de imaginar, la noticia se propaga a toda velocidad, en pocos minutos la zona acotada es un enjambre de reporteros, cámaras y curiosos, hasta tal punto que deben recurrir a la Policía Local de Ayamonte, como refuerzo para poder controlar el acceso. Conscientes

de lo que iba a suceder, ya veteranos en situaciones semejantes, Jaime y Julia han logrado convencer a los padres de Sandra Peinado para que abandonen el lugar. En este momento, acompañados de dos agentes de la Guardia Civil, se dirigen hacia el hospital Infanta Elena de Huelva, tras la ambulancia en la que viaja el cadáver de su hija.

Nada más despedirlos, Jaime agarró del brazo a Miguel y, junto a Julia, lo condujo hasta un lugar apartado, tras una furgoneta.

—Miguel, acabo de ver en el móvil que la marea no cambia hasta dentro de dos horas. Si eso es así, todavía tenemos tiempo —le dice el policía.

—¿De qué?

—Nos dijo Joaquín, el marinero, que había alguien de la Punta, un tipo con un seudónimo muy peculiar, que conocía mejor que nadie las mareas y los caños de aquí. Todavía podemos saber de dónde ha venido el cuerpo de Sandra, cuál ha sido el recorrido —expone Jaime, veloz, con cierta euforia, convencido de que se trata de una buena idea.

—*Chanclas*, o algo así, creo que dijo —interviene Julia.

—El Chanclas era el padre, pero lleva muerto unos cuantos años. Joaquín se refería al hijo, el Chanclitas —aclara Miguel.

—Necesitamos contactar con él ahora mismo y hacer el recorrido al revés. Seguro que es capaz de localizar el lugar desde el que pudo salir el cuerpo. Pero no tenemos mucho tiempo —le indica.

—Eso es imposible —se limita a responder Miguel. Para nada comparte la euforia del policía.

—¿Por?

—Nadie sabe dónde está el Chanclitas.

—¿Cómo?

—Pues eso, que nadie sabe desde hace ya unos cuantos meses dónde está —repite Miguel, con gesto de resignación.

—Pero creo que nos dijiste que no hay abierta ninguna causa contra él, que no tiene nada pendiente —expone Julia.

—Y es verdad, nunca nadie le ha pillado nada, aunque en teoría todo el mundo sabe a lo que se dedica, pero…

—¿No tenemos, de verdad, ninguna forma de llegar a él?
—insiste Jaime.

—¿Una madre, una mujer, un hermano, una novia, coño?
—lo apoya Julia.

—Es como un fantasma…

—¿Que no hay una novia? Todos tienen una novia. —Cree Jaime que Miguel esquiva el tema deliberadamente.

—Ahora mismo, que yo sepa, no.

—Entonces, la hubo antes, ¿no? —aprieta Julia, viendo cómo la rocosa defensa de Miguel comienza a tambalearse.

—Sí, la hubo. Nada especialmente serio. Mi hermana —confiesa Miguel, prefiere adelantarse, consciente de que les sería fácil conseguir la información.

—Vale, ¿y tu hermana no sabe dónde está el tal Chanclitas*?* —le pregunta Julia.

—Te puedo asegurar que no, ayer mismo estuvimos hablando y me dijo que no sabía nada de él desde antes del verano. Pero, si queréis estar más tranquilos, la llamo ahora mismo. —

En el ofrecimiento de Miguel se esconde en gran medida una defensa.

—No es necesario —declina Jaime—, pero que sepas que te toca despertar a Joaquín, y lo tienes que hacer ya.

—No hay problema, estará a punto de despertarse si no lo está ya, esa gente tiene el horario cambiado —dice Miguel.

Miguel se separa un par de metros para realizar la llamada, lo que aprovecha Jaime para acercarse a Julia y decirle en voz baja:

—Vamos a hablar con los civiles, necesitamos que alguien nos cuente la historia verdadera de este personaje —le indica, mirando a Miguel.

Gustavo Porta, el Chanclitas

—¿No piensas dejar algún día el hachís? —le preguntó un día Joselín Duarte a Gustavo Porta, el Chanclitas, tras contabilizar los ingresos generados por la droga, muy inferiores a los de la cocaína.

—Nunca, el hachís es lo nuestro, no te confundas; la coca pasará, ya verás, pero el hachís siempre lo tendremos — respondió Gustavo Porta, desplegando esa seguridad suya incontestable.

Y consecuente con sus palabras, en 2014, el Chanclitas dio un paso más adelante, un gran paso. Compró una pequeña avioneta con la que transportaba el hachís desde Chauen, en el norte de Marruecos, hasta Cartaya, donde construyó una pequeña pista de aterrizaje y un hangar, para guardar la droga, dentro de lo que parecía, a simple vista, una nave industrial. Al mismo tiempo, con el fin de justificar legalmente el camuflado hangar, creó la empresa de exportación de cerámica, siguiendo las recomendaciones de Juan Sotelo, el abogado que comenzó a asesorarle en asuntos financieros. Una empresa con un único objetivo: blanquear el mucho dinero que ganaba. Su madre, amigos y algunos primos, todos de la total confianza del Chanclitas, figuraban como empleados de la explotación empresarial, que desde el primer momento arrojó datos muy negativos en su contabilidad.

—Una empresa de este tipo necesita de unos cuantos años hasta que se estabiliza —repetía el Chanclitas lo que le había explicado Juan Sotelo, cuando alguien le preguntaba por su nuevo negocio.

Del mismo modo, comenzó a «invertir» en diferentes negocios en Ayamonte. En la Escuela de Vela de Jorge Calzado, en la playa de Isla Canela, en un bar de copas en Portimao, en la sastrería de Manolo Serrano, en el Paseo o en la cristalería de Alfonso Duarte.

Curiosamente, a diferencia de lo que hacen otros narcotraficantes, especialmente los de la costa de Galicia, no trató de blanquear el dinero comprando barcos de pesca, por el mucho respeto que le tiene al que ha sido el oficio de su padre, de su abuelo y de todos los Porta que le preceden.

A pesar de los ambientes en los que transita y de los personajes con los que se relaciona, nunca ha sido Gustavo Porta, el Chanclitas, un narcotraficante al uso, al menos exteriormente. O, al menos, nunca ha ofrecido esa imagen que se le puede presuponer a estos individuos por influjo de la televisión y el cine. Es más, siempre ha tratado de llevar una vida normal, sin grandes excentricidades.

Elegante a su manera, siempre con ropa cara, marcas de moda, habitualmente de colores oscuros, colecciona camisas y polos de color negro. Además, Gustavo es un hombre que se puede calificar como guapo, rasgos marcados, racial, cejas muy pobladas. Son muchas las personas que catalogan a Gustavo Porta, por la autoridad, el respeto que desprende, o sencillamente por su aspecto, como un hombre muy atractivo. Nunca le ha faltado pareja, y este éxito con las mujeres es anterior a su inicio en el tráfico de drogas, desde su primera juventud.

—Eres una valiente, ¡vaya que sí! Como me gusta a mí que sean las mujeres.

—Tú no sabes lo que es una mujer valiente.

Los que le conocen cuentan que Gustavo Porta mantiene una relación de extremos con las mujeres, que se sitúa entre el amor y el odio, en un tránsito que puede llegar a ser instantáneo,

como si se trataran de dos puntos muy cercanos en el mapa de los sentimientos. Hay quien argumenta que esto es consecuencia de la atípica relación que mantiene con su madre, a la que no le perdonó que iniciase una relación con un hombre más joven que ella, con Pascual Ortuño, unos años después de que su padre falleciese.

Este hecho consiguió lo que parecía imposible, que madre e hijo se distanciaran, cerca de dos años estuvieron sin hablarse. Retomaron la relación, con más fuerza si cabe, cuando Pascual Ortuño falleció en un accidente de tráfico. Cerca de Sagres, Portugal, en una zona acantilada, perdió el control de su vehículo y se salió en una curva, con tan mala fortuna que cayó al vacío. Murió en el acto.

—Aquí me tienes —le dijo a su madre, mientras la abrazaba en el tanatorio.

MARTES, 4 DE SEPTIEMBRE, 3:39 H

Jaime y Julia esperan a Joaquín y Miguel junto a la palmera de Punta del Moral, que empieza a ser un sitio habitual en sus citas. En verano, a esta hora, casi cuatro de la madrugada, por unos instantes se mezclan los que aún no han dado por finalizada la noche y los marineros que se disponen a embarcar. La pequeña panadería es el centro neurálgico donde se encuentran todos: los marineros encargados de comprar las bebidas frías y el pan recién hecho, el costo del barco, y los que no quieren irse a la cama con el estómago vacío.

En Punta del Moral, las noches trágicas —salvo la excepción protagonizada por aquella extraña pareja que se suicidó en el puente que une España y Portugal y salvo la que hoy viven— siempre han estado relacionadas con los naufragios, con los muchos marineros que han muerto desde que se instalaron en esta zona. Muertes que han llegado en los momentos más inesperados, en las situaciones más rutinarias, porque la mar siempre tiene ese aguijón preparado para atacar, y lo hace cuando menos lo esperas, cuando más confiado estás, cuando más la ignoras. Cuando te sientes más a salvo. Y no es necesario que llegue la peor de las tormentas; días planos, de calma chicha, han acabado con los marineros más experimentados.

Tal vez por eso, los *punteros* tienen ese sentimiento de provisionalidad, de vivir el hoy y cada minuto como si fuera el último. Y es que en demasiadas ocasiones ha sido el último día, el último minuto.

Joaquín, con la misma indumentaria que en la primera ocasión, con sus pantalones cortos, y Miguel apenas tardan diez minutos en aparecer.

—Ya he hablado con el Piedra que la vio primero, y chispa más o menos sé dónde la divisó —dice Joaquín.

Se mueve Joaquín, a pesar de la oscuridad y de su tamaño —debe pesar 120 kilos como poco —, con una agilidad inusual. En pocos segundos ha aproximado la fuera borda a la orilla, sin apenas hundir sus pies en el fango.

—¿Cómo lo ves? —le pregunta Jaime.

—Hombre, lo que veo es que hoy tenemos la marea más alta de los últimos días y a mi entender lo que puede haber sucedido es que la muchacha estuviera en un sitio en el que se quedó atascada porque hubiera una marea muy baja y ahora la haya arrastrado esta —dice de corrido Joaquín, con esa característica musiquilla que decora sus palabras.

—¿Y cuándo fue la última marea baja? —pregunta Julia.

—Si no me falla la memoria, aunque eso se puede mirar, la semana pasada, el 29 de agosto —responde el marinero sin vacilar.

—El día que desaparecieron las chicas —confirma Jaime.

—Eso es.

Por la noche, la belleza de la desembocadura del río Carreras, de la barra, de los primeros caños y de la panorámica de Isla Cristina desde la distancia es completamente diferente a la que se puede contemplar durante el día. En este momento es turbadora, salvaje, peligrosa, procurándote una sensación de debilidad, de temor constante.

—¿De dónde puede haber venido el cuerpo de esta muchacha? —le pregunta Jaime nada más dejar, a la izquierda, el caño Franco.

Joaquín se rasca la coronilla y ríe antes de responder.

—Me pregunta usted unas cosas, si yo pudiera decirle eso me tendrían que dar la placa a mí, ¿no le parece?

—Ya sabemos que el sitio exacto no lo vas a saber, pero más o menos —interviene Miguel, en completo silencio desde que han comenzado la travesía.

—Vamos a ver, yo diría que de la parte de Isla, del Carreras no viene, me parece a mí, yo diría que del caño que cogimos el otro día, el de la Cruz, porque tampoco creo que estuviera en un tramo del estero de Tamujar —y señala hacia el frente extendiendo su brazo derecho—, ahí no hay corriente para mover un cuerpo, me da a mí la impresión —razona Joaquín, a la vez que emboca la embarcación hacia el caño que se abre a su izquierda, tal y como ya hicieron en la anterior travesía.

El recorrido les ofrece imágenes inusuales, volátiles reflejos y sombras que van y vienen, y una combinación de sonidos que parecen seguir un patrón enloquecido pero constante, atronador en algunos momentos.

—Y aquí llega el lío —anuncia Joaquín—, o vino del estero de la Cruz, que yo no lo veo, o lo hizo del de Pinillo, a través de Tablazo, porque yo que estuviera en Cuatro Vientos o en este que se abre aquí debajo, no lo veo, no tienen agua suficiente para eso. —Y a la vez que cita los caños y esteros los señala en la oscuridad, dando por hecho que quienes le acompañan también pueden verlos.

—Joaquín, tú eres el que sabe de esto, los demás no tenemos ni idea. —Le traslada Jaime toda la responsabilidad.

—Vaya papeleta, amigo. Lo único que se me ocurre es que subamos un poco para arriba, que todavía está alta la marea, que en nada empieza a bajar, y echemos al agua este salvavidas, a ver a dónde nos lleva —les propone Joaquín.

—Me parece muy bien —acepta Jaime.

Tres o cuatro minutos después de haber comenzado a recorrer el estero de Pinillo, Joaquín detiene el motor de la embarcación.

—Ya no podemos seguir, empieza a tirar para el otro lado — dice con las manos metidas en el agua.

Puesto en pie, espera unos segundos a que la corriente los desplace. Retroceden levemente. Toma el salvavidas y lo arroja unos metros hacia adelante.

—Vamos a ver para dónde va —dice Joaquín, viendo cómo el flotador se desliza sobre la superficie del agua, en dirección contraria.

Diez minutos después, a las 4:45 de la madrugada, el flotador queda retenido en unos cañizos que emergen del agua a escasos metros de alcanzar la desembocadura del río Carreras.

—Si lo hubiéramos hecho antes, con la marea más alta, habría llegado hasta el espigón sin problema —confirma Joaquín, que se acerca para recoger el salvavidas.

—Eso parece —reitera Julia, mientras escribe en su iPad.

Jaime Cuesta atiende una llamada. Levanta la mano indicando al resto que guarden silencio.

—Dime.

—Las primeras muestras, que ya sabes que no son las definitivas, y yo les doy la importancia que les doy, si te soy sincera, apuntan a que murió como consecuencia de una ingestión masiva de medicamentos y de Metilendioximetanfetamina, ya sabes, *eme* para los amigos —le informa Lola Vallejo, de la Unidad de Policía Científica.

—¿*Eme*?

—Casi lo puedo afirmar, combinada con otra sustancia y una pizca de cocaína —concreta Lola

Vallejo.

—¿Signos de violencia?

—En un primer examen, todas las heridas y rasguños que muestra son como consecuencia de mordeduras de animales, puede que de peces, de roces con ramas y piedras, de haber estado sumergida durante varios días.

—¿Varios días?

—Seguramente desde el mismo día que desapareció.

—Muy pronto.

Se da cuenta Jaime de que todos están pendientes de la conversación y hace lo que está en su mano por ofrecer la menor información posible.

—Y no descartemos que nadie interviniera en su muerte, que fuera un… accidente.

—¿Tú contemplas esa posibilidad?

—No la descartaría.

—¿De veras?

—Barajemos todas las opciones.

—Hablamos más tranquilos en un rato.

Le basta a Julia mirar a los ojos de Jaime para saber que ha recibido una nueva e importante información. Miguel, por su parte —no es una sensación nueva—, siente que no confían en él, que la presencia de Joaquín es la excusa perfecta para no compartir la reciente información.

—¿Un sitio en el que tomarse un café? —pregunta Jaime.

—Pues el bar El Cajirón, que ya está abierto.

Se dirigen a pie hasta el establecimiento y durante el trayecto se han retrasado deliberadamente, incrementando así la desconfianza de Miguel. Jaime le cuenta, resumidamente, la conversación con Lola Vallejo.

—Yo no creo que esa niña se haya suicidado. Como mucho, se le ha ido la mano —reacciona Julia nada más escuchar el relato esgrimido.

—No me lo ha asegurado, solo es una posibilidad a tener en cuenta.

—Yo no la contemplo.

—Te confundes, debemos también tenerla presente —contradice, más precavido.

Miguel gira levemente la cabeza, como queriendo comprobar que los policías siguen detrás.

—¿Y de este qué me dices? —le pregunta Jaime a su compañera, con voz muy baja, susurrando.

—Tampoco le doy yo tanta importancia, cosas habituales de los pueblos: todo el mundo se conoce —argumenta Julia.

—También. Pero de todos modos ponte al día, y que no sea con un guardia de aquí, mejor de fuera —insiste Jaime.

—Mañana mismo.

—¿Mañana? Dirás dentro de un rato —bromea Jaime, y señala hacia el sol que comienza a abrirse paso entre la oscuridad.

—Habrá que dormir un rato —propone Julia y escenifica cansancio.

—Aunque sea media hora.

- Carmen Puerto despierta completamente empapada en sudor, muy angustiada y acelerada. El corazón le late en la garganta. El delfín del sueño, el que saltaba a su lado y atendía a su

llamada, se transformó en un monstruo que le arrancó la mano izquierda de un mordisco, fabricando un manto rojo sobre la superficie del mar. Luego caía Carmen al océano, apenas podía nadar, la aleta se dirigía hacia ella, sintió la muerte, una muerte cruel y salvaje, muy cerca.

Mira Carmen el reloj del teléfono móvil, 6.57 de la mañana, aún faltan 23 minutos para que suene la alarma. Abre la aplicación de Twitter y nada más hacerlo descubre que Sandra Peinado es *trending topic*. Y lo es, no le cuesta descubrirlo, porque han encontrado su cadáver flotando en la desembocadura del río Carreras.

Presa de una electricidad que es incapaz de controlar, Carmen Puerto abandona la cama de un salto. Busca en el suelo un chándal negro. Agarra su teléfono móvil, marca el número de Jaime pero corta la llamada antes de que suene el primer pitido. Aunque está furiosa, muy furiosa, es consciente de que debe mantener el control, no perder los nervios y evitar, dentro de lo posible, que la situación se vuelva en su contra. Le cuesta, algo le quema por dentro, la abrasa. Trata de respirar, lenta y profundamente, de bajar en al menos un grado la temperatura de su rabia. Es una tarea muy complicada, que trata de llevar a cabo repitiendo algunos de los ejercicios que le enseñaron y que, en momentos como el actual, debe efectuar.

—Joder, joder, joder, joder —repite mientras muerde un lápiz.

Enciende un cigarrillo, lo consume en pocas caladas. Le quema el humo en los pulmones. Es una sensación muy agresiva, para nada placentera. Se dirige a la cocina y prepara un capuchino, cuatro cucharadas de «vienés» y dos comprimidos de sacarina. Le quema en los labios y en la garganta el primer trago. Enciende otro cigarrillo. Ahora fuma más despacio, el dolor comienza a desaparecer.

Antes de llamar a Jaime, prefiere tener un conocimiento, lo más aproximado, de lo sucedido. Lee la edición digital de algunos periódicos y conecta la televisión:

«Pasada la medianoche descubrieron un cuerpo flotando a la deriva, en la desembocadura del río Carreras, en dirección al Atlántico. Poco tiempo después, se confirmó que se trataba de Sandra Peinado, la chica que seguía en paradero desconocido», es el resumen que repite, en bucle, en la parte inferior de la pantalla, el Canal 24 horas.

No encuentra Carmen ninguna circunstancia con la que poder excusar a Jaime Cuesta, ni tampoco a Julia. Ya ha pasado mucho tiempo, y de un modo u otro la podían haber informado. «No hay despistes de seis horas», piensa Carmen. Aun así, sabe que no le interesa mostrarse enfadada, por lo que se conmina a mantener la compostura.

Marca el número de Jaime, pero no encuentra respuesta. Lo intenta en tres ocasiones, hasta hacer lo mismo con el de Julia, que tampoco atiende. Por un segundo piensa en la posibilidad de llamar a *Jefe*, pero entiende que es él el responsable directo de la situación en la que se encuentra y que, por tanto, no se trata de una buena idea.

Aunque le cuesta, aunque nada le gustaría más que hacer justamente lo contrario, ya que parte de una situación de debilidad, no le queda más remedio que intentar mantener la calma, simular que le es posible, que no es esa mujer que tan fácilmente pierde el control. Esa mujer que todos conocen tan bien.

Julia duerme —solo una llamada de Jaime habría sonado—, sigue sin saber que Carmen Puerto ha tratado de ponerse en contacto con ella. Ahora mismo sueña con Miguel, pasean junto a la desembocadura del Guadiana, en la playa, sobre una arena esponjosa y blanca. Se

aman profundamente, les basta ir agarrados de la mano para ser felices. No hablan, solo caminan sonrientes.

Jaime, en cambio, sí se ha dado cuenta de la llamada de Carmen. El teléfono ha vibrado con insistencia sobre su mano, pero tenía muy claro que no podía cogerlo, aunque le costara mucho no hacerlo. No ha conseguido dormirse Jaime, apenas ha cerrado los ojos unos minutos. Después le ha escrito varios mensajes a su esposa, que no han obtenido respuesta:

«¿Cómo estás?».

«Espero que esto acabe pronto, de verdad»..

«Cómo está el niño».

«Os echo mucho de menos».

«Por favor, llámame cuando puedas».

Recibe un mensaje Jaime, pero no es de Sonia, su esposa, como deseaba y sí de Carmen Puerto, como esperaba. Curiosamente, recibe el mismo mensaje que él ha escrito a su esposa hace unos pocos minutos: «Por favor, llámame cuando puedas».

Jaime lee el mensaje y, tras pensárselo unos segundos, entiende que se merece una explicación, a pesar de todo le tiene mucho aprecio y considera que evitarla no es la mejor solución. Marca su número de teléfono.

—Solo te llamo para decirte que me han prohibido tener contacto contigo, ya que estás fuera del caso —le dice nada más escuchar su voz. Con escaso éxito, ha tratado de mostrarle frialdad, distancia.

—Ya lo suponía. Sé que tú, por propia iniciativa, no me ibas a apartar. No te voy a preguntar el porqué —finge también Carmen.

—Prefiero que lo sepas.

—Te lo agradezco.

—Pues creo que ya no tenemos nada más que hablar.
—Hace Jaime por despedirse.

—Jaime, Jaime, solo te pido que me sigas enviando lo que te vayan enviando a ti, te prometo que no te voy a llamar ni te voy a pedir que me llames, pero quiero estar en la resolución de este caso, que está a punto de suceder. Sé que te puedo servir de ayuda, y tú bien lo sabes, te haré llegar por mensajes todo lo que descubra. Eso haré, sin pedir nada a cambio, te lo prometo —le propone una inesperada Carmen Puerto, a tenor de su docilidad.

—No sabes lo que me estás pidiendo…

—Apenas te pido nada, tenlo en cuenta, soy yo la que te ofrece, creo que puedo ser de gran ayuda, lo sabes —insiste.

—No lo tengo claro.

—Por favor.

—Me pones en un aprieto.

—Solo quiero ayudarte.

—Déjame que lo piense.

—Vale. —Y Carmen se despide contenta, dentro de sus limitadas posibilidades actuales, sabe que ese «déjame que lo piense» es lo máximo que podía alcanzar.

Jaime baja a la cafetería veinte minutos antes de la hora a la que se ha citado con Julia, nueve de la mañana. Pide un largo americano doble con una gotita de leche.

—En vaso de caña —concreta.

Cuando es servido, Jaime abandona el establecimiento con el café en la mano y se dirige a

la terraza, situada en el lateral del parque que alberga a varias fieras. Enciende un cigarrillo y, en primer lugar, marca el número de su esposa.

—¿Cómo estás?

—¿Cómo quieres que esté? —le responde Sonia, con voz cansada.

—Las cosas a veces vienen así. —No sabe qué decir Jaime.

—Las cosas siempre vienen igual.

—No digas eso.

—¿Que no diga eso? Es imposible hacer un plan contigo, imposible, nunca podemos hacer nada, ni ir a ningún sitio —se lamenta con voz fatigosa.

—¿Dónde quieres ir?

—Da igual, no podemos ir a ningún sitio.

La conversación entre Jaime y su esposa se mantiene dentro del mismo cauce durante los diez minutos que dura, una interminable sucesión de excusas y reproches que provocan, como habitualmente, un gran desasosiego, cuando no angustia, en el interior de Jaime Cuesta. En momentos como el de ahora, Jaime se siente solo y muy lejos de todo, y no solo desde una perspectiva geográfica. Lejanía personal.

Jaime retoma la conversación con Lola Vallejo, la compañera de la Unidad de Policía Científica que lo llamó esta madrugada.

—Jaime, aparentemente no hay ningún signo de violencia en el cuerpo de Sandra Peinado, me atrevería a afirmar, ya que todas las lesiones corporales que presenta son posteriores, como consecuencia de haber estado a la intemperie, en el agua —insiste Lola en su apreciación.

—¿Tienes una estimación de cuánto tiempo lleva muerta?

—Vamos a ver, el factor agua y el factor calor nos condicionan bastante, ya que son factores que influyen notablemente en la conservación de un cuerpo. Pero todo apunta a que murió poco después de desaparecer, no creo que pasaran más de veinticuatro horas. Aunque también te digo que es una estimación que debemos apuntalar en los próximos exámenes que le realicemos —responde Lola.

—¿Me confirmas el motivo de la muerte?

—Eso te lo confirmo con rotundidad: murió por una ingestión masiva de ansiolíticos, fenetilamina, *eme*, para entendernos, y un chorreón de cocaína —confirma Lola, muy segura.

—Ingestión vía oral, imagino.

—Sí.

—¿Puede tratarse de una ingestión forzada?

—Sí, yo no desdeñaría esa posibilidad, pero sigo creyendo que se trató de una ingestión no forzada, que fue ella misma la que se administró el medicamento. —Se mantiene la policía en su teoría.

—Lo tienes muy claro.

—Creo tenerlo, aunque tú ya sabes que nuestras interpretaciones no tienen por qué ser siempre acertadas.

—Por favor, mándamelo todo por mail y si tienes algo más, lo que sea, házmelo saber.

—¿Has hablado con el médico de Ana Casaño?

—¿Sobre?

—Las relaciones que tuvo la chica.

—Sexo fuerte pero que no fue violada.

—Eso.

—Controlado.

—Hasta luego.

Concentrado en la conversación, no se ha dado cuenta Jaime de que Julia ha llegado a la terraza, también con un café en la mano.

—¿Has podido dormir? —le pregunta Julia, nada más descubrir el cansancio acumulado en sus ojos.

—Dormir está sobrevalorado —responde Jaime. Y sonríe.

—Pues a mí estas dos horitas me han venido de maravilla.

—Imagino.

—He quedado con un compañero de Miguel, debe estar a punto de llegar —le comunica Julia.

—¿De confianza?

—Según el capitán, de plena confianza.

—Eso espero.

—Ese debe ser. —Y Julia le señala con la mirada a un hombre de unos treinta y cinco años, moreno, media estatura, vestido con polo rojo de manga corta y chinos beige, que acaba de aparecer.

—Todo tuyo.

—Hablamos en un rato.

—Venga.

- Dentro de lo que ella considera como normal, para la mayoría de las personas estaríamos hablando de angustia o de ansiedad, Carmen Puerto ha logrado restablecer el control, es capaz de controlar sus actos y su mente. Plenamente consciente de la posición delicada en la que se encuentra, escribe en la libreta una hoja de ruta a seguir. Debe medir los pasos, no cometer errores y volver a mostrarse convincente si quiere que vuelvan a confiar en ella.

Repasa lo que aparece en la prensa nacional. Como era previsible, la aparición del cadáver de Sandra Peinado, así como el suicidio de Alfonso Duarte, al que señalan en diferentes medios como el principal sospechoso, copan las portadas de las ediciones digitales de los periódicos de mayor difusión.

«El suicidio de Alfonso Duarte o el peso de la culpa», se titula el artículo que ahora mismo contempla Carmen. No tiene que leerlo en su integridad para descubrir que le adjudican la autoría de la desaparición de las chicas, así como de la muerte de Sandra Peinado.

—A lo mejor no es tan malo que tengamos el perfecto culpable —dice Carmen, sin mirar a *Karen*.

Le dedica unos minutos a la lectura del artículo de Natalia Mellado en *El País*, una periodista que Carmen sigue y lee con frecuencia. En su artículo, la autora reflexiona, a propósito del desdichado final de Sandra Peinado, sobre las terribles expresiones que en ocasiones como esta adopta la desigualdad de género. En el último párrafo de su columna, escribe: «Cada vez que una mujer desaparece, y siguiendo esa terrible y latente escala de la desigualdad, la mayoría de nosotros siempre vaticinamos el mismo final, porque

desgraciadamente suelen tener el mismo y atroz final las desapariciones que protagonizamos las mujeres».

—Esa es la puta realidad —se adhiere Carmen, al tiempo que tuitea el artículo a través de una de sus cuentas falsas de Twitter: @LadyCC&C.

Pedro Ginés, dentro de su línea, escribe en su cuenta de Twitter: «La autopsia de Sandra Peinado nos aportará un dato muy relevante, que cambiará el curso de la investigación #ChicasDesaparecidas #SandraPeinadoDEP».

—Menudo plasta, siempre con la misma basura —le recrimina Carmen.

Faltan tres minutos para las nueve de la mañana, Carmen conecta la cámara del portal a la pantalla que tiene enfrente. Fumando espera la llegada de Jesús, su inquilino del piso inferior. Por el momento, no ha podido ver a nadie recorriendo la calle, solitaria y en completo silencio.

—Todavía hay mucha gente de vacaciones —razona Carmen.

Programa mentalmente: «Nada más entre en la peluquería, subo cinco minutos a la azotea». No lo dice en voz alta.

Puntual, aparece Jesús. Se agacha para desbloquear la cerradura inferior y conectar el motor que sube la cancela. Porta un periódico bajo el brazo, en el que se puede ver una imagen del rostro de Sandra Peinado en la portada. Como la mayoría de los días, Jesús le dedica una mirada a la cámara, apenas un segundo, antes de acceder a la peluquería.

Dispuesta a cumplir con su ritual diario en la azotea, recibe Carmen el aviso de un nuevo correo electrónico. Se trata de *Nodigassuerte.*

Más rápido imposible, ha titulado el correo. «Todo lo que he encontrado de Isabel y Alfonso D.», lee Carmen, una vez abierto.

Por un segundo, Carmen duda entre mantener su habitual horario o comenzar a examinar lo recibido. Opta por lo segundo y pincha sobre el archivo llamado *Alfonso D.*

En el archivo titulado *Fotillos*, Carmen vuelve a contemplar algunas de las fotografías que Alfonso Duarte había colgado en su página de Facebook. Nerviosa, poseída por la urgencia y la curiosidad, abre un segundo archivo titulado *Enlaces*, en el que descubre la desmesurada afición de Alfonso Duarte por las apuestas. No le hacía asco a ninguna modalidad: carreras de perros, futbolísticas, póker, boxeo…, apostando considerables cifras de dinero con una frecuencia diaria. De hecho, puede comprobar Carmen, todos los días a las doce del mediodía apostaba entre 10 y 50 euros en las carreras de perros. Este hecho pone en alerta a la inspectora.

—¿Tanto dinero da una cristalería? —se pregunta en voz alta y escribe en su libreta—. También puede ser que la cristalería sea una tapadera, nada más que una excusa para limpiar dinero.

Hace una estimación aproximada, a Carmen la suma le depara que solo en el pasado mes de julio Alfonso Duarte gastó más de 3.000 euros en apuestas *online*, recuperando poco más de 500.

Sin llegar a los importes de las apuestas, puede comprobar Carmen que Alfonso Duarte también destinaba importantes sumas de dinero a la compra de entradas para conciertos —un apasionado del flamenco por lo que puede ver—, a gran cantidad de discos y a diferentes aparatos y reproductores musicales. En el mes de junio adquirió, por ejemplo, un amplificador Marantz de alta fidelidad por 900 euros, y hace solo unos días, a mediados de agosto, compró unos altavoces por los que pagó 450 euros.

También puede comprobar Carmen que cada pocos días, no más de una semana, ingresa cuantiosas cifras de dinero, la mayor parte procedentes de la venta de cierres acristalados para terrazas y exteriores. Compara Carmen los precios cobrados por Alfonso Duarte con algunas de las marcas más conocidas del mercado y no le cuesta descubrir que duplica y, en algunos casos, triplica el precio medio.

—Joder, ¡qué suerte! ¡Vaya clientes generosos que tenía este hombre! —Se vuelve y le dice a Karen—. A Alex Katz le encantaría tener clientes de este tipo, y a Picasso también, ya te digo.

Carmen escribe: «Cristalería es una farsa». Y a continuación detalla algunos de los movimientos bancarios que más le han llamado la atención.

No olvida Carmen que tiene pendiente su visita a la azotea, la rutina es muy poderosa. En realidad, Carmen necesita la rutina, es su salvavidas la mayoría de los días, cuando el vacío, la soledad y el miedo se apoderan de ella. Hoy no es uno de esos días, pero a pesar de eso no está dispuesta a cambiar de hábitos. Se autoconvence de la necesidad de hacerlo: «Salir a respirar», se repite varias veces. «Solo cinco minutos, con cinco minutos es suficiente», insiste. Se despoja de la parte superior del chándal y se dirige a la cocina. En la escalera de caracol, sentado como siempre en el cuarto peldaño, le saluda *My Little Pony*, el pequeño minotauro morado, con su voz cantarina: «¡Me encanta jugar contigo!». No sorprende a Carmen Puerto, que se detiene a medio camino e introduce la llave en la cerradura que hay en la trampilla del techo. Ayudándose de las dos manos levanta la portezuela de acero y una avalancha de luz, de rayos de sol, la ciega durante unos instantes. Aun así, avanza con decisión, la rutina le confiere seguridad.

Hoy volverá a ser un día muy caluroso, puede comprobarlo ya en su cuerpo, que esta mañana tampoco desnudará. Un cigarrillo de marihuana mientras riega los pascueros y comprueba si hay alguna pieza para recolectar en su pequeño huerto. Nada, tendrá que seguir esperando.

Carmen Puerto no puede apartar a Alfonso Duarte de su cabeza. Está plenamente convencida de que tenía vinculación directa con el narcotráfico, que el negocio de la cristalería solo es un instrumento con el que blanquear dinero. Eso no le cabe duda. Lo que no termina de tener claro es si su suicidio guarda relación con esta delictiva actividad o con la desaparición de las chicas y la muerte de Sandra Peinado.

—Que se suicide y a las horas aparezca el cuerpo de la chica es demasiada casualidad —se repite mientras fuma.

- Julia abandona la cafetería y busca a Jaime, que la espera junto al vehículo.

—¿Nos podemos ir? —pregunta él.

—Sí.

—Vámonos para Huelva.

—¿Y no sería mejor registrar la vivienda de Alfonso? Ya tenemos la autorización del juez —propone Julia.

—Lo van a hacer los compañeros que han venido esta mañana. Nicolás se ha traído a su gente —responde Jaime.

—¿Pero vamos a poder hablar con Ana? —pregunta Julia con extrañeza.

—Eso espero.

—¿Has hablado con Barrientos? Estamos como para viajes en balde —dice Julia, mientras se ajusta el cinturón de seguridad.

—En eso estoy, ya sabes cómo es con el teléfono.

—Pues tendrá que espabilar.

—¿Qué?, ¿te ha contado algo interesante de tu amigo? —le pregunta Jaime nada más cerrar las puertas del coche, mirándola directamente a los ojos.

—¡Una novela! —exclama ella.

—Pues hasta Huelva tenemos 40 minutos, ya puedes empezar a contarme —le propone tras iniciar la marcha.

—Vamos a ver, por lo que parece y por lo que este hombre me ha contado, todo indica que Miguel no está metido en nada raro. Y si lo está es la persona más disimulada del mundo. Pero la familia, la familia, tela… —Y agita las manos Julia, como ilustración de sus palabras.

—¿La familia?

—Primero el padre, que un buen día se voló la tapa de los sesos hace años. Y el rumor que hay en el pueblo, aunque nunca se pudo demostrar nada, es que fue porque estaba metido en negocios raros hasta las cejas y estaban a punto de descubrirlo.

—Empezamos bien.

—Cuando se suicidó ya no era guardia, dejó el cuerpo y montó un negocio en la playa; ¿a que no sabes cuál? —le pregunta Julia con intriga.

—No me vayas a decir que La Hamaca —cuestiona Jaime, sin apartar la mirada de la carretera.

—No, hombre, no… Eso ya sería de película mala. Estuvimos hace poco: Las Dunas —dice Julia.

—¿Las Dunas? —No consigue recordar Jaime.

—¿Te acuerdas del chiringuito junto al quiosco ese que fuimos, al que no quiso entrar Miguel?

—Coño.

—Coño, sí, coño. Ese mismo.

- Nada más abandonar la azotea, en parte tranquila por haber cumplido con su rutina diaria, Carmen Puerto se dirige al salón tras una breve parada en la cocina para prepararse un capuchino. En Twitter ya se ha celebrado el correspondiente juicio y Alfonso Duarte es el culpable del asesinato de Sandra Peinado. Y a pesar de su suicidio, hay quien proclama en las redes sociales que nos encontramos ante un nuevo error judicial, porque con otras leyes se podría haber evitado este crimen y todos esos argumentos que se esgrimen cuando la tragedia aún nos quema en la conciencia.

Alivia a Carmen, y de qué manera, descubrir que Jaime le ha enviado al correo electrónico las pruebas con el primer examen toxicológico de Sandra Peinado.

—¿Otro suicidio? —se pregunta nada más leer los primeros renglones.

«Ingesta masiva», escribe en su cuaderno, y envuelve la expresión con un círculo rojo. «Ingesta masiva», repite a viva voz.

—*Eme* y cocaína, joder con la niña —reacciona una sorprendida Carmen Puerto.

Siguiendo con el itinerario establecido, abre Carmen el archivo que le falta de Alfonso Duarte y que contiene, fundamentalmente, conversaciones de WhatsApp que ha mantenido a través de la aplicación web, en su ordenador. Por la franja horaria, entre las diez de la mañana y las ocho de la tarde. Mayoritariamente, empleaba este sistema de comunicación cuando se encontraba en la cristalería, deduce Carmen. Una destinataria sobresale por encima del resto: Charo. Por el tono de las conversaciones, es evidente que Alfonso mantenía una relación íntima con ella, como también que se trataba de una relación oculta.

«Niña, borra los mensajes que nos buscamos la ruina». «Lo mismo te digo. A mí nadie me va a curiosear los mensajes». Puede leer Carmen, el final de una larga conversación, mantenida entre Charo y Alfonso Duarte el 8 de mayo de 2018.

«Cómo te gusta el bacalao que te preparo yo, que te crees que no me he dado cuenta». «Menos lobos, chanquete». «De agua dulce y de agua salada, eso sí». «De agua mineral, chaval». No puede evitar Carmen dibujar una sonrisa tras leer estos mensajes.

«Yo creo que te puedes escapar el sábado, me ha dicho que tienen lío fuera, tú ya sabes. Como poco no vuelven hasta el martes. Lo mismo hacemos algo especial, de eso que te gusta a ti». «Espero que sea verdad, que a tieso no hay quien te gane». Tras leer este mensaje, del 6 de junio de 2018, Carmen tiene claro que Alfonso conoce perfectamente a la pareja de Charo, hasta el punto de poder predecir sus movimientos.

Hace menos de un mes, el 14 de agosto, Alfonso y Charo mantuvieron la siguiente conversación:

Charo: Hasta el coño me tiene el cabrón este, cualquier día lo mando a tomar por culo, falta poco.

Alfonso: Tú estás loca, por un calentón no merece la pena montar semejante lío.

Charo: ¿A ti es que te da igual estar así siempre? No te come nada por dentro cuando me ves con él.

Alfonso: Claro que me come, ya lo sabes. Pero cuando no se puede hacer nada mejor no pensarlo.

Charo: No se puede hacer nada porque tú así estás muy bien, con novia para un rato.

Alfonso: ¿Lo dejamos ya para cuándo nos veamos?

Charo: Ya veremos si nos vemos más.

Alfonso: Charo, Charito, que se te va toda la fuerza por la boca.

Charo: No voy a decir por dónde se te va a ti.

Dentro de los miles de mensajes que encuentra en el archivo enviado por *Nodigassuerte*, la mayoría de ellos sin ningún valor informativo, Carmen Puerto encuentra uno que le llama la atención, iniciado por el propio Alfonso Duarte y que no obtiene respuesta, tal y como le ocurrió a Ana Casaño, ya que se trata del mismo número de teléfono que comienza por 7. Carmen Puerto no puede evitar marcar el número, tras asegurarse que su teléfono se encuentra en modo incógnito.

El móvil al que llama está apagado o fuera de cobertura.

- Están a punto de llegar a Huelva cuando Jaime Cuesta recibe una llamada telefónica.

—¿Puedes mirar quién es? —le pide a Julia.

—Nicolás —dice tras leer en la pantalla del móvil, que vuelve a colocar en el hueco junto al cambio de marchas. Nicolás es uno de los inspectores de los servicios centrales que se

han incorporado, dada la envergadura y dimensión del caso.

—¿Sí?

—Jaime, soy Nicolás. ¿Puedes hablar? —precavido, pregunta, tras percibir que le responde a través de un *manos libres*.

—Sí, claro, estoy con Julia.

—Te llamo desde la casa de Alfonso Duarte, ya han empezado los de la científica con lo suyo —le comunica.

—¿Habéis encontrado algo?

—En el coche, que lo tiene aparcado delante, nada.

—¿En la casa?

—Algo hemos encontrado.

—Coño, cuenta.

—Marihuana para aburrir.

—Ve a lo importante.

—Dinero, casi 15.000 euros en un tarro, en un armario de la cocina.

—Joder.

—Cinco o seis gramos de cocaína, y otros tantos de *eme*, tiene toda la pinta —desvela Nicolás con parsimonia, consciente de la importancia.

—¿Cantamos para bingo? —incrédulo, pregunta Jaime.

—Parece.

—Ea, hasta el móvil de manual: agresión sexual. Todo cuadrado —expone con cierto recelo Julia.

—No tenemos ni que esperar una orden de detención — dice Jaime.

El País
Opinión

La macabra lógica de la desigualdad

La noticia de la aparición con vida de Ana Casaño la recibimos con optimismo y esperanza, y creímos que muy pronto Sandra Peinado también tendría la misma suerte. Incluso —ahora lo podemos decir— la supuesta teoría del secuestro, que no pocos entendimos como cierta, escondía en su interior un mensaje positivo: seguía con vida. Sin quererlo, o conscientemente, transformamos esa posibilidad, el secuestro, en ese clavo ardiendo al que nos agarramos, desafiando hasta las certezas más terribles. Porque la desigualdad que padecemos las mujeres está plagada de terribles certezas en todos los ámbitos y circunstancias de nuestras vidas. También cuando esas circunstancias son más extremas, la desigualdad de género aparece, siendo igualmente más extremas para las mujeres. Si el nudo aprieta, más nos aprieta a las mujeres. Cuando las condiciones sociales son más penosas, las mujeres las padecemos con mayor intensidad; si la economía se derrumba, las mujeres somos más pobres; si se destruye el empleo o es más precario, las mujeres acaparamos los porcentajes más negativos de las estadísticas, algo que hemos vuelto a comprobar en los últimos años.

Y cada vez que una mujer desaparece, y siguiendo esa terrible y latente escala de la desigualdad, la mayoría de nosotros siempre vaticinamos el mismo final, porque desgraciadamente suelen tener el mismo y atroz final las desapariciones que protagonizamos las mujeres. Porque para las mujeres, correr por la calle, ir al gimnasio, practicar senderismo o, simplemente, salir por la noche, todas ellas actividades que no son de riesgo para los hombres, sí lo son para las mujeres. Esa es la realidad a la que nos enfrentamos cada día.

Sandra Peinado, rabiosamente joven, guapa, dulce y deslumbrante, no ha escapado de la macabra lógica que impone la desigualdad y que, de un modo u otro, padecemos todas las mujeres. El padecerla en su mayor intensidad y atrocidad, tal y como le ha sucedido a Sandra, solo depende de la casuística cuando las peores coincidencias se alinean en un punto concreto de nuestras vidas. Y ante eso las mujeres solo podemos esperar, ni tan siquiera pedir, que esos dados que no lanzamos no nos coloquen en la peor casilla.

Natalia Mellado

Martes, 4 de septiembre, 11 h

—Ya solo falta que Ana Casaño recupere la memoria y diga que fue Alfonso Duarte el que las retuvo contra su voluntad y que vio cómo obligaba a su amiga Sandra a consumir los ansiolíticos y las drogas —le comenta irónicamente Julia a Jaime nada más bajar del vehículo, en el parking del hospital Infanta Elena, en Huelva.

—Más aún, que lo haya grabado con su teléfono móvil y nos lo envíe en un WhatsApp, la pera —bromea Jaime.

—Eso ya sería lo más.

—¿Y te extrañarías?

—Pues no, visto lo visto.

Entiende Julia que es el mejor momento para nombrar a Carmen Puerto. Hasta ahora, premeditadamente, consciente de que es un tema delicado para Jaime, no ha querido hacerlo.

—Vaya, se hace raro no conectar el micro y los auriculares para que escuche…

—A mí no se me hace nada raro —la interrumpe Jaime.

—Yo solo decía…

—Lo que espero es no volverme a encontrar con el médico ese de los cojones, es peor que los padres. Ojalá Barri le haya hecho entrar en razón. —Reconduce Jaime la conversación.

Pero, en realidad, se le hace extraño a Jaime no conectar el micro y los auriculares, aunque no lo diga, aunque lo niegue.

Piensa en esto, cuando recibe un mensaje de Carmen Puerto:

«Muy importante: Charo». Y a continuación aparece un número de teléfono.

Jaime solo responde con una interrogación: «?».

«Tenía una relación oculta con Alfonso Duarte», no tarda en responder Carmen.

Se dispone a escribir Jaime, pero al descubrir que Julia lo observa opta por aplazarlo para más adelante.

En la cuarta planta, la puerta de Ana Casaño aparece cerrada a cal y canto. Jaime no llama y comienza a girar el pomo muy lentamente. No termina de hacerlo cuando la puerta se abre una cuarta.

—Ana está muy afectada —se limita a decir Elena Suárez, su madre, con el rímel difuminado en las mejillas.

—Solo serán cinco minutos —solicita Jaime.

—Sigue sin recordar nada. —No cede la madre.

—Cinco minutos —repite Julia.

—Dos y marchando —advierte Elena Suárez.

Los policías encuentran a Ana Casaño recostada en la cama, indefensa, observándolos con inquietud. Muy pálida, el pelo aplastado y plano, como sin vida. Al lado su padre, que les dedica una mirada de rechazo, sentado en una silla, le agarra la mano derecha.

—Hola, Ana, ¿cómo estás? —se interesa Jaime.

—Bien, bien —responde con voz cansada y aguda.

—No creo que sea necesario todo esto —dice Juan Casaño.

—Solo van a ser dos minutos —le reprende Elena Suárez.

—Solo van a ser tres preguntas —anuncia un sonriente Jaime.

—Estás muy guapa —le dice Julia, una vez a su lado, y le guiña un ojo.

—He estado mejor —responde Ana.

—¿Conoces a esta persona? —le pregunta Jaime mientras le muestra una fotografía de Alfonso Duarte, ayudándose de su teléfono móvil.

—No lo recuerdo —responde, negando con la cabeza.

—¿Qué es lo último que recuerdas del día que desaparecisteis? —se inclina Julia hacia la chica en el momento de formular la pregunta.

—Nada, que salimos de casa, que fuimos al centro comercial de la Punta y que luego dijimos de ir La Hamaca —responde con la vista perdida.

—Yo creo que les pusieron algo allí —interviene la madre. Con escaso éxito, intenta que su hija no la escuche.

—¿Ya no recuerdas nada más? —insiste Jaime con la mayor simpatía que es capaz de mostrar.

—Nada —dice. Y cierra los ojos.

—Nos hemos pasado del tiempo —recuerda Elena Suárez, y Juan Casaño resopla contrariado.

—Ya nos vamos —dice Julia.

—Sí, sí, nos vamos —confirma Jaime—. ¿Les importaría acompañarnos a la puerta? —les pide a los padres.

—Hasta pronto, Ana, seguro que en nada estás fuera —le dice Julia en la despedida.

—Claro que sí —asiente la madre.

—Ana, guapa, nos vemos —se despide Jaime.

Los padres de Ana Casaño siguen a los policías. Nada más salir, Jaime se cerciora de que la puerta esté cerrada. «¿Dónde coño estará Barri?», se pregunta mentalmente.

—Bueno, aparentemente, y desde un plano físico, evidentemente, no tiene mal aspecto. Otra cosa ya es el plano emocional —comienza a decir Jaime.

—Yo no la reconozco —se sincera la madre.

—Es normal, coño, todo lo que ha vivido ha sido una pesadilla…, ya dijo el médico que la reacción postraumática podría ser de cualquier tipo —argumenta el padre, al que se le nota en el rostro el cansancio y la tensión acumulada, en la intervención más extensa que los policías le recuerdan.

—¿Qué le han contado de Sandra? —pregunta Julia.

—Que está muy malita. El médico y su compañero, Cifuentes, nos dijeron que de momento no le podemos decir la verdad, estando como está —responde Elena Suárez.

—Barrientos —corrige Jaime.

—¿Y ella cómo reaccionó? —Mira Jaime al padre directamente a los ojos.

—La primera reacción fue de sorpresa…

—Sorpresa, no, coño, Juan, se llevó las manos a la cara y empezó a llorar…—rectifica la madre.

—Eso es lo que quería decir, sorpresa de que estuviera mal, y también en el hospital —aclara Juan Casaño.

—Entiendo.

—¿Y después?

—Ha estado mucho tiempo callada, y con los ojos cerrados, como si necesitara dormir, prácticamente no ha vuelto a hablar hasta que ustedes han venido —comenta Elena Suárez muy nerviosa.

—¿Y qué ha dicho?

—Que le gustaría ver a Sandra —responde el padre.

—¿Ir a verla?, ¿y qué le han dicho? —sorprendido, pregunta Jaime.

—Que, de momento, es imposible.

—Eso, que se tiene que esperar —reitera la madre.

—Claro, claro —asiente Jaime.

Julia hace lo posible por centrar sus ojos en los de Juan Casaño.

—¿Ha podido recordar algo más de su paso por Marbella? —le pregunta.

—¿Recordar el qué? —responde incómodo.

—Lo que hizo, adónde fue, esas cosas —detalla Julia.

—Ya se lo dije, no salí —insiste.

—Ya hablamos —se despide Jaime, con gesto serio.

Nada más abrirse el ascensor, en la planta baja, los policías descubren que hay varios periodistas en la puerta exterior del hospital.

—Ni respetan el dolor.

—Hay que entrar en directo.

—Tremendo.

—Vamos a ver a los padres —le propone Jaime a Julia.

—Están en el despacho del director, en la tercera planta — le señala.

Reconocen Jaime y Julia a dos policías de la Unidad Central, que están junto a Alfredo Barrientos.

—¿Barri, cómo los ves? —le pregunta Jaime con familiaridad.

—A él fatal, derrumbado, tengo la impresión de que se siente culpable de alguna manera que seguramente no es ni capaz de contar. En fin, no sé si me explico, un cacao mental en toda regla. —Barrientos, con las diminutas gafas de metal en la punta de la nariz, se piensa las palabras antes de seguir hablando—. Tengo la impresión de que cree que algo que ha hecho ha provocado que suceda todo esto, y con esto no quiero decir que lo contemple como un responsable directo —argumenta.

—Te entiendo. —No puede evitar Julia sentir una especie de atracción intelectual, por calificarla de algún modo, hacia Barrientos, y cabecea cada palabra que pronuncia asumiéndola como una certeza.

—¿Y la madre?

—*Flaseada*, Jaime, *flaseada*, completamente *flaseada*, yo no sé si está cerca de Marte o ya se ha ido hasta Saturno directamente, imagina cómo está la cosa. Y drogada, esa mujer lleva ya sus cositas en el cuerpo, aunque yo creo que está más que acostumbrada y se conoce las *pastis* de memoria, mejor que yo. Mucho me tendría que equivocar, pero si no me falla el ojo, que ya sabéis que no me suele fallar, esta mujer es una *depre* de caballo, de Prozac y camita durante días —relata Barrientos con su particular estilo, moviendo las manos eléctricamente, como si quisiera representar con sus delgados y huesudos dedos cada palabra.

—¿Tan claro lo tienes? —le pregunta Jaime, que también siente una especial preferencia por Barrientos, al que conoce desde hace más de 15 años. Y desde que lo recuerda, siempre brillante, observador y nervioso, no ha podido escucharlo sin dibujar una sonrisa en sus labios.

—Jaime, esos ojitos, esos ojitos loquitos son el espejo de una cabecita complicada que necesita de alimentación diaria: un cuartito de litio, de ansiolíticos o de lo que sea, pero esos ojitos no hay quien pueda ocultarlos, te lo digo yo. Y si de fábrica ya viene así, imagínate ahora que le han pegado un leñazo gordo, pues está deambulando por el espacio sideral sin necesidad de cohete. Pero ya aterrizará, ya caerá, que todos acaban cayendo —vaticina el psicólogo.

—Si tú lo dices.

—Debéis tener en cuenta que la aparición de Ana Casaño fue para ellos una especie de milagro, dieron por hecho que a su hija le sucedería lo mismo. Estaban convencidos, y claro, eso aumenta el trauma considerablemente; la creían de vuelta a casa y fijaos cómo se la han encontrado —explica Barrientos.

—¿Y podemos hablar con ellos? —pregunta Jaime.

—Con él, tal vez, si es capaz de controlar ese dolor y esa sensación de culpa que le está oprimiendo. Es de tal modo, que si este hombre tuviera que confesar algo, ya fuera relacionado con esto o con lo otro, los líos políticos me refiero, está a punto de caramelo: un *pellizquito* y te cuenta hasta la primera vez que se masturbó, lo que yo os diga —explica Alfredo Barrientos.

—¿Y ella, nada?

—Julia, eso es como si le hablarás a la cómoda de tu dormitorio, si quieres le puedes hablar, no pasa nada, no se va a romper, otra cosa es que te diga algo —responde el psicólogo, y Jaime y Julia no pueden evitar sonreír.

—Probaremos —dice Jaime.

—Prueba, prueba —dice Barrientos, al tiempo que les señala la dirección de entrada.

Nada más abrir la puerta, Jaime y Julia se encuentran a Alfonso Peinado e Isabel Robles, los padres de Sandra, sentados en un sofá de dos plazas, las cabezas ocultas entre un forzado abrazo que construye un amasijo humano indefinible. En una esquina, sentada en una silla, Mariló, la hermana de Alfonso Peinado, que se pone en pie al descubrir la presencia de los policías. Jaime, con un gesto, le indica que vuelva a tomar asiento.

—No saben cuánto lo siento, jamás hubiéramos deseado que este fuera el final… —comienza a decir Jaime.

—Todo lo que podamos hacer por ustedes —se ofrece Julia.

Los padres no responden, siguen abrazados. Alfonso Peinado llora sobre el pecho de su esposa, que se oculta tras su cuello y cabeza. Barrientos les hace saber con un gesto que no esperen mucho más.

—¿Siempre tiene que acabar así? —pregunta, con una voz ininteligible, Alfonso Peinado.

—¿Cómo?

—Perdone, no le he escuchado —le pide Jaime.

—Yo creía que mi hija… —No termina la frase.

—¿En qué podemos ayudarle, Alfonso? —en cuclillas, muy cerca de oído, le pregunta Barrientos.

La pregunta, para Alfonso Peinado, forma parte de un eco. «¿Qué puedo hacer por ti?»

—A que vuelva —responde entre gemidos.

—Sabe que eso no podemos, pero para todo lo demás aquí nos tiene —le ofrece Barrientos.

Julia se acerca con disimulo a Jaime y le dice: «Aquí no hacemos nada».

Jaime asiente y se despide de Barrientos, que permanece agachado junto al matrimonio, guiñándole un ojo.

Al regresar al vestíbulo de la planta baja, se vuelven a encontrar con los periodistas que aguardan en la puerta.

—Me gustaría salir por otro lado, si es posible —pide Julia.

—Vamos a ver qué nos dicen los de seguridad.

- Carmen Puerto está en la ducha. Agua fría sobre su cuerpo. Ya lleva 15 minutos debajo del chorro de agua, tratando de relajarse. Creía que podría sobrellevar esta nueva situación, la incomunicación, permanecer al margen, de otra manera. No con naturalidad o sosiego, estaba claro, pero al menos sí creyó que podría controlarse, no perder el mando. Pero durante algunos minutos se ha asomado al abismo.

Ha estado a punto de marcar el número de Jaime en varias ocasiones, pero no lo ha hecho. Y lo mismo le ha sucedido con *Jefe*.

Sale de la ducha y apenas se seca. Cepilla sus dientes con fuerza, necesitada de eliminar todos los restos de tabaco. Se observa en el espejo durante unos segundos. No le gusta lo que contempla, más vieja, más arrugada, más fláccido el pecho.

—Solo me faltaba eso hoy —le dice a su reflejo.

Regresa al salón tan solo cubierta por unas bragas blancas de algodón y una camiseta roja en la que aparece Elvis Presley vestido de *cowboy*, apuntando con una pistola. Toma asiento frente a la pantalla de plasma y repasa toda la información que ha recopilado sobre Alfonso Duarte. Examinando sus redes sociales, Facebook en concreto, ha descubierto que tiene tres amigas que se llaman Charo y que cualquiera de las tres, por edad, puede ser con la que mantiene una relación oculta. Este hecho fue el que aceleró la ansiedad de Carmen. El no poder pedirle a Jaime o a Julia que le busquen la información relativa al número de teléfono. Lo ha intentado ella, con sus medios, y no ha obtenido resultado.

—¿Y si *Charo* es un nombre falso? —se llegó a preguntar en el momento de mayor ofuscación.

Vuelve Carmen Puerto a examinar los perfiles de Facebook de las tres mujeres que pueden ser la Charo que ha descubierto en los mensajes de Alfonso Duarte. La primera, llamada Charo Paradas, es una chica de 34 años, castaña, mediana estatura, muy aficionada a los caballos y muy rociera —publica multitud de fotografías en la ermita de Almonte—. Poco activa en redes, entre una fotografía y otra a veces transcurren varios meses. Raramente comenta entradas de sus amigas o escribe textos propios. A simple vista no parece tener pareja.

La segunda Charo se apellida Bueno y, aunque no indica la edad en su perfil de Facebook, Carmen Puerto le calcula unos cuarenta recién cumplidos. Cifra que le confirma una fotografía en la que sopla una tarta con un 40 en el centro. Por su aspecto y forma de vestir: morena, pelo muy corto, recién cortado —por otras fotografías que contempla lo llevaba a la altura de los hombros hasta no hace tanto—, regordeta, clásica en su indumentaria —«chapada a la antigua», escribe Carmen—, y por el aspecto de sus amigas, que la acompañan en decenas de fotografías, no parece tratarse de la Charo que busca.

—No la veo, no la veo —repite sin dejar de examinar sus fotografías.

También tiene una cuenta de Instagram en la que aparecen la mayoría de las fotografías que ha podido contemplar en Facebook, algunas de ellas retocadas por los filtros de la aplicación. Imágenes, en gran medida, de atardeceres en la playa o en la desembocadura del Guadiana, algunos viajes cercanos, a Córdoba, Sevilla y Granada, siempre en compañía de sus amigas.

—Siempre son las mismas amigas: la rubia del pelo rizado siempre sale, y con los mismos morritos. —Le enseña Carmen Puerto a *Karen*, que se mantiene en silencio.

La tercera Charo se apellida Castro, y es amiga de Charo Paradas, la primera que examinó. Comparten la devoción por la Virgen del Rocío y bastantes amigos de Facebook,

por lo que puede comprobar Carmen. Si no miente en la información que aporta, trabaja en una inmobiliaria.

Es una mujer de 33 años, morena, de rasgos raciales, guapa por exótica. «La tía se sabe sacar partido cuando se arregla, vaya canalillo más bien puesto», dice Carmen tras ver unas fotografías incluidas en una carpeta titulada *Fiestas del Salvador 2018*.

«—Pídeme un ponche.

—¿Así estamos?

—Claro».

Imagina Carmen.

En esa colección de fotografías, Carmen lee un comentario que la traslada a las conversaciones mantenidas por Alfonso Duarte. La imagen muestra a una chica, una amiga, delante de la típica barra metálica de las verbenas, comiéndose un enorme bocadillo. Charo Castro comentó, el 14 de agosto de 2017: «No te come nada por dentro!!!».

—Coño, coño, coño, eso lo he leído ya. —Muy excitada, busca Carmen entre las anotaciones de su libreta una frase similar. La encuentra, la Charo que se escribe con Alfonso Duarte en uno de los mensajes repite exactamente esa misma frase: «No te come nada por dentro».

—¡Bingo, es ella, bingo! —Pierde el control por un instante y eleva en exceso el volumen de su voz, hasta el punto de que Jesús puede escucharla abajo, en la peluquería.

Un segundo de sorpresa y un buen rato de algo parecido a la satisfacción: a Jesús le gusta sentirla, saber de ella, aunque sea de esta manera, aunque tenga que inventar tontas y absurdas excusas ante sus clientes. Es su particular manera de sentirse menos solo, querido de algún modo, necesitado al menos.

SEVILLA: PUNTO DE ENCUENTRO

Tras atender a catorce medios de comunicación, entrevistas para prensa escrita y radiofónica, cuatro cortes para televisiones, una mañana intensa, Yakov Sokolov tenía una cita con su amigo Ramón Robles, el embajador español en Oslo, que se había ofrecido a mostrarle algunos rincones de Sevilla, la ciudad en la que había nacido y vivía su familia. Aunque solo dispusieron de dos horas, tras el almuerzo en una taberna junto a la plaza de la Encarnación el diplomático diseñó una ruta en la que el escritor ruso pudo contemplar el barrio de Santa Cruz, la Catedral, la Giralda, los Alcázares, la Maestranza y Triana, desde la distancia, al otro lado del Guadalquivir, sin cruzar su característico y afrancesado puente. Esa visión, la de la colorista y asimétrica calle Betis, fue la que más impresionó a Sokolov.

En el Casino de la Exposición, minutos después, una abarrotada sala aguardaba la presentación del último libro de Sokolov, *Mi nombre es Yakov*. Una obra que suponía un paréntesis en la saga titulada *El nacimiento de la nueva Rusia*, en la que recreaba con precisión y rigor histórico —tal y como la había calificado la crítica especializada— el desarrollo de la Perestroika, para narrar sus primeros años en un orfanato ruso. Solía argumentar Sokolov en las entrevistas que el propósito de su obra no era otro que «expulsar ese pasado tan duro que llevaba muy dentro» y, por otra parte, denunciar el deplorable estado de los orfanatos de su país. Algo que el Gobierno ruso entendió como una auténtica afrenta, motivada por su polémica salida del país, tras considerar el autor que *El nacimiento de la nueva Rusia* había tratado de ser silenciada por los estamentos oficiales.

El escritor emocionó al público asistente con su intervención, especialmente cuando detalló las condiciones en las que transcurrieron sus primeros años de vida, así como el trato recibido por el personal del orfanato. «Ningún niño debería padecer lo que yo padecí, y por eso cada día de mi vida no puedo nada más que agradecer el que mis padres, porque los reconozco como mis auténticos padres, me acogieran en su familia y me facilitaran esa oportunidad que parecía no estar a mi alcance», dijo Solokov, a modo de despedida, antes de recibir varios minutos de aplausos.

Isabel Robles, la hija del embajador, y su esposo, Alfonso Peinado, quedaron grata y emotivamente impresionados con las palabras del escritor. Y mucho más lo estuvieron esa misma noche, en la cena que organizó Ramón Robles en su domicilio.

—A tu padre solo le faltaba tener un amigo ruso —dijo la madre de Isabel con ese tono suyo que camuflaba cualquier sentimiento o emotividad.

Ese día de 1995 no se conocieron, fue en abril de 1996, en la sala de espera de la asociación de Adopción Internacional, cuando Isabel Robles y Alfonso Peinado coincidieron con Elena Suárez y Juan Casaño.

Coincidentes en edad, procedencia y «problema», no tardaron en congeniar. A la salida, tomaron unas cervezas. Y mientras ellas hablaban sin pudor, ellos permanecían en la retaguardia, como estudiando el terreno. De fútbol, de la Feria, de posibles amistades comunes, de zonas de Sevilla, así descubrieron que vivían relativamente cerca, por los Jardines de Murillo.

Pero la circunstancia, o la casualidad, que abrió definitivamente la puerta de aquella incipiente amistad se produjo cuando Elena Suárez —con toda seguridad las cuatro cervezas ingeridas

tuvieron algo que ver— confesó que para ellos haber escuchado y leído a Yakov Sokolov había significado un antes y un después en su percepción de la adopción, a lo que Juan Casaño añadió que, tal vez, nunca se habrían atrevido a iniciar los trámites sin ese «empujón emocional».

—Nosotros pudimos conocerlo, es muy amigo de mi padre —casi dijeron al unísono Isabel y Alfonso.

—¡Eso no será verdad!

—Claro, estuvo cenando en casa.

Siguieron más tardes como aquella primera, con o sin reunión previa en la asociación de Adopción Internacional, y llegaron más salidas, algunas escapadas de fin de semana, y llegó el primer verano juntos, en un hotelito que acababan de estrenar en Isla Cristina, y llegó esa excursión a Punta del Moral en una zodiac, en la que descubrieron que una familia vendía su casa a muy buen precio. «Para unos la planta de abajo y para otros la primera, estamos juntos, pero con su independencia cada pareja», argumentaron. Y, sobre todo, llegó, con apenas una semana de margen, la llamada de los responsables de la asociación, casi cuatro años después de haber iniciado los trámites, comunicándoles que ya podían viajar a recoger a sus hijas.

En muy poco tiempo, las dos parejas compartieron vivencias muy profundas y cruciales en sus respectivas vidas, fallecimientos de algunos padres, la lenta pesadez de la burocracia, pero también disfrutaron de momentos conjuntos de gran felicidad. En el otoño de 2001, unos meses después de la llegada de sus hijas a España, a Sevilla, los dos matrimonios organizaron una fiesta para celebrarlo.

Fue un día muy especial por más motivos de los que podrían haber imaginado. Un día diferente. Sucedió, como un latigazo, como un calambrazo, lo sintieron, sí, inexplicable e intenso, indomable. Y durante varios años lo trataron de obviar, hasta que ya no les fue posible.

MARTES, 4 DE SEPTIEMBRE, 13:56 H

Hay placeres que cuentan con una arquitectura muy simple, no requieren de gran esfuerzo, desembolso o tiempo. En ocasiones, solo se trata de que coincidan las circunstancias, los elementos, lo que sea. Jaime disfruta inesperadamente de uno de sus grandes placeres: conduce mientras escucha a Neil Young.

Nada más dejar el hospital Infanta Elena de Huelva —por suerte pudieron esquivar a la prensa, atrochando por una salida de mantenimiento—, Julia se quedó dormida, era mucho el cansancio y el sueño acumulado. Y para combatirlo —el sueño— Jaime sintonizó en la radio Rock FM, su emisora favorita, que tan poco disfruta porque no suele ser la emisora favorita de quien suele acompañarlo en el coche, bien su esposa o bien Julia. Pero ahora, en este día luminoso, azulado y caluroso, con su compañera dormida en el asiento contiguo, Jaime por un instante se siente solo. Y extrañamente feliz, por este momento inesperado, a pesar del silencio de su mujer, del encuentro recién mantenido con los padres de Sandra, a pesar de no poder contar con Carmen Puerto como quisiese, a pesar de los modos de *Jefe*, a pesar de todo. Por eso no quiere pensar en nada ni en nadie que le pueda estropear este momento, apenas cinco minutos, no necesita más, mientras suena *Harvest moon* de Neil Young.

> «Come a little bit closer
> Hear what I have to say
> Just like children sleepin'
> We could dream this night away».

Pero todo se acaba, hasta esos cinco minutos felices por inesperados, hasta esos cinco minutos radiantes en mitad de la bruma.

Nada más finalizar la canción, como si hubieran querido respetar el momento de Jaime, y cuando acaba de pasar el desvío a Cartaya, suena el teléfono de Julia, que responde con gesto malhumorado y voz ronca, profundamente dormida.

—Dime.

—Un *secreta* de los civiles nos ha contado que Alfonso Duarte tenía una historia con una tal Charo Castro que, curiosamente, es la hermana de Miguel, nuestro coleguita que nos ha colocado el juzgado. Dice que también es o ha sido novia de… Espera que se me ha ido y lo tengo aquí apuntado —dice Nicolás, uno de los compañeros de unidad que se ha incorporado.

—El Chanclitas, el Chanclitas —repite Julia.

—Ese, coño, ya te conoces a medio pueblo.

—Y algo más.

—Según me cuentan, el tal Chanclitas y Alfonso eran muy amigos, se conocían desde niños, jugaron al fútbol en el mismo equipo y se les ha visto mucho juntos. Hay quien dice que el hermano de Alfonso Duarte, un tal Joselín, es la mano derecha del Chanclitas.

—Joder, otra vez el susodicho —lo interrumpe Julia. Y Jaime la mira durante un segundo, intrigado.

—Todo apunta a que el tal Chanclitas, que en verdad se llama Gustavo Porta, es un narcotraficante de tomo y lomo, pero nunca nadie ha sido capaz de pillarlo en nada, ni con un paquete de Winston de contrabando —continúa Nicolás.

—Por cierto, si ese *secreta* es apañado, si lo ves de fiar, ¿por qué no le dices que te cuente más de la historia del padre de Miguel Castro? —La imagen del paquete de Winston le ha empujado a recordarlo.

—De acuerdo.

—En un rato nos vemos.

—¿Bien por Huelva?

—Nada.

—Joder.

- Carmen cumplió con su rutina y pudo dedicar cinco minutos a ver cómo Jesús abandonaba la peluquería este mediodía. Le pareció que llevaba prisa, y el que comprobara la hora en su teléfono móvil, nada más terminar de cerrar la persiana metálica, acrecentó esta sensación. Otro día, con más tiempo, le hubiera dedicado unos minutos a elaborar diversas hipótesis, pero hoy Jesús y su prisa es un tema menor.

  Nada le hubiera gustado más a Carmen Puerto que llamar a Jaime y a Julia y contarle su descubrimiento. Tuvo que conformarse con enviarle un mensaje de WhatsApp, que espera que lea a la mayor brevedad. Charo Castro es muy activa en Facebook y le ha llevado mucho tiempo a Carmen —o lo que su impaciencia considera mucho tiempo: 24 minutos— examinar con atención las entradas, comentarios y fotografías que aparecen en su cuenta. Algo que le llama especialmente la atención, tras un primer examen, es que aunque son «amigos» y aunque deben coincidir en multitud de ocasiones, por edad y cercanía, Alfonso Duarte y Charo Castro nunca han interactuado en Facebook, lo que refuerza su idea de que mantienen una relación oculta. Nada más acceder a su perfil, Carmen Puerto descubre que Charo Castro es, asimismo, muy activa en Instagram. Abrió su página en 2016, en febrero, y desde entonces acumula 3.568 seguidores, sigue a 2.345 cuentas y ya ha subido 1.278 fotografías, algunas de ellas, por lo que comprueba a simple vista Carmen, bastante sugerentes. Abundan las imágenes de Charo luciendo diminutos bikinis, escotes pronunciados y combinaciones muy ajustadas.

  —Más enseñaría yo si tuviera los años y el cuerpazo de esta chavala, cualquiera me hubiera parado. Lo que yo habría dado por un canalillo así —le dice a *Karen* y enciende un cigarrillo.

  En primer lugar, Carmen repasa la lista de seguidores de Charo Castro. Seguidores que, en una alta proporción, son hombres. Ella sigue a Ana Casaño y, sin embargo, no sucede al contrario: Ana no la sigue a ella. Sin rastro de Alfonso Duarte o de Sandra Peinado. Curiosamente, sigue y la siguen las otras dos *Charo*, que son amigas del fallecido Alfonso Duarte.

  Le encantaría a Carmen detenerse en todas y cada una de las fotografías del Instagram de Charo, 1.287 fotografías, comprobar los *likes*, leer todos los comentarios, buscar repeticiones, pero sabe que no cuenta con el tiempo necesario para hacerlo. Apenas puede dedicarle un segundo a cada fotografía, a veces menos. Se detiene en una que le llama poderosamente la atención. No aparece Charo, que toma la instantánea desde lo que con toda probabilidad es una moto de agua. En primer plano aparece el hombro de un hombre, parte de su cuello y el comienzo de su pelo, muy negro. En segundo plano aparece la salida del caño que conduce a la barriada de Canela, según consigue confirmar Carmen en un par

de minutos, al encontrar una imagen similar. Pateras amarradas en ambas orillas, algunas edificaciones en la margen izquierda, cañizos, el río Guadiana al fondo, Portugal difuminado donde concluye la imagen. Charo subió esta fotografía el 12 de agosto de 2018, y entre las etiquetas que empleó se encuentra *#sinfiltros*.

—Vaya, a otra que le gusta pasear por los caños y los esteros —dice Carmen y anota en su libreta.

Recupera las imágenes en las que se ve a Alfonso Duarte en su moto de agua. Aumenta Carmen las fotografías hasta que los píxeles se difuminan. Es incapaz de verificar si se trata de la misma moto.

Abundan los *selfies* en la cuenta de Charo, pero también las fotografías de posado. Nunca cita o nombra a la persona que las ha tomado, como tampoco suele etiquetar a otros usuarios.

Los ojos de Carmen se dirigen, como si una voz se lo indicara, hacia una fotografía que subió el pasado 11 de agosto, en la que aparece ataviada con un pequeñísimo bikini en el que se reproducen los colores, las barras y las estrellas de la bandera de los Estados Unidos.

—Coño, le falta estar haciendo los cuernos.

Está de rodillas en la playa, parece la de Isla Canela —cree Carmen que, a costa de ver tantas fotografías de las playas de Ayamonte, ha aprendido a identificarlas—, sus labios trazan una forzada y estudiada sonrisa, el pelo mojado, como si acabara de salir del agua. En una esquina aparece la parte delantera de una moto de agua, Carmen trata de comprobar si se trata de la que compró recientemente Alfonso Duarte.

—No, no lo parece, o sí, el agua provoca reflejos, coño — maldice Carmen, y escribe a toda velocidad.

Tiene que dejar de mirar la fotografía de Charo con el bikini de barras y estrellas porque ha empezado a ver a Ana y presiente que pronto empezará a ver a Marcia y ante tal inminencia opta por descansar un instante. Se dirige a la cocina y trocea varias zanahorias, las muerde con tanta fuerza que le duelen las encías y la mandíbula. Expulsa buena parte de la ansiedad en cada bocado.

Regresa al salón, el deseo por seguir avanzando en el examen de las fotografías de Charo Castro es superior a la ansiedad que la tensiona hasta el punto de sentir pinchazos en los dedos y en los pies. Está dispuesta a asumir el riesgo.

Sentada de nuevo frente a la pantalla, las imágenes desfilan ante sus ojos a considerable velocidad. Puede ver a Charo, morena y exótica, felina incluso, en diferentes posturas y con multitud de faldas, camisas, pantalones y camisetas, como si se tratara de un catálogo de moda.

—Se hace una foto con todo lo que estrena —dice Carmen en voz alta.

De pronto, otra fotografía reclama toda su atención, gracias a un pequeño detalle. Charo está abrazada a un hombre, del que solo se puede ver parte de su pecho desnudo. Ella, de perfil, como si estuviera escuchando el latido de su corazón, entre sus labios y su nariz aparece una parte del colgante que lleva el hombre: una pequeña estrella de mar, aparentemente de plata.

Acude inmediatamente a la imagen de Ana Casaño y comprueba que se tratan de la misma pieza, casi con toda seguridad. Valiéndose de un programa de edición, recorta la estrella de mar que aparece en la fotografía de Ana Casaño y la introduce en la ventanita de Google.

—¿Esto quién coño lo vende? —pregunta.

Las primeras búsquedas le muestran que no se trata de un colgante comercializado por un fabricante concreto. Hay multitud de estrellas de mar similares, elaboradas en plata o con otros materiales, pero ninguna es exactamente igual a la que aparece en las dos fotografías. Carmen Puerto escribe en su libreta: «La estrella de mar es de encargo, alguien se la ha hecho».

Carmen busca plateros y orífices que ofrezcan sus servicios en Ayamonte y en poblaciones cercanas. Cinco minutos después de haber comenzado, un cigarrillo quemado literalmente y dos lápices rotos, entiende que esa búsqueda no le reportará ninguna información valiosa, a expensas de una remotísima casualidad que le llevaría demasiado tiempo encontrar: la puede haber comprado en cualquier sitio.

Carmen agarra su iPhone, busca en la agenda el teléfono de Jaime, durante unos segundos se piensa el marcarlo. Finalmente, no lo hace. Es consciente de que no ha llegado aún ese momento, que tiene que conseguir una prueba más irrefutable, incontestable y definitiva. Aun así, le envía a Jaime varios mensajes con las imágenes de Charo y Ana junto a la estrella de mar.

«Es de la misma persona», escribe.

Playa de los Muertos

Tal y como les sucede a los musulmanes, que por lo menos una vez en su vida tienen que realizar la peregrinación a la Meca, les sucede a los habitantes de Punta del Moral con el pueblo de la costa almeriense del que son oriundos: Carboneras. Hermanadas las dos poblaciones, hay quienes han realizado el viaje en varias ocasiones, como el emigrante que regresa a su lugar de origen cada cierto tiempo. Muchos *punteros*, gracias a estas visitas, han conocido primos y sobrinos lejanos, abuelos, las casas de sus antepasados y el origen de muchas tradiciones que aún siguen compartiendo.

Sabores y olores similares, esa terminación de las palabras que solo ellos pueden entonar, expresiones y coletillas, y un mismo patrón: San Antonio de Padua. La sensación de llegar a un sitio extrañamente conocido, familiar en gran medida, se repite en todos los *punteros* que realizan el viaje por primera vez. Viaje que, en las últimas décadas, es cada vez más frecuente y, de hecho, es raro el año en el que no se organiza uno.

Cuando Gustavo Porta, el Chanclas, regresó de su única visita a Carboneras, en Almería —el *pueblico*, como lo llaman—, lo primero de lo que le habló a sus amigos y familiares fue de la playa de los Muertos.

—No es nada, te das dos paseos y ya la has recorrido, y para llegar no te puedes imaginar el paseo que tienes que dar, que llegas todo rozado; pero más bonita no puede ser. Yo creo que es la playa más bonita que hay en el mundo —entusiasmado, le contó Gustavo Porta a su amigo Miguel Castro.

—¿Y por qué la llaman así? —preguntó el guardia civil.

—Porque, según cuentan, como está metida para adentro allí solían acabar los cadáveres que llegaban de los barcos que naufragaban —le repitió el Chanclas la respuesta que le ofreció un primo lejano en el que pudo ver la mirada de su padre y los gestos de su madre.

—Pues, según eso, también podrían llamar así a estas marismas, ¿no? —respondió Miguel, más serio que de costumbre.

—Pues también —asintió Gustavo, sorprendido por la actitud de su amigo.

Durante unos segundos fumaron y bebieron en silencio, en la puerta de un bar de la barriada de Canela, donde se habían citado. Impulsivo —no era paciente, precisamente—, el Chanclas no dudó en preguntarle a Miguel.

—¿Te pasa algo?

—¿Me tendría que pasar algo? —Miguel respondió a la defensiva.

—Pues tú dirás.

En ese preciso momento, Miguel descubrió la estrella de mar en plata, que colgaba del cuello de su amigo y que apareció entre medias de su camisa de cuellos planeadores, abierta desde la mitad del pecho.

—¿Y ese colgante? —le preguntó.

—Nada, que nos lo han regalado a todos los que hemos ido a la excursión, porque por lo visto hay muchas en la playa esa que te he dicho —respondió.

—Te viene bien, ahora que has perdido el colmillo, ¿no?

—¿Cómo dices? —Casi rozó el Chanclas, con la suya, la nariz de su amigo.

—Que tienes que tener más cuidado con las cosas que pierdes y, sobre todo, con donde las pierdes, eso es lo que te digo. —Y Miguel Castro se levantó, tiró la colilla del cigarrillo al agua y se fue.

MARTES, 4 DE SEPTIEMBRE, 16:54 H

Jaime y Julia, de regreso a Ayamonte, pasan junto al Parador Nacional, en la parte más alta de la localidad. Guardan silencio, ambos recuerdan la fuerte discusión que mantuvieron en ese lugar, no hace tanto. Ni siquiera la belleza de lo que contemplaban, el atardecer tiñendo de un fuego dorado el puente que une España con Portugal, suavizó sus palabras.

Jaime detiene el vehículo en la gasolinera que hay junto al centro comercial, nada más percatarse de que ha entrado en reserva. Mientras reposta, comprueba su teléfono móvil, lee los mensajes que le ha enviado Carmen Puerto. Sonríe al comprobar que manejaba el nombre de Charo, sin apellido, aunque con el número de móvil, antes de que se lo dijesen a Julia:

«Es la pera esta tía», piensa.

Contempla las fotografías de Charo Castro y de Ana Casaño en las que aparece la estrella de mar, cerca de ellas.

«Es de la misma persona», lee.

Carmen, al comprobar que Jaime acaba de abrir sus mensajes, le escribe.

«Tenéis que ir a ver a Charo».

El inspector no abre el mensaje, no responde.

—Julia, vamos a hablar con la Charo de marras —le dice Jaime nada más introducirse en el coche.

—¿Le pedimos al juez que la cite?

—No, una cosita informal. —Sonríe Jaime.

—Ya estamos.

—No merece la pena.

—Método Puerto.

—Método *Vamos a resolver esto de una puta vez.*

—¿Se lo decimos al hermano?

—Vaya, se nos ha olvidado —responde Jaime de manera teatral. Y ambos sonríen.

La sede de la inmobiliaria en la que trabaja Charo Castro está situada muy cerca de la plaza de la Laguna, entre dos de los establecimientos más conocidos y visitados de Ayamonte. Entre el Alcaraván, una cafetería-bar de copas, donde puedes disfrutar de un concierto, contemplar una exposición fotográfica o ver una película de los años cincuenta, y el Margallo, un pequeñísimo local, célebre por su exquisito pescado frito —especies de baja calidad en su mayoría, casi imposibles de encontrar en el mercado convencional—. Es su manera de freírlo lo que le ha procurado la fama, así como sus célebres tomates aliñados, cuya receta es tan secreta o más que la de la Coca-Cola. La carta solo la componen tres platos, los tomates de salsa desconocida, pescado y chocos fritos.

—Este es el bar que nos dijo Miguel —dice Julia, señalando hacia Margallo.

—Por cierto, ¿por dónde anda? Ha pasado de ser nuestra sombra a desaparecer —se interesa Jaime, extrañado.

—Ha estado en el registro de la casa y de la cristalería de Alfonso Duarte —le aclara Julia.

—¿Y eso es bueno o malo?

—Espero que bueno.

Los policías llegan justo en el momento en el que Charo Castro sale de la oficina. Es más baja de lo que aparenta en las fotografías, tal vez como consecuencia de calzar unas sandalias

completamente planas.

—Charo, hola, ¿cómo estás? —le dice Jaime, nada más tenerla enfrente.

—Bien, ¿quién es usted? —No puede disimular los nervios.

—Jaime Cuesta y Julia Núñez, policías. Estamos investigando la desaparición de las dos chicas y… bueno… —Permite Jaime, premeditadamente, que el silencio concluya la frase.

—Nos gustaría hablar contigo un momentito, cinco minutos —le pide Julia.

—¿Conmigo, por qué?

—Sabemos que eras amiga de Alfonso.

—Yo no conozco a esas niñas —se defiende.

—Nadie ha dicho eso. —Esboza Jaime su mejor sonrisa—. Queremos hablar de Alfonso.

—Tampoco lo conocía tanto —niega sin convicción.

—¿Te importa que pasemos a tu oficina? Solo serán cinco minutos —insiste Julia, menos cordial que su compañero.

—Pasamos, si quieren, pero no tengo nada que decirles.

Charo saca la llave de un bolsillo trasero de sus tejanos ajustados. Le cuesta introducirla en la cerradura, a consecuencia del nerviosismo que la invade. Recorren un pequeño recibidor antes de acceder a su oficina, un espacio cuadrado decorado con promociones inmobiliarias y con una vista aérea de Ayamonte.

—Charo, mira, vamos a hacer esto muy fácil y muy tranquilo. Si venimos a verte aquí es para evitarte que vayas al juzgado, que ya sabes cómo está aquello, que es un auténtico circo, que solo falta Ana Rosa en la puerta —le expone Jaime con serenidad, trata de ganarse su confianza.

—Pero si es que no tengo nada que decir, de verdad. —Le cuesta hablar a Charo, que está a punto de romper a llorar.

—¿Cuándo fue la última vez que viste a Alfonso Duarte? — Jaime ha vivido decenas de situaciones similares y sabe que es el momento de forzar.

—No sé, no me acuerdo.

—Por favor, haz memoria —le pide Julia.

—No sé, de verdad —reitera, nada convincente.

—Charo, recuerda, hay infinidad de cámaras, colocadas hasta en los sitios que menos te puedas imaginar, donde menos te puedas imaginar, y todas esas cámaras las controlamos nosotros. —Jaime cambia radicalmente el tono de su oratoria y el gesto de su cara, severo.

A pesar de haberlo presenciado en más de una ocasión, no puede Julia dejar de sorprenderse por el comportamiento de Jaime, en el límite de métodos que siempre reprobará.

—¿Cámaras, qué cámaras? —balbucea Charo, a punto de derrumbarse.

—Charo, por todos lados. Si te digo hasta dónde hay no te lo creerías —insiste Jaime. Julia guarda silencio.

—Joder, joder… —Descompuesta.

—Dilo ya, Charo, dilo ya, que es el momento, que luego puede ser tarde —la anima Jaime, que retoma su voz paternal.

—Pufff, me voy a meter en un lío grandísimo —dice la chica y se lleva las manos a la cara cuando las lágrimas escapan de sus ojos.

—El lío es que te lo calles, de verdad —insiste Jaime.

—Ay, ay, quién me mandaría, joder, la puta…

—Venga, Charo —dice Julia, a la vez que le presiona amistosamente el hombro izquierdo.

—Pero esto tiene que quedar entre nosotros, eh, entre nosotros —advierte y Jaime cabecea, en

signo de conformidad.

—Alfonso y yo descubrimos a la chica que apareció, a la rubita, junto a la torre de Canela. Habíamos ido a dar una vuelta y cuando volvíamos nos la encontramos —al fin confiesa Charo Castro. Muy nerviosa, es incapaz de controlar el movimiento de sus dedos.

—¿Sobre qué hora sería?

—Sobre la una o así, calculo yo, no me acuerdo bien.

—¿Y no la visteis cuando llegasteis? —pregunta Jaime.

—No la vimos. A lo mejor estaba, pero lo dudo, porque luego no tuvimos problema para verla…

—¿Y por qué no avisasteis en ese momento?

Charo, con los ojos enrojecidos, se queda mirando a Julia en completo silencio, incapaz de responder.

—¿Por qué? —insiste Jaime.

—Alfonso no me dejó, me dijo que nos íbamos a meter en un lío, sobre todo él por lo que le había pasado —responde tras tomarse unos segundos.

—¿Y eso? —pregunta Julia.

—El historial que tenía… —justifica.

—Tampoco te viene a ti bien, ¿no? —cuestiona Jaime.

—No tanto.

—No tienes novio, ¿no? —insiste el policía.

—No, no tengo. Pero es igual.

Julia mira a Jaime antes de hablar, a modo de señal.

—Cuéntanos todo lo que pasó esa noche sin olvidarte de un detalle —propone la subinspectora.

—Todo, Charo, hasta lo que consideres una tontería puede ser muy importante —añade Jaime.

—Hablamos de negación de auxilio, eso es muy grave —le advierte Julia.

—No me dejó, coño, no me dejó que llamara a nadie —reitera Charo.

—Cuéntanos ya lo que sepas, es lo mejor que puedes hacer ahora —propone Jaime.

Durante algo más de 15 minutos Charo les cuenta a los policías cómo la madrugada del 2 de septiembre llega junto a Alfonso Duarte a las inmediaciones de la torre de Canela, que aunque ella no quería salir del coche la acaba convenciendo. Les cuenta que Alfonso olvidó una mochila y regresó al coche. Que apenas estuvieron 10 minutos en el lugar y que de regreso encontraron a Ana Casaño tumbada a los pies de la torre. Que Alfonso se agachó para comprobar si seguía con vida. Les repite que fue ella la que intentó llamar a la policía y que Alfonso se lo impidió y que se fueron cada uno a su casa después de eso, tras prometerse guardar silencio.

—¿No pasó nada más? —pregunta Jaime.

—Creo que lo he contado todo.

—Algún detalle, cualquier cosa…

—Bueno, sí, Alfonso hizo una cosa… —comienza a decir Charo.

—Dime.

Suspira Charo, le cuesta hablar.

—Sea lo que sea, es necesario que lo cuentes —la anima de nuevo Julia.

—Alfonso se masturbó, cuando estábamos entre los matorrales… —reconoce Charo avergonzada.

—¿Se masturbó?

—Sí, porque yo no quise hacer nada con él.

—¿Y luego dices que tocó a Ana Casaño? —pregunta Julia, consciente de la importancia de la respuesta.

—Sí, le puso las manos en el pecho, para ver si seguía viva.

Julia y Jaime se dedican una mirada en la que albergan multitud de sentimientos, sabedores de que el caso toma una nueva dirección.

—¿Y la mochila esa dónde está? —pregunta Julia.

—La volvió a meter en el coche —responde Charo, y Jaime y Julia se miran a los ojos, queriéndose decir: en el coche no la han encontrado.

—¿Desde cuándo conoces a Alfonso? —pregunta.

—De toda la vida.

—Perdona, quería decir: ¿desde cuándo manteníais relaciones? —rectifica Julia.

—Poco, un mes o así —duda.

—¿Solo? —cuestiona Jaime.

—A lo mejor dos meses, pero no mucho más —matiza.

—¿De quién es esto? —Julia le muestra, ayudándose de su iPad, su fotografía de Instagram en la que aparece junto a un hombre que lleva el colgante de la estrella de mar.

—No lo sé, puede ser de cualquiera; casi todo el mundo en la Punta lleva ese colgante —responde Charo, sin apartar la vista de la fotografía.

—¿Y eso?

—Las dieron en una excursión que hicieron a Carboneras.

—¿Quién te ha contado eso? —pregunta Jaime con intención.

—No le puedo decir, no me acuerdo.

—¿Algún amigo especial? —insiste Jaime.

—No tengo amigos especiales —sentencia la chica.

—¿Gustavo? —desliza Jaime.

—Con Gustavo no tengo nada desde hace meses —rotunda, afirma Charo.

—¿Nada?

—Nada.

En la despedida, Charo vuelve a rogarles discreción, silencio, que nadie sepa que mantenía una relación ocasional, exclusivamente sexual por lo que narra, con Alfonso Duarte. Les llama la atención a los policías que a Charo le preocupe más esta cuestión que el hecho de poder estar implicada, aunque solo sea indirectamente, con la desaparición de las chicas y la muerte de Sandra Peinado.

—Está claro que no quiere que se entere el tal Chanclitas
—dice Jaime nada más salir a la calle.

—O el hermano de Alfonso Duarte, Joselín era, ¿no?

—Sí, Joselín.

—Si hacemos caso a los rumores, el tal Chanclitas se las gasta muy serias. Cuentan que unos cadáveres acribillados a balazos que aparecieron en Castro Marim hace un par de años fueron cosa suya —cuenta Julia.

—Seguramente, pero nos sucede lo mismo que a los de narcóticos: no tenemos ningún motivo para solicitar su presencia. Ni uno solo —lamenta Jaime y Julia asiente con una mirada.

—¿No tiene madre este Chanclitas? —pregunta Jaime.

—Tenerla, la tiene, pero nadie sabe dónde está.

—La pera.

—¿Qué hacemos con Charo? —pregunta Julia.
—Que el juez decida —responde Jaime.

- Carmen Puerto lee la información que, anunciada como una gran exclusiva, publica *OKEspaña*: «Pilar Ortega filtró el audio de su conversación con Alfonso Peinado que los involucra directamente en el caso de los másteres falsos». A continuación, el diario explica que la política conservadora, «sabiendo que la grabación se iba a difundir, propició que apareciese a la vez que se producía la concentración de apoyo a Sandra Peinado y Ana Casaño para amortiguar gran parte de su impacto».

—Joder, esto es rizar el rizo, aunque esta tipa es capaz de eso y más —comenta la policía.

Carmen comienza a examinar el último de los archivos que le envió *Nodigassuerte,* el correspondiente a Isabel Robles, la madre de Sandra Peinado. Durante unos segundos contempla algunas de las fotografías que han reproducido de ella los medios de comunicación. Una mujer de mediana estatura, cincuenta y tantos —calcula—, pelo corto muy negro, callada, hasta ahora se ha caracterizado por su mutismo y discreción, no recuerda Carmen alguna declaración o comentario.

—Vamos a ver lo que nos encontramos —sin girarse, le dice a *Karen,* y pincha sobre el icono del archivo.

La única relación que Isabel Robles mantiene con las redes sociales es una cuenta de Facebook que no ha utilizado desde abril de 2016. Y aunque se trate de un perfil propio, es Sandra Peinado la gran protagonista, ya que la inmensa mayoría de las fotografías que se pueden encontrar, tanto en el muro como en los distintos álbumes, están protagonizadas por la chica. Abundan las imágenes de hace unos años; Sandra en las clases de ballet clásico, sobre todo. Se dispone a examinar uno de estos álbumes cuando su teléfono móvil le alerta de que Pedro Ginés acaba de tuitear:

«Los primeros análisis a Sandra Peinado deparan una sorprendente revelación que puede variar por completo la dirección de la investigación. En breve, nuevas noticias #ChicasDesaparecidas #TLVSandraYAna».

—El informado está más perdido que el barco del arroz
—dice Carmen Puerto al tiempo que apaga el cigarrillo que tenía entre los dedos.

Cientos de fotografías de Sandra Peinado bailando, con un tutú vaporoso, en mallas, en pantalón corto incluso, entre los 5 y los 13 años, ensayos, actuaciones colegiales, en el salón de casa, en la playa… Le llama a Carmen poderosamente la atención una de las pocas fotografías que Isabel Robles ha subido a su página, dentro de un álbum titulado *Familia.* Se la puede ver con unos 10 u 11 años agarrada a una barra, ante un espejo, ensayando un movimiento de ballet. Como pie de la fotografía, uno de los escasos comentarios escritos por Isabel Robles: «Mi gran sueño».

Además de esta fotografía, hay cuatro más en el álbum denominado *Familia*. Todas ellas en blanco y negro, una muy jovencita Isabel Robles en el día de su primera comunión, agarrada de sus padres en una Feria de Abril y a bordo de una embarcación en la sevillana plaza de España y, de nuevo de la mano de sus padres, en una concurrida calle que Carmen reconoce como Sierpes, si la memoria no le falla.

—La niña de mis ojos —suspira la policía,

Pincha el archivo que contiene el historial web de Isabel Robles de los últimos siete meses. Le sorprende que tenga la constancia de abrir en todas las sesiones el modo incógnito de navegación, a pesar de que las páginas que visita no requieran, en un principio, de esa privacidad. La mayoría de las visitas son a las ediciones digitales de medios de información general, por lo que Carmen deduce que Isabel Robles no quiere que su marido, Alfonso Peinado, perciba que está especialmente
preocupada por las noticias que aparecen sobre él, en su relación con el caso de los másteres falsos.

Esta suposición apenas resiste unos minutos, ya que las visitas realizadas por Isabel Robles no se corresponden con enlaces que se redirijan a noticias que aborden la situación de su marido. Entiende que el activar el modo incógnito forma parte de una manía mantenida a lo largo de mucho tiempo, que realiza sin tener en cuenta las páginas a las que pretenda acceder.

Sí resulta mucho más llamativo las frecuentes búsquedas que realiza en Google en torno a los diferentes ansiolíticos que se pueden encontrar en el mercado: «Efectos secundarios Tofranil, composición Norpramin, consumo excesivo Zoloft, reacciones Celexa con ibuprofeno, dosis máxima diaria Tranxilium». Entiende Carmen que basta contemplar una imagen cualquiera de Isabel Robles para saber que es consumidora de este tipo de fármacos. Y que lo debe ser desde mucho tiempo atrás ya que algunas de las búsquedas son relativas a ansiolíticos que podrían calificarse como tradicionales, e incluso como históricos, si tenemos en cuenta su vigencia en el tiempo.

—Lleva la palabra depresión escrita en la mirada —dice Carmen y *Karen* parece querer corroborar la afirmación.

Nada más examinar los primeros correos de Isabel Robles descubre que se trata de la amante de Juan Casaño, escondida bajo el pseudónimo de *Regaloinvisible*. Carmen puede contar a simple vista unos quince correos, tal vez menos, la mayoría dirigidos a Juan Casaño.

«Este fin de semana estoy sola y creo que deberíamos aprovecharlo, hace ya demasiado tiempo que no estamos juntos», escribe regaloinvisible1962@gmail.com, el 9 de mayo de 2018.

«Tenemos que tener un poco más de cuidado, ten cuidado con el teléfono, nunca lo saques», escribe regaloinvisible1962@gmail.com, el 18 de junio de 2018.

—El roce hace el cariño —justifica con ironía Carmen.

La escasez de correos electrónicos contrasta con la ingente cantidad de mensajes de WhatsApp enviados y recibidos a través de la aplicación web de su ordenador. Tal abundancia sobrecoge y desespera a Carmen Puerto, a la que le encantaría dedicar el tiempo que considera necesario para examinar tal cantidad de información como se merece. Se entrega, una vez más, al azar, tal vez a la intuición, en la caza por encontrar los mensajes más determinantes.

—Joder, esto es como jugar a la Primitiva —se lamenta Carmen.

Apremiada por la urgencia, improvisa un orden a seguir: buscar primero en los mensajes enviados a otras personas que no son Juan Casaño o su marido, Alfonso Peinado, para a continuación centrarse más en ellos.

En el grupo escogido en primer lugar, destacan por su asiduidad y cantidad de mensajes los mantenidos con Elisa Pozo y con la profesora de *ballet*, Alicia Cano, que por lo que

deduce Carmen también es amiga personal de Isabel Robles; de hecho es una de sus «amistades» de Facebook, de una lista muy reducida, solo 67 personas.

Elisa Pozo, no le cuesta deducir a Carmen Puerto, es la psicóloga de Isabel Robles, y debe serlo desde hace muchos años por el tono de las conversaciones que mantienen: «Isa, tú eres más fuerte de lo que imaginas, piensa en todo lo que hablamos la semana pasada y ponlo en práctica», le escribió el pasado 6 de julio. Comprueba Carmen Puerto que Elisa Pozo tiene una consulta en la calle Águilas, en el centro de Sevilla. No encuentra comentarios, ni positivos ni negativos, de ninguno de sus pacientes.

«Ya no tengo sentimiento de culpa, ni por él ni por ella, porque cada uno a su manera me ha traicionado», escribió Isabel Robles el 14 de julio a las 17.45 h, a lo que Elisa Pozo le respondió: «No confundas esa falsa coraza que te has colocado con tus sentimientos reales, que son bien distintos».

La academia de *ballet* de Alicia Cano se denomina El Cisne y se encuentra ubicada en los jardines de Murillo, muy cerca de donde se encuentra el domicilio de Isabel Robles y su familia. En cuanto a las conversaciones que mantiene con Alicia Cano, se alternan las relativas a su relación personal con las que abordan la formación de Sandra. De estas últimas, encuentra dos conversaciones especialmente significativas.

En la primera de ellas, cronológicamente tuvo lugar el 12 de mayo de 2018 entre las 10 y 11 de la mañana, Alicia e Isabel se intercambian mensajes en los que comentan la desidia y falta de actitud que demuestra Sandra en los últimos meses, en referencia a las clases de *ballet*.

Alicia: Ya no es como antes, es como si no le interesara.

Isabel: No te puedes imaginar lo que me cuesta que siga yendo a clase.

Alicia: Pues eso es nuevo.

Isabel: No, qué va, por lo menos lleva así un año.

Alicia: Yo no se lo había notado.

Isabel: Porque luego se animaría, una vez dentro.

Alicia: Puede ser. Pero lo de ahora es muy evidente.

Isabel: Lo de ahora es un auténtico calvario, como siga así se va a salir con la suya.

Alicia: Imagino que se quiere quitar.

Isabel: Meses lleva así, no para, de verdad.

Alicia: ¿Y ese cambio?

Isabel: Las amistades, Alicia, las amistades, tú ya sabes…

—¿Las amistades?¿Ana Casaño? —se pregunta en voz alta Carmen Puerto.

Alicia: ¿Y en los estudios cómo va?

Isabel: Bien, pero tampoco como antes.

Alicia: Es una edad muy mala.

Isabel: Sí, eso será, y que todo es muy malo a esta edad, todo.

Alicia: No te tortures, que todas hemos pasado por lo mismo.

Isabel: Yo nunca fui una niña así.

«Yo nunca fui una niña así», repite mentalmente Carmen Puerto, y a su cabeza viene esa imagen que han mostrado todos los medios de comunicación de Sandra Peinado, que a diferencia de su padre y hasta de su amiga Ana Casaño, es lo que se conoce como una «persona sin tacha». Nadie ha podido ofrecer un comentario o fotografía censurable, que genere controversia o que te haga dudar sobre ella.

Carmen Puerto encuentra una segunda conversación, muy reveladora, con Alicia Cano, en la que comentan, solo un par de horas después —a las siete de la tarde calcula la policía—, el suceso protagonizado por Sandra Peinado durante la clase de *ballet* del 19 de junio de 2018.

Alicia: No te puedes imaginar el susto, se cayó fulminada al suelo, como si estuviera muerta.

Isabel: Le ha pasado algo parecido en los últimos meses, pero nunca tanto como me cuentas hoy.

Alicia: Ha sido una cosa tremenda, de verdad.

Isabel: Imagino que ha sido una bajada de azúcar, come muy mal y luego pasan estas cosas.

Alicia: Desde que llegó la noté muy extraña. Tanto que le pregunté y hablaba muy despacio, como si estuviera muerta de sueño.

Isabel: Se pasa las noches con la *tablet* y los líos.

Alicia: Le pregunté si tenía sueño y me respondió una cosa muy rara.

Isabel: ¿El qué?

Alicia: Que se había pasado todo el fin de semana durmiendo, que tú le habías dado algo para dormir. Fíjate.

Isabel: ¿Eso te dijo?

Alicia: De verdad, eso me dijo. Y claro, todo el mundo se hartó de reír.

Isabel: No es para menos.

—Joder, joder —exclama Carmen y agarra su teléfono móvil. Tras pensárselo durante unos segundos, le escribe un mensaje a Jaime Cuesta:

«Es muy importante, necesito el informe de la Científica de Sandra Peinado. Por favor, es muy importante».

Esa misma noche del 19 de junio, día del desfallecimiento de Sandra en la clase de ballet, Carmen Puerto descubre que Isabel Robles mantiene una larga conversación, vía WhatsApp, con Juan Casaño al respecto:

Isabel: No te puedes hacer idea de lo rara que está Sandra desde que se ha enterado.

«*Desde que se ha enterado*: Sandra los descubrió», escribe Carmen Puerto.

Juan: ¿Qué ha pasado?

Isabel: No quiere ir ya a *ballet* y hoy ha fingido que se desmayaba en clase.

Juan: ¡No me digas!

Isabel: En mitad de la clase se ha tirado al suelo.

Juan: No me lo puedo creer.

Isabel: Lo que te cuento. Solo lo hace por fastidiarme, lo tengo claro.

Juan: Sabíamos que esto podía pasar.

Isabel: Ya, pero me lo como yo sola.

Juan: De momento, yo no puedo hacer otra cosa.

Isabel: Espero que esto solo le dure un tiempo, porque si sigue así no sé yo…

Juan: Un tiempo, espera, ya verás como pasa.

Isabel: Eso espero, porque lo que no me quiero imaginar es… tú ya sabes.

Juan: Eso no pasará.

Isabel: No será porque tú estés haciendo mucho.

Juan: Lo que puedo.

Isabel: Nada.

Nerviosa, excitada por lo que acaba de leer, Carmen Puerto comienza a liar cigarrillos en previsión de que necesitará varios en los próximos minutos. Enciende uno y escribe en su libreta. Se pone en pie y se lo muestra a *Karen*.

—¿Esto qué es? —Le muestra a la litografía, y luego lee en voz alta—: «Ha fingido que se desmayaba». ¡Pero si esto no tiene nada que ver con lo que ha dicho la profesora…! «Desde que se ha enterado»: ¿los pilló?— Y Carmen Puerto imagina a Sandra Peinado siguiendo a su madre, a escasa distancia.

Le está costando mucho a Carmen no marcar el teléfono de Jaime y contarle todo lo que acaba de descubrir en los últimos minutos.

—¿Sandra los descubrió, es eso? Es eso, sí: «Desde que se ha enterado» —se pregunta y se responde al mismo tiempo.

- Lee Jaime Cuesta el mensaje que le ha enviado Carmen Puerto en el mismo momento que recibe una llamada de Lola Vallejo, de la Unidad de Policía Científica.

—Dame una alegría —dice nada más responder. Por la frase, Julia ya sabe con quién habla y se sitúa muy cerca de Jaime.

—¿Recuerdas todo lo que te conté de Sandra Peinado? — eufórica, le pregunta.

—Sí.

—Pues olvídalo todo.

—¿Y eso?

—Un análisis más detallado nos ha aportado varios datos que lo cambian todo.

—Cuenta.

—En primer lugar, hay mezcla de fármacos. En concreto hablamos de dos, y todo apunta a que son Lexatin y Prozac, por los restos de fluoxetina y de bromazepam. Más elevado del primero, pero porque entiendo que hay un consumo prolongado a lo largo del tiempo — explica de corrido Lola Vallejo.

—Consumo prolongado —asiente Jaime, mirando a Julia.

—Con respecto a las drogas, aunque no puedo confirmarlo del todo, tengo la impresión de que las consumió disueltas en algún refresco, probablemente alguno de naranja, tipo Fanta o similar, con alguna bebida alcohólica muy azucarada, tipo ron añejo o algo parecido — relata Lola Vallejo.

—¿Puede que se le fuera la mano? —le pregunta Jaime.

—A ella o a quien le preparó la combinación, que también puede ser. Sobre todo si se mezcla *eme* con una cocaína de tanta pureza.

Cosas que nunca dijo

Llevaba Miguel Castro tres meses en Madrid, preparando las oposiciones de ingreso en la Guardia Civil, cuando lo llamaron a primera hora de la mañana para comunicarle que su padre había muerto.

—¿Qué ha pasado?

—Ha tenido un accidente.

Hasta que no llegó Miguel a Ayamonte no supo que su padre se había suicidado, se había volado la cabeza con la que fuera su arma reglamentaria. Tras el primer shock, le fueron contando los detalles, los amigos guardia civiles se ocuparon de ello, con esa áspera y marcial delicadeza: «Tu padre, desde que dejó el cuerpo, estaba muy raro, y eso que él se empeñaba en decir que estaba bien a todo el mundo», le contaron. «Yo creo que no se pensó lo del negocio ese en la playa, aunque le fuera bien no era su sitio», opinaron. «Se lo encontraron debajo del puente, nadie sabe por qué le dio por irse para allá para hacer esta locura», le narraron. «Tu padre fue de los mejores guardias que he conocido, Miguelito, digan lo que te digan», le dijeron.

A Miguel Castro le llamó la atención no encontrar velando a su padre al que fuera durante muchos años su gran amigo: Gustavo Porta, el Chanclas. Daba por hecho que el marinero, a pesar de los años distanciados, acudiría a despedirse de él. Pero no lo hizo. Su padre nunca le dijo porque dejaron de ser amigos, y eso que Miguel lo intentó con frecuencia. «Algo muy grave tuvo que pasarles para que no volvieran a dirigirse la palabra», ese pensamiento, repetido tantas veces, se reafirmó esa tarde y, también, al día siguiente, cuando tampoco asistió el marinero al entierro.

Miguel, antes de regresar a Madrid, fue a buscar al Chanclas. Todavía es incapaz de saber si lo empujó la curiosidad o el reproche. No le fue difícil encontrarlo, en la cubierta de su barco, repasaba las artes y los palangres. Con la camisa abierta a mitad de pecho, sus grandes patillas, su pelo tosco negro, rodeados los ojos por miles de finas arrugas y con más canas, seguía siendo el hombre que siempre había conocido.

—Te echamos de menos en el entierro —le dijo Miguel al marinero, nada más verlo.

—Miguelito, tú deberías saber, mejor que nadie, que los *punteros* no vamos a entierros —le respondió seco, sin apartar la vista de lo que estaba haciendo.

—¿Ni a los de los amigos?

—Ni a los de nuestros mismísimos padres —sacó Gustavo Porta un cigarrillo del paquete que llevaba en el bolsillo de la camisa y lo encendió. A continuación comenzó a toser estruendosamente, escenificando un gesto de dolor.

—¿Estás bien? —se interesó Miguel.

—Estoy de puta madre, Miguelito —respondió entre tosidos, con las mejillas encendidas. Quiso exhibir esa arrogancia tan característica y no lo consiguió.

—¿Qué os pasó?

—¿Otra vez con eso, coño?

—Si me lo dijeras, dejaría de darte el tostón —insistió Miguel.

—Cosas de mayores, cosas estúpidas de mayores que espero no repitáis vosotros —dijo el Chanclas, dirigiéndose con la mirada a su hijo, que acababa de llegar.

Los dos jóvenes se abrazaron. Aunque Miguel y Gustavo pasaron buena parte de su infancia y adolescencia juntos, nunca fueron, lo que se puede considerar, amigos. La suya fue una relación de primos; primos que se llevan bien, que sienten cariño el uno por el otro, afecto, pero nada más. Tal vez fuera por la diferencia de edad (cuatro años mayor Miguel), tal vez porque no compartían amistades, tal vez porque las suyas siempre fueron aficiones e inquietudes muy diferentes.

De vuelta, el encuentro con los Porta propició que recordara todos esos veranos y fines de semana que pasaron juntos, como si fueran una sola familia. Luisa, la madre, siempre en la distancia, pero pendiente de todos. Gustavo padre hablaba lo justo, le gustaba más mirar y escuchar, pero cuando lo hacía era imposible no admirarlo o sonreír. Mordaz, salvaje por esencial, inteligente por sencillo, por conciso, conseguía ser el centro de atención con un par de frases, cuando mostraba esa sabiduría tan natural y profunda que le caracterizaba.

Como a su padre, a Miguel le fascinaba pescar, navegar, recorrer los caños, junto al Chanclas. No es que desapareciese la sensación de miedo, de peligro, no… Era mucho más. A su lado Miguel tenía la completa seguridad de que no iba a ocurrirle nada, que estaba completamente a salvo, gracias a ese poder, a esa autoridad que desprendía.

Le costó a Miguel dejar de encontrarse con los Porta, mucho, y durante algunos años los echó de menos. Sin llegar a la radical separación de su padre, apenas tuvo contacto con ellos; saludos reprimidos y desde la distancia, poco más.

—¿Cómo está tu madre? —le preguntó el Chanclas a Miguel, a punto de introducirse en el coche.

—Imagina, regular.

—Cuídala, es una gran mujer, de las mejores que he conocido —le dijo. Y Miguel asintió con la cabeza.

—De tu parte.

De vuelta, el interés por su madre, las palabras que le dedicó Gustavo Porta, consiguieron que elaborase una nueva teoría sobre la ruptura de los dos amigos.

—Mi madre no —se respondió Miguel.

A Gustavo Porta, el *Chanclas*, en esa última vez que vio a Miguel Castro, «el sobrinillo del pueblo», como con frecuencia se refería a él, le habría gustado responderle a su pregunta, pero la llegada de su hijo lo impidió.

—Tu padre jamás me perdonó que estuviera metido en un lío, aunque fuera tan gordo, y que no le hubiera dicho nada — le habría gustado decirle.

—¿Y por qué no se lo dijiste? —con toda seguridad, le habría preguntado Miguel.

—Porque de hacerlo, tendría que haberle contado que tenía una relación con otra mujer. Algo que nunca me hubiera perdonado —le habría respondido Gustavo Porta, el Chanclas, al hijo de su amigo muerto.

Martes, 4 de septiembre, 19 h

—Solo me llamas cuando tienes un marrón —le reprochó Miguel Castro a su hermana Charo, nada más tenerla enfrente.

—¿Qué quieres que te diga?

—A Alfonso tenías que estar follándote, a Alfonso precisamente, es que manda cojones, tienes un ojo para los hombres que yo alucino, la verdad, alucino en colores —le reprochó Miguel con dureza.

—Eso es lo de menos ahora. Vamos a centrarnos en lo que se nos viene encima —le pidió Charo, muy nerviosa.

—Joder, joder… —Se pensó las palabras unos segundos—. Ahora te van a preguntar por quien tú ya sabes, no hace falta que te lo recuerde.

—Ya.

—Y solo tienes una respuesta: que lo conoces, que tuviste una historia con él hace un tiempo, pero desde hace cuatro meses no sabes dónde está. Es lo único que puedes responder, ¿te enteras?

—Sí.

—Pues repítelo, que yo lo oiga —le exigió Miguel a su hermana.

—Tuve un rollo con él pero desde hace cuatro meses no lo veo —le dijo.

—Repite.

—Tuve un rollo, pero no lo veo desde hace cuatro meses. —Obedeció.

- Esperanza Peña, una periodista del *Diario de Sevilla*, avanza en un tuit que Sandra Peinado sufrió un desmayo en la clase de *ballet* y que la profesora llegó a creer que estaba bajo los efectos de algún medicamento. El tuit incorpora un enlace web con el que se puede acceder a la noticia, que es lo que está haciendo en este momento una Carmen Puerto completamente bloqueada y estupefacta por lo que lee.

  La profesora de *ballet*, quien prefiere que su nombre no sea difundido, afirma que la chica protagonizó un accidental episodio en una de las clases del pasado mes de junio, cuando cayó al suelo semidesmayada. La profesora advirtió, desde el comienzo de la sesión, que «la joven no se encontraba en buen estado y que eran evidentes los síntomas de fatiga y sueño». Este hecho corona unos meses, los anteriores, en los que Sandra Peinado mostró un rechazo, casi repentino, por las clases de *ballet*, algo que nunca había sucedido en el pasado, «*en todos los años que llevaba recibiendo clases en la misma academia sevillana*».

  —Joder, y sin pagar, saben lo mismo que yo —se queja con amargura Carmen Puerto, que no puede salir de su asombro.

  Lo que no sabe Carmen es que Esperanza Peña, la periodista del *Diario de Sevilla*, es amiga de Alicia Cano, la profesora del *ballet* de Sandra Peinado, y que esta misma tarde le ha contado este hecho, una vez que los medios de comunicación han comenzado a difundir la noticia de que la chica murió por un consumo abusivo de fármacos.

  —A veces no saben el daño que pueden llegar a hacer nada más que por apuntarse un tanto de apenas media hora de actualidad —reflexiona en voz alta Carmen, tras comprobar que la información ofrecida por la periodista se desliza a todas las portadas de los periódicos digitales, ofreciendo multitud de lecturas y conjeturas.

Desde los medios que abordan la revelación como una evidencia más, hasta los de marcado sesgo sensacionalista, que plantean nuevas hipótesis a partir de sus propias e interesadas elucubraciones. Así, Carmen Puerto puede leer en la portada de *Actualidad Total* el siguiente titular: «Sandra Peinado y su madre llevaban meses sin hablarse». A continuación, el diario señala que «en los últimos meses, madre e hija mantuvieron con frecuencia violentas discusiones», motivadas, según el propio medio, por «la abusiva autoridad de la madre, empeñada en marcar todos y cada uno de los pasos de su hija».

—¡Vendo curso avanzado de psicología barata! —exclama Carmen Puerto, y enciende un cigarrillo.

Busca en Spotify una canción de un grupo que ha descubierto recientemente, Rufus T Firefly, selecciona la canción *Magnolia* y eleva el volumen considerablemente. Tararea la canción en voz alta, con un lápiz entre las manos. Trata de evadirse por unos segundos, recobrar el pulso, mantener la calma. De repente, como si alguien se lo ordenase, suspira profundamente, parte el lápiz en dos trozos y comienza a escribir:

«Estamos tan cerca que quema, quema, quema».

Carmen abre su libreta, deja que las hojas vayan pasando ante su atenta mirada, como si pretendiera que una idea o una señal escapase del papel para señalarle el camino a tomar. Cubre la pantalla del ordenador con imágenes de los protagonistas de este caso, tanto directos como indirectos. Debe ir descartando opciones, talar las ramas que no le permiten ver con claridad.

—Esto está muy revuelto, *Karen*, muy revuelto… Y así no hay quien encuentre nada —le comenta a la reproducción de Alex Katz, sin girarse.

Justo cuando la estrella de mar en el pecho de un hombre, junto a Charo Castro y Ana Casaño, ocupa la parte central de la pantalla, recibe un mensaje de WhatsApp sin texto, se lo envía Jaime Cuesta, adjunta un nuevo informe forense de Sandra Peinado.

—Si es que te tengo que querer —murmura sonriente.

- Jaime y Julia fuman apoyados en la baranda del puerto deportivo de Ayamonte. Embelesados, siguen las maniobras de atraque de un velero azul y blanco, estilizado y simple. Los reflejos de un sol desmayado, cansado después de un día tan luminoso e intenso, dibujan en el agua nuevas formas y colores.

Julia presiona levemente el costado de Jaime, previniéndole de quien se acerca, andando, por la izquierda, a paso ligero. Es Miguel Castro, con cara de pocos amigos.

—Ya me lo podíais haber comentado, solo eso, simplemente comentarlo. Me parece a mí que es lo normal entre compañeros —les reprocha.

—Perdona, ni somos compañeros ni te teníamos que avisar de nada —responde Jaime sin vacilar.

—Miguel, controla, controla —le advierte Julia.

—No es normal, lo vuestro no es normal —insiste Miguel en mostrar su enfado.

—Mira, no me vas a decir tú lo que es normal y lo que no es normal, faltaría más. Y ten muy claro que os estamos haciendo un favor, porque lo que deberíamos haber hecho es que el juez citara a tu hermana y punto. ¿Hubieras preferido eso? — Comienza Jaime a perder la compostura.

—¿Me estás amenazando?, dime, ¿me estás amenazando? — Se aproxima Miguel a menos de una cuarta de Jaime, que no se amedrenta y también se acerca.

—Joder, joder… ¡Parad!, ¡que están haciendo fotos desde ese coche! —Tiene que intervenir Julia, tras descubrir una cámara en la ventanilla de un vehículo cercano.

Sale a su encuentro la policía y, nada más hacerlo, inicia la marcha. Se trata de un Toyota Corolla gris, ocupado por dos hombres en las plazas delanteras.

—¡De puta madre! —brama Julia.

Miguel y Jaime retroceden y se acercan hasta Julia.

—Ya está bien, ¿no? Como no tenemos suficientes, vamos a buscarnos otro lío. Ya vale —les pide cuando están a su lado.

Jaime y Miguel se dedican una mirada pendenciera antes de atender la petición de Julia.

—¿Dónde nos podemos tomar una cerveza tranquilos?

—Ahí enfrente —responde Miguel.

—Pues vamos. —Y Julia toma del brazo derecho a Jaime, encaminándolo hacia la dirección señalada.

Recobrada en parte la calma, Miguel les cuenta a Jaime y Julia que su hermana tuvo en el pasado una relación, un «rollete», dijo, con Gustavo Porta, el Chanclitas, «nada serio», pero que acabó hace cuatro meses. También les contó que no se tomó muy bien que Charo acabase con la relación porque es «un tío muy soberbio, no está acostumbrado a que no le den la razón», detalló. Del mismo modo, les explicó que su hermana finiquitó la relación porque empezaron a no gustarle «ciertas cosas», «ciertos comportamientos» hasta el punto que comenzó a creer que eran verdaderos buena parte de los rumores que sobre el Chanclitas pululan por Ayamonte y alrededores. Siguió contando Miguel que con Alfonso había comenzado a verse «este mismo verano», que a diferencia de lo que le había sucedido con Gustavo, «Alfonso no era como contaba la gente», y que si no dijo nada en un primer momento es por el miedo que le provoca El Chanclitas y porque se lo pidió Alfonso: «No sabemos de lo que es capaz si se entera». «Y eso que lleva cuatro meses sin verlo», repitió Miguel varias veces durante su intervención. «No avisó mi hermana de la aparición de la chica por miedo, solo por eso, por miedo», concluyó Miguel.

Las dos cervezas y los treinta minutos de conversación entre los policías y Miguel han servido para restablecer en gran medida la normalidad, aunque las sospechas permanezcan intactas. De hecho, Jaime, nada más despedirse de Miguel, ha llamado a Nicolás para solicitarle que busquen evidencias de todo lo que le ha contado.

—Solo ha pretendido que no sigamos preguntando a su hermana —le dice Jaime a Julia, mientras caminan en dirección a su vehículo.

—Está claro —confirma Julia.

—Menudo pájaro.

—Pero no quieras ver más allá.

—¿Tú crees?

—Sí, es lo que creo.

—Yo no lo tengo tan claro.

Nicolás se dispone a transmitirles a sus compañeros las instrucciones de Jaime, cuando Sebastián Sánchez, un agente de la UDYCO que les han asignado como apoyo, le comunica que acaba de descubrir algo que puede ser muy relevante.

—Ya te dije que había más cámaras de las que teníamos controladas. Esta misma mañana

he descubierto una, privada, en la urbanización Las Gaviotas, donde estaban residiendo las chicas junto a sus familias —le dice.

—¿Y qué has visto?

—Vente para acá. —Le pide que se acerque hasta donde se encuentra y señala la pantalla del ordenador—. Mira el vídeo de esta cámara, la pusieron hace un año porque este vecino decía que había empezado a tener problemas de vandalismo; abarca aproximadamente la mitad del garaje y buena parte de la salida del edificio.

—Dime.

—Como puedes ver, a las 20:24 del día 29 de agosto, Sandra y Ana abandonan el edificio, y dejan de verse cuando comienzan a recorrer el camino de tierra que conduce al paseo marítimo. —En la imagen aparecen las dos chicas, ambas con minifaldas vaqueras y camisetas blancas de algodón estampadas en el pecho. Caminan en silencio.

—Sí, pero ese dato lo teníamos claro —dice Nicolás.

—Pero fíjate ahora, avanzo —Sebastián coloca el dedo índice de su mano derecha sobre la salida del garaje, donde aparece la imagen de un vehículo de tonos claros—. Este coche que sale a las 21:05 pertenece a Isabel Robles, que es la que va al volante. —Y Sebastián se queda mirando a Nicolás, que no termina de comprender la importancia vaticinada por su compañero.

—¿Y?

—Nicolás, Isabel Robles declaró que no abandonó su vivienda esa noche en ningún momento.

Preguntas, foros, respuestas

Una de cada cuatro personas adoptadas, en algún momento de sus vidas, desea conocer su verdadero origen. Es lógico y natural sentir curiosidad por tu pasado. Necesitas entender esa primera etapa de tu vida… No te sientas culpable por sentir esa curiosidad. Buscar tu pasado no quiere decir que la adopción haya fracasado… Para muchos padres la adopción es un tema tabú, pero no porque quieran esconder la verdad a sus hijos… Hay quienes mantienen que mientras el adoptado se sienta querido no necesita conocer su verdadera procedencia. Lo hacen como defensa, por intentar que sus hijos no sufran, que no descubran una realidad que tal vez les pueda doler… Se han dado casos de padres que no han confesado a sus hijos la verdad por lo que podríamos definir como «celos biológicos», al considerar que no podrían «competir afectivamente» con los verdaderos padres. Hay que tener en cuenta que las respuestas del pasado no solucionan las preguntas del presente… Debes diferenciar «encontrar» de «reencontrarte», no siempre sucede… ¿Quieren tus verdaderos padres encontrarte, sienten la misma necesidad que tú?

MARTES, 4 DE SEPTIEMBRE, 22:16 H

Los responsables de iluminación y sonido del programa *Toda la verdad*, de Tele 7, realizan los últimos ajustes antes de que comience la emisión. Pablo Méndez, el presentador del popular espacio, junto a la productora y una redactora, repasan el guión. En esta ocasión, tal y como acostumbran en los casos más relevantes, han trasladado el plató de *Toda la verdad* al lugar donde están ocurriendo los hechos. Por tal motivo han habilitado un pequeño set junto al centro comercial de Punta del Moral, justo enfrente de donde los marineros del *Hermanos Piedra* encontraron, flotando en la superficie, el cadáver de Sandra Peinado. A escasos metros de lo que queda del muelle de la Reina.

Entre los invitados al programa, además de dos marineros de la citada embarcación, una vecina de la urbanización Las Gaviotas, un enfermero del hospital Infanta Elena que dice haber atendido a Alfonso Peinado tras padecer un ataque de ansiedad, antiguos vecinos de cuando pasaban los veranos en Punta del Moral, una amiga de la profesora de *ballet* de Sandra Peinado y —han faltado fanfarrias y cornetas cuando lo han anunciado— uno de los amigos de Alfonso Duarte que tomó parte en la violación grupal por la que fueron condenados. Aun así, como todas las semanas, el momento álgido llegará cuando aparezca en escena el colaborador estrella del programa: Pedro Ginés.

Como de costumbre, tal y como viene haciendo desde los últimos años, de cara a ir posicionando el hashtag de turno, además de crear expectación, Ginés acaba de publicar un nuevo tuit.

«A lo largo del programa ofreceremos una información que cambiará por completo el rumbo de la investigación en el caso de #ChicasDesaparecidas #TLVSandraYAna en #TLVAyamonte».

Julia y Carmen Puerto, activadas las alarmas, leen al mismo tiempo el anuncio de Pedro Ginés.

—El rey de las mierdas ataca de nuevo —exclama Carmen en la soledad de su salón en penumbra.

—Aquí tenemos a tu amiguito —le dice Julia a Jaime.

—Esta noche tenemos circo —lamenta el inspector.

—Pero parte de ese circo lo ponemos nosotros, y algún día tendremos que descubrir quién es el topo —advierte Julia.

Carmen Puerto, desde que ha conocido los detalles de la aparición del cadáver de Sandra Peinado, no puede apartar de su cabeza la *Ofelia*, de John Everett Millais. Nunca podrá olvidar Carmen todo lo que sintió cuanto estuvo frente a ese cuadro, en el *Tate* de Londres. Recuerdos de su otra vida, cuando era capaz de subir a un avión para viajar a un país extranjero, antes de que el miedo cerrara la puerta a casi todo.

Con *Ofelia* en la cabeza, Carmen pela zanahorias en la cocina, rellena un bol con ensalada preparada, que baña en aceite de oliva, y saca dos botellas de agua de la nevera. Muy frías, casi heladas. Todo lo coloca en una bandeja de plástico, con la que se ayuda para trasladarlo al salón. Desconecta la pantalla de enfrente del ordenador y selecciona la función televisión, Tele 7. Sube el volumen.

Come muy rápido, bebe agua entre bocado y bocado, sin perder de vista la retahíla de anuncios publicitarios que, en gran medida, le son desconocidos.

Nada más empezar a sonar la sintonía, entre tétrica y gótica, Carmen recuerda a Jesús y el programa de *Toda la verdad* que vieron juntos una vez. Es un recuerdo que —por diferente,

único e irrepetible, con toda probabilidad— permanece intacto en su memoria. Y como aquel día, el primero en aparecer es Pablo Méndez, el presentador, vestido de la misma forma —completamente de negro, americana y camisa—, pero en esta ocasión en un escenario completamente diferente: frente a Isla Cristina, en la desembocadura del río Carreras, en Punta del Moral.

Pablo Méndez, con gesto circunspecto, cariacontecido, se muerde los labios mientras la cámara se acerca lentamente a su rostro. Cuando ocupa un primerísimo plano, comienza a decir:

«Como pueden comprobar, no nos encontramos en nuestro plató habitual. Esta noche, porque entendemos que la actualidad informativa así lo requiere, nos hemos trasladado al lugar donde desaparecieron Ana Casaño y Sandra Peinado, el pasado 29 de agosto». Toma aire Pablo Méndez, como si se fuera a enfrentar a un esfuerzo extremo y necesitara rellenar sus pulmones de aire. «Justo detrás de donde me encuentro, a escasos metros, ahora oculto bajo las sombras de la noche, apareció flotando el cuerpo de Sandra Peinado, como bien todos ustedes saben».

—Es de vomitar —dice Julia.

—Y te quedas corta —asiente Jaime.

«Esta noche vamos a contar con el testimonio en primera persona y en rigurosísimo directo de algunas de las personas que han tenido un especial protagonismo en estos últimos días. Unos invitados que, a lo largo de nuestro programa, nos van a ofrecer nuevas perspectivas sobre este caso que ha conmocionado a buena parte de la sociedad española». Desaparece por unos instantes Pablo Méndez de la pantalla y ofrecen imágenes obtenidas en los últimos días: la concentración en la plaza de Ayamonte, la llegada de la ambulancia con Ana Casaño en su interior al hospital de Huelva, el desgarrador llanto de los familiares y amigos de Alfonso Duarte, el tumulto frente al cadáver de Sandra Peinado a la espera del juez.

—Vamos a hurgar en la herida, vamos a hurgar en la herida —canturrea con ironía Carmen Puerto.

«En *Toda la verdad* hemos conseguido lo que ningún otro programa: esta noche vamos a contar con el testimonio, en apenas unos minutos, de uno de los compañeros de "manada" de Alfonso Duarte, y que como este también fue condenado por este delito. Un testigo directo, el relato más real, de ese Alfonso Duarte que muy pocos conocen», anuncia con risueña soberbia Pablo Méndez, muy orgulloso, como si se tratara de una proeza.

—Lo que faltaba —suspira Miguel, que sigue el programa en un bar cercano a donde está teniendo lugar, en Punta del Moral.

«Y por supuesto, queridos amigos, contaremos con las últimas y más recientes investigaciones de nuestro colaborador Pedro Ginés, algunas de ellas van a ser determinantes y marcarán un antes y un después en la resolución de este caso. Como pueden ver, Pedro Ginés sigue recibiendo nuevas informaciones de sus fuentes», dice Pablo Méndez y la cámara se dirige a un Pedro Ginés que finge mantener una tensa conversación telefónica, junto a la puerta de una furgoneta.

Carmen Puerto contempla en Twitter una fotografía en la que aparece su compañero Jaime Cuesta en actitud combativa con un hombre alto y joven que ve por primera vez. Sobre la imagen, puede leer: «La tensión de los agentes que tratan de resolver el caso de las #ChicasDesaparecidas es evidente. Aquí una muestra».

Julia y Jaime ven el tuit casi al mismo tiempo.

—Esto nos costará una llamada —advierte Julia.

—Y más pronto que tarde.

«Todo eso y mucho más, en esta nueva edición de *Toda la verdad*, que ahora comenzamos con

una conexión en directo con nuestro enviado especial a las puertas del hospital Infanta Elena de Huelva».

Plano del enviado especial, un hombre joven, no más de treinta años, que escenifica no escuchar adecuadamente a través del auricular, y que cabecea las palabras de Pablo Méndez.

—¿Cuál es ahora mismo la situación? —le pregunta el presentador.

—Yo la definiría, si se me permite, de tensa espera. Familiares e investigadores transmiten la sensación de que algo muy importante va a suceder en las próximas horas —anuncia con gesto serio.

—Qué curioso, una sensación compartida con nuestro colaborador, Pedro Ginés —improvisa el presentador, lo que provoca un más que visible ataque de pánico en el enviado especial, que busca desesperadamente en el papel que agarra con la mano izquierda su posible intervención.

De nuevo, plano del estudio al aire libre en Punta del Moral, en la desembocadura del río Carreras.

—Creo que no tenemos champú suficiente para tanta caspa —desprecia Julia.

—Ya, pero hay demasiada gente a la que le encanta tener el pelo blanco —apunta Jaime, que siente una vibración de su teléfono móvil, advirtiéndole de que acaba de recibir un mensaje.

—¿Ya está la *pirada* tratando de meterse? —pregunta con cierto desprecio Julia, molesta por el repentino interés de Jaime.

—No, es Lola Vallejo —responde el policía, sin tener en cuenta el tono de Julia. En realidad, no se ha dado cuenta.

—¿Puedes hablar?

—Por supuesto —responde Jaime de inmediato.

Y de inmediato también, Lola Vallejo llama a Jaime.

—Mira, no he podido esperar a mañana para contarte esto porque entiendo que es muy, pero que muy importante, y no creo que pueda esperar porque me parece que lo cambia todo —dice nada más escuchar la voz de Jaime.

—Venga. —Plenamente convencido de que se trata de algo fundamental, a tenor de la electricidad y la energía que desprende la voz de Lola. Le basta a Julia con ver los ojos de su compañero para contagiarse de la misma sensación.

—Mira, Jaime, he hecho tres pruebas, tres, con cobayas de distintos pesos para estar completamente segura y ya no me queda ninguna duda. Farmacológicamente no hay circunstancia o hecho alguno que justifique la amnesia de Ana Casaño. Ninguno. Ese tipo de fármacos te pueden provocar amnesias muy leves, de dos o tres horas a lo sumo, no más. La coca, tampoco. Otra cosa es que hablemos de una amnesia postraumática, que puede ser, digo yo, pero tú ya sabes que yo de eso no entiendo, de cabezas y demás no tengo ni idea, y yo solo entiendo de lo que entiendo —repite, como de costumbre, Lola Vallejo su particular coletilla.

—Barrientos se ocupa de eso —replica un desilusionado Jaime, que esperaba más a tenor de la urgencia de la forense.

—Eso por un lado, y ahora vamos a por lo otro —prosigue Lola Vallejo.

—¿Qué es lo otro? —Los ojos de Jaime y Julia se agrandan e iluminan al mismo tiempo.

—Como tú comprenderás, con las cobayas no he podido comprobar la amnesia, pero sí el tiempo de inconsciencia. Y te digo con absoluta seguridad que con lo que le habían suministrado, Ana Casaño no tendría para estar dormida más de cuatro horas. Eso quiere decir que, en el mejor de los casos, si la vieron ya inconsciente a la una de la madrugada, como mucho a las seis

debería estar despierta, incluso antes. —Respira con fuerza antes de continuar—. Y más te digo, Jaime, esto casi lo tengo confirmado, mañana lo tendré definitivamente…

—¿El qué? —la interrumpe un excitado Jaime.

—Cuando por la mañana la descubrieron y tomaron muestras de su sangre, ¿a qué hora fue eso? —pregunta.

—Poco antes de las nueve de la mañana —responde Jaime, y Julia confirma balanceando su cabeza.

—Nueve, ¿no? Pues un par de horas antes, como mucho, acababa de consumir *Lexatin*, por los restos de fluoxetina, porque es la única manera de explicar que en el primer análisis la presencia del fármaco fuera inferior a la que obtuvimos tres horas después, una vez que el organismo asimiló la sustancia —relata Lola Vallejo.

—Por lo tanto, ¿alguien le volvió a administrar *Lexatin* poco antes de que recibiéramos la llamada de Alfonso Duarte comunicándonos donde estaba? —pregunta Jaime, nervioso y desconcertado al mismo.

—Jaime, que yo entiendo de lo que entiendo, y ya no sé si se lo dio alguien o se lo tomó ella, eso ya os toca a vosotros averiguarlo, lo que te digo es que entró en su organismo a esa hora, más o menos —confirma la forense rotundamente.

—¿Tú eso me lo puedes mandar por escrito, verdad?

—Y ahora mismo si quieres.

—Eres la mejor.

—Eso se lo dices a todas. —Y finaliza Lola la llamada.

—Entonces… —comienza a decir Julia.

—Quien fuera sabía a qué hora iban a llamar avisando de que Ana Casaño estaba en la torre Canela —deduce Jaime.

—Está claro —confirma Julia, con los ojos clavados en los de Jaime.

—Tengo la impresión de que debemos ir a Huelva —anuncia Jaime.

—Estamos tardando.

—Pero esa es solo una vía más. Dile a Nicolás que inspeccione todas las cámaras de seguridad que haya entre Ayamonte y torre Canela. Necesitamos saber si Alfonso Duarte hizo ese camino una vez que dejó a Charo Castro en su casa —pide Jaime.

—Y vamos a decirle a Miguel que hable con el juez, que necesitamos intervenir varios teléfonos y que vamos a hablar con Ana Casaño —añade Julia.

—Sí, que lo hagan. —En esta ocasión no duda Jaime.

- Carmen Puerto, en tanto, mientras escucha el programa de Pablo Méndez, *Toda la verdad* —en el que en este momento entrevistan al amigo de Alfonso Duarte al que también condenaron por la violación grupal que protagonizaron en 2009—, extiende sobre la mesa todas las fotografías y anotaciones que ha ido almacenando en los últimos días, a la caza de un elemento que le muestre un camino a seguir. Sabe, dominada por la intuición, que lo tiene delante de sus ojos, pero es incapaz de encontrarlo. La impotencia, minuto a minuto, se va transformando en ansiedad, que empieza a afectar, cuando no a controlar, a una Carmen Puerto muy nerviosa.

- «Alfonso era muy buena persona, pero a veces tenía sus cosas, como las tenemos todo el mundo, y de vez en cuando tenía un punto violento que le costaba mucho controlar, sobre todo cuando bebía, se le iba la cabeza y descontrolaba. La verdad es que ese día todos habíamos bebido y consumido mucho, sobre todo ella, eso hay que decirlo, que todo el mundo lo sepa, que ahora lo pienso y perdimos todos los papeles, pero ella la primera, que eso no fue una violación, que cuando empezó a liarse con Alfonso nadie la obligó, y no impidió que luego yo la besara, ni nada de nada, que nos pasamos toda la noche de fiesta, que no le importó que su amiga la dejara sola», relata el supuesto amigo de Alfonso Duarte, cuya identidad e imagen permanecen en el anonimato.

—Será hijo de puta —maldice Miguel Castro, que continúa en el establecimiento cercano a donde está teniendo lugar el programa.

Su hermana Charo, en tanto, se encuentra en casa, sola, tumbada en el sofá. Las palabras del testigo oculto la trasladan a una conversación que mantuvo con Ana Casaño, la única vez que recuerda haber hablado con ella. Tuvo lugar este mismo verano, un sábado de finales de julio en La Hamaca —el último lugar en el que se la vio, junto a su amiga Sandra Peinado, la noche en la que desaparecieron, 29 de agosto—.

Charo Castro esperaba para entrar en el aseo, cuando Ana Casaño se acercó y, casi rozándola con la nariz, le dijo:

—Yo sé que a ti te gustan los chicos peligrosos. —Y sonrió con malicia.

—Y a ti las copas de dos en dos —le devolvió Charo, a tenor del estado que presentaba Ana Casaño, de evidente embriaguez.

—Y lo que caiga —respondió con desprecio y, con malos modos, se adelantó a Charo cuando esta se disponía a entrar en el aseo.

- Julia, en el asiento del copiloto, sigue el programa que están emitiendo desde Punta del Moral, *Toda la verdad*, a través de las reacciones que está generando en Twitter. *#TLVEspecial #Manada #TLVSandra #TLVChicasDesaparecidas* ocupan los primeros puestos en la lista de *trending topic* del momento. Julia lee en voz alta aquellos tuits que considera más relevantes.

—Con amigos como este, Alfonso no necesitaba enemigos —dice Jaime.

—Un hijo de puta en toda regla —sentencia Julia.

#TLVPedroGines se convierte en apenas un minuto en el hashtag más utilizado en Twitter.

Julia lee en voz alta:

«Acaba de afirmar #TLVPedroGines que Juan Casaño e Isabel Robles mantienen una relación sentimental y que el primero nunca abandonó #PuntaDelMoral como ha repetido en los interrogatorios».

—Coño, ¿y eso? —sorprendido, pregunta Jaime.

- Carmen Puerto vuelve a padecer la ansiedad que creía controlada, nada más escuchar a Pedro Ginés.

—Claro, si puedo tenerlo yo, lo puede tener cualquiera, solo es una cuestión de dinero —ofuscada, lamenta. Rompe dos lápices al mismo tiempo.

Tiene Carmen la sensación de que la delantera que les llevaba a sus compañeros y a los medios de comunicación ha quedado en nada. Necesita encontrar, a la mayor brevedad, ese

nuevo dato o información que otra vez le conceda ventaja.

- A pesar de no contar con *manos libres*, atiende Jaime la llamada de *Jefe* de inmediato.

—Esto es un puto circo, hay enanos por todos lados. —Su voz suena más grave que de costumbre.

—Es un caso muy complicado —dice Jaime.

—No me jodas.

—Sabes que llevo razón —responde Jaime. Julia le hace gestos de que mantenga la calma, que lo deje estar.

—Ahora solo falta que me digas que echas de menos a Carmen, que sin ella es más difícil —replica *Jefe* con voz pausada.

—Yo no he dicho eso.

—Hay más de cien personas, cien, implicadas en esta mierda.

—Y pronto tendremos una solución —se atreve a decir Jaime, que busca con la mirada la conformidad de Julia.

—Pronto son horas.

Y Jaime, durante varios minutos, relata las más recientes informaciones y las hipótesis que barajan. *Jefe* escucha en silencio, sin interrumpirlo. Solo cuando Jaime concluye, interviene:

—Todo me parece bien, pero lo que sea no puede pasar de mañana —le advierte.

—Lo intentaremos.

—Jaime, y ahora vas a hacer lo que te digo: bloquea a Carmen Puerto, no quiero que volváis a tener contacto con ella en lo que dure este caso, te lo ordeno. —Se muestra tajante.

—Pero…

—Mira, Jaime, hemos podido comprobar que es ella la que está filtrando a la prensa y no estoy dispuesto a consentirlo. Y sé, también, que has seguido en contacto con ella, que le envías mensajes y no quiero que siga sucediendo —le advierte.

—*Jefe*, yo…

—Bloqueadla, ahora.

Fin de la conversación.

—Su puta madre —comenta Jaime, tras comprobar que la llamada ha finalizado.

—Pura simpatía.

—Pues sí. —No le cuenta Jaime a Julia el verdadero motivo de su rabia.

- Miguel Castro, muy intranquilo, preso de los nervios, se acerca hasta donde están emitiendo el programa, con la intención de poder descubrir a algunos de los participantes anunciados por el presentador. Acordonada la zona por guardias de seguridad, apenas puede ver los focos, a parte del equipo técnico y varias autocaravanas, en las que supone deben estar los invitados.

—Si tienes algo que contar, hazlo ya —le escribe a su hermana.

—No tengo nada que contar —responde Charo a los pocos segundos.

- Nada más detener el vehículo en el parking del hospital Infanta Elena, todavía con las manos en el volante, Jaime Cuesta mira a Julia:

—Si te digo la verdad, no tengo claro a quién deberíamos ver en primer lugar —se sincera.

—Yo empezaría con Ana Casaño —responde Julia sin dudar, tratando de insuflarle la seguridad perdida, la que habitualmente le transmite Carmen Puerto.

—Sí, eso pienso yo también.

—Pues vamos.

Al salir del coche, Jaime comprueba que en los últimos minutos ha recibido 32 mensajes de Carmen Puerto, todos ellos similares: «Llámame». El descubrimiento le provoca un profundo nerviosismo, las palabras de *Jefe* siguen resonando en su cabeza.

Carmen Puerto, presa de un ataque de ansiedad, nada más descubrir que Jaime ha leído un mensaje, vuelve a enviarle otro: «Llámame ya».

—¿Pasa algo? —pregunta Julia, consciente de lo que ocurre.

—Nada, nada —le resta importancia.

—Imagino que la *pirada* está de los nervios. —Nada más decir esto Julia, el teléfono de Jaime comienza a vibrar—. Ahí la tienes.

—*Jefe* nos ha ordenado que la bloqueemos —dice a la vez que rechaza la llamada.

Y tal y como ha indicado *Jefe*, la bloquea. Julia lo hace a continuación.

—¿Estás seguro? —pregunta Julia, sabedora de lo que supone para su compañero lo que acaba de hacer.

—Y tanto. —Trata por todos los medios de transmitir seguridad, pero no lo consigue.

- Carmen Puerto ha roto cinco lápices, ha partido por la mitad varias hojas, ha tirado la libreta de pastas verdes contra el suelo, ha intentado liar tres cigarrillos y le ha sido imposible, ha ido a la cocina, ha bebido agua, se ha tomado un Orfidal y ahora abre la puerta de la ducha y, tras desnudarse de dos manotazos, deja que el agua fría caiga sobre su cabeza, sobre su cuerpo…

—¡Hijoputa, hijoputa, hijoputa! —no cesa de repetir, de maldecir, tras comprobar que ha sido bloqueada por Jaime y Julia.

Por un segundo, fuera de sí, ha estado a punto de marcar el número de teléfono de *Jefe*. No lo hizo, finalmente, y acabó arrojando el teléfono móvil sobre la mesa, con tal virulencia que temió haberlo roto. Ahora deja que el agua resbale por su cuerpo mientras el Orfidal comienza a surtir efecto.

- Jaime y Julia llegan a la habitación de Ana Casaño y golpean con suavidad en la puerta, que prosigue cerrada.

—Perdone la hora, pero es muy urgente que podamos hablar con Ana —le pide Jaime a Elena Suárez, que asoma la mitad del rostro a través de una pequeña apertura.

—Sigue sin recordar nada —rechaza.

—Solo serán cinco minutos —insiste Julia.

—Da igual el tiempo. —No da el brazo a torcer Elena Suárez, quien no duda en mostrar su característico malhumor.

—Dos minutos. —Y sonríe Jaime. Se guarda en la manga que cuenta con la autorización del juez.

—Déjalos pasar —dice Ana Casaño.

Lo primero en lo que se fijan los policías nada más acceder a la habitación es que no hay rastro de Juan Casaño. Madre e hija se encuentran solas. Ana Casaño ofrece un mejor aspecto, aunque en sus ojos se puede seguir encontrando desconcierto, estupor, como si no comprendiera nada de lo que sucede a su alrededor.

—Ana, ¿cómo estas? —le pregunta Julia con tono maternal.

—Mejor. —Su voz suena cansada.

—Necesitamos que respondas a dos preguntas, solo eso —le pide Jaime.

—Pero sin esforzarte, solo si te sale —añade la madre.

—Mamá, no te preocupes —dice Ana Casaño, y con un gesto les indica que está preparada.

—¿Eres capaz de recordar cómo llegaste a la torre Canela — donde estuviste entre el 29 de agosto y el 2 de septiembre—? —pregunta Jaime.

Ana Casaño cierra los ojos y aprieta los puños con saña, como si un profundo y fuerte dolor la recorriese.

—Lo he intentado, de verdad que lo he intentado, pero lo único que recuerdo es oscuridad, luces muy difuminadas, como de un coche, pero muy lejos, y poco más, no recuerdo nada más —relata la chica.

—¿Y eres capaz de recordar si estuviste siempre en el mismo lugar o si te llevaron a otro sitio? —lo intenta Julia.

—Creo que no estuve siempre en el mismo lugar —responde.

—¿Por qué tienes esa sensación?

—Por las luces, que cambiaban. No siempre eran las mismas —explica con dificultad, agarrada de la mano de la madre, que sigue la conversación a escasos centímetros.

—¿Cuándo se separó Sandra de ti? —insiste Jaime.

—Nunca estuvo Sandra conmigo —no duda en responder.

—¿Nunca?

—Yo no la recuerdo.

Jaime trata de encontrar en las respuestas de Ana, en sus ojos y en sus gestos una señal, una indicación.

—Dinos lo que recuerdes, lo que sea, aunque creas que no tiene importancia —le pide Julia ante el evidente enfado de Elena Suárez, que considera que el tiempo solicitado ha finalizado.

—Recuerdo beber, que alguien me daba de beber, me despertaba y me daban de beber, algo muy dulce, un refresco o algo así, no sé cuántas veces lo hicieron, eso es lo poco que recuerdo —añade Ana Casaño.

—Algo muy dulce…

—Si no les importa —les insiste Elena Suárez en la necesidad de concluir la conversación a la mayor brevedad.

Les acompaña hasta la puerta y en la despedida Jaime le pregunta por su ex marido.

—Pues no tengo ni idea —responde bruscamente.

No prosigue Jaime, consciente de que ya conoce los rumores que formulan sobre la relación que mantiene con su amiga Isabel Robles, la esposa de Alfonso Peinado y madre de Sandra.

—Jaime, seguimos sin tener nada. —El desaliento cunde en Julia, y aprovecha que se encuentra a solas con su compañero en el ascensor para expresárselo.

—Julia, yo también tengo esa sensación a veces, pero también tengo la sensación de que vamos a tocar una tecla que nos va a abrir la puerta. —Hace lo posible Jaime por mostrarse optimista.

—Te lo compro.

—Vendido.

- Carmen Puerto ha extendido sobre la mesa todas las notas, fotografías e informes que ha ido recopilando en los últimos días. Repasa las grabaciones que conserva en su teléfono móvil, vuelve a escuchar las voces de Alfonso Duarte, de la amiga de Ana Casaño y Sandra Peinado, de sus padres. Repasa minuciosamente las grabaciones de las cámaras de seguridad que le han enviado.

Regresa al blog del periodista mexicano que se hace llamar Matías Gallardo y que sigue la trayectoria de Alejandro Jiménez, el empresario de dudosa reputación que invirtió en la constructora, fundación y demás negocios de Germán Toro, para el que trabaja Alfonso Peinado. En una última entrada, subida el 2 de septiembre, titulada *Una indeseada compañía*, el periodista reflexiona con ironía y acidez sobre la mala influencia que ejerce el empresario mexicano en los negocios en los que se embarca, que empiezan a torcerse para sus dueños originales. En el párrafo final, el periodista escribe:

«La vida de Alfonso Peinado transcurría en la calma, sonreía, era feliz en su anonimato, en sus negocios, sombra del poder, hasta que el gran hombre azteca decidió formar parte de la estructura. A partir de ahí, tal y como le sucedió a Juan Pemán, en 1999; a Pedro Patros, en 2001; o a Susana Talavera, en 2007, su vida ha cambiado, a peor, su cara aparece en los periódicos, por desgracias empresariales y por desgracias familiares, sobre todo». Finaliza el post con unos gráficos que representan, numéricamente, la información vertida.

—Joder, más no, más no —brama Carmen Puerto, que vuelve a comprobar una vez más si tanto Jaime como Julia la han bloqueado—. ¡Lameculos! —exclama.

Sin embargo, a pesar de lo que le dicta su intuición, no puede evitar Carmen regresar al blog del periodista que dice llamarse Matías Gallardo. Escoge al azar el gráfico que representa a la firma de Pedro Patros, propietario en el pasado de una importantísima cadena hotelera. En 1997, según puede leer en un periódico económico, TAXACOL, la empresa de Alejandro Jiménez, se hace con el 49% de las acciones de Patros. «Lo que tendría que haber sido un impulso —escribe un analista— no tardó en convertirse en un pesado lastre que condenó a Patros a la bancarrota».

—No, no, no, ahora no, de verdad —reniega Carmen y cierra todas las páginas que ha abierto relacionadas con Alejandro Jiménez.

Examina por enésima vez las fotografías y comentarios vertidos en las redes sociales de Sandra y Ana. La estrella de mar, esa imagen del caño, la moto de agua.

—Ya no sé qué coño mirar —se lamenta la policía.

Repasa todas las notas que ha tomado del caso de los másteres falsos en el que supuestamente está implicado Alfonso Peinado. Escucha de nuevo el audio con la líder del Partido Nacional, que lo involucra.

Retoma Carmen el examen que realiza de todas las pruebas acumuladas. Gracias a un guión cronológico de cómo han ido sucediéndose los hechos, puede ir comprobando datos e informes de forma organizada. Al volver a ver la grabación de la gasolinera en la que

Alfonso Duarte alerta del hallazgo de una chica inconsciente junto a la torre Canela descubre un detalle que chirría: el número de la matrícula. La compara con la que aparece en el informe que realizaron tras el registro a su domicilio, una vez fallecido. Comprueba que no coincide.

Muy excitada —el Orfidal ha dejado de tener efecto—, abre las redes sociales de Charo Castro, a la búsqueda de una imagen que pueda guardar directa relación con lo que acaba de descubrir.

—Aquí está, coño, aquí está —repite eufórica.

En la imagen de Instagram —que también tiene en uno de sus álbumes de Facebook— aparece Charo Castro junto «a mi nuevo bólido», escribe, y que como el de Alfonso Duarte es un Seat León de color rojo.

Miércoles, 5 de septiembre, 0:37 h

Impaciente, Miguel Castro vuelve a consultar la hora. Enciende un cigarrillo, a unos metros de donde se está emitiendo el programa *Toda la verdad*, que encara su recta final, protagonizada por su colaborador estrella: Pedro Ginés. Conforme los minutos han ido pasando, más y más curiosos se han ido acercando al acotado recinto tratando de ver en persona a algunos de los invitados que han aparecido en la pantalla.

«En solo cinco minutos, en #TLVAyamonte voy a desvelar una información fundamental en el caso de #ChicasDesaparecidas estén atentos a la pantalla», acaba de escribir en su cuenta de Twitter Pedro Ginés.

Miguel recibe una llamada:

—Vete a la entrada del puerto deportivo —le indica una voz.

—Dos minutos —responde.

Emplea el breve espacio de tiempo en encender un cigarrillo que fuma con celeridad. En el lugar indicado —una puerta metálica en el comienzo de la dársena de madera— le espera un hombre de cráneo reluciente, alto y fuerte, cubierto por una llamativa camiseta de tirantes de los *Angeles Lakers*. No responde al saludo de Miguel, simplemente le abre la puerta. Apenas quince metros recorridos hasta llegar a un velero de tres mástiles de color blanco y franja azul, con banderas de España y Portugal.

Una escalerilla de tres peldaños, cinco pasos por la cubierta —donde hay una mesa con restos de cena y bebida— hasta acceder a un salón tenuemente iluminado, con una enorme pantalla de plasma en el frontal que reproduce, en modo pausa, el videojuego llamado *Fortnite*.

—Espera aquí —le ordena el gigantón con la camiseta de los *Lakers*, antes de perderse por una puertecita, en la esquina derecha del salón.

Miguel Castro, girando sobre su propio cuerpo, examina la habitación que huele a tabaco, a vino, a pescado y a sudor. En una barra, con tablero de mármol blanco, se agolpan multitud de botellas, la mayoría de rones de muy diferentes procedencias. Miguel se fija en concreto en una de las botellas, Zacapa 12 años, un ron de Guatemala. Con naranja, era la bebida favorita de Gustavo Porta, el Chanclitas.

—¿Qué, Miguel?, ¿cómo estás? —Le sorprende la voz de Joselín, el hermano de Alfonso Duarte, solamente cubierto con un bañador de palmeras en tonos muy ocres, casi amarillos. Le cuelga del cuello una estrella de mar en plata, similar a la que aparece en las fotografías de Charo Castro y Ana Casaño.

—Jodido, *Joselín*, jodido, ¿cómo quieres que esté? —responde nada más darse la vuelta.

Se abrazan durante varios segundos con fuerza y, a continuación, se besan en las mejillas.

—¿Y tú cómo estás? Siento mucho lo de tu hermano, pero mucho. Sabes cómo lo quería —dice Miguel.

—Un hijo de puta, lo que ha hecho, un hijo de puta —maldice Joselín con los ojos enrojecidos.

Miguel vuelve a abrazar a su amigo, que llora sobre su hombro durante unos segundos.

—Tranquilo, tranquilo, ya pasa —le dice Miguel, al tiempo que le golpea afectuosamente la espalda.

Tras separarse, Joselín esconde su rostro, como si no quisiera que Miguel le viera llorar. Se dirige hacia donde están las bebidas y llena un vaso con ron añejo, Santa Teresa.

—¿Quieres uno?

—Sí, ponme uno.

Miguel vuelve a dirigir la mirada a la botella de Zacapa.

—¿Dónde está? —pregunta.

—Miguel, sabes que aunque lo supiera no te lo diría —le responde.

—Tiene ahí su ron.

—Nunca puede faltar su ron, vaya que… —Y sonríe.

—Tengo miedo por mi hermana, Joselín, mucho miedo — reconoce Miguel. Busca los ojos de su amigo.

—No tienes por qué tenerlo, siempre que esto se pare aquí —le advierte Joselín. Escenifica un gesto de dolor tras beber casi la totalidad del ron servido de un solo trago.

—¿Qué significa eso exactamente?

—No creo que te tenga que explicar nada, ¿no? Miguel, joder, tú siempre has estado en el grupo de los listos.

—No te creas, a veces necesito que me digan las cosas muy claritas —responde Miguel, y fabrica una forzada sonrisa.

—Vaya…

—Siento decepcionarte.

—Pues que la cosa se quede como está, no más —dice Joselín—. Tal y como está, ¿OK? —reitera.

—Eso está jodido.

—Tú te las apañas.

Joselín sirve otras dos copas de ron. Durante unos minutos, interminables para Miguel, beben y fuman sin hablar, con la vista perdida en las luces que llegan desde donde está teniendo lugar el programa de televisión. Interviene Pedro Ginés, que hasta el momento, tal y como acostumbra, se ha limitado a relatar nuevamente todo lo acontecido en el caso de Ana Casaño y Sandra Peinado, reiterando cada poco que cuenta con información privilegiada que revelará en los próximos minutos. Pero los minutos pasan, y Ginés sigue relatando hechos por todos conocidos.

- No es la actitud de Pedro Ginés lo que provoca la angustiosa y taquicárdica ansiedad que padece Carmen Puerto, es el no poder contactar con Jaime y Julia. Está completamente segura: no se han dado cuenta de que cuando Alfonso Duarte avisó a la policía, desde el teléfono de la gasolinera, conducía el Seat León de Charo Castro y no el suyo propio, por lo que, con toda probabilidad, cuando se desplazaron unas horas antes a la torre Canela fueron en el mismo vehículo.

  —Han registrado el coche que no es —no cesa de repetir Carmen, que lo ha intentado todo para comunicarse con la pareja de policías. Los mensajes directos vía Twitter no han servido de nada.

  Ha llegado, incluso —cosa que jamás había hecho hasta ahora, en todos los años que lleva apartada del mundo en su particular escondite—, a subir a la azotea de noche. Le ha costado mucho convivir con todos sus miedos y horrores durante unos minutos, sentir que la estaban esperando, acechando.

  En primer lugar buscó en el armario del dormitorio, escondida en el cajón de la ropa interior, su arma reglamentaria: HK USP Compact. A continuación se ha provisto de una linterna. El sonido de *My Little Pony* la sobresaltó, por una vez, como si el propio juguete

fuera el asustado por el extraño horario y comportamiento. Le costó darle la última vuelta a la cerradura de la trampilla del techo, tener conciencia de que a continuación le aguardaba la noche, la oscuridad, el exterior, lo desconocido… Ha corrido hasta el arriate con los pascueros que esconde ese habitáculo secreto en el que guarda numeroso material. En el fondo, en una de las esquinas, encontró los dos teléfonos móviles, que introdujo en los bolsillos de la chaqueta del chándal.

A pesar de todo lo que se ha expuesto, de nada le ha servido: ninguno de los teléfonos tiene línea. Las han dado de baja. Demasiados años sin comprobar si siguen operativos. A Carmen Puerto le habría gustado poder gritar y destrozar todo lo que tuviera a su alcance, sin control alguno, pero se ha tenido que conformar con romper tres lápices y pisotear los teléfonos móviles que se ha traído de la azotea.

Ahora solo le queda una posibilidad: llamar a Jesús, el inquilino que regenta la peluquería de la planta inferior. Consciente de la realidad —y descartado desde el principio Alberto, su ocasional y remunerado amante, que no tiene conocimiento de cuál es su verdadera profesión— no duda en marcar su número.

Jesús duerme cuando el sonido del móvil lo despierta. No puede creer lo que ve en la pantalla, se trata de Carmen Puerto. Está enferma, es lo primero que se le pasa por la cabeza. Toma asiento en la cama antes de responder.

—¿Sí? —Apenas escapa la voz de su cuerpo.

—Necesito que vengas ahora mismo —le ordena imperativamente.

—Sí, sí, claro, ahora voy.

—Y no te olvides el móvil, es fundamental —le advierte.

—Pero, ¿te encuentras bien?

—Ven ya —insiste.

- Junto a la entrada principal del hospital Infanta Elena de Huelva, Julia le lee a Jaime el tuit que acaba de subir Pedro Ginés, solo unos segundos después de haberlo contado en *Toda la verdad*:

«La madre de Sandra Peinado se negó a que tomaran muestras de la sangre de su hija a finales del mes de junio. ¿Qué es lo que no querían que mostrasen los análisis? #TLVSandraPeinado #ChicasDesaparecidas».

—¿Podemos contrastar ese dato? —pregunta Jaime.

—Claro —no duda Julia.

—Ahora, digo —insiste Jaime.

—Déjame que lo pregunte. ¿Y tú qué vas a hacer? —le pregunta a su compañero, al ver que comienza a buscar un número en la agenda de su móvil.

—Llamar a Miguel, que se lleva mejor con el juez. Quiero que cite a Isabel Robles, la madre de Sandra Peinado —le dice.

—¿Seguro?

—Y tan seguro.

—Dime —responde Miguel, que sigue en Punta del Moral, cerca de donde han realizado el programa que acaba de finalizar.

—Necesito que hables con el juez para que cite a Isabel Robles —le dice.

—En eso mismo estaba pensando ahora —le responde. Trata de ocultar el alivio que la petición de Jaime le produce.

—Pues venga.

—Me pongo.

Jaime y Julia encuentran por casualidad al hermano de Sandra Peinado, Jesús, sentado en un banco, junto al aparcamiento del hospital. Teclea a toda velocidad en la pantalla de su teléfono móvil.

—¿Podríamos hablar? —le pregunta Julia.

—Si sirve para algo…

—Claro que sirve. —Y toma asiento a su lado. Con un gesto, Julia le indica a Jaime que los deje solos.

El inspector se dirige a la habitación que han habilitado junto al despacho del director del hospital, en la tercera planta, convencido de que los padres de Sandra Peinado aún siguen allí. Un agente le informa que han ido con su hijo a dar un paseo.

—¿Quién les acompaña?

—No lo sé.

—Muy bien, muy bien —resopla Jaime enfadado.

Mientras se dirige al encuentro de Jesús, marca el número de teléfono de Alfonso Peinado, que se encuentra apagado o fuera de cobertura. Jaime se teme lo peor.

—Jesús, ¿dónde están tus padres? —le pregunta Jaime cuando lo tiene cerca. Permanece sentado junto a Julia.

—Mi padre me ha dicho que iban a Sevilla a recoger ropa y resolver algunos asuntos —responde.

—¿Y te han dejado aquí?

—Me dijeron que no me diera el viaje en balde —responde.

—¿No les acompaña nadie? —insiste Jaime.

—Que yo sepa, no.

—Joder.

—¿Qué pasa, Jaime?

—Que hay cosas que no deberían pasar, pero pasan porque a veces somos… —se lamenta, realmente enfadado.

Julia percibe que su compañero calla ante la presencia del joven, por lo que se acerca hasta él.

—¿Qué pasa?

—Esto no me gusta: Juan Casaño desaparecido, los padres de Sandra también. Teniendo en cuenta que se ha destapado que estaban liados… No sé, no tengo buenas vibraciones, si te soy sincero —argumenta Jaime.

—¿Qué piensas?

—Mira, Julia, ya no tengo nada claro, porque la verdad es que tenemos demasiados frentes abiertos y ya no sé cuál dirección tomar —le explica un confundido Jaime.

—No tenemos ni mapa de llamadas, ni una huella, ni una pisada, solo el semen de Alfonso Duarte que todo apunta a que llegó de la forma más absurda y las grabaciones de las cámaras de seguridad… Poco más —relata Julia.

—Y si se confirma que Sandra estaba consumiendo ansiolíticos desde hace tiempo y que ese incidente en la academia de *ballet* estuvo provocado por eso. Además de que la madre

se negó a que le hicieran análisis, unos días más tarde, precisamente por ese motivo… Sí, puede ser poco, o mucho, según, pero es lo poco o mucho que tenemos —prosigue Jaime.

Se gira Jaime y se dirige hacia el hermano de Sandra Peinado, que sigue sentado en el banco.

—Jesús, ¿te importa que te haga unas preguntas?

—Ya le he dicho a su compañera que no —responde.

—¿Tú notaste rara a tu hermana últimamente?

—Rara, no, desquiciada. Y no era para menos. Por un lado, su amiga Ana, que la manejaba como quería, y por el otro, mi madre, que si es insoportable con todo el mundo, con ella lo era más —se sincera.

—¿Me podrías especificar?

Jesús mira a Julia antes de responder.

—Ana es un elemento de cuidado, ha estado toda la vida dominando a mi hermana, ha hecho con ella lo que le ha dado la gana; y algo parecido sucede con mi madre, que ha pretendido que Sandra fuera lo que ella nunca pudo ser. —A pesar de su juventud, Jesús tiene desparpajo, es ágil con las respuestas y presenta una notable entereza, a pesar del dolor que evidencia.

—¿Eso cómo es? —Trata Jaime de ganarse la confianza del joven.

—Pues siendo, así de fácil. Ana ha cambiado mucho en los últimos años, ya no es… como fue. Y mi madre, bueno, cuando mi hermana era pequeña hacía todo lo que quería, pero cuando ha crecido ya no quería hacer algunas cosas y… Bueno, mi madre no lo ha aceptado siempre, las cosas que…

—¡Por favor, por favor! —La exposición de Jesús se ve interrumpida por los gritos de Rafael Holgado, el portavoz de la familia.

—No pasa nada, solamente estamos hablando —justifica Julia.

—Joder, acaban de encontrar muerta a su hermana y es un menor, ustedes no tienen vergüenza —arremete Rafael Holgado, visiblemente enojado.

—Perdone, no le hemos faltado el respeto a nadie, así que le ruego que se tranquilice —se defiende Jaime.

—Esto lo haré saber a sus superiores —amenaza.

—Le animo a que lo haga.

—No me tiene que animar, lo haré.

—Está en su derecho.

—Jaime, ya, por favor, deja. —Se acerca Julia a su compañero y trata de calmarlo con escaso éxito.

—Hasta los huevos de todo un poco. —No recuerda Julia a un Jaime tan enfadado como el que contempla en este momento.

—No nos falte más el respeto —exige el portavoz.

—Le repito: yo no se lo he faltado.

—Por favor, Jaime… —Lo agarra Julia de un hombro. Puede sentir la tensión que desprende su cuerpo.

—Vámonos, Jesús. —Toma Rafael Holgado al muchacho del brazo y caminan hacia el interior del hospital.

Nervioso por lo que acaba de suceder, Jaime aprieta con rabia un cigarrillo entre los dientes. Su teléfono comienza a sonar, un número que no conoce. Se lo muestra a Julia.

—Ni idea.

—¿Sí?

Una torrencial Carmen Puerto, puesta en pie junto a Jesús, en el salón de su casa, comienza a decir:

—Jaime, por favor no cuelgues, soy yo, por favor, es muy…

—La que faltaba… —Y finaliza Jaime la llamada sin darle ninguna opción. A continuación, bloquea el número.

Comienza a sonar el de Julia, que se lo muestra a su compañero.

—No lo cojas y bloquéala, está con la cabeza ida —le indica Jaime.

—¿Seguro?

—Seguro.

—Tú mandas… —Julia sigue sin decirle a Jaime que Carmen le envió un mensaje vía Twitter.

No le da tiempo a Carmen a llamar de nuevo, bloqueada por ambos.

—¡Dios, dios, dios, dios, joder, joder, me cago en todo, me cago en todo! —no cesa de gritar, de maldecir, de tal manera e intensidad que asusta a Jesús, que la observa desde un rincón de la habitación.

No creía recordarla tan bajita, ni tan blanca de piel, pero tampoco tan ágil, le sorprenden la velocidad de sus movimientos. Tampoco recordaba un pelo tan cobrizo, casi rojo, ni la voz tan grave. Tampoco recordaba que la vivienda fuera tan oscura y que el olor a tabaco estuviera tan concentrado que casi se puede masticar. Tampoco recordaba esta temperatura, este calor pegajoso que parece no afectar a Carmen en nada, ni rastro de sudor en su cuerpo.

—Joder, ¿y ahora qué coño hago? —se pregunta Carmen Puerto, que se comporta como si continuase sola.

—Carmen, Carmen… —Con un hilo de voz casi imperceptible, trata Jesús de captar la atención de su extraña vecina.

—¿Qué, Jesús?, ¿qué? —le responde con desgana.

—Abajo, en la peluquería, tengo otro teléfono —le dice.

—¡No!

—¿Lo traigo?

—Estás tardando.

5 DE AGOSTO DE 2018

Ana Casaño, camiseta con las mangas recortadas y estampada con la lengua de los *Rolling Stones*, en la terraza del apartamento, urbanización Las Gaviotas, se pinta las uñas de los pies de un azul intenso, tan intenso como el del cielo que contemplan. Sandra, vaqueros gastados y cortados a mitad de muslo, la observa en silencio, admira la precisión que exhibe, que emplee el pequeño pincel como si se tratara de un rotulador.

—¿Quieres que te las pinte? —le pregunta Ana a Sandra, sin apartar la vista de sus uñas.

—No creo que me quede bien ese color.

—Pues busca en la caja uno que te guste —propone.

—No soy de uñas pintadas —rechaza Sandra. Bebe refresco de la lata, por medio de una cañita morada—. ¿Te acerco la tuya?

—Yo lo que me tomaría ahora es una cerveza bien fresquita, ¿nos damos una vuelta por El Cuchitril? —sugiere Ana.

—¿Ahora?

—Ahora, claro, una de la tarde, hora perfecta de la cerveza —insiste Ana, que al fin levanta la vista y le dedica una mirada, entre enfadada y sorprendida, a Sandra.

—No me apetece mucho, la verdad —se descuelga Sandra.

—No me apetece, no me apetece —ridiculiza su respuesta adoptando una forzada voz infantil.

—Es que no me apetece —repite Sandra.

—¿Y qué te apetece, hija, dime qué te apetece?

—Estar tranquila.

—Cada día te pareces más a tu madre, con la puta tranquilidad.

—No me parezco en nada a mi madre.

—La verdad es que eso no lo sabremos nunca —dice Ana, y empieza a reír a carcajadas.

—Qué jodida eres —le reprocha Sandra, que no puede evitar sonreír.

—Media horita y estamos de vuelta, ¿qué te va a pasar por media hora?, dime, solo media horita. —Ana se pone en pie y agarra a Sandra de la mano.

—Joder, cómo eres… —se resiste.

—Venga, vamos, vamos, que ya es hora. —Tira con más fuerza.

—¿Nunca aceptas un no?

—Ya sabes que no.

—Media hora y de vuelta —acepta Sandra, por fin.

En vez de salir por la puerta principal de la urbanización, utilizan la lateral, que da acceso a un aparcamiento público.

—¿Adónde vamos? —pregunta Sandra, precavida.

—Solo es un momentito —responde Ana, que se dirige hacia un todoterreno gris oscuro, un Toyota, con las lunas teñidas de negro.

—Yo no voy. —Se detiene Sandra.

—A la hora de comer estamos de vuelta —dice Ana, mientras le indica con una mano que la siga.

Una puerta del todoterreno se abre dejando escapar música, reguetón, a un volumen considerable.

Miércoles, 5 de septiembre. 2:22 h

Tras la experiencia fallida con el primer móvil de Jesús, Carmen quiere evitar a toda costa que la vuelvan a bloquear en este nuevo intento, por lo que primero va a almacenar los números de teléfono de Julia y Jaime en este segundo teléfono móvil de Jesús. Previamente, enviará mensajes a los dos y, posteriormente, los llamará.

Jesús la contempla en silencio, desde la incomprensión y la admiración, atento a todos y cada uno de sus movimientos, como si quisiera conservarlos para siempre en su memoria. Recorre de nuevo con la mirada el salón, la desproporcionada pantalla de plasma, los paquetes de tabaco sobre el cristal de la mesa, los posits recreando un mosaico de papel y colores, los cuadros de Alex Katz que le son tan familiares, ya que son los mismos que decoran su casa desde que los vio en la anterior ocasión.

No le cuesta descubrir a Jesús que Carmen Puerto está involucrada en la investigación del caso de las chicas desaparecidas, Sandra Peinado y Ana Casaño, sus fotografías están desperdigadas por toda la habitación y empapelan la práctica totalidad de la mesa.

—Jesús, ¿te importaría averiguar el precio de un taxi hasta Ayamonte y saber si podrían hacerlo en este momento? —le pide Carmen, después de un rato callada.

—Vale, sí, lo miro —responde. Por un segundo puede verse Jesús en Lisboa y en San Sebastián, como en el pasado, y una sensación de angustia, de miedo, le invade.

Carmen, antes de escribir los mensajes en el segundo teléfono móvil de Jesús, redacta un borrador a lápiz en su libreta: «Muy importante, el coche de Alfonso Duarte tiene matrícula 2929FWH y el de Charo Castro 5417FXX, los dos son un Seat León de color rojo. El vehículo que aparece en la cámara de seguridad de la gasolinera es el de Charo, por lo que fue el que utilizaron esa noche para ir a la torre de Canela. Ese es el coche que hay que registrar».

Lo lee Carmen varias veces antes de enviarlo, para asegurarse de que se entienda con la suficiente claridad.

—Ea, pues ya está —dice tras pulsar la tecla de envío. Enciende un cigarrillo.

—En un Uber, unos 180 euros —se atreve a decir Jesús, en un acto de valentía, e incluso de rebeldía, a tenor de su carácter.

—¿Y puede ser ahora?

—Sí.

—Muy bien, muy bien… —Sin apartar la vista del teléfono de Jesús, le pregunta— ¿Sigues pillado por la actriz esa, por Luz Márquez?

—No, no, ya no tengo nada —responde Jesús, que no puede evitar que sus mejillas se coloreen.

—Tuvo que ser muy duro todo aquello para ti, ¿no? —le pregunta Carmen, que sigue sin mirarlo.

—Sí, lo fue, mucho, pero bueno… —No es capaz de explicar con palabras todo lo que supuso, sobrepasado por la situación y por sus propios recuerdos.

—Menuda historia —resopla Carmen, que se frena en el momento que le iba a comentar a *Karen* algún detalle.

Por un instante, Carmen concentra la mirada en Jesús, por el que parece no haber pasado el tiempo. Sigue viendo en él esos rasgos aniñados, esa inocencia, esa fragilidad de la primera vez que lo tuvo enfrente, tres años atrás.

El teléfono de Jesús recibe un mensaje muy escueto: «Gracias».

—De nada, cabrones —responde en voz alta, para sorpresa de Jesús, que no termina de acostumbrarse a los permanentes cambios de humor de Carmen Puerto.

- —Manda cojones que no nos hayamos dado cuenta de eso —le comenta Jaime a Julia.

—Y que se haya dado cuenta la *pirada.* —Hay un evidente lamento en las palabras de la subinspectora.

—Pues sí. Y eso que hay cien ojos o más mirando todo esto.

—Cosas que pasan.

Jaime marca el número de Lola Vallejo.

—Lamento la putada —le dice nada más descolgar.

—Si me pillas follando, te mato —le responde con su característica voz ronca.

—Te necesito aquí, con tu mágica luz azul —le pide Jaime. A continuación le relata el descubrimiento del vehículo empleado por Alfonso Duarte.

Julia atiende una llamada:

—Nadie se ha personado en el domicilio de la familia Peinado hasta el momento —le comunica un agente, desplazado hasta el lugar, en Sevilla.

—Joder.

—¿Lo que imaginábamos? —pregunta un cariacontecido Jaime.

—Ni rastro del matrimonio.

—De esta no salimos vivos —dice Jaime, que ya puede escuchar la voz de *Jefe*.

—Sí salimos, ya verás.

Jaime accede al número de Carmen Puerto a través de su teléfono móvil y lo desbloquea. A continuación, le envía todos los informes, evaluaciones y balances que ha recibido en las últimas horas.

«Pero no se te ocurra llamarme», le advierte en el último mensaje.

—¿Estás seguro? —le pregunta Julia entre resignada y preocupada.

—No nos queda otra.

—¿Y ahora qué tienes pensado? —pregunta Julia.

—Varias cosas, pero lo primero buscar el coche de Charo Castro, antes de que lo encuentre alguien… —sugiere Jaime, y sonríe a Julia.

- Sorprendida, alegre, feliz a su modo, recibe Carmen Puerto los masivos envíos de Jaime. Por inesperados y por todo lo que suponen. Ahora comprende que les han obligado a bloquearla, que siguen contando con ella, tal y como han venido haciendo en los últimos años. Que no dudan de su capacidad, de su intuición. Es *Jefe,* una vez más, quien evidencia no compartir sus métodos, después de todos los años que pasaron juntos, «de todo lo que me debe».

—Tenemos faena —dice en voz alta. Jesús se encoge sobre la silla en la que está sentado.

—¿Qué tenemos que hacer? —compungido, pregunta.

—Tú, nada —responde Carmen sin vacilar.

—¿Me puedo ir ya?

—¿No quieres subir un rato a la azotea? —le pregunta Carmen con sorna.

—¿A la azotea?

—¿No te acuerdas ya? —Ríe Carmen.

—No, no me apetece nada —por fin reacciona Jesús.

- Jaime y Julia pasan unos minutos en el hotel. El inspector abandona la ducha. La cama sin hacer. Un polo gris marengo cuelga de una pequeña lamparita de la pared. La televisión conectada, Canal 24 horas. Paquetes de tabaco semivacíos en la mesita de noche. Jaime vacía el cenicero en una papelera del cuarto de baño. Prepara varias libretas y bolígrafos. Recibe un correo de Carmen Puerto: «Elisa Pozo es la psicóloga de Isabel Robles», seguido de su número de teléfono.

Suenan dos golpes en la puerta. «Somos nosotros», es la voz de Julia, quien aguarda acompañada de Nicolás.

—Vamos a ver —les dice nada más tenerlos delante e indicarles que tomen asiento—, lo que vamos a hacer esta noche lo vamos a hacer solos, ¿vale? Nosotros tres nos bastamos.

—Pero informando de todo al juez —advierte Julia.

—Tú dirás.

—¿Tenemos localizado el coche de Charo? —pregunta Jaime.

—Sí, ha sido muy fácil: está delante de su casa —responde Nicolás que, como es habitual en él, no cesa de atusarse el flequillo.

—Bien.

—Y tenemos algo más. —Los ojos de Nicolás brillan.

—Coño, cuenta —lo alienta Julia.

—Hemos elaborado un plano de posición de Isabel Robles y Juan Casaño de los últimos días, a través de la señal de sus teléfonos móviles. El día en el que desaparecieron las chicas, coinciden en un punto durante tres horas —entre las diez de la noche del día 29 y la una de madrugada del 30—: la vivienda que Isabel Robles y Alfonso Peinado tienen en Punta del Moral —explica a toda velocidad.

—¿No la habían vendido? —extrañada, pregunta Julia.

—Ellos no, los Casaño fueron quienes la vendieron, ellos la tienen alquilada —explica Nicolás.

—Estaba claro, nunca estuvo en Marbella. ¡Manda cojones! —afirma Julia.

—Parece que no…

—Julia, encárgate de hablar con Barrientos, que se ponga en contacto con Elisa Pozo, que le cuente cómo era el tratamiento de Isabel Robles, cómo se encontraba, si le hablaba de su hija, ya sabes. Nicolás, date una vuelta por el piso de esta gente en Punta del Moral y, mientras te diriges hacia allí, habla con el juez; necesitamos una orden para examinar el coche de Charo Castro y para entrar en la casa de esta gente. —Muestra Jaime más seguridad y confianza de la que realmente siente.

—Seguro que no hay problema —asiente Nicolás.

—Vamos a por todas, ¿eh? —dice Julia.

—Ya lo creo.

Los vehículos de Miguel y de Nicolás se cruzan en la última rotonda de la avenida de la playa. El primero regresa de Punta del Moral; el policía se dirige a la vivienda que los padres de Sandra Peinado aún poseen en la población marinera. Miguel se dirige a su casa. No puede dejar de repetir, en su interior, la conversación que ha mantenido con Joselín. Algunas frases se han quedado instaladas en su memoria.

Pasa junto al hotel en el que se alojan Jaime y Julia, por un instante piensa parar, por si los encuentra en la cafetería, cuando suena su teléfono móvil:

—Miguel, oye, van a registrar el coche de tu hermana. Lo acaba de autorizar el juez —le informa Antonio Peña, un compañero.

—Gracias, amigo.

Miguel aprieta el acelerador a la vez que marca el teléfono de su hermana.

—¿Dónde tienes el coche? —le pregunta en voz alta nada más atender la llamada.

—Delante, ¿por qué? —pregunta sobresaltada.

—Necesito que me des la llave ahora mismo.

—¿Qué pasa?

—En dos minutos estoy en tu casa —le anuncia.

—Aquí estoy.

Miguel Castro detiene su automóvil en la calle paralela a donde vive su hermana, en el centro de Ayamonte. Antes de salir del vehículo, se cerciora de que no haya nadie en las inmediaciones. Todo está en calma, apenas un par de ventanas escupen luz desde el interior. Miguel, diez metros antes de llegar a la casa de su hermana, la llama por teléfono: «Abre», es lo único que le dice.

—Te van a registrar el coche y lo único que quiero es saber si está todo bien —le dice nada más tenerla enfrente.

—¿Registrarme el coche por qué? —No puede creer lo que escucha.

—No lo sé, pero lo van a hacer muy pronto, ¿dónde está?, no tenemos tiempo.

—Enfrente, espera que voy contigo —dice a la vez que le entrega la llave.

—Nada de eso, ya me ocupo yo. Quédate aquí —le ordena.

Antes de poner un pie en la calle, Miguel Castro gira la cabeza a un lado y otro, comprueba que no haya nadie. Localiza con la mirada el vehículo de su hermana, un Seat León de color rojo y, cuando se encuentra a menos de un metro, pulsa el botón de apertura del mando a distancia. Durante una décima de segundo las luces de emergencia se iluminan, avisando que las puertas están abiertas. Se dispone Miguel a abrir, en primer lugar, el maletero, cuando una voz conocida a su espalda pronuncia su nombre.

—¡Miguel!, ¿qué vas a hacer? —le pregunta Jaime Cuesta, que aparece tras una furgoneta blanca aparcada justo detrás del coche de Charo.

—Lo iba a cambiar de sitio —improvisa.

—¿Me dejas la llave, por favor? —le pide Jaime.

—¿Para qué la quieres? —le pregunta, mirándolo directamente a los ojos.

—Dámela, Miguel, no se te ocurra hacer una tontería.

—Toda tuya.

El confidente (04/09/18)

—¿Dónde está su compañero?

—No está, de este asunto me ocupo yo.

—No es eso lo que hablamos.

—Nunca dijimos que hablaría siempre con la misma persona.

—Eso es una interpretación.

—Además, se trata de otro asunto. Del otro, ya vio que cumplimos. Cobró lo estipulado y Alfonso Peinado tuvo su protagonismo, como quería.

—Sí, y lo sigue teniendo, por una desgracia que no le deseo a nadie.

—Sí, una desgracia.

—¿Qué quieren ahora?

—Que nos cuente lo que sepa de Isabel Robles, su esposa.

—¿De Isa?

—Sí.

—¿Ahora?, ¿precisamente ahora? Me parece muy miserable.

—Usted está aquí. No me juzgue, yo no lo hago.

—La conocí poco después que a Alfonso, pero poco, porque ya llevan juntos la pila de años. La típica pareja por la que nadie apostaba, pero ahí siguen. Alfonso le debe mucho a ella, al padre sobre todo, se lo trabajó bien y le abrió muchas puertas. Eso sí, luego él tuvo la habilidad de jugar bien sus cartas.

—De él ya hemos hablado largo y tendido. De Isabel, por favor, háble*me* de Isabel.

—Rarita, siempre deprimida, obsesionada con el padre, hasta el punto que trató de ser bailarina porque él era un apasionado, en cuanto pudo apuntó a Sandra a *ballet*. Esto me lo contó Alfonso después de tres copas. También me contó ese día que tuvo una muy mala relación con su madre.

—¿No tiene nada más que contarme?

—Bueno, sí, Alfonso tenía previsto divorciarse de Isabel, pero salió el lío suyo de los políticos.

—¿Eso es así?

—Tal cual. De hecho, empezó a redactar una lista con comportamientos que creía relevantes para que el divorcio le resultase ventajoso. Una lista, sí.

—¿Usted la vio?

—Sí.

—¿Y?

—Que estaba liada con Juan Casaño, que le estaba administrando antidepresivos a la chica, que no podía vivir sin la psicóloga, que casi tenía abandonada su casa… En fin, algunas cosas muy graves.

—¿No recuerda nada más?

—Por el momento, no.

—¿Nos tomamos una pausa e intenta recordar algo más?

—Un café, sí, un café me vendría bien.

Miércoles, 5 de septiembre, 4:46 h

Nicolás Alfaro, acompañado de dos agentes, registra la vivienda que la familia Peinado posee en Punta del Moral. Situada en una planta baja, dividida en tres dormitorios, un salón, una cocina rectangular y un pequeño patio. Desde que le contaron el *modus operandi* de Carmen Puerto, Nicolás la emula: comienza con el frigorífico. Recuerda perfectamente las palabras de Alfredo Mesa, el subinspector con el que formó pareja en sus primeros años: «Carmen Puerto lo primero que examinaba era el frigorífico, porque la jodida mantenía que sabiendo lo que come y no come una persona podemos saber mucho de ella». Con los años, con la confianza que otorgan las horas compartidas, su superior, Jaime Cuesta, le confirmó lo que en su día le contó Alfredo Mesa.

En el frigorífico, a simple vista, solo hay dos botellas de agua, una cerveza y un refresco de naranja. En el congelador hay dos bolsas de hielo y un paquete de empanadillas de atún. Por el momento, Nicolás piensa que Carmen Puerto poco podría extraer para definir la personalidad de sus propietarios, aunque en las carencias también se pueden encontrar otros rasgos, que el policía no acierta a descifrar.

En el cajón de la verdura encuentra varias cajas de medicamentos: supositorios de vaselina, botecitos y *bricks* de suero, Almax y Omeprazol.

—Buena digestión, lo que se dice buena digestión, no tienen —razona en voz alta Nicolás Alfaro. También razona, pero en silencio, que esas bebidas y medicinas pueden pertenecer a los últimos inquilinos que la habitaron.

De hecho, no hay fotografía o detalle alguno que revele la identidad de los propietarios de la vivienda. Solo en una puerta del dormitorio más pequeño, el que hay justo a la entrada al patio, hay dos marcas en la madera: una S y una A, junto al número 8. Este descubrimiento estremece a Nicolás, que, por un instante, puede ver a unas Sandra Peinado y Ana Casaño niñas, correteando a su lado.

—Dime —responde Julia.

—Almax, suero y Omeprazol, falta el bicarbonato. Nada más. Salvo que vengan los de la luz azul y descubran mil huellas —explica Nicolás.

—Cuando acaben con el vehículo se darán una vuelta por ahí —dice Julia, antes de finalizar la llamada.

Aprovecha Jaime que se encuentra solo —Julia lee en su iPad, dentro del coche— para enviarle un mensaje a Carmen Puerto.

«¿Puedo pedirte algo?»

«Lo que quieras».

«No te vayas a la cama, estate atenta al teléfono», le pide Jaime.

«No hace falta que me lo pidas, es lo que iba a hacer».

«No sabemos nada de Alfonso Peinado, Isabel Robles y Juan Casaño no sabemos dónde están», le confiesa.

«Tenemos un problema, y gordo».

«Y tanto».

«Lo lógico sería que Juan Casaño e Isabel Robles estuvieran juntos, ahora que ha salido a la luz lo suyo, pero, ¿para qué desaparecer Alfonso Peinado?, ¿qué gana con eso?», escribe Carmen.

«¿Tú qué piensas?»

«Que el maletero de ese coche puede decirnos mucho o no decirnos nada. Cuando lo examine Lola Vallejo, que Charo Castro esté presente», le indica Carmen Puerto a Jaime. Poco a poco, vuelve a tomar las riendas.

«Bien. ¿Sabes que pillé a Miguel Castro intentando abrir el coche de su hermana?»

«Este chico es un portento. Pero yo no le prestaría mucha atención, solo intenta evitarle problemas a su hermana».

«¿Tú crees?»

«Lo doy por hecho».

«Es lo mismo que pienso yo: solo quería protegerla».

«De todos modos, métele miedo, por si acaso».

«Te dejo, que me llama Barri».

«Ahora me cuentas».

«OK».

Jaime atiende la llamada de Barrientos, el psicólogo de la Unidad.

—¿Barri, has podido hablar con esta mujer?, ¿cómo se llamaba la *loquera* de la madre?

—Elisa Pozo.

—¿Has podido hablar con ella?

—Sí, sí… Y bueno, la Isabel esta tiene la cabeza nada más que regular, por no decir que está como una *jaca loca*, por lo que me ha contado esta mujer —explica Barrientos con su particular estilo.

—¿Y eso?

—Hace unos años intentó suicidarse, aunque la psicóloga piensa que solo fue un «llamar la atención» o que se le fue la mano con las *pastis*, aunque no lo creo, sabe lo que se hace, controla lo suyo…

—Joder.

—Es la típica inadaptada, coleccionista de complejos, tiene todo el álbum. Ya sabes… quería ser la perfecta hija de su padre, que por lo visto era un tipo importante, diplomático o algo parecido, pero ella no destacó en nada de lo que intentó, ni en la danza ni en su carrera universitaria ni en nada de nada. Luego pretendió que su marido fuera como su padre, tú ya me entiendes, y, por supuesto, ha intentado que su hija siguiera sus pasos, hasta el punto que, según me ha contado la psicóloga, el hecho de que la hija dejara la academia de *ballet* se convirtió en una auténtica tragedia que derivó en una importantísima crisis, solo hace unos pocos meses. Y a esto debes unirle el marrón de su marido con el caso de los másteres comprados en el *chino*. Todo junto, pues eso, una auténtica bomba atómica, que tal vez ha explosionado —relata Barrientos maltratando las palabras, muy pocas las pronuncia como debiera.

—¿La crees capaz de administrarle medicación, ansiolíticos, a su hija? —Le encantaría que Barrientos se extendiera durante más tiempo en su ilustrativa explicación, pero el tiempo no corre a su favor.

—Vamos a ver, Jaime, este tipo de personas cuando se encuentran en el límite, cuando su desconexión con el mundo ya es absoluta son capaces casi de cualquier cosa, pero no de una forma malintencionada o queriéndole provocar un mal a nadie. No. Dan por hecho que la otra persona se encuentra en el mismo estado que ella y creen saber la solución. Porque, en realidad, piensan que son unos auténticos especialistas de ellos mismos. No sé si me entiendes… En el caso de esta mujer, su solución es farmacológica, como lo lleva siendo toda su vida — prosigue Barrientos con su relato.

—¿Hasta qué punto? —pregunta Jaime.

—Amigo, esta mujer es una auténtica catedrática en la materia, es un *vademécum* de los trastornos mentales, según me ha contado su psicóloga y por mi propia experiencia. Con el paso de los años y del consumo, saben perfectamente cuándo necesitan un Orfidal, un Prozac o un Lexatín, son unos *yonkis* muy experimentados y, a su manera, llegan a estar muy cultivados sobre el tema —explica el psicólogo.

—En definitiva, tú crees posible que le proporcionara los fármacos a su hija, ¿no es eso? —Necesita Jaime concluir cuanto antes la conversación y tener clara alguna evidencia.

—Vamos a ver, Jaime, no lo doy como seguro, aunque lo considero probable, ¿eso te vale? —le pregunta.

—Te lo compro, por supuesto.

- Carmen Puerto examina los mensajes enviados por Isabel Robles en dos días muy señalados en los últimos meses con vida de Sandra Peinado, el 11 de mayo y el 19 de junio de 2018. En el primero, Sandra le comunica a su madre que no quiere seguir asistiendo a las clases de *ballet*, y en el segundo es cuando padece el desvanecimiento. Son muy diferentes —así lo percibe Carmen— las conversaciones que mantiene Isabel Robles, el tono de mensaje enviado, según sea uno u otra el receptor. Mientras que con su psicóloga en ocasiones roza la dependencia, cuando no la sumisión, con su esposo es desafiante, responsabilizándole en gran medida de lo sucedido. Con Juan Casaño, sin embargo, se muestra penosa, desprotegida, necesitada de su apoyo y aliento. Busca la complicidad, el ratificarse en sus posiciones, con Alicia Cano, la profesora de *ballet*, a la que considera una igual, si se tienen en cuenta los mensajes que le dirige. Subraya Carmen Puerto aquellas frases que considera más relevantes:

  «Lo de ahora es un auténtico calvario, que como siga así se va a salir con la suya».

  «Las amistades, Alicia, las amistades, tú ya sabes…»

  «Yo nunca fui una niña así».

  «Le ha pasado algo parecido en los últimos meses, pero nunca tanto como me cuentas hoy».

  «Come muy mal y luego pasan estas cosas».

  «Que se había pasado todo el fin de semana durmiendo, que tú le habías dado algo para dormir».

  «No te puedes hacer idea de lo rara que está Sandra desde que se ha enterado».

  «No quiere ir ya a ballet, y hoy ha fingido que se desmayaba en clase».

  Estos cambios de tono reafirman la hipótesis que la propia Carmen Puerto ha elaborado, y que también se reafirman con los comentarios vertidos por Alfredo Barrientos, los cuales Jaime le acaba de hacer llegar a través de un mensaje. Isabel Robles no es una persona equilibrada, padece numerosos y complicados trastornos, y en los últimos meses ha padecido un agravamiento de los mismos.

  —Jesús, ¿de verdad no te importa acompañarme esta noche? —No sabe Carmen realmente qué le sucede. A pesar de haber restablecido la comunicación con Jaime y Julia, se siente bien, segura, más fuerte con Jesús a su lado.

  —No, de verdad —responde—. ¿Te puedo ayudar?

—¿Tú me prepararías un capuchino muy muy caliente, con cuatro cucharaditas y dos pastillas de sacarina? —le pide.

—Claro.

—Y tómate lo que te apetezca.

Mientras escucha el sonido del microondas, Carmen Puerto trata de recordar la última vez que alguien le preparó un capuchino, un zumo, una ensalada, lo que sea, y no es capaz de conseguirlo. Es una sensación extraña, inédita en su premeditada soledad, que le reporta al mismo tiempo una suerte de bienestar, una sensación que le es imposible calificar.

—Bueno, creo que Alberto me trajo un día un vaso de agua —dice en voz alta, dirigiéndose a *Karen*. Por un segundo se olvida de que tiene compañía.

—¿Cómo dices? —pregunta Jesús desde la cocina.

—Nada, nada, cosas mías.

Pedro Ginés escribe un nuevo tuit: «Alfonso Peinado tenía planeado divorciarse de su esposa como consecuencia de la mala relación que mantenía con su hija #SandraDEP #ChicasDesaparecida».

—¡Más mierda! —exclama Carmen Puerto.

- Uno de los agentes que permanecen en el hospital Infanta Elena de Huelva llama a Nicolás Alfaro para comunicarle que Juan Casaño está de nuevo en la habitación de su hija.

—Juan Casaño está en el hospital —le dice Julia a Jaime nada más recibir la llamada.

—¿No ha dicho nada?

—Que necesitaba estar solo y que había ido a dar un paseo.

—Ya, ya…, que se ha hartado de buscar a Isabel Robles y no la ha encontrado —dice Jaime.

—Puede ser.

Jaime recibe un mensaje de Lola Vallejo: «En diez minutos estoy».

«Aquí nos vemos. Te mando ubicación, por si acaso», le responde.

Miguel Castro acompaña a su hermana en su domicilio, esperan en silencio. Charo toma la palabra:

—Espero que no te metas en ningún lío por mi culpa.

—Ya lo estoy, pero si no quieres que vaya a más, solo habla de Alfonso, de nadie más —le vuelve a advertir.

—Ya lo sé.

—Eso sí, cuéntales todo, todo, de esa noche. Trata de recordar todo lo que pasó.

—Vale.

Jaime y Julia contemplan cómo dos faros se aproximan desde el final de la calle.

—Ya está aquí —indica Julia.

Jaime le indica, con un gesto, a los dos agentes que disimuladamente custodiaban el vehículo que se acerquen.

—No hemos movido ni tocado nada, como nos has pedido —le dice a la espigada Lola Vallejo, nada más descender de un Ford Focus de color blanco—. Dile a Miguel y a Charo que vengan —le pide a Julia.

—Vamos a ver lo que tenemos aquí, vamos a ver lo que tenemos aquí —repite Lola Vallejo, mientras se coloca una bata blanca y se ajusta unos guantes amarillos de látex. A

continuación se pone unas gafas de plástico transparente.

Por fin, Jaime acciona el mando a distancia, justo cuando llegan Miguel y Charo.

—Primero las zonas de conductor y copiloto, lo bueno lo dejamos para el final —propone Lola Vallejo con voz socarrona.

—Tú mandas, pero no te entretengas —acepta Jaime.

Carmen Puerto recibe un mensaje de Jaime: «Te vamos a conectar».

Provista de un pincel de pelos muy largos y finos, junto a la linterna de luz azul, recorre los espacios señalados.

—Lo habitual —dice Lola un par de minutos después—. Venga, vámonos al maletero, como tú quieres, que en este coche se ha montado mucha gente —dice, provocando el evidente rubor de Charo.

—Venga —la anima Jaime, a la vez que mira a Miguel Castro, que no puede disimular su nerviosismo.

En el maletero, aparentemente, solo hay una mochila, ligeramente rellena, y los triángulos señalizadores.

—Esa mochila es de Alfonso —advierte Charo.

—Que abran la mochila —pide Carmen.

—Bingo, aquí ha estado tumbada una persona, y un buen rato —afirma muy segura, nada más contemplar las marcas que le muestra la luz azul—, y me atrevería a decir que es rubia, porque tú no lo eres, ¿verdad? —dice Lola Vallejo, mirando a Charo, a la vez que muestra un pelo que acaba de encontrar en el maletero.

—¿Eso cómo va a ser? —se defiende Charo.

—¿Seguro? —pregunta Jaime.

—Y tanto —confirma Lola Vallejo.

—La mochila —insiste Carmen.

—Charo, ¿podemos hablar? —le pide Julia.

—Yo no he metido nunca a nadie en el maletero —insiste Charo.

—Intenta recordar todo de esa noche —la anima su hermano.

—Algo que se te haya pasado por alto.

—Lo he contado todo.

—Empieza desde el principio: ¿dónde quedasteis, cómo? Esas cosas… —interviene Jaime.

—Vino a recogerme a eso de las doce y media, cerca del paseo…

—¿Te recogió él?

—Sí, me pidió el coche por la tarde porque tenía el suyo roto.

—Eso no nos lo habías contado. —Jaime y Julia se dedican una mirada.

—No creí que tuviera importancia.

—Prosigue, por favor.

Charo Castro mira por un segundo a su hermano, como necesitada de aliento o de autorización.

—La mochila, coño —repite Carmen.

—Después nos fuimos a la torre Canela y ya lo que he contado… No creo que se me pase nada…

—Por favor, haz un esfuerzo.

—Bueno, cuando llevábamos unos metros recorridos, Alfonso se volvió porque se le

había olvidado algo —relata Charo, muy nerviosa.

—¿Cómo, cómo? —repite Carmen, muy excitada.

—¿Cómo has dicho? —instintivamente, pregunta Jaime.

—Que Alfonso se volvió a buscar la mochila esa —reitera.

—Por favor, escuchadme, preguntadle si ella vio cómo sacó la mochila del maletero del coche, es muy importante —pide enérgicamente Carmen, muy alterada.

—¿Viste cómo la sacaba?

—No, no, yo lo que vi es que volvía con la mochila —confiesa Charo.

—¡Bingo! —grita Carmen Puerto de tal modo que Jaime y Julia temen que la escuchen quienes les acompañan.

—¿Qué hay dentro de la mochila? —pregunta Jaime.

—Creo que la manta que sacó Alfonso —responde Charo.

—Vamos a verlo —dice Lola Vallejo, con la mochila en las manos—. Sí, sí, parece que es una manta, ni muy bonita ni muy buena, o eso parece.

—¿Y cuando os fuisteis ya estaba Ana Casaño allí tumbada, a los pies de la torre, no? —pregunta Julia.

—Como ya he contado —dice Charo.

—Necesitamos que nos lo cuentes otra vez —le pide, Jaime, muy serio.

Al sacar Lola Vallejo la manta arrastra consigo una caja de Lexatin, que cae al suelo, delante de los presentes.

—Las pastillas que falten estuvieron en el estómago de Ana Casaño, la mayoría, y puede que también en el de Sandra Peinado —dice Lola Vallejo.

—Una tableta de Lexatin —repite Jaime, nada más que por informar a Carmen Puerto, que permanece a la escucha.

—¡Joder! —vuelve a gritar la policía ante un sorprendido Jesús, que la observa en silencio.

—Que vengan ya a recoger el coche, no quiero que estropeemos ninguna prueba —solicita Lola Vallejo.

—¿Qué más pasó? —Es ahora Miguel el que anima a su hermana a que siga relatando lo sucedido.

—Nada, me dejó cerca de casa, en la calle de San Francisco —señala Charo— y le dije que aparcara el coche cerca del trabajo, que metiera la llave en el buzón, nada más —concluye.

—¿Le dijiste tú a Alfonso Duarte que hiciera la llamada desde la gasolinera avisando de que había aparecido la chica? —pregunta Jaime Cuesta.

—Yo le dije que tendríamos que llamar —insiste Charo.

—¿Y por qué no lo hiciste tú?

—Por miedo, de verdad, por miedo —repite.

Jaime y Julia se miran fijamente, como queriendo interpretar el mensaje que creen encontrar en los ojos del otro.

—Es hora de hablar con Ana Casaño —indica Carmen.

—No quiero que nada de lo que aquí hemos visto o escuchado salga fuera, que estamos los que estamos, que no salga ni una sola palabra, ni una sola. Os lo advierto —exige con contundencia Jaime Cuesta, mirando a Miguel Castro.

—Está claro —confirma Miguel, y todos los presentes: Nicolás, Charo, Lola y Julia

asienten afirmativamente.

—Miguel, tú y yo tenemos que hablar, y muy seriamente —le dice Jaime, muy cerca del oído.

—Cuando quieras —acepta Miguel, sumiso.

—Y ten en cuenta que si quisiera joderte la vida, podría hacerlo —le advierte.

—Lo sé.

—Ana Casaño —insiste Carmen Puerto.

—Quédate con Lola hasta que recojan el coche —le pide Jaime a Nicolás Alfaro, que gesticula su conformidad.

—Vámonos —dice Julia.

Julia y Jaime recorren la calle rápidamente, apagan sus respectivos cigarrillos justo cuando llegan al vehículo. Una vez que inician la marcha, Jaime conecta su teléfono al *manos libres* y marca el número de Carmen Puerto. Por una vez, no le parece a Julia una mala idea.

—Ya estamos solo Julia y yo —le advierte Jaime, nada más escuchar la voz de Carmen Puerto, que repasa algunas anotaciones.

—Vamos a ver, tengo la impresión de que la versión de Charo Castro es cierta: la posición de su móvil, junto con el de Alfonso, coincide con su relato. Estaba liada con Alfonso Duarte y poco más. Y su gran problema es que sigue siendo la novia o algo parecido del tal Chanclitas y teme su reacción.

—Lo mismo pienso yo —confirma Jaime.

—Si quieres joder a Miguel, que por cierto se lo ha ganado a pulso, después, pero no pierdas ahora el tiempo —dice Carmen.

—Ya lo pensaré.

—Sigo. Y lo advierto antes de seguir: no tengo todavía el móvil, pero sí creo saber lo que pasó. Cuando Alfonso recoge a Charo, Ana Casaño ya está metida en el maletero y cuando Alfonso dice que va a recoger la mochila, en realidad lo que hace es abrirle la puerta del maletero a Ana Casaño o él mismo la saca y la pone a los pies de la torre, mientras Charo está sola, esperándolo, tengamos en cuenta las dos opciones —relata una Carmen Puerto chispeante, nerviosa.

—Y ya tiene en Charo una coartada estupenda —aporta Julia.

—Sí, pero también la puede tener Ana Casaño —apostilla Carmen.

—¿Tú crees? —pregunta un sorprendido Jaime Cuesta.

—Piénsalo un instante, también Charo es una estupenda coartada para Ana Casaño. Es una posibilidad que no debemos obviar —insiste Carmen.

—También.

—Seguimos: Ana Casaño, una vez abierto el maletero, sale del coche o la sacan, se coloca junto a la torre Canela y luego monta Alfonso o montan entre los dos el numerito de la aparición que ya conocemos. Imagino que entre que la descubre Charo y la mañana siguiente se esconde o la esconden por algún lugar cercano, y cuando se acerca la hora acordada consume o le administran varias pastillitas y bueno, ya sabemos todo lo demás… —trata de repetir Carmen el guión que ha escrito en una hoja de papel.

—La teoría que contemplas, de Ana Casaño como colaboradora, sería creíble si la propia Ana Casaño estuviera implicada en la muerte de Sandra Peinado, de un modo u otro, ¿no? — plantea Jaime.

—Evidentemente —corrobora Julia.

—¿Tenéis otra teoría? —pregunta Carmen Puerto.

—Claro que hay otra teoría: Alfonso Duarte recogió a Sandra y a Ana a la salida de La Hamaca y les puso algo en la bebida, pero se le fue la mano con Sandra, que ya venía con bastante metido en el cuerpo, que le había dado su madre — expone Jaime.

—Patina, ¿no? —cuestiona Julia.

—A mí también: ¿por qué no mató a Ana también? —cuestiona Carmen Puerto, y Jesús abre los ojos en toda su extensión, sorprendido y asustado.

—Puede que llegara a algún tipo de pacto con ella, que se comprometiera a no decir nada o que no fuera consciente de la muerte de su amiga —propone Jaime.

—¿No decir nada?

—No decir, por ejemplo, el nombre del propietario de la estrella de mar en el pecho. ¿Y si estaba liada con el célebre Chanclitas, ese fantasma del que apenas sabemos nada? —pregunta Jaime.

—Eso ya sería…

—Mucho más creíble una tercera teoría: se les fue la mano a los dos, tanto a Alfonso Duarte como a Ana Casaño, y entre los dos idearon lo de la torre Canela y demás —explica Carmen Puerto. Escribe tercera teoría en su libreta y la envuelve en un círculo de color rojo, que remarca varias veces.

—También —acepta Jaime, tras pensarlo durante unos segundos.

—Y nos queda la cuarta teoría —dice Julia.

—¿Cuál es? —pregunta Carmen.

—¡Los mexicanos! —exclama Jaime, y empieza a reír.

—¡No jodas! —También ríe Carmen Puerto.

—Yo tengo otra hipótesis: que ninguna de las anteriores es la verdadera —sentencia Julia.

—Los mexicanos —dice Jaime, pero esta vez no ríe.

—Puff —resopla Carmen y rompe un lápiz en dos trozos.

—Por favor, vamos a agarrarnos a lo que tenemos —propone Jaime.

—Venga.

—Los últimos informes de Lola Vallejo apuntan a que Sandra Peinado murió a las pocas horas de desaparecer, el 30 de agosto. Y que, muy posiblemente, desde ese momento su cuerpo estuvo en el agua. Pero por esos secretos de las mareas que tan pocos conocen, su cuerpo no apareció hasta el día 3 de septiembre, cuando el barco de pesca descubrió su cuerpo en la desembocadura del río Carreras. Seguramente porque subió la marea —expone Julia.

—He mirado el diario de mareas y coincide, bajamar el 30 de agosto y pleamar el 3 de septiembre —señala Carmen Puerto.

—Lo que se te pase a ti —dice Jaime, y Julia contrae el gesto.

—Todo lo firmo, todo. Pero, ¿dónde están Isabel Robles y Alfonso Peinado? —pregunta Carmen Puerto—, es la incógnita que necesitamos resolver en este preciso momento. Si es cierto el último tuit del cabrón de Ginés, lo del divorcio…, o peor aún, si se han fugado es porque también están involucrados en el asesinato de su hija. Y nos encontramos ante una mujer en crisis, con un acentuado perfil psicótico, con un toquecito de esquizofrenia. Vamos, una auténtica bomba que seguramente ya ha estallado —prosigue Carmen con su explicación.

—Una bomba, eso, una bomba —repite Jaime, que vuelve a escuchar a Barrientos pronunciando la misma palabra.

—¿Otra hipótesis? —pregunta Carmen Puerto.

—Mejor me callo —responde Jaime.

A pesar del sueño y cansancio acumulados, Jaime y Julia se mantienen despiertos gracias a la frenética electricidad que les transmiten los últimos descubrimientos. En completo silencio, elaborando cada cual sus propias teorías mentalmente, circulan en dirección al hospital Infanta Elena de Huelva. Es un amanecer templado y luminoso, agradable y anaranjado. El día ha llegado de sopetón, espantando a la noche, como si nunca hubiera ocurrido.

Carmen Puerto repasa las ediciones digitales de los periódicos y el *timeline* de su cuenta de Twitter bajo la atenta mirada de Jesús. Aunque quisiera, sería incapaz de conciliar el sueño, sobrepasado por las circunstancias.

Carmen percibe que, tras unos días y unas últimas horas, especialmente, de intensa actividad, ahora reina la calma. Esa calma, tensa y frágil, que solo se da cuando esperamos que
todo acabe.

26 DE AGOSTO DE 2018

—Hoy vamos a hacer algo que nunca hemos hecho en todos los años que llevamos viniendo aquí —le anunció Ana Casaño a Sandra Peinado por la mañana, mientras tomaban el sol en la playa.

—¿El qué? —preguntó Sandra, más por desconfianza que por curiosidad.

—Vamos a tomar el ferri —le dijo.

—¿Para qué?

—Para ir a una tienda de ropa que me han dicho que es chulísima —resuelta, respondió Ana Casaño sin vacilar.

A pesar de los desencuentros y tensiones con su amiga de los últimos días —estaba siendo un verano complicado—, Sandra decidió acompañar a su amiga en la excursión.

—No digas adónde vamos, que nos enganchan a los enanos —le advirtió a Sandra.

A las cinco de la tarde, la madre de Ana Casaño, Elena Suárez, las acercó en su coche hasta Ayamonte. Las dos chicas ocupaban los asientos traseros del vehículo, mientras que la hermana de Ana, Raquel, estaba sentada junto a su madre, en el del copiloto.

—¿Y dónde decís que está esa tienda? —les preguntó Elena Suárez justo cuando pasaban por la torre Canela.

—Cerca de la Laguna —no dudó en responder Ana, que al mismo tiempo le guiñó un ojo a Sandra.

—¿Tú quieres ir con ellas? —le preguntó Elena Suárez a su hija Raquel.

—Ni de coña, mamá, ni de coña —se adelantó Ana.

—Yo soy la que no quiero ir.

—Es que no vas a venir.

—Vaya la manía que le tienes a tu hermana, no puedes con ella.

—Si es que me tendría que haber ido a Marbella.

—Y dale con Marbella.

—Vete, coño, vete.

—Que no viene, digas lo que digas, que no viene.

—Que no quiero ir.

—Eso.

—Siempre igual.

La discusión, habitual entre ellas, se prolongó hasta el final del viaje, en la plaza de la Lota, frente al puerto deportivo.

—Nos vemos aquí a las ocho y media —le indicó Ana a su madre con voz enfadada, antes de abandonar el vehículo tras propinar un sonoro y premeditado portazo.

Pasaron junto al mercado de abastos en su camino hasta el muelle del ferri, muy próximo a la lonja de pescado de Ayamonte. Dos barcos ya habían atracado y empezaban a
desembarcar las capturas del día: pulpo en abundancia, algunas canastas de cigalas pequeñas y varias cajas de pargos, salmonetes y acedías.

Unos treinta pasajeros las acompañaban en la travesía, la mayoría de ellos extranjeros. Alemanes y holandeses, sobre todo. Durante el trayecto, Ana Casaño hizo todo lo posible por mostrarse simpática y animosa con su amiga Sandra, lo que elevó la desconfianza de esta. No cesó, en el tiempo que duró el trayecto, apenas quince minutos, de hacerse *selfies* y corretear por la plana cubierta del ferri.

Nada más alcanzar Vila Real, y fiel a su costumbre, Ana Casaño se erigió en guía y no dudó a la hora de tomar una dirección: «Vamos hacia allá». Y señaló hacia el faro, al final de la avenida de adoquines.

—¿Para allá, tú estás segura? —La desconfianza de Sandra entró en alerta roja, conocía perfectamente la localidad y sabía que en esa dirección no había comercios.

—La han abierto nueva, nunca hemos ido. —Como siempre, Ana tenía una respuesta preparada.

A paso ligero recorrieron el paseo marítimo de Vila Real, repleto de edificios decadentes, elegantes en un tiempo pasado, tiendas con toallas y mantas con la imagen de Cristiano Ronaldo, restaurantes con enormes cocineros de latón en las entradas y pastelerías atestadas de *canastinhas* y dulces de naranja.

A escasos metros del final de la avenida, tomaron la calle que se abría a la derecha, compuesta por dos hileras de casas blancas de dos alturas. Giraron de nuevo —apenas unos metros recorridos— a la izquierda, hasta detenerse en la entrada de un pequeño y humilde hotel, con puerta azul y vestíbulo acristalado, llamado Podium.

—¿Adónde vamos, Ana? —preguntó Sandra muy enfadada.

—Solo son cinco minutos —le pidió.

—Te vas a buscar un lío con ese tío, que lo sepas —le advirtió Sandra.

—Cinco minutos y bajo —insistió Ana.

—Podría ser casi tu padre, no sé qué coño le ves.

—No es lo que te piensas.

—Ya.

—De verdad.

—Yo me voy.

—Cinco minutos.

—Que no, que me voy, que me tienes harta con tus historias.

—Entro y salgo.

—Que no, que me voy.

Cuarenta y cinco minutos después de haber entrado, Ana Casaño salió del hotel Podium. Su amiga, Sandra Peinado, no estaba esperándola donde la había dejado. La encontró en el muelle del ferri, sentada junto a la taquilla. En completo silencio, sin dirigirse una sola palabra, hicieron el viaje de vuelta.

MIÉRCOLES, 5 DE SEPTIEMBRE, 8:07 H

—¿Tenemos ese dato confirmado?, ¿es así?, ¿puedo llamar ya? —apremia Nicolás Alfaro al compañero de la Unidad Central con el que habla.

—Sí, sí, absolutamente confirmado.

Nicolás no duda en marcar el número de Jaime Cuesta.

—Te está sonando el móvil —le advierte Julia Núñez. Acaban de estacionar el vehículo en el parking del hospital Infanta Elena.

—Dime —responde Jaime.

—Hemos descubierto un teléfono móvil que ha estado presente en bastantes puntos relacionados con el caso —dice a toda velocidad Nicolás. Hace por disimular la euforia que le invade, pero no lo consigue.

—¿Sabemos de quién es? —pregunta Jaime.

—En realidad no está a nombre de una persona, sino de una empresa: ADISA. Para la que trabaja Alfonso Peinado. — Nicolás puede escuchar a Jaime, repitiendo casi al unísono la última frase.

—¿Qué pasa? —pregunta Julia impaciente. Jaime le responde mostrándole la palma de la mano: «un momento».

—Durante varios meses, ese número de teléfono no ha tenido actividad alguna, nadie lo ha utilizado —explica Nicolás sin apartar la vista de las notas que ha tomado—. A principios del mes de agosto empezó a tener de nuevo, y podemos situarlo en la propia urbanización donde residían Ana Casaño y Sandra Peinado, o muy cerca. Ese teléfono ha estado operativo hasta el día 3 de septiembre. Y, curiosamente, a las 6:50 dejó de estarlo.

—Cuando estaba a punto de aparecer Ana Casaño —no le cuesta deducir a Jaime.

—Exactamente —confirma Nicolás.

—¿Sabemos a quién llamó? —pregunta Jaime.

—En realidad hizo muy pocas llamadas. Varias a un número extranjero. Estamos tratando de buscarlo, comienza por siete. Sobre todo entre el 2 y el 28 de agosto. Y a Alfonso Duarte, ya lo hemos comprobado, la madrugada del 30 de agosto, a las 2:26 h. Suponemos que el resto de actividad fue a través de WhatsApp, pero me temo que eso nos llevará mucho más tiempo poder tenerlo, si es que podemos conseguirlo —explica Nicolás mientras se atusa el flequillo.

—Vaya, justo cuando las chicas habían desaparecido. Día 30 a las dos y pico de la madrugada —repite Jaime.

—Sí.

Jaime le cuenta la conversación a Julia y a Carmen Puerto al mismo tiempo. Jesús, con los ojos enrojecidos, sentado a un metro, la ve escribir en su libreta de pastas verdes. Le gusta observarla, desprende energía en este preciso momento, a pesar de llevar toda la noche en vela. Sin que le diga nada, Jesús entra en la cocina y le prepara un capuchino muy caliente, con cuatro cucharaditas y dos pastillas de sacarina, que Carmen agradece con una sonrisa mientras sigue escuchando a través de los auriculares el relato de Jaime Cuesta.

Julia Núñez alerta con un gesto a Jaime para que finalice la conversación inmediatamente, acaba de escuchar muy cerca una voz conocida.

—Te dejo.

—¿Qué coño pasa? —grita Carmen Puerto y parte en dos trozos el lápiz que tiene entre las manos.

Jesús comprueba, una vez más, cómo en un solo segundo Carmen se transforma en otra persona. La energía que contemplaba ensimismado se ha transformado en tensión, terremoto, descontrol.

—¡Le estoy diciendo que nos deje en paz! —Jaime y Julia escuchan con nitidez la voz de Alfonso Peinado, cerca de la entrada al hospital y corren hacia su encuentro.

No tardan en verlo, tras unos setos. Agarrado a su esposa, Isabel Robles, trata de zafarse de un cámara y de un periodista, micrófono en mano, que los persiguen. Julia conduce al matrimonio hacia el interior del edificio, mientras que Jaime frena a los periodistas.

—Hasta aquí hemos llegado, hasta aquí hemos llegado. —Y coloca su mano delante de la cámara, que no cesa de grabar.

Nada más entrar en el hospital, Jaime encuentra a una seminconsciente Isabel Robles, con gesto ido, completamente pálida, que se desploma sobre una silla de ruedas entre Julia y Alfonso Peinado, que conversan con una enfermera que acaba de llegar.

—Barri, el matrimonio ha aparecido. Estamos en el hospital, vente para acá —dice Jaime nada más escuchar la voz del psicólogo.

—Estoy aquí, os veo. —Barrientos camina al final de un pasillo en dirección hacia donde se encuentran.

Carmen Puerto, en tanto, cuenta los segundos como si se tratasen de interminables horas: lentos, no avanzan. Vuelve a padecer uno de esos momentos que tanto le angustian, porque nada le gustaría más que estar allí, aun siendo consciente de que le sería imposible. Afortunadamente, recibe la llamada de Jaime. «Te conecto», le dice.

Una vez que Barrientos y una enfermera se han llevado a Isabel Robles a una sala de observación —es más que evidente la crisis que está padeciendo—, Jaime y Julia conminan a Alfonso Peinado a que los acompañe a un lugar más reservado. Un guardia de seguridad los acompaña hasta el despacho del director.

Escucha Carmen las pisadas, algunas frases protocolarias, a través de los auriculares, cuando una alarma le indica que Pedro Ginés acaba de escribir un tuit:

«En unos minutos las imágenes de la tensión que se vive en el hospital de Huelva en el desenlace de #ChicasDesaparecidas. Detenciones en los próximos minutos». Acompaña al texto una fotografía, de pésima calidad, en la que puede verse a Jaime Cuesta tratando de impedir el paso de los periodistas.

—¡Más mierda! —exclama Carmen Puerto y Jesús da un respingo. A diferencia de *Karen*, inmutable siempre, no termina de acostumbrarse a los repentinos cambios de humor de su vecina.

Nada más entrar en el despacho, Alfonso Peinado se deja caer sobre un sillón, con gesto apesadumbrado.

—Imagino que tienen mil preguntas —les dice. A pesar de todo, esboza una sonrisa.

—¿Dónde han estado? —pregunta Jaime, que toma asiento enfrente.

—Pufff, en el infierno dando una vuelta, y cuando nos hemos achicharrado lo suficiente hemos decidido volver —ironiza Alfonso Peinado.

—¿Qué dice? —cuestiona Carmen Puerto.

—Entiendo… —Suspira Jaime.

—Necesitábamos un ratito para nosotros, para gritarnos, insultarnos, culparnos por todo lo que

hemos hecho. Por todo lo que hemos hecho tan mal, tan sumamente mal. Y sobre todo necesitábamos llorar, darnos cuenta de que Sandra ya no está… —Se lleva las manos a la cara.

A pesar de la dilatada experiencia, de las situaciones similares vividas con anterioridad, hay momentos a los que Jaime y Julia no terminan de acostumbrarse. Cuando se palpa el dolor de este modo, tan directo, tan seco, es imposible mantenerse al margen y no sentir cómo algo se retuerce dentro.

—Miren, conozco a mi mujer, sé cuándo está en el borde del abismo y de lo que es capaz de hacer, y he tratado de anticiparme. —Coloca una mano sobre la de Julia Núñez, a modo de freno —. Déjeme que hable, que explique, y luego ya me hacen todas las preguntas que quieran — pide.

—Venga.

—Sé, desde hace casi un par de años, que mi mujer tiene una relación con Juan, claro que lo sé, y no se lo puedo reprochar. Yo nunca la he sabido entender, nunca le he dado una buena vida, no sé si me entienden… Y este tipo de personas necesitan, cómo explicarlo —duda—, un resorte, un sitio al que agarrarse, y eso yo nunca se lo he ofrecido. Y tampoco Juan ha tenido en casa… — No concluye la frase.

—Una loca —murmura Carmen Puerto.

—Sé que mi mujer le ha suministrado a Sandra medicamentos, de los que ella misma toma, en los últimos meses. Cuando la descubrí me dijo que la veía muy nerviosa y muy excitada y que hasta lo había consultado con su psicóloga. No la creí, di por hecho que lo hizo por iniciativa propia, vaya por delante, yo también asumo mi parte de culpa. Como tampoco creo que lo haya hecho por hacerle mal a la niña, sé que ella no es capaz de eso. —Interrumpe su relato Alfonso Peinado, visiblemente emocionado. Comienza a llorar.

—Tranquilícese —le pide Julia.

—¿Quiere que le traiga un café, un poco de agua? —le ofrece Jaime.

—Nada, nada —dice Alfonso Peinado, y levanta la mano solicitando un momento—. Hemos cometido muchos errores, algunos muy graves, y tenemos claro que tenemos que pagar las consecuencias, tanto Isabel como yo, los dos…

—El teléfono móvil, coño, preguntadle —dice Carmen Puerto.

—¿Tiene usted un teléfono móvil de empresa? —le pregunta Julia.

—En realidad, dos, otro que nunca utilizo, solo por si tengo algún problema con este. —Y Alfonso Peinado les muestra su terminal.

—¿Dónde tiene el otro teléfono? —insiste Julia.

—Pues debe estar en casa, en la urbanización, en un cajón en el salón —responde sorprendido, no termina de entender Peinado el repentino interés por ese teléfono.

—¿Hay alguien en casa ahora, no?

—¿Qué pasa con ese teléfono? —pregunta Alfonso Peinado.

—¿Hay alguien? —reitera Jaime.

—Sí, debe haber, claro, mi hermana, sí, sí —responde.

Le piden a Alfonso Peinado que llame a su hermana para comprobar si el teléfono sigue en el lugar indicado. «No está», responde. Sin línea, apagado o fuera de cobertura cuando marcan el número.

—¿Recuerda cuándo dejó de ver ese móvil? —pregunta Julia.

—No sabría decirles, porque si no me hace falta nunca lo uso. Imagínense lo poco que lo utilizo que no me sé ni el PIN, lo tengo escrito en la parte trasera del móvil —les confiesa.

—Aquí ya no hay más pescado —les dice Carmen, que no cesa de tomar notas, bajo la atenta mirada de Jesús.

Durante unos minutos, como todas las mañanas, el sol se cuela por los cristales ácidos de la cocina y alcanzan una parte del salón, en la parte inferior donde se encuentra el cuadro de Alex Katz, *Partida*, que esconde el montacargas. Los rayos recrean extraños y luminosos universos de partículas con vida propia.

Jaime y Julia se despiden y, sin necesidad de indicarlo, se dirigen hacia la habitación de Ana Casaño, en la cuarta planta.

—Barri, ve para la habitación de la chica —le pide Jaime.

Cuando llegan, la puerta se encuentra cerrada, un agente vestido de paisano aguarda al lado, sentado en una silla metálica. Se saludan con un gesto antes de llamar. Jaime apenas espera un segundo para acceder a la habitación. Ana Casaño se encuentra de pie, frente a la ventana, mirando hacia el exterior. La acompaña su madre, sentada en un sillón negro.

—Buenos días —dice Jaime.

—Todo sigue igual, no tiene nada más que decir. —Como activada por un resorte, Elena Suárez se pone en pie y se dirige hacia los policías.

—Lo siento, pero tenemos que hablar, ya, no podemos esperar más, es urgente que lo hagamos —Julia avisa.

—Que se vaya la madre —pide Carmen Puerto.

—Ya estoy —se incorpora a la reunión Alfredo Barrientos, que entra sin llamar.

—Señora, le vamos a decir que permanezca en la habitación porque su hija aún sigue siendo menor de edad, por unos meses —pronuncia Jaime con alevosa cadencia, para que lo escuche Carmen Puerto—, pero su hija nos tiene que responder a unas cuantas preguntas ahora mismo.

—¿Qué ha pasado, por qué esto ahora? —reacciona Elena Suárez gesticulando en exceso y elevando el tono de su voz.

—Hay pruebas que involucran a Alfonso Duarte en la muerte de Sandra Peinado, pero esas mismas pruebas también pueden involucrar a su hija —se atreve a decir Jaime, para sorpresa de Carmen y Julia.

—¿Cómo, qué dice?

Por primera vez, hasta este preciso momento como ausente, Ana Casaño se gira y mira a los policías. Bella y pálida, sus ojos no pueden disimular el miedo que alberga, le tiemblan las manos.

—¿Pruebas? —apenas puede preguntar.

—Jaime, dale, ya que estamos —incita Carmen Puerto, y Julia fabrica un gesto de enfado.

—Ana, te pido que te sientes —dice Jaime, y la chica se deja caer en el filo de la cama—. Hay numerosas pruebas que te relacionan directamente con la muerte de tu amiga. Pruebas médicas, consumiste Lexatin solo unos minutos antes de que te encontráramos y lo hiciste por propia voluntad. Pruebas de geolocalización: sabemos que cogiste un teléfono móvil de Alfonso Peinado, estuviste en los sitios señalados y conocemos el contenido de las llamadas a Alfonso Duarte en la noche de autos —se inventa Jaime—. Tenemos pruebas periciales, también, hemos encontrado rastros en el vehículo en el que Alfonso te trasladó hasta la torre Canela…

—Yo no he hecho nada de eso, nada de eso, nada —histérica, interrumpe Ana Casaño a Jaime Cuesta.

—Tranquila, calma —pide Barrientos.

—¡Esto es una locura, mi hija es una víctima! —proclama Elena Suárez, que hace por

interponerse entre su hija y Jaime.

—Pues cuéntame tú, explícanos lo que sucedió —le ofrece Jaime.

—Sí, estuvimos con Alfonso esa noche, nos lo encontramos a la salida de La Hamaca, y ya no puedo recordar nada más. Solo que Sandra me miraba de una forma muy rara, ya está, hasta que me vi en el hospital. Eso es lo único que puedo contar, lo único. Yo no le haría nada malo a Sandra, nunca —se defiende Ana.

—¡Son como hermanas! —grita Elena Suárez.

—¡Nunca le haría nada, nada! —Como contagiada por la madre, estalla en cólera Ana Casaño, comienza a abofetearse las mejillas.

—Mejor dejarlo aquí —les indica Barrientos, que se ha acercado a controlar a la chica, a pesar de su reducido tamaño.

—Nos vamos, nos vamos —repite Jaime.

Elena Suárez no cesa de gritar, lo primero que se le pasa por la cabeza, mientras su hija se abraza con fuerza en la cama, como si pretendiera asfixiarse ella misma.

—¿Qué coño pasa? —pregunta Carmen Puerto, pero solo la escucha Jesús.

—Vamos fuera. Barri, vente, por favor —señala Jaime con el paquete de tabaco en la mano, visiblemente alterado.

Salen por la puerta de urgencias para esquivar a los periodistas que prosiguen apostados en la puerta principal. Fuma Jaime con evidente ansiedad, que trata de calmar mediante profundas caladas.

—Barri, ¿un poco raro que ahora se acuerde de Alfonso Duarte, no? —cuestiona Julia Núñez.

—Sí y no, en estos procesos mentales cualquier cosa es posible, tanto una como otra, si os digo la verdad. Puede haberlo recordado porque ha salido mucho su imagen en los últimos días o por escuchar su nombre o por lo que sea. Me temo que en esto os puedo ayudar poco, siento no concretaros más, ya me gustaría a mí, pero es que la cabeza funciona así, no hay Dios que la conozca —se lamenta Barrientos.

—Pues sí, ya me gustaría que concretaras algo más, la verdad —apostilla Jaime.

—Y tanto —se adhiere Carmen Puerto, que mira a Jesús, quien prosigue con el gesto de no entender prácticamente nada.

Julia y Carmen leen casi al mismo tiempo el último tuit de Pedro Ginés:

«Puede que nos encontremos ante una nueva #LaManada que años más tarde vuelve a actuar. En breve, confirmamos la presencia de un amigo condenado de A. Duarte en el escenario del crimen #ChicasDesaparecidas #ManadaAyamonte #SandraYAna».

En unos minutos, el hashtag *#ManadaAyamonte* aparece en miles de tuits, convirtiéndolo en *trending topic* mundial.

Puzle

Benita Menéndez, desde hace 23 años, trabaja como limpiadora en el juzgado de Ayamonte. Ya ha visto pasar a seis jueces, cuatro secretarios y tres auxiliares, con los que ha mantenido y mantiene, con todos, una excelente relación. Todos han probado su pastel de coca, que les ha regalado disciplinariamente todas las Semanas Santas. Y a todos les ha contado su secreto para que «esté más abizcochado y menos amazacotado».

Desde niña, además de elaborar el pastel de coca en Semana Santa, tiene una gran afición: los puzles. Las paredes de su domicilio son testigos de ello. Una descomunal reproducción de *Las Meninas* de 6.000 piezas, en la que empleó casi siete meses; una *Noche estrellada* de Van Gogh, compuesta por 5.000 piezas, uno de los puzles que más le ha costado hasta el momento —«Hay mucho negro», no cesaba de repetir—; o un *Guernika* de 7.000 piezas, en el que empleó casi ocho meses, y que fue el primer gran reto que concluyó, su gran debut en las distancias largas.

En los años que lleva haciendo puzles, treinta y cinco contó en una ocasión, nunca ha dejado uno sin acabar, ninguno ha podido con su paciencia y vista. Y le ha dado igual el tiempo que haya empleado en completarlo.

Benita, a pesar de su edad y peso —pronto cumplirá los 62 y la báscula le indicó la semana pasada que superaba los 82 kilos, demasiado para el metro sesenta escaso que levanta desde el suelo—, tiene agilidad y resistencia, no le pesa el esfuerzo físico que implica su trabajo. Por eso, el pasado día 4 de septiembre, no le costó levantar la mesa en la que se había encajado la papelera, tras una cajonera, en la habitación donde había permanecido su paisano Alfonso Duarte, antes de solicitar poder ir al aseo para suicidarse.

En el interior de la papelera solo encontró docenas de papelitos escritos a mano, que alguien se había entretenido en romper muy cuidadosamente para que fuera imposible su lectura. Benita cayó en la cuenta de que solo podía haber sido obra de Alfonso Duarte, ya que había sido la única persona que había estado en esa habitación en los últimos días. También entendió Benita que nadie como ella para recomponer el mensaje original, que con toda seguridad se trataría de una carta de despedida a su familia, supuso.

Nada más acabar de comer, tras finalizar con su jornada laboral, como tantas veces ha hecho a lo largo de su vida, Benita Menéndez extendió sobre el cristal de la mesa todos los papelitos escritos, se ajustó la lupa en la frente, la situó sobre su ojo derecho y comenzó a recomponer la supuesta carta de Alfonso Duarte.

Le hubiera gustado a Benita continuar con la tarea toda la noche, pero una cita con las «amigas del colegio» le impidió hacerlo. A la vuelta, muy consciente de una afición que en demasiadas ocasiones va emparejada con compulsión, deliberadamente pasó de largo la habitación en la que estaba reconstruyendo el puzle dejado por Alfonso Duarte en la papelera del juzgado y se fue directamente a la cama.

Sin embargo, esta misma mañana, 5 de septiembre, Benita Menéndez se ha levantado muy temprano, ya que la necesidad de finalizar el puzle la ha empujado a abandonar la cama antes de lo acostumbrado. Ha sido tal la concentración que se le ha pasado la hora de regresar al trabajo. Cuando concluye el puzle de Alfonso Duarte el reloj marca las diez y cuarto. Nada más leerlo,

muy nerviosa, camina lo más rápido que le es posible hacia el juzgado. Necesita contar cuanto antes el contenido de la carta.

Miércoles, 5 de septiembre, 10:59 h

Jaime Cuesta «desayuna» un paracetamol con un café solo y largo, americano, en un vaso con mucho hielo. Ha intentado hablar con Sonia, su esposa, pero todavía no lo ha conseguido. Tres mensajes enviados y ninguna respuesta. La tensión que le genera la situación se le acumula en la cabeza, le duelen las sienes, las mandíbulas. Los días así son no vividos, piensa mientras apura el café. Julia lo contempla desde la distancia, mezcla melancolía e incomprensión en su mirada. Accede a la aplicación de Tinder, descarta seis peticiones. No le apetece leer los 23 mensajes que se acumulan en el grupo del gimnasio. Accede a su cuenta de Twitter.

—¿Has visto el tuit de Pedro Ginés? —le pregunta Julia a Jaime cuando se acerca.

«La noche del 29 de agosto, otro miembro de la #ManadaAyamonte, además de A.Duarte, Javier Delgado estuvo muy cerca de Sandra y Ana #TLVFotografíaSandraYAna. ¿Escogiendo a sus nuevas víctimas?».

En la imagen que acompaña al tuit, se puede ver un primer plano del citado, Javier Delgado, y justo detrás, apostadas en la barra, Sandra y Ana, acompañadas de sus amigas, Sara y Alicia. El encuadre, la claridad con la que aparecen las chicas, el primer plano borroso y descentrado de Javier Delgado, apuntan a que el objetivo del fotógrafo no era, precisamente, tomar una imagen de su amigo.

—Que el juez solicite ahora mismo la fotografía y el nombre del autor —ordena Carmen Puerto nada más leer el tuit de Pedro Ginés. Jesús, en tanto, prepara un capuchino en la cocina.

—Vaya manera de manipular, el tal Delgado fue condenado por una violación grupal en 2009, sí, pero en Málaga; nada tiene que ver con la de Alfonso Duarte —expone Julia.

—Lo ha escrito de tal manera que genera confusión —dice Carmen Puerto, tras leer de nuevo el tuit.

—En dos minutos verás las historias que vamos a leer en las redes.

—Está claro.

Jaime Cuesta llama a su compañero, Nicolás Alfaro.

—Por favor, vete a hablar con ese tío, en Lepe, trabaja en el hospital, que te cuente lo que hizo esa noche en el chiringuito.

—Para allá voy, me pillas de camino —responde Nicolás, desde el vehículo que conduce, acompañado de un agente.

Julia, con gesto circunspecto, se dirige hacia Jaime, en la puerta de la cafetería.

—¿Hablamos ya de la séptima teoría o de la décima? Cuando cerramos una puerta se abren tres nuevas —protesta.

—Es la pera —reitera Jaime.

Carmen Puerto toma ese primer trago tan doloroso como placentero del capuchino, Jesús trata de emularla y se quema los labios. «No sé cómo puede», no dice. A pesar de estar fuera, por completo, de su rutina diaria, no se siente incómodo o inseguro. Todo lo contrario, disfruta cada momento que pasa junto a Carmen.

Jaime Cuesta recibe el historial delictivo de Javier Delgado, y lo lee en voz alta para que lo escuchen Carmen y Julia al mismo tiempo.

—Además de lo que ya sabemos, lo de 2009, que lo tuvo 16 meses en la cárcel, en 2012 estuvo implicado en otro caso, también un intento de violación, en Punta Umbría: una turista danesa,

una chica muy joven, pero el juez desestimó la denuncia por falta de evidencias —improvisa Jaime un resumen de la información recibida.

—¿16 meses por participar en una violación grupal? Asco infinito —desprecia Julia.

—Punta Umbría, se está acercando a su territorio, eso es porque lo necesita y también porque se siente seguro. Con toda probabilidad, habrá cometido otras agresiones sexuales, pero no lo han pillado —explica Carmen Puerto, que vuelve a visitar las redes sociales de Javier Delgado para examinarlas con mayor detenimiento que en la primera ocasión.

Por un momento, se piensa en enviarle un correo a *Nodigassuerte*, pero tiene la impresión de que no cuenta con tanto tiempo.

—Mierda —maldice, sin tener en cuenta que le acompaña Jesús.

Emplea unos minutos en examinar las fotografías, en leer comentarios y repasar tuits o enlaces que ha compartido en sus cuentas de Facebook y Twitter, sin encontrar nada destacable.

—Esto no sirve de nada, de nada —se lamenta Carmen, que le dedica una mirada lastimosa a Jesús.

—¿Puedo ayudarte? —le pregunta.

—¿Tú no conocerás a Javier Delgado? —bromea Carmen Puerto.

—No me suena —responde.

- Nicolás Alfaro apenas ha tardado quince minutos en llegar al hospital de Lepe, en el que trabaja Javier Delgado. Cuando pregunta por él, le comunican que no se ha presentado esta mañana y que no atiende al teléfono.

  —Tampoco coge el de casa —le indican desde la dirección del hospital.

  —¿Saben dónde vive? —pregunta.

  —Muy cerca. Le acompañamos.

  Javier Delgado vive solo, en un pequeño adosado en las afueras de la localidad, en una modesta urbanización con forma triangular. Pulsan en repetidas ocasiones el timbre de la entrada y nadie responde. Nicolás comprueba que las ventanas están subidas, y que las puertas, delantera y trasera, se encuentran cerradas.

  —Jaime, este hombre no está.

  —Habla con el juez.

  —¿Busca y captura?

  —Que él decida, cuéntale cómo está la cosa —le aconseja Jaime a Nicolás Alfaro.

- Un agente destinado en el juzgado de Ayamonte, de nombre Luis Flores, llama a Miguel Castro. El tono de su voz, quebrada, desfallecida, es la mejor representación del nerviosismo que le invade

  —¿Estás cerca?

  —Sí, ¿qué te pasa?

  —Vente para acá, por favor, mejor te lo cuento a la cara.

- Carmen Puerto sigue revisando las redes sociales de Javier Delgado cuando encuentra un tuit que le llama poderosamente la atención. «Me entiendo mejor con él que con muchas personas», escribió Delgado el pasado 12 de julio, y junto a la frase aparece la fotografía de un caballo, de color marrón, con manchas blancas. Activada la función de «ubicación»,

descubre Carmen que el tuit fue enviado desde la localidad de Villablanca, muy cerca de Ayamonte. Por esa intuición que con frecuencia se apodera de ella, Carmen busca más fotografías o mensajes relacionados con el caballo que contempla en la pantalla. No es difícil encontrarlos, tanto en su Facebook como en su cuenta de Twitter es un tema recurrente, de tal manera que no le cuesta saber que el caballo se llama Higuerita y que suele montarlo las mañanas de los fines de semana, así como algunas tardes laborales, especialmente las de los miércoles. También descubre, en un tuit de febrero de 2016, el siguiente mensaje: **«**Mi rincón cuando creo que el mundo se viene abajo. Aquí siempre me siento bien**».** Acompaña al texto la imagen de un picadero de caballos, que según reza en letrero se llama La Pardiña.

—Joder, con las putas casualidades, de Villablanca es otro de los tipos que aparece en la lista de condenados por delitos sexuales —le dice Carmen a un desconcertado Jesús. La imagen de *La Manada* vuelve a aparecer en su interior.

No tarda en encontrar la referida lista, bajo la carpeta de pastas verdes.

—Aquí, Matías Hernández —dice.

Marca el teléfono de Jaime Cuesta.

—Tengo un doble pálpito, Jaime, que alguien busque a Javier Delgado en un picadero de caballos en Villablanca, que se llama La Pardiña —le señala, a la vez que le envía la imagen en un mensaje—. Y tengamos en cuenta que también es de Villablanca uno de los tipos que aparece en la lista de violadores de la zona, un tal Matías Hernández.

—Joder, éramos pocos y… —se lamenta Jaime.

—A lo mejor solo es una casualidad, pero sería bueno comprobarlo —le aconseja Carmen.

—Por supuesto.

Cinco segundos después, el mensaje de Carmen Puerto es reenviado al teléfono de Nicolás Alfaro.

—Te lo he mandado, pero ya te lo adelanto. Mira si este hombre está en un picadero de caballos de Villablanca, llamado La Pardiña —le dice Julia a Nicolás.

—Venga.

—Y habla con Matías Hernández. Te mando la dirección.

- Miguel Castro llega al juzgado de Ayamonte. Luis Flores, el compañero que lo acaba de llamar, lo espera en la puerta, acompañado de Benita Menéndez, la simpática y atenta limpiadora tan querida por todos los compañeros de trabajo.

—Ven para adentro —le pide Luis Flores. Benita Menéndez, a su lado, muy nerviosa.

—¿Qué pasa?

—Mira lo que Benita encontró en la papelera que había en la habitación en la que estuvo Alfonso. —Y le muestra la hoja que la limpiadora ha reconstruido tan meticulosamente, un *Frankenstein* de papel y cinta transparente, que vuelve a ser perfectamente legible.

—Nadie se dio cuenta de que lo había tirado ahí, y cuando me lo encontré me lo llevé a mi casa y lo reconstruí, porque a mí se me dan muy bien los puzles —explica Benita con una voz más aguda que habitualmente.

—¿Qué me estás contando? —No puede Miguel creer lo que escucha.

—Lo que oyes.

Miguel le dedica unos segundos a la lectura del texto, antes de preguntar:

—¿Seguro que lo escribió Alfonso?

—Solo lo pudo haber escrito él —responde Luis Flores.

—¿Seguro?

—Y tan seguro. —Permanece firme el agente.

—Habrá que decírselo a los policías que llevan el caso, ¿no? —propone Benita buscando los ojos de Miguel Castro, que se lo piensa durante unos segundos, se muerde los labios, antes de responder.

—Sí, claro, es lo que hay que hacer —al fin dice.

Miguel Castro coloca su teléfono móvil sobre la carta, la centra dentro de la pantalla todo lo que es posible, antes de fotografiarla. Comprueba que se pueda leer con cierta facilidad, antes de enviarla mediante un mensaje a Julia Núñez y Jaime Cuesta.

—Julia, vamos a ver, es muy importante, leed lo que os he enviado: es la confesión de Alfonso Duarte. La escribió un momento antes de suicidarse, pero la rompió en mil pedazos y la tiró a la papelera. Benita, la limpiadora, la ha podido reconstruir —le dice a la subinspectora.

—¿Qué me estás contando de una limpiadora, Miguel, qué cojones me estás contando? —cuestiona Julia, sorprendida por lo que acaba de escuchar.

—Yo soy el primero en no dar crédito, te lo aseguro, pero leed lo que os he enviado.

—Sigo sin poder creer lo que me dices: eso no me ha pasado en la vida. No puede ser verdad —reitera Julia.

—Joder, Julia, lee, por favor.

—¿Tenemos prueba grafológica? —pregunta Julia, para asombro de Jaime Cuesta.

—Vamos a ver, Julia, que la acabamos de encontrar, pero te puedo asegurar que la escribió Alfonso Duarte —sentencia Miguel.

—¿Qué coño pasa? —se interesa Jaime.

—Que una limpiadora ha encontrado una carta de Alfonso Duarte —le dice Julia con los hombros encogidos.

—No me jodas.

—Tal cual.

—Venga, coño.

—Lee, que la tienes en el móvil.

—Esto no puede ser verdad —reniega Jaime.

—¿Qué quieres que te diga?

Nada más leer las primeras líneas, Jaime llama a Carmen Puerto.

—Deja lo que estés haciendo y escucha esto que te voy a leer. Lo escribió Alfonso Duarte unos minutos antes de suicidarse — le anuncia con ímpetu.

—¿Qué coño dices? —reacciona Carmen.

—Escucha, joder.

> «Quiero contar lo que pasó antes de que sea demasiado tarde. La noche en la que desaparecieron Sandra y Ana yo estaba jugando al pádel con mi amigo Jorge. Después, cerca de las dos, como me pasé bebiendo cerveza y nos dimos cuenta de que había un control en la rotonda del polígono, le dije a Jorge que me llevara en su *furgo*, que luego se la traía yo de vuelta. Nada más dejarlo en la escuela de vela, Ana me llamó desde un móvil que no conocía y me dijo que fuera a recogerla, que íbamos a montar una fiesta.

Imaginé que quería lo de las otras veces, cocaína. Yo traté de negarme, pero desde que me pilló con Charo, la novia del Chanclitas, hacía conmigo lo que le daba la gana, me tenía pillado. Cuando llegué al parking de La Hamaca, estaban enfadadas porque Sandra no había querido hacer algo, no me enteré bien. Nos fuimos con la *furgo*, detrás de la obra, y nos bebimos unos cuantos de ron con naranja que llevaba Jorge en la nevera. Ana y yo empezamos a meternos rayas, mientras Sandra no paraba de beber, sin decir nada. De repente, nadie la tocó, empezó a convulsionar, a soltar baba por la boca y se murió enseguida. A partir de ahí todo fue una locura, porque yo dije de ir al hospital o a la policía, pero Ana me dijo que eso era imposible, que nos iban a detener por haberla matado, porque me reconoció que le había puesto pastillas y coca en la bebida. Se pasó un tiempo pensando y desarmando los móviles, antes de irnos hacia donde tenía la moto de agua, en Canela, y subirnos los tres, Sandra en medio para que no se cayese, y fuimos hasta el estero del Pinillo, donde la dejamos caer en el agua, cerca de la orilla, entre los juncos. Ana se vino a mi casa, hasta que dos días después, viendo que el cuerpo de Sandra no aparecía, hicimos lo de la torre Canela. Estaba en el maletero, y cuando Charo no se dio cuenta lo abrí, para que saliera. Muy rápidamente, esto es lo que ha pasado. Yo no toqué a esa chica».

30 DE AGOSTO DE 2018

Los faros de un todoterreno gris oscuro con los cristales tintados en negro, Toyota, trazan el camino a seguir: al otro lado de la urbanización en construcción.

—Creo que no deberíamos ir —dice Sandra inquieta, agarrada del brazo de Ana, cuando se acercan al vehículo.

—Lo pasaremos bien, ya verás —la tranquiliza, y su sonrisa es una sombra que se pierde en la poderosa luz.

—Quiero volver —insiste Sandra. Intenta impedir el avance de su amiga.

—Ya es tarde, con lo que les ha costado venir no podemos dejarlos tirados.

Al abrirse la puerta trasera, suena una canción de Ozuna a considerable volumen, exagerados los graves hasta la distorsión, las luces del techo iluminan unos inmaculados asientos de cuero blanco. En la parte delantera, sentado al volante, Joselín Duarte, a su lado Gustavo Porta, el Chanclitas. Con las cabezas vueltas, contemplan la entrada de las chicas en el vehículo. Ana, sonriente, asoma medio cuerpo.

—Ya vamos.

—Yo no voy a subir con estos tíos. —Atrás, todavía cogida de la mano de su amiga, Sandra se resiste a seguirla.

—Déjate de rollos.

—Que no, te he dicho.

—¿Qué coño pasa? —Se impacienta Gustavo Porta.

—Sube ya, te estoy diciendo —ordena imperativa Ana, al tiempo que tira con más fuerza de su amiga.

—Que no voy a ir. —Consigue Sandra liberarse de la opresión y retrocede unos metros.

—¿Dónde coño vas? —le grita Ana.

—A casa, me voy a casa. —Y Sandra comienza a correr.

—Lo siento, Gus, pero me tengo que ir, es capaz de contarlo todo. —Y, tras cerrar la puerta del todoterreno de un portazo, Ana corre tras su amiga Sandra.

—Te juro que esto me lo pagas.

Miércoles, 5 de septiembre, 15:09 h

En la cocina, de pie, Carmen Puerto y Jesús comen una ensalada directamente de un bol de acero inoxidable. Para los dos, el de hoy es un día completamente diferente. Han olvidado por completo sus estrictas rutinas y, sin embargo, no las echan de menos. Jesús, como nunca le había sucedido, no ha recordado cancelar las citas que tenía fijadas con tres clientes. Les acaba de enviar un mensaje disculpándose. «Para una vez que lo hago, no me lo pueden tener en cuenta», piensa. Carmen no ha subido a la azotea, tampoco ha tenido la necesidad de esperar frente a la pantalla la entrada y salida de Jesús de la peluquería: lo tiene enfrente.

—Espero que la próxima vez que nos veamos las caras sea por otro motivo —le dice Carmen a Jesús.

—La verdad es que sí —responde el peluquero, mientras recuerda que fue ella la que le advirtió que no esperase nunca que lo llamara para tomarse un café.

—Parece que esto se acaba —anuncia Carmen.

—Eso parece —confirma Jesús sin convicción, solo por no llevar la contraria.

Jaime y Julia esperan con impaciencia los resultados de las comprobaciones que se están efectuando en esos momentos. Hace unos minutos pudieron hablar con Nicolás Alfaro, que les relató su encuentro con Javier Delgado en el picadero La Pardiña, de Villablanca.

—¿Cómo sabías que estaba allí? —le preguntó Nicolás a Jaime nada más iniciar la conversación.

—Tenemos nuestras fuentes —respondió con lo primero que se le ocurrió.

—¿A que ha sido Carmen Puerto, a que sí? —preguntó Nicolás, ávido.

—Ella no está en este caso —se limitó a responder Jaime.

Nicolás le contó que encontró a Javier Delgado limpiando a su caballo, Higuerita, y que en ningún momento opuso resistencia o trató de darse a la fuga. Le relató que, efectivamente, coincidió en La Hamaca con Ana Casaño y Sandra Peinado y que la fotografía que utilizó Pedro Ginés en su cuenta de Twitter, en la que aparecen las chicas con sus amigas en la barra del establecimiento, la hizo un amigo «de broma», para «echar unas risas en el grupo» de WhatsApp, compuesto por 14 personas, «todos tíos», le concretó Delgado. Y luego fue «de un ‘guasa’ a otro, las cosas que pasan, ‘cosas de tíos’, siempre hay uno que mete la pata en los grupos, que lo envía donde no debe y ya no sé quién» se lo pudo enviar al periodista. También le contó que sobre las doce de la noche abandonaron el local y se tomaron «la última» en un chiringuito de Isla Antilla, donde conocen a un camarero, «aquí tiene los teléfonos de toda esta gente por si los quiere llamar», le ofreció. Minutos después, Nicolás Alfaro había finalizado todas las comprobaciones. El relato de Javier Delgado era cierto.

—Vale, no tiene nada que ver, pero se empieza con la mierda esa de las fotografías sacadas a traición y se acaba, después de seis copas y tres tiritos, violando a una mujer, y ese hijo de puta sabe mucho de eso —diserta Carmen muy ofuscada, tras escuchar a Jaime, que le ha repetido las palabras de Nicolás.

—No nos liemos —recomienda Jaime.

—El problema es que Carmen lleva razón —se adhiere Julia.

—¿Y el otro, Matías Hernández? —pregunta Carmen.

—Nada, limpio, está trabajando en un chiringuito de Mazagón, hemos comprobado las fechas. —Jaime repite la información trasladada por Nicolás.

- Lola Vallejo, acompañada de dos agentes, llegó a la Escuela de Vela, donde muy cerca, al otro lado de las dunas, junto a una pasarela de madera, se encuentra aparcada la furgoneta *camperizada* de Jorge Calzado.

—Joder, me cago en la leche, esto es para venir con chanclas y bikini y no como vamos —protestó Lola Vallejo, que caminaba con escasa habilidad, y ninguna elegancia, sobre la arena de Isla Canela, muy cerca de la desembocadura del Guadiana.

Acompañados de Jorge, Lola Vallejo y los dos agentes accedieron al vehículo perfectamente protegidos, gorros, guantes, mascarillas y cubre zapatos, con el objetivo de contaminar lo menos posible las probables evidencias.

—¿Has entrado mucho desde el día 30? —le preguntó Lola Vallejo a Jorge.

—No mucho —respondió.

—Vamos a ver si tenemos suerte.

Tuvieron que extraer el microondas de la pared lateral frente a la puerta de la furgoneta para poder encontrar, en una pequeña cavidad, en un falso hueco, dentro de una bolsa negra, dos teléfonos móviles.

—¿Tú para qué coño utilizas esta furgoneta: para vivir o para sobrevivir? —le preguntó Lola Vallejo a Jorge, con alevosía.

Uno de los agentes, el de más baja estatura, perteneciente a la Unidad de Delitos Tecnológicos, no tardó en poner en funcionamiento los teléfonos, a pesar de no contar con sus respectivas tarjetas SIM. En el teléfono de Ana Casaño, en una de las fotografías más recientes, tomada el 26 de agosto a las 19:05 h, aparece la propia Ana, en un *selfie*, abrazada a Gustavo Porta, el Chanclitas, con el pecho descubierto, con una estrella de mar en plata, colgando de su cuello, sobre una cama con las sábanas revueltas, en un dormitorio escasamente decorado.

—En la mesita de noche, si alguien lo pudiera ampliar, a mí se me pixela, hay una tarjeta, una cajita o algo así, que puede decirnos algo, a lo mejor estaban en un hotel —dijo Julia hace diez minutos.

—Hotel Podium, Vila Real de San Antonio —comparte Jaime la información que acaba de recibir.

—Pues que vaya alguien cagando leches para allá, aunque no creo que esté ya El Chanclitas de los cojones, que se va a acabar esto y no lo vamos a escuchar mugir —apunta Carmen.

—Es posible —asiente Jaime.

—Esto ya lo vamos a cerrar —dice Julia.

—Creo que voy a llamar ya a *Jefe* —dice Jaime.

—Espera —le recomienda Carmen.

«Ahora mismo se están efectuando nuevos registros, en una escuela de surf y en una furgoneta cercana, por lo que parece se amplía el número de sospechosos #ChicasDesaparecidas #RegistrosAyamonte», escribe Pedro Ginés en su cuenta de Twitter.

—Frío, frío… —Y ríe Carmen Puerto ante la incomprensión de Jesús.

—Tenemos pegadito al mierda este, tócate los cojones — comenta Julia.

Jaime aprovecha que en este momento no habla con nadie para llamar a Alfredo Barrientos.

—¿Sigues por aquí?

—Sí, sí, acabo de terminar de hablar con Isabel Robles, precisamente te iba a llamar ahora

mismo —le responde.

—¿Y?

—Pues básicamente confirma lo que nos contó su marido, Alfonso Peinado, que le estaba suministrando ansiolíticos sin que la chica lo supiese, porque la encontraba muy mal, tú ya sabes, bien bebidos o bien diciéndole que eran pastillas para la alergia, que por eso la dejaban tan «floja», me ha dicho, y poco más, porque esta mujer está hecha cachos, la verdad. No es para nada consciente de la realidad, no creo que sepa ni dónde está. Como poco, en Marte —le explica el psicólogo.

—¿También le suministró fármacos el día 29 de agosto, cuando desapareció?

—Toditos los días —no duda en responder Barrientos.

Se precipitan los acontecimientos y las llamadas. No le da tiempo a Jaime a atender a Lola Vallejo y lo hace Julia.

—Aparte de que hemos encontrado los teléfonos de las chicas en la *furgo*, también hemos encontrado otras evidencias, huellas en vasos, en la nevera, en la mesa, que aún tenemos que contrastar. Pero lo que sí os puedo ir adelantando es que se confirma que hay restos de vómito en el suelo y en el sillón. Si el análisis de ese vómito coincide con el análisis de la sangre de Sandra Peinado, pues eso, que blanco y en botella —finaliza Lola Vallejo.

—¿Has examinado ya la moto de agua? —pregunta Julia.

—Todavía no, pero no esperéis mucho de ahí, sobre todo si la ha utilizado después. Improbable —advierte Lola.

—Tú nos dices.

Jaime necesita fumar, rebajar la tensión que ahora mismo padece. Sale a la puerta posterior de Urgencias, donde parece que los periodistas siguen sin poder acceder. Comprueba que no está Julia, antes de llamar a Carmen Puerto.

—Voy a hablar con la chica. —Es una afirmación, pero también podría ser una pregunta.

—Está claro. Todas las pruebas parecen señalarla, si consiguiéramos una confesión… Pero lo dudo —vaticina Carmen.

—Yo también, pero habrá que intentarlo.

Nada más finalizar la llamada, aparece Julia con un cigarrillo en la mano.

—Te estaba buscando.

—En lo mismo que tú estaba.

—Ya tenemos prueba preliminar grafológica: en un principio, la carta que ha reconstruido la limpiadora la escribió Alfonso Duarte —le anuncia Julia.

—Magnífico, no es algo definitivo, porque no tiene que ser verdad todo lo que dejó escrito y porque solo es una prueba preliminar, pero… hasta el momento todo lo que hemos comprobado coincide con su relato —explica Jaime.

—Y porque se ha encontrado como se ha encontrado —apostilla Julia.

—Mira, no me lo vuelvas a decir, que todavía no me lo creo. Una limpiadora… —dice Jaime y escenifica incomprensión con manos y ojos.

—La leche.

—Vamos a hablar con Ana Casaño.

—¿Ya?

—Ya.

—¿Aviso a Barrientos?

—No, solo nosotros.

Jaime Cuesta aprovecha el trayecto para llamar a Carmen Puerto.

—Carmen, te voy a conectar, voy a verme con Ana Casaño —le anuncia.

—¿Tienes todo claro? ¿Repasamos? —se ofrece.

—No, no, lo tengo claro. Creo que lo tengo más o menos claro, digo yo… —Y fabrica una risa forzada.

—Estaré atenta, de todos modos —le advierte Carmen.

—Lo daba por descontado.

Al llegar a la cuarta planta, Julia ya se encuentra allí, ha subido en el ascensor. Le guiña un ojo cuando están a punto de acceder a la habitación de Ana Casaño, que continúa escoltada por un agente. Jaime lo saluda arqueando una ceja. Dos golpes antes de entrar sin esperar respuesta. Juan Casaño está de nuevo acompañando a su hija y exesposa. Por las expresiones de sus rostros, es evidente que han discutido muy recientemente. La mirada de Ana Casaño transmite ira, violencia, desagrado, como si tratara de intimidar a los recién llegados. Tras unos secos y escuetos saludos protocolarios, Jaime toma la palabra.

—Yo les pediría que se fueran, pero no puedo obligarles, así que hagan lo que deseen, pero tengan en cuenta que con toda probabilidad escucharán cosas que pueden hacerles daño — comienza Jaime advirtiéndoles.

—Yo no me muevo de aquí —dice Elena Suárez en su tono habitual, y Juan Casaño parece adherirse a la causa, sin abrir la boca.

—No tengo nada que esconder —dice Ana, que ha tomado asiento en el sillón de falso cuero negro.

—Vamos —anima Carmen Puerto desde la distancia.

—Ana, te voy a contar lo que, con toda probabilidad, ha pasado, porque tenemos evidencias muy concretas. Empiezo. El 30 de agosto, a las dos de la madrugada aproximadamente, cuando salisteis de La Hamaca, tú quedaste con una persona, pero tu amiga Sandra Peinado no quiso ir contigo y os enfadasteis —es habilidoso Jaime presentando suposiciones como hechos reales—, entonces llamaste a Alfonso Duarte desde el teléfono que le cogiste a Alfonso Peinado unos días antes. En unos minutos apareció Alfonso, conduciendo una furgoneta tuneada, propiedad de Jorge Calzado, el monitor de la escuela de vela. Empezasteis a beber, ron con naranja, y a consumir cocaína —especifica con alevosía Jaime, consiguiendo inquietar aún más a la chica.

—No le voy a permitir… —comienza a bramar Elena Suárez.

—Soy yo el que no le pienso volver a permitir que me interrumpa —tajante, le reprocha a la madre.

—Por favor —media Julia.

—Consumisteis cocaína y otros estupefacientes, tipo éxtasis, que tú mezclaste con la bebida de tu amiga. Eso le produjo un colapso que la mató, tras vomitar en el suelo de la furgoneta. Después, sobre las seis de la madrugada, os dirigisteis a la barriada de Canela, donde estaba la moto de agua de Alfonso Duarte, os montasteis poniendo a Sandra en medio, y navegasteis hasta el estero de Pinillo, donde la dejasteis caer entre los juncos. Pero fueron unos días de mareas muy bajas y el cuerpo de Sandra quedó atrapado, no se movía en ninguna dirección. Te ocultaste, con toda probabilidad, en casa de Alfonso Duarte, hasta el día 2, que hicisteis la representación de la torre Canela. Tú ya ibas en el maletero del Seat León cuando Alfonso Duarte recogió a Charo Castro. Fingió que se le olvidaba la mochila, regresó, te abrió la puerta, y ahí es donde cometió el primer error, dejando una evidencia en

tu ropa. El segundo, cuando llamó alertando de tu aparición, a las siete de la mañana. El resto es de dominio público. Tal vez me haya olvidado de algo, pero poco. —Finaliza Jaime su relato. Durante su exposición, tanto Julia como el propio Jaime han podido comprobar los gestos de preocupación, sorpresa y desolación que han ido recreando el rostro y los ojos de Ana Casaño.

—Si alguien echó algo en la bebida, fue Alfonso. Lo único que recuerdo es ver cómo Sandra se desmayaba mientras yo perdía el conocimiento, hasta que desperté en el hospital, nada más, eso es lo que yo puedo decir, lo que pasó —entre sollozos explica Ana Casaño, mientras su madre asiente todas sus palabras.

—¿Y por qué te dejó con vida? Explícamelo —la reta Jaime.

—Háblale del Chanclitas ya, no esperes más —le recomienda Carmen Puerto, a través de los auriculares.

—No lo sé.

—¿No estaba enfadada Sandra contigo porque no le gustaba una relación que tú mantenías? —pregunta Jaime, que se pone en cuclillas para que sus ojos estén a la misma altura que los de la chica,

—¡No, qué relación ni relación! —reniega Ana Casaño.

—Vila Real —dice Carmen.

—Ana, ¿me puedes decir lo que hicisteis el 26 de agosto entre las 18 y 20 h? —pregunta.

—No lo recuerdo.

—Te ayudo: Sandra y tú tomasteis un ferri para ir a Vila Real de San Antonio.

—¿Un ferri? —sorprendida, pregunta Elena Suárez.

—Sí, es verdad, fuimos a dar una vuelta —recuerda la joven.

—¿Tú no quedaste allí con alguien? —pregunta Jaime.

—¿Con alguien? No recuerdo.

—¿Te suena el Hotel Podium? —Nada más escuchar el nombre del hotel, el rostro de Ana Casaño se contrae, se retuerce, realmente afectada.

—No —apenas puede decir.

—Mira… —Y le acerca el iPad de Julia, que reproduce el *selfie* que se hizo sobre la cama revuelta del Hotel Podium de Vila Real de San Antonio junto a Gustavo Porta, el Chanclitas, en actitud cariñosa.

—Mamá —dice Ana con voz quebrada, consiguiendo que todos los presentes dirijan la mirada a Elena Suárez, lo que aprovecha Ana Casaño para saltar hacia la parte de la ventana que está abierta. Julia se abalanza sobre la chica y logra impedir que caiga al vacío. Ana se retuerce, grita y patalea atrapada entre los policías.

—¡Mi niña, mi niña! —grita Elena Suárez.

—¡Ana, por Dios, Ana! —grita Juan Casaño.

—¡Un médico! —grita Jaime Cuesta.

—¡Qué coño pasa! —grita Carmen Puerto, sobresaltando a Jesús, que se agarra con fuerza a la silla, como si temiera caer.

Cinco horas después, Jaime y Julia recogen sus maletas en la habitación del hotel, su estancia en Ayamonte llega a su fin. No hacen más que seguir las órdenes dadas por *Jefe*. «Es hora de volver», le dijo a Jaime.

—No tengas prisa, no creo que lleguemos al último AVE —le dice Jaime a Julia, al verla salir, con gesto de apuro.

—Joder… Aunque lo siento por ti, a mí nadie me espera
—dice Julia.

—Pues estamos casi empate. —Y esboza Jaime una sonrisa melancólica. Cuando le ha enviado un mensaje a Sonia indicándole que regresa a casa su única respuesta ha sido: «Me parece muy bien».

Nicolás Alfaro se incorpora a la reunión.

—Sin noticias del tal Chanclitas, ni en el hotel, ni en Vila Real ni en los alrededores. Como si nunca hubiera estado —les informa.

—Lo daba por hecho —comenta Julia

—¿Tú que vas a hacer ahora, te vienes? —le pregunta Jaime a Nicolás.

—Me quedo, hasta que no se vaya Lola Vallejo, me quedo aquí. Además, quiero examinar bien los alrededores de la torre Canela, estoy seguro de que el móvil de la empresa de Alfonso Peinado está por allí —explica.

—Ese teléfono móvil no nos va a aportar nada nuevo, creo. Solo algún detalle —infravalora Julia.

—Seguramente, pero no podemos dejar puertas abiertas
—dice Nicolás, y por un momento Jaime cree ver a una Carmen Puerto más joven y en versión masculina.

Unos minutos después conduce despacio Jaime, como si le costara abandonar Ayamonte. Dejan atrás los últimos esteros. «La marea está baja», susurra Jaime, y su compañera asiente. Pasan junto a la gasolinera desde la que llamó Alfonso Duarte avisando de la aparición de Ana Casaño. Julia cree verlo en la cabina.

La próxima inauguración de la Feria de Nuestra Señora de las Angustias les obliga a tomar la avenida paralela, donde se encuentra el cuartel de la Guardia Civil.

—¿Y el muchacho del Winston? —pregunta Julia.

—Ese tío no es trigo limpio, y lo sabes —asevera Jaime.

—Es un pobrecito.

Recorren la avenida de los centros comerciales y dejan, a la izquierda, tras la rotonda, el Parador Nacional y que ellos dos, precisamente, no recuerdan por sus fabulosas vistas, sino por la virulenta discusión que mantuvieron hace años. Pueden oírse de nuevo. Contemplan el puente que une España con Portugal, sobre el Guadiana, envuelto en llamaradas doradas, como si se tratase del onírico escenario de un cuento infantil.

- Despide Carmen Puerto a Jesús. Se le hace raro girar las dos vueltas de las tres cerraduras de la puerta de su vivienda. Mira hacia abajo, a sus pies la larga y empinada escalera que conduce a la calle. Recuerda que en alguna ocasión se ha atrevido a bajarla, por propia voluntad, pero hoy no es uno de esos días.

—Esta vez, por lo menos, no te he encerrado en ningún sitio —le dice.

—Sí, menos mal. —No sabe Jesús cómo actuar, qué decir.

—Bueno, gracias por todo. —Y Carmen Puerto le ofrece su mano.

—Cuando me necesites otra vez, ya sabes…

—Espero no tener que volver a llamarte. —Y Carmen cierra la puerta, dejando a Jesús con la palabra en la boca.

Desde la pantalla de plasma lo ve abandonar su casa. Una imagen extraña, por inusual, y también puede que por indeseada.

—*Karen*, amiga, volvemos a estar solitas. Mejor solas que mal acompañadas. Y eso que Jesús no es mal tipo, pero tú ya sabes —le dice a la litografía que cuelga de la pared, y enciende un cigarrillo.

Carmen examina las portadas de los periódicos en sus ediciones digitales, donde la detención de Ana Casaño ocupa un lugar muy destacado: «Ana Casaño, en colaboración con Alfonso Duarte, autora de la muerte de Sandra Peinado». «Un crimen familiar. Ana Casaño, última responsable de la muerte de Sandra Peinado». «Muerte entre amigas. Alfonso Duarte y Ana Casaño, autores materiales de la muerte de Sandra Peinado». «Toda la verdad sobre la muerte de Sandra Peinado». «Todos los protagonistas en la muerte de Sandra Peinado. Cuando tu mejor amiga es tu peor enemiga».

Coincide plenamente Carmen Puerto con un artículo de opinión que firma Darío Berti:

> A la Justicia le toca decidir y fijar el grado de responsabilidad de los acusados en este caso que ha conmocionado a todo el país. Hasta entonces, nos toca esperar y olvidarnos de las cábalas, especialmente los medios de comunicación, que por una vez deberíamos dar ejemplo de respeto por las instituciones. Pero más allá de los culpables concretos, que habrán de pagar por lo que han hecho, deberíamos no perder de vista ese mal de fondo, ese abono, que entre todos hemos creado. Porque casos como el de la muerte de Sandra Peinado vuelven a poner en evidencia las grietas de una sociedad que corrompe y obvia los valores, enaltece lo superfluo y rinde culto a determinados estereotipos que no deberían ser nunca ese espejo en el que, con tanta frecuencia, nos contemplamos.

Seguidamente, Carmen Puerto repasa todas las notas, cuadernos, pósits y fotografías que ha utilizado en los últimos días, los ordena metódicamente, en busca de un detalle, una pieza que no encaje adecuadamente, esa sombra que fabrica un espacio sin luz. Sabe que esa sombra se reducirá, parcialmente, cuando los peritos, forenses y psicólogos expongan sus resultados, y tal vez consigan aproximarse unos centímetros más a la verdad. Una verdad que, tal vez, ni la propia Ana Casaño conozca. Como tampoco la conoció Alfonso Duarte ni, por supuesto, Isabel Robles. Solo conocen una parte de una verdad que, como el lenguaje de las mareas, tal vez nunca nadie llegue a comprender en su totalidad.

HABITACIÓN 249

Cuando Artur Cunha abrió, con la ayuda de la llave maestra, la puerta de la habitación 249 del hotel Bela Marina en Portimao, en el Algarve portugués, tras las repetidas quejas de varios clientes cansados de escuchar éxitos de *los ochenta* a un elevadísimo volumen, no podía imaginar lo que había sucedido en esa luminosa, amplia y lujosa *suite* solo tres horas antes.

Los dos hombres corpulentos, con las cabezas rapadas al cero, que estaban dentro del *jacuzzi*, fueron los primeros en morir. Uno de ellos estaba apostado al final del pasillo, cuando se quiso dar cuenta un cuchillo había cercenado su cuello; el segundo apenas pudo ver cómo el cañón de una pistola apuntaba a su frente nada más abrir la puerta.

Los otros dos hombres, descalzos y en bañador, tumbados en un sillón veían la televisión y bebían ron, no tuvieron tiempo de reaccionar. En apenas un segundo estaban inmovilizados por cuatro fornidos hombres que les impedían realizar cualquier movimiento.

Cuando Artur Cunha descubrió la matanza que había tenido lugar en la habitación 249 del hotel Bela Marina, en Portimao, en el Algarve portugués, lo que más le llamó la atención fue la sangre en la pared, como un improvisado y terrible grafiti, así como la marmórea rigidez de los dos cadáveres dentro del *jacuzzi* y los rostros mutilados de los otros dos hombres. Yacentes sobre una enorme cama de matrimonio, con las manos entrecruzadas sobre el abdomen, a ambos les habían seccionado sus mejillas izquierdas. Y ambos, igualmente, lucían en sus pechos el mismo colgante: una estrella de mar. De plata, a simple vista.



Nota del autor

Tal vez uno de los grandes objetivos de la literatura sea el de reducir la distancia entre la ficción y la realidad. Un proceso que encuentra en la interpretación su gran aliada. Geografía, tiempo y personajes reales están interpretados en esta novela con el único objetivo de convivir en la ficción.

O como Borges sentenció: «Todas las teorías son legítimas y ninguna tiene importancia. Lo que importa es lo que se hace con ellas».

En resumen: cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

Agradecimientos

Esta novela es un puzle que, sin saberlo ni pretenderlo, he ido encajando a lo largo de los ya muchos años que frecuento Ayamonte y sus playas. Piezas que he ido encontrando al azar: en una conversación, en la lonja, frente al océano, tumbado en la arena o contemplando esa inigualable puesta de sol que todos, al menos una vez en la vida, deberíamos contemplar.

A Ray Loriga le tomo prestado su *Sábado, domingo*. Sin la memoria de mi *primache* Javi, sin las vivencias de Isaías, sin la mirada de Pau Centellas, sin la complicidad de Pablo García Casado, sin la confianza de Manuel Pimentel, de Javier Ortega y del fantástico equipo que compone Almuzara, y, sobre todo, sin el ánimo constante de Carmen y de mis hijos, Israel e Isabel, esta novela no habría sido posible. Gracias a todos ellos y también a todos los lectores, pasados, presentes y futuros, que tanta energía me transmiten.

CONCLUYÓ LA EDICIÓN EL 11 DE JUNIO DE 2020.
TAL DÍA DE 1975 NACE EN MINAS DE RIOTINTO, HUELVA, RAFAEL PRADO, COMPOSITOR DE LA SUITE *GENIOS DE ANDALUCÍA* Y NOMBRADO *MÚSICO POR LA PAZ* POR SU CONTRIBUCIÓN A TRAVÉS DEL LENGUAJE UNIVERSAL DE LA MÚSICA A LA CONSTRUCCIÓN DE UNA CULTURA DE PAZ Y NO-VIOLENCIA EN TODO EL MUNDO.